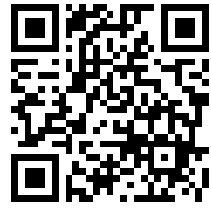
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

https://books.google.com



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

201240230 3

G984 P114BM LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G984-
P114Bm

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

CALL NO.
G984
P114Bm

JUL 26 1960

TO BIND PREP.
DATE 21jul'60
NEW BINDING [x]
REBINDING [ ]
REGULAR [x]
RUSH [ ]
LACED-ON [ ]
BUCKRAM [x]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

Mendoza,
Figuras del pasado.

CATALOGUER JC
RETURN BOOK TO LA

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER [ ]
STUB FOR: T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOKPLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Digitized by Google

Figuras del pasado

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Don Gregorio Pacheco.—Presidente de la República.

Digitized by Google

JAIME MENDOZA

FIGURAS DEL PASADO

GREGORIO PACHECO

Ex-Presidente de la República de Bolivia

(Rasgos Biográficos)

SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO
AGUSTINAS 1250
SANTIAGO
—
1924

Digitized by Google

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

PROLOGO

La personalidad de don Gregorio Pacheco presentada por el autor de esta biografía, doctor Jaime Mendoza, ocupará lugar prominente en la galería histórica de los bolivianos ilustres.

La paciente investigación de los antecedentes de la familia Pacheco, de la triste y miserable infancia del biografiado, de su laboriosa mocedad, de sus audacias de hombre emprendedor, y por sobre todo, de su bondad inmensa manifestada en toda ocasión, hace de este estudio una obra sumamente meritoria.

El doctor Mendoza tan conocido en el mundo de las letras y las ciencias, como novelista psicólogo, como poeta laureado y como médico prestigioso, se revela en este libro como historiador sincero, y aún cuando modestamente, dice que este es su primer ensayo en asuntos histórico-biográficos, el ensayo vale por una obra de indiscutible mérito.

834664

Digitized by Google

En el curso de su narración plena de interés, hay páginas de una belleza que cautiva. Tiene descripciones de paisajes que se les ve, y relata episodios de la vida de Pacheco que conmueven hasta las lágrimas.

El cuadro que presenta del entierro del venerable patriarca de alma blanca como su cabeza encanecida en una existencia de luchas y contratiempos que jamás doblegaron su entereza, es solemnemente patético.

Esa "caravana sudorosa y polvorienta" que conduce en hombros los despojos mortales del prócer, providencia de los mineros de la región y de cuantos acudían a su caridad sin límites, esa procesión de enlutados que recorre la abrupta ceja que conduce del mineral de Tatasi a los ingenios de Guadalupe llorando al patrón incomparable, es toda una agua fuerte de mano maestra.

Al través de las apreciaciones del historiador, Pacheco está considerado bajo un doble aspecto: el hombre particular y el hombre público. Encuentra en aquél, todas las excelencias y virtudes que atesoran los espíritus de selección; pero en éste, lo inferioriza y tiene un concepto poco halagador por su período presidencial.

A fuer de amigo del doctor Mendoza, por un sentimiento de justicia y con su venia, voy a permitirme hacer algunos reparos a esta parte del estudio histórico-biográfico, reparos que no restarán por otra parte ni un ápice a la importancia de su obra.

Al establecer comparaciones entre la infancia de Pacheco, en lucha valerosa con adversidades y privaciones; sus tesoneras energías de joven aventurero, comerciante, industrial, minero, y su actuación como Presidente de la República, no tomó en cuenta el factor más importante: el medio ambiente y el momento histórico de Bolivia.

Digitized by Google

Exigió del Mandatario de la Nación las mismas virtudes que admiró en el niño desvalido y en el hombre de trabajo esforzado, para llegar a la conclusión de que a aquél le faltó la paciencia, la constancia y la entereza de carácter de éste, sin fijarse que el campo de acción era distinto como distinta era también la misión del uno y del otro...

Como indivíduo particular podía obrar con absoluta independencia, desplegando sus actividades en el rumbo que más le conviniese; pero, como jefe de una Nación estaba sujeto a leyes que tenía que acatar y a normas de que no podía apartarse so pena de dejar de ser legalista para convertirse en dictador.

Una prueba de ello nos ofrece el proyecto de abrir un camino carretero al río Paraguay, contenido en su notable Mensaje Especial de 26 de Octubre de 1885, Mensaje que en la Legislatura de ese año y en la del siguiente, no fué considerado y quedó sin aprobación a pesar de su transcendental importancia...

¡Cuánto hubieran cambiado los destinos de Bolivia sin la incalificable indiferencia de la Representación Nacional de entonces!

La responsabilidad histórica caerá con todo al peso de su condenación sobre los ciudadanos encargados de velar por el progreso y prosperidad de la patria en aquella hora, y exaltará la memoria del Mandatario Ilustre cuya vida es una constante enseñanza para las futuras generaciones bolivianas.

Es doloroso confesar que en Bolivia la ignorancia acerca de la actuación de nuestros dirigentes hace cometer injusticias, incurrir en olvidos lamentables y, lo que es peor, en condenaciones sin un juicio previo.

Cuántos compatriotas conocerán recién al leer la bio-

Digitized by Google

grafía de Pacheco, la enorme importancia del proyectado camino directo desde el corazón de Bolivia, la capital Sucre, a la margen del río Paraguay, donde el empresario nacional don Miguel Suárez Arana había fundado Puerto Pacheco. Este camino habría asegurado la salida al Atlántico, ya que nuestro litoral sobre el Pacífico nos había sido arrebatado en guerra injusta, y habría beneficiado en primer término al Oriente boliviano emancipándolo de la dependencia del puerto brasileño de Corumbá sobre el río Paraguay.

Actualmente el comercio de Santa Cruz se hace por el irónicamente llamado Puerto Suárez, situado al fondo de la bahía Cáceres, bahía formada por los reboses del río Paraguay en sus crecientes de períodos decenales y que en las bajantes se convierte en una pampa por donde se transporta en carretas la mercadería del puerto de Corumbá.

En el Tratado de Petrópolis, el Ministro Plenipotenciario doctor Claudio Pinilla, conocedor de las necesidades del país en la zona oriental, puesto que había actuado cuando era secretario de la Legación en el Paraguay, en las gestiones de la fundación de Puerto Pacheco, obtuvo del Canciller Barón de Río Branco, la rectificación de la línea divisoria sobre la bahía Cáceres avanzándola hasta el arroyo Concepción situado sobre el Canal Tamengo por donde los reboses del río Paraguay van a formar aquella bahía.

En 1912 comenzaron las obras del puerto sobre el arroyo Concepción; pero, desgraciadamente, fueron obstruídas por el Delegado Nacional en el Oriente, cosa increíble, un cruceño, que dejó así desaprovechadas las ventajas obtenidas en el Tratado de Petrópolis mientras se solucione el viejo pleito de límites con el Paraguay.

Digitized by Google

Y aquí cabe referirme a las dos cartas que encontré publicadas en "La Industria" de Sucre, de 30 de Octubre pasado y que creo oportuno reproducir en la nota al final del libro, por la importancia que tiene la del Ministro de la Corte Suprema doctor Angel Sandoval.

En cuanto a la caracterización del período presidencial de don Gregorio Pacheco hay que reconocer que fué excepcional.

Por mucho que el país acababa de soportar los estragos de una guerra nacional que lo encontró inerme, desprevenido y pobre, y cuya consecuencia fué la pérdida de su costa, no pudo substraerse a los estremecimientos de la política interna en el pleito electoral para el que debiera suceder al General Campero en la Presidencia de la República.

Las convulciones que amenazaban perturbar el orden público en la lucha entre tres candidatos, desaparecieron al haberse llegado al acuerdo político que dió el triunfo al señor Pacheco, pues era el candidato más popular por su conocida e incontrastable bondad.

Ningún período constitucional fué más tranquilo y otorgó mayores garantías a los ciudadanos. El erario público desmedrado con el peso de las obligaciones de post-guerra, fué manejado con insospechable escrupulosidad y el rico minero, el opulento capitalista que subió al poder, al dejar la presidencia tenía las manos limpias, aún de sombra de peculado y su fortuna particular casi en quiebra por sus prodigalidades que suplían las escaseces de la Hacienda Pública para muchos de los servidores administrativos.

Y ¿esta presidencia puede ser calificada de anodina?

Estoy seguro que la lectura de esta biografía, a la vez que interesará por su amenidad, contribuirá a rei-

Digitized by Google

vindicar la memoria del Mandatario ilustre sin asentir en las diferencias de carácter anotadas, viéndose, por otra parte, una inalterable línea de probidad, entre el niño desvalido de los valles de Chichas, el valiente industrial y minero de Portugalete y Oploca, y el magnánimo Presidente de Bolivia.

MOISÉS SANTIVÁÑEZ.

Santiago, Abril 30 de 1925.

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

FIGURAS DEL PASADO

(Prefacio)

Abrí el libro al acaso y me puse a leer. Hallábame de viaje en un tren y trataba de pasar el rato. El libro era una biografía de D. Gregorio Pacheco por la escritora peruana Clorinda Matto de Turner, cuya lectura me habían recomendado y que, no obstante, no lograba atraer mucho mi atención. Pero he aquí que, al ir revolviendo unas tras otras las hojas, halléme con un párrafo que decía:

«En 1873 se bañaba en la bahía de Valparaíso un niño inglés, que poco sabía nadar; iba a ser engullido por el mar, pues las olas lo envolvieron con esa rapidez que aterra y Pacheco se lanzó a salvarlo, sufriendo en sus cálculos aquella dolorosa transición que experimenta el nadador fluvial en la espesa y salada corriente del mar. Hubo, pues, lucha hercúlea; pero consiguió

Digitized by Google

salvar al niño, con asombro de los bañantes; y aunque esto le costó una seria enfermedad al salvador, su corazón podía henchirse con la satisfacción más pura que sigue a la práctica del bien. Otro caso análogo ocurrió en 1877, en la hacienda de «Nucchu», propiedad de D. Gregorio, donde este salvó al doctor D. Ricardo Eguia, quien al bañarse en el río «Cachimayo», majestuoso a la sazón en su creciente, se dejó tomar en el remolino de una profunda poza. Salvar a un hombre envuelto en un remolino, es cosa tan difícil como llena de peligros; pero D. Gregorio no atendió más que al deber de humanidad, impulsado por su valor y serenidad y, echándose con temerario arrojo a la honda turbia, le arrancó su presa ya en supremos momentos de angustia».

Debo confesar que, hasta ese día, yo no había tenido de D. Gregorio Pacheco más que noticias vagas y escasas.

No me había interesado tampoco por tenerlas mayores.

Verdad es que solía ver su nombre en la lista de los presidentes de Bolivia, pero ni esa había sido una razón para que se despertase mi curiosidad.

Tantos hombres vulgares han sido presidentes...

Verdad es también que, andando el tiempo, y cuando ya Pacheco había muerto, yo oía nombrarlo como a un filántropo.

Pero aún así...

Hay tantos filántropos que no pasan de ser unos pobres hombres.

Y peor todavía: hay tantos filántropos que son unos hombres malísimos.

Hay tantos filántropos que en el fondo no son ta-

Digitized by Google

les, sino unos rematados hipócritas, unos simuladores de la peor cepa que, si ostensiblemente parecen realizar actos generosos como las de soltar algunas sumas de dinero en obras de caridad, tienen, por dentro, el alma que es toda sordidez y mezquindad.

Por eso, aun viendo el «Manicomio Pacheco», obra bella, obra de piedra, que constituye un argumento rotundo en favor de su fundador—quién sabe—decíame yo, si tal obra la hizo, no por un verdadero espíritu altruista, sino por algún otro impulso, por ejemplo, el de la vanidad.

Como se ve, yo llegaba hasta un campo injurioso respecto de Pacheco y ello, imbuído desde mi niñez por la malevolencia humana que había dejado en mi imaginación los acres sedimentos del prejuicio y de la injusticia.

Pero he aquí que, un buen día, cae en mis manos el libro a que me he referido y allí, sin pensarlo, leo aquellas breves líneas en que se relata el salvamento que realizó Pacheco de un niño que se iba ahogando en el mar.

Y aquello fué para mí una revelación.

Aquello fué una bofetada insigne a mis prejuicios, un castigo a mi falta de caridad.

Y aquello fué un argumento sin réplica que me impuso como no me había impuesto, la mole severa y aplastante del mismo Manicomio Pacheco.

Y no se crea que trato de hacer la apología hiperbólica de ese acto de salvamento, ni decir que ese fué un hecho prodigioso, uno de esos hechos que sólo realizan los hombres superiores. No, quizá más bien, es un hecho que lo ejecutan con mucha más frecuencia los seres tenidos por insignificantes.

Digitized by Google

Pero, de todos modos, es un hecho que de un solo rasgo traza una silueta, que revela un temperamento, que pinta una personalidad.

Es uno de esos hechos que, de repente y como de pasada, resume todo lo que un libro entero, recargado de noticias, no había alcanzado a hacer comprender. Es como uno de esos episodios breves y luminosos en que por una simple palabra, por un gesto momentáneo, se llega a abarcar de golpe lo que, hasta entonces, había sido enigmático y abstruso.

Y así fué como apareció a mis ojos el filántropo.

Y desde entonces, me interesé por su personalidad, y deseé conocer, en consecuencia, otros actos que me lo mostrasen de cuerpo entero. Es decir, no precisamente otros actos buenos, sino simplemente otros actos. Otros actos que, aunque fuesen malos, me llevasen a descubrir nuevos aspectos de su estructura individual.

Mi curiosidad estaba excitada. Y ahora sí, ya me interesaba el Presidente de Bolivia, el filántropo constructor de Manicomios y, sobre todo, el salvador de un niño expuesto a ahogarse en el mar.

Al presente, creo haber llenado en gran parte mi propósito.

Sé muchas cosas, muchísimas, de la vida de Pacheco.

He leído copiosos documentos, he conversado sobre él con gentes de las más opuestas condiciones que le trataron de cerca, y aún me he enterado de ciertos detalles que serán insignificantes para otros criterios, pero que, para el mío, tienen un gran valor y, merced a ellos, aparece, ante mis ojos, su figura mejor delineada que al través de las aleluyas que le cantaron en letras de molde sus aduladores, singularmente durante

Digitized by Google

la presidencia o de los brotes de encono y de burla de sus adversarios políticos.

Y ahora, después de lo que sé sobre su vida, se me ocurre escribir unas cuantas páginas que expresen sinceramente mi manera de pensar acerca de ella.

Y no sólo como filántropo—lo que ya es mucho—sino llanamente como hombre, un hombre que parece vulgar y es de los más singulares. Creo que este personaje es más digno de ser conocido por la posteridad que muchos otros sobre los cuales se han escrito voluminosos libros, cuando, en realidad, apenas si merecían un gesto de desdén o por lo menos un piadoso olvido.

Don Gregorio Pacheco, digan lo que quieran los incomprensivos, esos que no han sabido verlo sino con criterio unilateral, es en verdad un espécimen, un hombre singular, una personalidad eminente.

Y no se diga que al decir esto, me estoy refiriendo a su personalidad presidencial.

No. Estoy hablando del hombre.

El hombre está muy por encima del presidente.

Lo de la presidencia, apenas fué en Pacheco un accidente de su carrera romancesca; un accidente secundario, a mi juicio, que acaso le llegó a ser perjudicial en vez de ser, como lo juzgan muchos, lo más alto y honroso de su vida.

Lo más alto, lo más honroso, lo verdaderamente digno está en su íntima estructura moral, en sus sentimientos e ideas desde que el hombre empezó a esbozarse en el niño.

Según lo cual, para mi raciocinio, vale más, por ejemplo, en Pacheco, el chiquitín de nueve o diez años que, perdido allí, en una aldea, descalzo, astroso, hambriento, que da de comer a su padre, que no,

Digitized by Google

cuando años después, el fastuoso anciano pasando en su fogoso caballo blanco, con la banda presidencial al pecho y el tricornio de Capitán General en la cabeza, ante un bizarro ejército que le presenta las armas.

Oh! cuánta diferencia!

En el niño harapiento, un candor suave, una humildad bella, una bondad que se desparrama sin que él mismo se dé cuenta, una abnegación dichosa y poca o ninguna vanidad.

En el hombre provecto, vestido de gala, que luce sus condecoraciones, la conciencia de su excelsitud ante las masas, el aturdimiento de la glorificación; mucha bondad siempre, pero también no poca vanidad.

¿Y entonces no resulta superior un hombre de diez años a un patricio de sesenta?

Este libro hablará, pues, ante todo, del hombre.

Del hombre que, empezando su vida heroica en medio de los más duros tropiezos, ascendió, peldaño por peldaño, a esas alturas donde no saben llegar los más de aquellos que tienen las facilidades de hacerlo.

Del hombre que, siendo apenas un rapaz de pocos años, era ya un maestro de energía y de bondad.

Del hombre que, no pisó ningún colegio, pero que, en la escuela de la Naturaleza, yendo por aldeas y campos, aprendió esa ciencia, la más ardua de todas— la de vencer en la vida.

Del hombre que fué un soberbio sportman de músculos de acero, y sin embargo, de «sangre ligera»; de gestos de rudo varón y de rubores de virgen; del «apasionado por los números», por la vida militar, por Cervantes; del hombre místico y práctico; del caballero cuya divisa era esta: «devolver bien por mal»; del minero y hombre de negocios cuya divisa era esta

Digitized by Google

otra: «el todo por el todo»; del ciudadano que ofreció toda su fortuna a su patria en las horas de conflicto guerrero; del presidente que quiso hacer un camino con su ejército hasta el remoto Paraguay; del buen padre y buen esposo y buen amigo; y del filántropo, en fin, que no sólo daba su dinero en obras pías, sino también les consagraba su tiempo y su bienestar, sufría con los miserables, con los hambrientos y exponía su vida en aras de la compasión.

Tal es la tarea que me propongo.

Llanamente, sinceramente y en cuanto pueda, tranquilamente, mostraré los aspectos que más me han interesado en la vida de este hombre. Y digo tranquilamente, puesto que ya mi corazón es presa de de un vivo entusiasmo que pudiera llevarme a la exageración.

Y una vez concluída mi obra, ella no habrá sido en vano, si consigo que aquellos que me lean y que, sin conocer debidamente a Pacheco, le juzgaban con la ligereza e injusticia con que yo mismo he declarado que lo juzgué tiempos pasados, modifiquen su juicio y le consagren la ofrenda de amor y el recuerdo que bien merece.

*
* *

Y, ahora, invito al lector a entrar en la vaga mansión de lo que fué.

Abramos la puerta del pasado brumoso, pasemos el umbral y, poco a poco, internémonos por sendas incógnitas en una época pretérita donde hallaremos las sombras de los antepasados que, aunque están mudas para siempre, sabrán, no obstante, surgir ante

Digitized by Google

nuestros ojos con la vida espectral del recuerdo y aún hablarnos con un eco solemne de serenidad supraterrena y de infinita piedad.

Y, luego, cuando después de haber recorrido esa región evocativa, poblada de visiones amadas, volvamos a la realidad presente, ojalá quede en el alma una impresión suave aunque melancólica, algo como un rayo de luna bienhechora.

JAIME MENDOZA.

———

Digitized by Google

FIGURAS DEL PASADO

PRIMERA PARTE

I.

En la época de la Guerra de la Independencia en el Alto Perú, hace unos cien años, vivía en el sur del país, en el pueblo de Livilivi de la provincia de Chichas, el súbdito español don Pedro Leyes, distinguido marino que, hacía muchos años, había sido enviado por el rey de España a esta parte de las colonias para hacer exploraciones en el río Bermejo; pero que, a la sazón, dado el estado anormal de cosas creado por la guerra, ya no se ocupaba de tales exploraciones sino únicamente del cuidado de su hogar.

Hacía mucho tiempo que don Pedro estaba casado con doña Juana Madariaga, bellísima dama criolla, oriunda de Chichas y en ella había tenido tres hijas,

Digitized by Google

Felipa, Josefa y Florencia, de las que, las dos últimas debían ser madres de dos presidentes de Bolivia; el General Narciso Campero y don Gregorio Pacheco.

Era don Pedro Leyes un señor de costumbres rígidas, testarudo como buen español, realista fanático, muy devoto y rezador, pero también un hombre atrozmente afectado de la manía de los celos.

Y por cierto que se los había causado muchos y muy profundos su esposa, tiempo atrás, cuando fuera una soberbia beldad, hasta que, un mal día, pasados luengos años, la pobre señora se había vuelto loca.

Y, precisamente, corría entre las gentes del lugar, muy válida, la versión de que, quien tenía la culpa para esa locura, era don Pedro.

Asegurábase que, en pasadas épocas, el celoso marido había tenido encerradas en una habitación de su casa a su joven esposa y sus pequeñas hijas durante largas temporadas y que eso, unido a otros brutales tratamientos, concluyó por provocar la enajenación mental de doña Juana.

Según lo cual, resultaría inexacta la afirmación hecha por la notable escritora peruana doña Clorinda Matto de Turner quien, en una otra biografía sobre don Gregorio Pacheco, dice que la locura de su abuela doña Juana Madariaga fué ocasionada por las persecuciones políticas a que dió lugar la Guerra de la Independencia en muchas familias del Alto Perú.

No. Según los documentos que tengo a la vista, la desgraciada mujer estaba ya loca desde muchos años antes del estallido de la guerra. Lo estaba desde 1793. Y la guerra en el Alto Perú, como se sabe, se inició en 1809.

Digitized by Google

Livilivi.

Digitized by Google

Digitized by Google

De manera, pues, que más que las persecuciones políticas, había que tener en cuenta, aquí, las de carácter doméstico ejercitadas por el propio esposo, (quien, por otra parte, siendo como era, realista, mal podía ser víctima de aquellas) y acaso también, se podría hacer juzgar en este asunto algún factor hereditario en doña Juana; pero, enteramente desprovisto de datos al respecto, esto que digo es una mera presunción.

Sea como fuere, el hecho es que doña Juana Madariaga, la más remota antecesora que he podido encontrar de don Gregorio Pacheco, estuvo loca durante un largo período de su vida y loca murió.

Y si yo hago cierto hincapié en este punto, es porque él ha de conducirme a la consideración de otros que se eslabonan con el mismo y que apuntaré en su lugar en este libro.

II.

La familia Leyes fué yendo a menos cada día, tanto por la locura de doña Juana, de que eran testigos infortunados sus tres hijas ya jóvenes en la época a que se refiere este relato, como por las vicisitudes ocasionadas por la guerra sangrienta que, hacía poco, había estallado en el Alto Perú.

Livilivi era uno de los pueblos por donde con más frecuencia hacían sus incursiones, ya las huestes realistas o ya las llamadas «insurgentes», y don Pedro tenía que estar siempre con el ojo avisor.

834664

Digitized by Google

BOUND SEP

El celoso varón, ya que ahora no podía abrigar dudas de su esposa envejecida y loca, en cambio hallábase en el caso de emplear sus cuidadosas precauciones con sus hijas.

Las que, siendo apuestas mozas por su donosura, no podían menos que llamar la atención de cualquiera hijo de Adán que tuviese ojos y que, con sólo mirarlas, ya ocasionaba malos ratos al ceñudo papá.

Y vaya, a este propósito, el siguiente rasgo que pinta bastante bien la manera de ser de don Pedro:

Cuéntanme que, un día, llegó a Livilivi una partida del ejército realista algunos de cuyos jefes, hombres de buen humor y acostumbrados a imponerse en lides amorosas, había manifestado el propósito de visitar la casa de su compatriota don Pedro Leyes, sabiendo que tenía un manojo de niñas lindísimas.

Pues bien, apenas el antiguo marino supo tal cosa, entró en furor terrible, encerró a sus jóvenes hijas en el rincón más apartado de la casa y armándose de un viejo trabuco y alguna otra herramienta de combate, esperó la aparición de los militares, los que, por cierto, no llegaron a realizar la anunciada visita.

Y nótese que esto, lo hacía don Pedro con sus mismos compatriotas y correligionarios, ya que él era un realista intransigente y español a carta cabal. ¿Cuáles no serían sus gestos con los demás que no estaban en el mismo caso y que se atreviesen a poner los ojos en sus hijas?

Esos apenas si podían merecerle el concepto de «esclavos o de perros».

Y era también de esta misma guisa como se exaltaba el patriotismo de don Pedro. El no podía tolerar que hubieran gentes que se atrevieran a alzarse en armas

Digitized by Google

contra la Madre España y hablasen de independencia o libertad. Aquello le parecía una insolencia incalificable.

Y vaya también, a este propósito, la siguiente anécdota como una muestra gráfica del realismo de don Pedro.

Cierta vez, con motivo de que se había recibido en Livilivi, la noticia de una victoria alcanzada por los patriotas contra los realistas, el párroco del lugar que, por lo visto, debía ser partidario de la independencia, había, en la iglesia, después de la misa, subido al púlpito para, desde allí, recomendar a los fieles que diesen gracias a Dios por el triunfo referido; cuando he aquí que don Pedro, que había estado oyendo la misa desde el coro con el mayor fervor, no tuvo inconveniente en tomar estentóreamente la palabra, a pesar de su conocido respeto por los lugares santos, y contradecir acremente al sacerdote, diciendo que la feligresía, en vez de dar gracias a Dios, debía condolerse por aquel hecho, con lo cual el ardoroso párroco debió quedar turulato y suspensa y divertida la concurrencia.

¡Pobre don Pedro! Y, como si el destino quisiere poner a prueba su paciencia, cabalmente en aquellas dos cosas que tanto le preocupaban, como eran el cuidado de su hogar y la causa de su patria, sucedió que en lo uno y lo otro las cosas tomaron un sesgo deplorable.

En efecto, por lo que toca al hogar, Florencia, la hija menor de don Pedro, una hermosa niña, de apenas diecisiete años, se murió a poco de ser madre, dejando en el corazón del severo padre, una herida que jamás se pudo curar.

Digitized by Google

Y en cuanto a la patria, también el destino empezó a inclinarse decididamente a favor de los insurgentes y contra la España, lo cual fué para don Pedro otro nuevo motivo de rabia y de dolor, que se añadió a sus conflictos caseros.

Pero, don Pedro ya no alcanzó a ver el desenlace de aquella terrible lucha entre realistas y patriotas, que duró cerca de diez y siete años dentro de los contrafuertes ciclópeos del Alto Perú. Murió el rudo castellano antes de la conclusión de la guerra. Y murióse dejando en aquel retirado rincón de Livilivi, sumidas en desamparo lamentable, a sus dos hijas Felipa y Josefa y loca a su desventurada esposa.

III.

Livilivi es un pueblecillo situado en la margen izquierda del río Suipacha, cerca a la frontera de Bolivia y la Argentina.

Interesábame conocerlo por ser el pueblo nativo de don Gregorio Pacheco y, un buen día, fuíme allí, de Tupiza, pasando por Mojo y Lonte.

Acompañado de un guía, que me dió en Lonte mi viejo amigo Ramón Frías, ascendí una enorme cerranía que debía trasmontar para llegar a Livilivi.

Y la verdad es que aquellos caminos me parecían horribles. Las mulas, a manera de cabritos, se encaramaban con dificultad entre los vericuetos de esas alturas desoladas. Siniestros precipicios, peñas erizadas de puntas pétreas, se iban desarrollando a medida

Digitized by Google

Digitized by Google

Nuestra Señora de la Candelaria.—Imagen venerada en el Sagrario de Livilivi.

Digitized by Google

que subíamos. Y el camino, que se insinuaba trabajosamente entre ellas, estaba bordado de plantas espinosas, como centinelas que defendiesen el paso. Toda la vegetación en esos lugares se reduce a **churquis, taracas, palques, catavis** y cardos. Los cardos, sobre todo, reinan allí a todos lados. Cardos gigantescos, velludos, espinosos, erectos, simulando a lo lejos batallones guerreros.

Acabada la cuesta, seguimos por una larga meseta y, en seguida, comenzamos una bajada que debía ser tanto más larga que la subida.

Y siempre en torno los precipicios espantosos, las rocas armadas de lajas puntiagudas; y siempre los vegetales armados también de espinas a modo de clavos, agujas, ganchos y aguijones. Hasta las flores eran espinosas.

No parecía sino que en esos sitios se hubiesen puesto de acuerdo el suelo bravo y torbo con la vegetación agresiva y amenazadora, para hacer dar media vuelta al viajero que por allí se aventurase.

Pero, como yo soy un viajero que más bien se divierte con tales cosas, claro es que debía seguir mi camino sin nada de mal humor. Luego, servíame de compensación la vista del lejano panorama. Hacia atrás, perdiéndose a la distancia, había dejado los nevados de Lipez y el bello Chorolque y ahora, a mi frente, veía desplegarse, más y más cercana, la cordillera de Tacsara formando en sus alturas una línea apenas ondulada y, a veces, completamente recta.

En las últimas estribaciones del lado occidental de esta cordillera, ví una fila de cerros, con sus aristas rojas, fuertemente inclinadas al oriente, cual si fueran una caravana de moles guerreras (siempre el aire

Digitized by Google

guerrero) a las que un genio despótico las obligase a inclinarse de ese lado y, entonces, mi guía avisóme que al pie de esos cerros estaba Livilivi.

Parecía estar ya muy cerca y, sin embargo, tardamos mucho en llegar. La bajada fué por lo menos de 10 kilómetros.

Pero en fin, harto de lajas y de espinas, estaba hacia el medio día, a las márgenes del Suipacha.

Y desde el punto en que tocamos al río, aun había algunos kilómetros a Livilivi, que era preciso recorrerlos pasando unos cuantos vados.

Mas, el río, por sus playas fangosas y por el caudal respetable de sus turbias aguas, ofrecía mucho peligro y no hubo más remedio que seguir por una senda que flanqueaba la montaña.

Como se ve, hasta el río, al igual de la tierra y de los cardos y zarzas, y aun del sol que caldeaba el ambiente con su aliento de horno, parecía oponerse a mi excursión.

Pero yo, sin perder la paciencia, decíame: ¡adelante, adelante!

Después de todo, el paisaje se había dulcificado, y hasta se había hecho hermoso. En ambas riberas del río se mostraban risueñas huertas, con sus árboles de verde claro, entre los que aparecían de cuando en cuando casitas campesinas.

Entre ellas, después de caminar por un buen rato, divisé, a la distancia, una torrecilla aguda recortando gallardamente el horizonte.

Era Livilivi.

Por fin, iba a llegar. Por la vista de aquella linda torrecilla, me figuré que pronto me hallaría en un pueblo bonito, limpio, bien cuidado. Y, por lo demás

Digitized by Google

era ya tiempo de dar fin a aquella caminata. Había andado más de siete horas y yo y mi guía y las mulas estábamos cansados y hambrientos.

¡Pero, cuánto desencanto me causó el pueblo!

Desde la entrada, me hallé ante un agrupamiento de casuchas en su mayor parte reducidas a escombros y ante calles terrosas en que los cascos de las mulas se hundían profundamente. Todas las puertas estaban cerradas (en otras casas no había siquiera puertas) y yo miraba a uno y otro lado buscando alguien, pero en vano. Parecía aquel un lugar abandonado. Así anduvimos por un rato hasta que, al llegar a una plazoleta, surgió de la boca-calle, como súbita aparición, una mujer. Era una mujer vestida poco menos que de andrajos, pero de airosa figura y grandes y negros ojos.

Dirigíme a ella y preguntéle por la casa de un señor Eloy Alarcón, para el cual llevaba una carta recomendatoria. La mujer, con acento peculiar de las gentes de esa región, señalóme una casa próxima y allí encaminé mi mula, seguido de mi guía. La puerta de calle estaba por excepción abierta. Llamamos. Salió un muchacho de rostro pálido y desencajado al que pregunté si estaba allí el propietario y, como me dijese que sí, entreguéle mi carta rogándole la llevase al patrón. El muchacho fuése al interior de la casa y no volvió más. Esperélo, no obstante, con paciencia. Esperélo, sí, por un largo rato, mientras las mulas tascaban sus frenos y parecían pedir su pienso. Y, como al fin, aquella espera no podía prolongarse indefinidamente, resolví pasar, por indicación de mi guía, a la casa del cura por la cual preguntamos a otro gamín que apareció en la desierta calle.

Digitized by Google

No estaba lejos dicha casa y, para mayor seguridad, estaba en la misma puerta de calle el señor cura.

Saludélo y le dije que si podría visitarlo un rato.

El señor cura accedió, aunque, por ciertos gestos de su rostro, comprendí que mi visita no le hacía mucha gracia.

Por lo cual, después de una conversación más o menos baladí, consideré prudente retirarme, no sin rogarle antes me proporcionase una fe de bautismo de don Gregorio Pacheco.

Y, de la casa del cura, pasé a la del corregidor del lugar, para el que también llevaba una carta de recomendación del Sub-Prefecto de Tupiza.

Pero, el corregidor no estaba en su casa, ni nadie sabía donde estuviese.

Y entonces pasé a buscar al agente cantonal, para el que, como para los personajes anteriores, también llevaba una nota recomendatoria.

Y siempre con mala suerte. Verdad es que se presentó el agente cantonal, pero sólo para hacer más triste mi situación, pues, por sus palabras, comprendí que me hallaba en un lugar donde era difícil encontrar facilidades de alojamiento, alimentación para mí, el guía y las mulas...

En consecuencia, y aún cuando ya eran las dos de la tarde, resolví pasar a San Dacio, una finca situada una legua abajo de Livilivi y donde el agente cantonal me dijo que podría hallar más recursos.

Como se ve, la patria de mi héroe, don Gregorio Pacheco, había empezado a mostrárseme con trazas no muy alentadoras...

Primero los inconvenientes del camino, los barran-

Digitized by Google

cos, las peñas, las espinas, el río... Y después las gentes...

¿Pero, y por qué?

Peores aún que estas existen otras aldeas en Bolivia y fuera de Bolivia.

***

Después de todo, al día siguiente, al regresar de San Dacio a Livilivi, para recoger la fe de bautismo pedida al señor cura y conocer con más calma el lugarejo, tuve un amplio desquite de mis vicisitudes del día anterior. El corregidor obsequióme con un suculento almuerzo, el agente cantonal con una bandeja riquísima de uvas producidas en la región y el señor Eloy Alarcón con una taza de excelente café.

Pero, quiero hablar de Livilivi.

Recostada en la falda de un cerro, sobre un plano inclinado que en amplio declive llega suavemente al río, yace el pueblecito que otrora tuvo bastante importancia, pero que hoy se halla en estado agónico.

Unas cuantas casitas agrupadas sobre un suelo arenoso en torno de una iglesia, cual una tropa de ovejas cerca al pastor, he ahí todo.

Sin embargo, su situación es pintoresca.

Allá, destacándose entre arboledas risueñas, con su torrecilla puntiaguda que blanquea en el horizonte, causa buena impresión en el viajero que le ve desde la distancia.

Me dicen que su población no alcanza a 200 almas; su clima es templado o un tanto cálido; sus moradores, sobre todo las mujeres y niños, son pálidos, de aspecto enfermizo, cual si fueran palúdicos. Pero,

Digitized by Google

como se me asegura que allí no existe el paludismo, entiendo que se trata de casos importados de esa enfermedad o de algún otro proceso anemiante. Por lo demás, y hablando siempre de enfermedades, sé que el pueblo gozaba, hasta hace poco, de gran fama de lugar sano, sin igual entre los otros pueblos vecinos y donde las gentes llegaban a una longevidad extraordinaria. Decíanme que, mientras en las haciendas y villorrios del contorno las epidemias de fiebre hacían estragos, aquí se estaba indemne. Segun lo cual, la aldea debía tener algo de paradisíaco. Pero, al presente, no es lo mismo.

Rodean al pueblo, sobre todo hacia la vera del río, lonjas de terreno de cultivo que son de propiedad común. Los mismos moradores de la aldea son los terratenientes y tienen iguales deberes y obligaciones, distinguiéndose únicamente por la extensión del terreno que poseen. Hay propietarios que no tienen sino «un surco».

Siendo Livilivi, como es, una población situada en el trayecto de Tupiza a Tarija y de la rica provincia boliviana de Cinti a la Argentina, podría tener algún movimiento siquiera como lugar forrajero, pero tal movimiento es nulo, o casi nulo. La única industria de sus habitantes consiste en labrar su pequeña tierruca. Antaño, se iban de aquí los lugareños a la Argentina a comprar ganado para la reventa. Hoy, eso ha venido muy a menos. Otra pequeña industria era la de la fabricación de cigarrillos a mano, muy generalizada en la aldea, pero desde el estanco del tabaco, aquella ha desaparecido, siendo esto un verdadero golpe para esas pobres gentes. Y hasta la confección de telas burdas, que eran tan apreciadas y en el país

Digitized by Google

en que antes se distinguía este pueblo, hoy ha decaído muchísimo. En suma, Livilivi es un pueblo en vía de desaparecer. Sus casitas mismas, como sus moradores, tienen no sé qué de soñoliento, lánguido, apático, precursor de la muerte.

Livilivi es cantón, y tiene su Corregidor, su Agente Cantonal y su Cura.

En la plazoleta, junto a la iglesia, mostráronme una casita destartalada donde funciona la escuela del lugar. Dicen unos que esta casa fué de Pacheco, y que nació él ahí, aunque otros afirman que fué en otra casa que ví también, medio derruída en el poblacho. De fijo, no se sabe dónde vino a la vida don Gregorio, Lo único evidente es que él regaló una casa en Livilivi para destinarla a una escuela y aún la sostuvo por algunos años, sin que tal cosa fuera muy del gusto de los más de sus paisanos.

He dicho que, en los tiempos de la guerra de la independencia, Livilivi era un lugar frecuentemente visitado por insurgentes y patriotas; pero aun antes de esos tiempos, esto es, en plena época colonial, este pueblo debió servir como lugar de acantonamiento de fuerzas militares. El padre Téxido, que fué cura en Livilivi, decíame que, en los libros parroquiales correspondientes a dicha época, veía con frecuencia partidas de defunción de militares de diversas categorías, lo que corrobora esta deducción.

En otros tiempos, Livilivi también fué un santuario de gran nombradía y, aun hoy mismo, en cierta época del año, sé que vienen acá peregrinos de distintas comarcas, v. gr. de la Argentina.

Y la verdad es también, a propósito de santuario,

Digitized by Google

que lo único presentable actualmente en el pueblecito, es su iglesia.

Es una iglesia airosa, limpia, flamante, en cuya construcción, el buen padre Téxido embarcó valientes sumas de dinero. Y, cosa rara, es en esta iglesia que yo fuí a encontrar cierto objeto curioso que, aunque no fuese precisamente una reliquia santa, estaba no obstante, entre los ornamentos del templo. Era, o es, un precioso juguete figurando, con notable fidelidad, un barco de vela de un medio metro de largo, hecho de trozos de madera muy bien conservada, con su cordaje de hilo todavía en buen estado, unas figuritas representando marineros y varios otros detalles curiosos; todo como si hubiese sido hecho hace poco tiempo, y tiene, sin embargo, más de cien años.

Pues bien, este singular objeto de arte, fué obra de don Pedro Leyes, el bravo español de quien ya he hablado bastante desde el comienzo de este relato.

Por rara casualidad, se ha conservado hasta el presente esta curiosidad, en un pueblo semi-muerto como es hoy Livilivi y en su iglesia que, en esos cien años, se había incendiado más de una vez.

Y ahora mismo, está allí cubierto de polvo y telarañas.

Y la vista de tal objeto hízome pensar que don Pedro, no obstante su gravedad y displicencia ordinarias, debía tener sus buenos ratos y también no poco ingenio y paciencia, cuando se dió a fabricar juguetes de esta clase.

Y así mismo pensé, viendo aquel barquito, que el rudo antecesor de don Gregorio nunca pudo olvidar su vida de marino, vida quizás accidentada, pero que le había llegado a ser cara y por la que debía suspirar

Digitized by Google

Iglesia de Livilivi.

Digitized by Google

Digitized by Google

con frecuencia después de luengos años que residía en el mediterráneo Alto Perú llevando una vida sedentaria y, lo peor, dedicado, como hombre celoso, al incómodo papel de estar velando por su esposa y por sus hijas.

IV.

Muerto don Pedro Leyes, sus dos hijas, Felipa y Josefa, quedaron en lamentable desamparo, ya que les faltaba el apoyo paternal, que, por mucho que algunas veces se hubiera manifestado en forma por demás severa, al fin y al cabo era un apoyo.

Solas, las dos mujeres debían subvenir a sus necesidades y llevaban sobre sus hombros la dura obligación de tener que asistir diariamente a un ser privado de la razón, cual era su madre doña Juana.

Y, todo esto, en un tiempo anormal, en un tiempo de guerra que traía penurias sin cuento a las familias, sobre todo a aquellas que no contaban con los recursos suficientes para vivir.

La escasa hacienda legada por don Pedro a sus hijas fué mermando rápidamente, y las pobres huérfanas, allá en su casita de Livilivi, sintieron pronto llamar a sus puertas el espectro escuálido de la miseria.

Pero, ¿qué hacer? En sus terribles horas de angustia y con el pensamiento en el porvenir, debían recordar aquellos tiempos en que sufrían las torpezas de su padre, pero al menos, en medio de ellas, tenían sus cuidados y amor. Hoy, en cambio, estaban libres de

Digitized by Google

tales torpezas, pero también empezaba a escasear el pan.

Pues bien, en estas circunstancias y como un recurso inesperado, salvador en medio de aquel hogar en que no quedaban más que mujeres, se presentó para una de ellas—para doña Josefa—un marido.

V.

Y ese marido fué don Brígido Pacheco.

Don Brígido Pacheco era un señor argentino, oriundo de Salta, pero que hacía muchos años residía en Chichas. Miembro de una antiquísima familia de aquel país, había pasado a Bolivia, donde se casó en primeras nupcias con doña Paula Aparicio, teniendo en ella numerosos hijos (1). Después enviudó. En fortuna, estaba, a lo que parece, tan mal o peor que doña Josefa Leyes. En Livilivi ejercía el cargo de Alcalde. Su edad pasaba con mucho de los cuarenta años, así

---

(1) Tocante al abolengo de D. Brígido, se sabe que se remontaba hasta la familia de la célebre heroína toledana doña María Pacheco, quien después de la muerte de su esposo, D. Juan de Padilla, que fué degollado en la época de la guerra de los comuneros de España contra Carlos V (1522) emigró a Portugal. Varios descendientes de la familia Pacheco pasaron después al Brasil y a la Argentina (Buenos Aires y Salta). El Canónigo D. José Andrés Pacheco y Melo, hermano de D. Brígido que figuró en la guerra de la Independencia y concurrió al Congreso de Tucumán en 1816 representando a Chichas, probó ante los tribunales, en una cuestión sobre capellanía, el abolengo indicado.

Digitized by Google

como la de doña Josefa de los 30 (1). Por lo demás, don Brígido era, aún en sus años maduros, un «buen mozo» y dábasele la fama de hombre inquieto, con ínfulas de tenorio, derrochador, muy dado al juego.

Tal era el novio que se presentó para doña Josefa.

El matrimonio se realizó en Livilivi y fué el primogénito de esta unión don Gregorio Pacheco.

Don Gregorio Pacheco nació el 4 de Julio de 1823 (2).

---

(1) Aquí también hay inexactitud en la escritora antes citada, quien afirma que don Brígido Pacheco se casó en su mocedad con doña Josefa Leyes.

(2) También respecto a este se incurre en inexactitud por todos los biógrafos de Pacheco, quienes asignan a su nacimiento el año 1824, error en que estaba el mismo don Gregorio. Mas, la fe de bautismo inserta en seguida aclara esta cuestión.

«El Presbítero Gregorio Camargo G., Cura Párroco interino del Beneficio de Nuestra Señora de la Purificación de Livilivi etc. Certifica, en cuanto permite el derecho, que en uno de los «Libros» del archivo de la Parroquia donde se asientan las partidas de «Bautismos» que corresponden a los años de 1811 a 1824, se encuentra una a fojas 190 cuyo tenor as pedam literae es como sigue: «En esta Iglesia Parroquial de Santa Cruz de Livilivi. Yo, el Cura Excurador abajo firmado, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a José Gregorio Pacheco nacido la noche anterior, hijo legítimo del Alcalde D. Brígido Pacheco y de doña Josefa Leyes, españoles, vecinos de este pueblo; fueron padrinos don Damián González y doña Felipa Leyes, a quienes previne su obligación y parentesco espiritual, y para que conste, lo firmo en cuatro de Julio de mil ochocientos veintitres. GREGORIO DE ACHÁ».

Así consta y aparece del mencionado libro, al que en caso necesario me remito, y en fe de lo cual autorizo y franqueo el presente certificado a petición verbal del Dr. Jaime Mendoza.

Livilivi 4 Mayo 1918.

(Firmado).—GREGORIO CAMARGO G.

Digitized by Google

VI.

Pero la armonía conyugal entre doña Josefa y don Brígido, no duró mucho tiempo.

Siendo, como he dicho, don Brígido un hombre inquieto, con invencibles tendencias a la vagancia y hábitos de calavera, muy dado a las mujeres y al juego, no pudo soportar debidamente la vida reposada del hogar.

Y doña Josefa de su lado, como hija de un hombre de costumbres rígidas, cual lo fué don Pedro Leyes, no veía con buenos ojos que su marido comprometiese en el juego los dineros que debía consagrar exclusivamente a la familia; y, de otra parte, al saber de las aficiones mujeriegas de don Brígido, era natural que doña Josefa sintiera correr en su sangre aquel veneno sutil de los celos, que tan desgraciado había hecho a su padre.

De aquí frecuentes desavenencias y recriminaciones entre los dos esposos, hasta que, un día, don Brígido acabó por abandonar el hogar.

El matrimonio, hasta entonces, sólo había tenido dos hijos: Gregorio, el primero, y su hermano menor con dos años, Agustín.

Y, de este modo, aquel desgraciado hogar en el que don Pedro Leyes dejara sumidas en la orfandad a sus dos hijas y a su esposa enajenada, pero que, con el ingreso a su familia de don Brígido Pacheco, pudo creerse que tendría en él un apoyo, tornó otra vez a desquiciarse y a ser desamparado, quedando esta vez con dos nuevos seres, dos niños.

Digitized by Google

Casa donde nació el Sr. Gregorio Pacheco.—Hoy escuela municipal.

Digitized by Google

Digitized by Google

Pero, doña Josefa era mujer resuelta y supo ella aceptar resignadamente sus deberes, haciéndose cargo de sus dos hijos.

Así empezaron los primeros años de Pacheco.

VII.

Dulces años, en que el niño no viene a ser sino una prolongación de la mujer, de su madre; en que los días corren dentro de una inconciencia grata, de una placidez suave junto al regazo blando y a la mano cariñosa del ser que nos enseña a dar los primeros pasos en la tierra, en que el cerebro infantil, lleno de curiosidades, empieza a deletrear, antes que los labios, en la maravillosa sucesión de los cuadros del mundo, que, como extraños geroglíficos se le presentan por delante; en que el corazón, como botón de flor, tiende a abrirse al gozo, por más que sólo le rodee la desgracia; y en que, cándido y retozón, se halla lejos, muy lejos todavía, de analizar ni de medir las más tremendas desventuras que en su alrededor pueden estar cayendo sobre sus propios padres y sobre su propio hogar.

Así debían deslizarse los días de su primera infancia para el niño Gregorio.

Sus padres estaban divorciados, pero ¿qué era eso para él? No lo analizaba. Contentábase con el cariño de su madre sin dejar de sentir una atracción íntima hacia el autor de sus días, a quien ya no veía sino de cuando en cuando, quizás a hurtadillas, pero, por eso mismo,

Digitized by Google

llenándose de mayor deleite cuántas veces don Brígido se le presentaba.

Y era cierto también que, diariamente, tenía ante sus ojos inocentes una imagen triste—su abuela loca. Pero esto tampoco podía suscitar en su mente infantil ideas graves, ideas siniestras. ¡Ay! sólo más tarde se podría dar cuenta cabal de la atroz verdad, cuando él, ya en la edad de la razón y ella ya en el sepulcro, el pobre muchacho hiciera la rememoración de tantas cosas que habían quedado grabadas en su memoria.

Y en cuanto a la pobreza material en que hubo quedado la familia, tal cosa debía ser tan insignificante para Gregorio! O quizás si hasta era más feliz por ella. Porque, en general, la verdad es esa: los niños pobres suelen tener más íntimos goces que los ricos. Para el niño pobre que sufre de hambre, el regalarse con un buen manjar, hasta con un fruto poco sabroso, es una delicia que aunque sea rara, es, seguramente, mucho mayor que la satisfacción que el niño lleno de comodidades pueda tener en su mesa. Y así en todo lo demás. El traje dominguero, el traje nuevo, aunque modesto, le da al chiquitín que estaba harapiento, sensaciones más agradables que al otro que cambia cada día de vestidos flamantes. Tal es la vida. Así son las compensaciones que la sabia providencia sabe distribuir entre los seres.

Es, pues, natural creer que, en aquel tiempo de su niñez, Gregorio fuese muy dichoso, por más que, de otro lado, estuviese cercado de la desventura y de la indigencia.

El solo hecho de estar al lado de su madre constituía una fortuna envidiable.

Y, bajo esa incomparable influencia maternal, debió

Digitized by Google

sin duda, el niño, empezar a asimilarse aquella delicadeza de temperamento y aquel fondo de bondad que fueron los atributos que más le caracterizaron en postreros años.

Hay impresiones que en el niño, cuando su pequeño cerebro es blanda masa que cede fácilmente a las influencias del ambiente afectivo e intelectual, quedan definitivamente grabadas, por más que después una educación opuesta trate de borrarlas. Lo que el niño absorbió, moralmente, en sus primeros años, ya no sale más. Es como la leche materna que le nutrió y que supo formar sus músculos, sus vísceras, sus huesos. Así también, con el alimento espiritual de la madre, quedó modelado de una vez, y para siempre, el primer esbozo del futuro ser moral.

En don Gregorio Pacheco, se notaba muy bien eso.

En sus tiempos de mayor virilidad, y hasta de rudeza ante los golpes de la suerte, asomaba con frecuencia ese dejo infantil, o podíamos decir femenil que le sabía hacer tan afectuoso y emotivo. Tras del hombre fuerte estaba el niño, estaba la mujer.

Y en lo demás, es natural que contribuyesen a formar también aquel pequeño ser, que no era sino el anuncio del ser futuro, todas las otras circunstancias que le rodeaban.

La apacible aldea con su silencio y recogimiento, el aire de los campos, el sol regalado, el murmurio de la acequia entre las guijas y hierbas, el repiqueteo de la campana parroquial llamando a misa o tocando la oración, el balar del ganado, la vista y el trato de las buenas gentes del lugar, y en suma, la diaria contemplación del paisaje que el pueblo nativo ofrecía a sus ojos, todo eso, fué lo que primordialmente comenzó

Digitized by Google

a modelar su figura afectiva y mental, dándole el sello, que, por grandes modificaciones que en el porvenir experimentase, quedaría en la médula misma de su personalidad.

Y todo ello, naturalmente, teniendo siempre en cuenta el factor hereditario.

¿No era Pacheco descendiente de un largo tronco de gentes místicas, en alto grado sensitivas y hasta neuróticas en el significado que médicamente debe darse a esta palabra?

Verdad era que, entre ellas, estaba a la vista su abuela loca.

Pero hay locuras y locuras.

Y así como puede heredarse una locura en formas lastimosas, hasta llegar a la imbecilidad misma o a la extinción de la personalidad, así también hay otras modalidades en que no se transmite precisamente la enajenación, sino más bien, la mayor finura y potencialidad nerviosa para apreciar lo bueno, para sentir mejor los goces exquisitos, para tener impulsos de nobleza que ciertamente no son los comunes, pero que no por eso dejan de ser los mejores. Se hereda, es verdad, un temperamento anormal, pero es un temperamento anormal para tender hacia lo bueno, así como en otras naturalezas, esa anormalidad tiende al mal. Y por cierto que un temperamento de esta clase vale más que los mismos que se dicen bien equilibrados y que, no obstante, no pasan de lo mediocre y lo vulgar.

Digitized by Google

VIII.

Tal fué el ambiente en que empezó su educación Pacheco.

Como bien se echa de ver, esa educación se inició con caracteres especiales, tanto en lo intelectual como en lo físico.

En lo intelectual, puede decirse que ella fué esencialmente religiosa, como no podía menos de serlo tratándose de su madre, doña Josefa, la hija del español don Pedro Leyes, el devoto de marras que, según el dicho de un escritor, se pasaba largas horas allá en el marquesado de Tojo, cerca de Livilivi, junto a su amigo don Felipe Campero, «rezando eternos rosarios, trisagios y novenas, el credo en cruz y besando ambos la tierra humildemente».

Y en cuanto a lo físico, fué esa una educación al aire libre, educación campesina, de andanzas diarias para el chiquitín Gregorio, tanto en su aldea como en las vecindades, todo lo cual estaba destinado a hacer de él un hombre resistente y vigoroso desde la niñez.

Bien es verdad que doña Josefa no siempre podía calcular las fuerzas de su pequeño para contenerlo dentro de los debidos límites, sucediendo así que, a veces, el niño debía tragarse rezos mayúsculos o asistir con su madre a funciones religiosas más allá de su resistencia; o tratándose de ejercicios físicos, acometerlos con exageración al impulso de sus naturales tendencias.

Un ejemplo de esto puede dar la siguiente anécdota, que pinta muy bien los excesos en que solía caer el niño en este doble punto de vista educacional respecto de lo intelectual y de lo físico de que vengo hablando.

Digitized by Google

En cierta ocasión, hallándose doña Josefa y su hermana con los niños Gregorio y Agustín en una pequeña heredad que tenían a algunos kilómetros de Livilivi, trataron de ir al pueblo para concurrir a una misa cantada y, como no tuvieron bestias, emprendieron el camino a pie. Agustín, el niño menor, iba alternativamente en brazos de una y otra de las señoras; y en cuanto a Gregorio que entonces no llegaba a los cuatro años, pero que ya era un andarín notable, había protestado enfáticamente a su madre y tía que iría también a pie hasta el pueblo, y ellas le dejaron hacer. Y, en efecto, tal como lo dijo, hizo la caminata, por delante de las mujeres, ya a carrera, ya a saltos, probando mil piruetas, sin dar mayores muestras de cansancio hasta que llegaron a Livilivi. Allí las señoras se dirigieron rectamente a la Iglesia y fueron a prosternarse ante la efigie de la Virgen, y el chiquitín con ellas prosternóse también. Pero, como la función religiosa se prolongaba mucho y el niño no podía menos de estar fatigado con la anterior andanza, no pudo permanecer en tal actitud. Vínole el sueño, ese sueño irresistible que aún en el adulto suele seguir a los exagerados ejercicios pedestres, contribuyendo además a aumentarlo las ceremonias que iban sucediendo en la Iglesia. El niño cabeceaba, pero hacía esfuerzos heroicos para despabilarse. Y al fin, no pudo más. De arrodillado que estaba, pasó a sentarse. Y después de estar unos momentos sentado, acabó por recostarse sobre el pavimento. Y así recostado, quedóse profundamente dormido, por más de una hora delante de la santa imágen, que, al ver tendido a sus pies aquel cuerpecito inerte, parecía sonreirle dulcemente.

Digitized by Google

IX.

Más ¡ay! que aquellos dulces años en que el niño Gregorio se hallaba bajo el cuidado solícito y el incomparable afecto de su madre debían pasar demasiado pronto.

De improviso, y cuando menos lo esperaba el muchacho, un cambio brusco y completo vino a operarse en su vida. Cambio de situación, de costumbres, de ambiente físico y humano, cambio total que iba a marcar época en su infancia.

Cabe, por lo mismo, que yo hable con alguna detención sobre esto.

Hacía algún tiempo que doña Josefa, ignoro por qué razones, había dejado el pueblo de Livilivi y pasado a Tupiza donde residía con sus pequeños hijos Gregorio y Agustín. Ignoro también si en Tupiza siguió viviendo con su hermana doña Felipa y con su madre, la pobre loca; pero presumo que, por entonces, ya ésta había muerto.

Gregorio, a la sazón, tenía de cinco a seis años.

Un buen día llegó allí su padre, don Brígido, el hombre aventurero e inquieto, que hacía años había abandonado el hogar y divorciádose de su consorte, y, de sorpresa y burlando la vigilancia de doña Josefa sobre el niño Gregorio, consiguió llevarse a éste.

Es decir, el padre se robó a su hijo.

Robóselo ya sea porque el amor paternal le impulsase a tener cerca de sí al niño una vez que él se hallaba ya crecido, o sea también, porque las desavenencias con doña Josefa hubieron llegado a un extremo tal de

Digitized by Google

encono, que el hombre, por demás resentido, quisiera proceder así como una manifestación de venganza.

Y he ahí un hecho de enormes consecuencias tanto para la madre como para el niño.

El niño, por cierto, dejóse llevar muy a su gusto por su padre. Ya he dicho que, por más que no hubiese vivido con él, veíalo de cuando en cuando y sugestionado con las manifestaciones cariñosas del autor de sus días, queríalo entrañablemente. Más aún, es lógico pensar que más de una vez don Brígido trataría de quedarse con el niño y siempre se le oponía el amor y el cuidado de su madre.

Pero esta vez, el calavera, no tuvo más remedio que recurrir al sistema del rapto.

Llegóse, pues, aquel día, a Tupiza, y muy lindamente, atrayendo al niño, con sus buenos modos, púsolo en la delantera de su caballo y se lo llevó fuera de la población.

Don Gregorio, hasta en su vejez, recordaba con viveza todos los detalles de aquel suceso.

Cerca al pueblo de Tupiza, en el lugar llamado Yurcuma, había unas casuchas abandonadas y allí condujo don Brígido a su hijo. Era ya al anochecer y seguramente el raptor debía tener algún quehacer urgente en el pueblo, pues dejó al niño encerrado en una de las casuchas, recomendándole que mientras su regreso estuviese mudo y quieto.

Y mudo y quieto estuvo el rapaz durante varias horas.

La sombra nocturna, el silencio y la soledad se hicieron en su redor, pero él no lloraba, ni pugnaba por escapar de su escondite. Esperaba estoicamente la vuelta de su padre. Y no era que se mantuviere así

Digitized by Google

precisamente por miedo... Por miedo al **sacamanteca** (1) de que al dejarle solo le había hablado su padre, diciéndole que si daba voces o lloriqueaba, podía aparecer a llevarlo. Era que ya, desde entonces, estoy seguro, el muchacho iba empezando a hacer gasto de aquella fuerza de voluntad que infinitas veces supo mostrar en su niñez, en su juventud y en su edad madura.

Y don Gregorio, después, recordaba también cómo en horas ya entradas de aquella noche inolvidable y cuando él acurrucado en un rincón de la cerrada casucha, sentía pasar el tiempo lenta y tristemente, de repente, a la distancia, oyó voces lastimeras alternando con gemidos de mujer. Pero él, en tales momentos, no llegaba a darse cuenta de lo que aquello podía ser o quizás se le ocurrió que sería cosas de duendes o aparecidos. Solamente después de muchos años, cuando llegó a ser ya hombre y rememoraba emocionado las peripecias de aquel suceso, comprendió que semejante lloros y lamentos, que sonaron por un rato en torno de la casucha, no podían ser sino los de su desgraciada madre que, enloquecida por la desaparición del niño, estaría vagando en su busca por aquellos sitios.

(1) Sinónimo de CUCU o duende con que en esos tiempos se asustaba a los niños.

Digitized by Google

X.

He dicho que el episodio que acabo de narrar, marcó el comienzo de una nueva era en la niñez de Pacheco.

Y era muy natural que así fuese.

Cambio de medio, cambio de costumbres, cambio de educación, cambio hasta de afectos, todo esto se produjo de golpe en la existencia del pequeño ser.

Ya no más ahora la vida sedentaria del hogar. El niño estaba con su padre, lo que quiere decir que pasaba á un nuevo método de vida errante, propia de aquel hombre movedizo. Ahora iría cambiando con frecuencia de escenarios. Un día aquí, otro día allá. Ya en tierra boliviana o ya en tierra argentina. Yendo por unos y otros pueblos, pasando por los más opuestos climas. Su pobre lecho en el asilo materno ya no cubriría más su cuerpecito grácil! Cuántas veces de hoy más, ese cuerpecito, hallaría el calor de extraños lechos! Y cuántas veces ni aún eso hallaría! Cómo tendría que aprender el rapaz a dormir sobre la dura tierra... ¿Y la sabrosa mesa de la casa? ¿la merienda junto al hogar? ¿el plato aunque fuese de humilde **lagua** servido por manos angélicas, las manos de la madre? De hoy más, el pobre muchacho tendría que encontrar el pan en otros hogares; y muchas veces también ni ese pan hallaría. Y así mismo, estaría del vestido. ¿Quién con la misma solicitud de su madre se preocuparía de ponerle la camisa limpísima, o remendarle el pantalón o zurzirle las medias? Nadie. El pobre niño, muy pronto se vería falto hasta de esas prendas indispensables para proteger su diminuta y

Digitized by Google

delicada persona. Pronto sus pies descalzos aprenderían a hollar el duro suelo durante largas temporadas; y pronto, con las piernas al aire y los brazos desnudos y el rostro expuesto a todas las intemperies, vería tostarse para siempre su fino y blanquísimo cútis y encallecerse todo su organismo desde tan temprana edad.

Cierto era que el niño estaba con su padre. Pero, ¿es que el padre con toda solicitud y con todo su cariño puede suplir lo que sólo sabe hacer bien la mujer, lo que es de la incumbencia de la madre?

Y nótese, por otra parte, que don Brígido se hallaba en pésima situación económica. El mismo, con frecuencia, no tenía un techo bajo el cual acogerse, ni un centavo para comprar su pan.

De suerte que el niño tenía, fatalmente, que sufrir las consecuencias de tal situación.

Y en el terreno mismo de los afectos, ¡cuánta transformación para el pobre Gregorio!

No que su padre le amase menos que su madre.

Pero ese amor no tenía las mismas formas, ni las podía tener; no era ni podía ser ese el amor dulce, arrullador, paciente y sufrido de la madre.

Y además, del lado mismo del niño—¡triste pensamiento!—debía producirse un sacudimiento cruel en un ser afectivo. Puesto que él, sin darse cuenta de ello, amaba con todo su corazón a quien le dió la vida, puesto que él, desde que entró en la tierra, se acostumbró a verla cada día, puesto que estaba habituado a recibir como obligada ofrenda sus besos cuotidianos, sus mimos, sus arrullos; puesto que hasta tenía en ella un ser paciente dispuesta a tolerar sus mismas rabietas,

Digitized by Google

sus pequeñas violencias y sus chillidos ¡cómo iba a extrañar ya no hallarla más en adelante!

Sí, indudablemente, repito, que este cambio en la vida del niño fué el más trascendental aun para su porvenir de hombre.

Bien es verdad que, si se tienen en cuenta los resultados ulteriores, quizás ese cambio fué a la larga beneficioso para el hombre.

Acaso Pacheco, merced a ese cambio y por las mismas penalidades que vinieron con él aparejadas, encontró la manera de aprender a vivir, de bastarse a sí mismo, de ser, en fin, un hombre aún antes de dejar de ser niño.

Talvez se debió a eso la formación de su carácter y hasta su futura felicidad y encumbramiento.

Quizás, a permanecer al lado de su madre, él no habría pasado jamás de una dichosa mediocridad, tal como le pasó a su propio hermano.

Cierto: fué atroz la separación del hijo de su madre, pero talvez por eso mismo y por recibir, en vez de los halagos maternos, los latigazos de la suerte que más de una vez se personificaría en el propio don Brígido, aprendió el niño a ser, desde pequeño, resistente, sufrido, abnegado y bueno.

Tales suelen ser los contrastes del destino.

Muchas veces nuestro bien está en lo mismo que decimos nuestro mal.

El hombre en sus momentos de amargura o de cólera está casi siempre dispuesto a la protesta y a la blasfemia, pero viene luego la reflexión y, entonces, acaba por bendecir aquello mismo de que antes había estado maldiciendo.

Digitized by Google

XI.

Don Brígido, a poco de separar al niño Gregorio de su madre, llevólo hasta Salta.

Tenía entonces Gregorio alrededor de siete años.

Y aquel viaje fué para él otro de sus fastos memorables no solo porque era la primera vez que era llevado a una ciudad, sino también por una lamentable aventura que le pasó en el trayecto de Bolivia a la Argentina, aventura que nunca pudo olvidar Pacheco, y que, como reveladora de su carácter, bien vale la pena de anotarla.

Fué el caso que, apenas iniciado el viaje, una tarde en una parada, el niño había sido enviado por su padre a traer de una fuente próxima un poco de agua para la merienda, y, al hacer tal cosa, se encontró de súbito con dos perros bravos que lo atacaron furiosamente. El pobre chico, sin alcanzar a defenderse, acudió al recurso de huir, pero al hacerlo, fué alcanzado por uno de los perros que le ocasionó graves mordeduras en las nalgas. Y tan maltrecho quedó el rapaz que al día siguiente era imposible que montase a caballo y, por esta razón, su padre y el mozo no tuvieron más remedio que acomodarlo extendido de vientre sobre el soborno de una de las mulas de carga.

Y, en esta incómoda actitud, hizo el niño el largo viaje hasta Salta, no menos de trescientos kilómetros.

Pero, también esta vez, supo hacer el muchacho gasto de aquella resistencia y paciencia que ya hemos visto en él, en otra parte.

Digitized by Google

***

En Salta, donde don Brígido tenía numerosa parentela, permaneció el niño cerca de dos años.

Y, naturalmente, en ellos se asimiló la manera de ser del nuevo medio social en que se hallaba. Y tanto fué esto que, a su regreso a Bolivia, parecía Gregorio un pequeño **gaucho** y la expontaneidad de sus gestos, su manera de hablar, sus audacias y su afición a los deportes hípicos, en los que, andando el tiempo, llegaría a ser una notabilidad, no podían menos de cautivar a cuantos lo veían.

Pero, infortunadamente, don Brígido, que se hallaba en pésima situación pecuniaria, no estaba en condiciones de explotar las buenas disposiciones intelectuales del niño para enviarlo a un colegio, en alguna de las ciudades del país, y tuvo que limitarse a ponerlo en las escuelas de los humildes poblachos entre los que seguía peregrinando.

Y sucedía también con frecuencia, que don Brígido se separaba de su hijo y lo dejaba al cuidado de gentes extrañas, parientes o solamente amigos.

He visto una carta de él fechada en 1833, es decir cuando Gregorio tenía ya diez años y dirigida a Isidro Montellanos, a propósito del niño. En esa carta agradece "con toda su alma" a Montellanos (que era un maestro de aldea) por la enseñanza que daba a Gregorio y le hace protestas de que por tal servicio sabría retribuirle debidamente tan pronto como pudiese, pero que, a la sazón, estaba "sin un medio". La tal carta, como se vé, está respirando, aun al través de más de ochenta años, los apuros materiales del hombre.

Digitized by Google

¡Y cuán triste debía ser la situación del niño en las temporadas en que se quedaba desamparado por el autor de sus días, él que ni aun ya contaba con el apoyo de su madre!

Para entonces, doña Josefa se había trasladado a Sucre, llevando a su hijo Agustín para que allí se educase.

Abandonado a manos extrañas, comiendo el pan amargo del ajeno hogar, quizás mal tratado, viendo acaso malos ejemplos, espectáculos impropios de su edad, el rapaz debía pasar por trances crueles.

Porque, hay que decir que en las mismas escuelas de los poblachos, por donde erraba Gregorio, el tratamiento que se daba a los niños era de lo más brutal. El maestro era un verdugo para ellos. La enseñanza era a fuerza de azotes. Allí no se empleaba la persuación ni la mansedumbre. El uso era—y esto lo recordaba también frecuentemente Pacheco—que el escolar que debía dar su lección, se parase en media clase con los pantalones, si los tenía, caídos hasta los pies y la camisa recogida por atrás hasta la nuca, donde se la plegaba prendida por medio de una gruesa espina, en cuya actitud lamentablemente ridícula y aun poco honesta, el niño debía despacharse a satisfacción del maestro y si no lo hacía, allí iba la azotaina. ¡Horror!

XII.

Más tarde el niño estaba reunido a su padre.

El pobre hombre que ya frisaba en la vejez y que estaba achacoso y más pobre que nunca, había aca-

Digitized by Google

bado también, a su turno, por hacerse maestro de escuela.

Esto pasaba en Suipacha, un pueblecillo hoy en ruinas, pero que entonces tenía alguna importancia y se había hecho famoso por el combate sangriento que, en los primeros tiempos de la guerra de la Independencia, se había librado allí entre los argentinos patriotas y las fuerzas realistas, acabando con la completa derrota de estos.

Allí había ido, ahora, a parar don Brígido y, apremiado por la necesidad, comenzó el triste y mal retribuído oficio de maestro de escuela de ese lugar.

Y, allí mismo, su hijo Gregorio le servía de ayudante.

Gregorio, para entonces, ya sabía leer correctamente pero no así escribir. Tenía más de diez años.

Y el no saber escribir debidamente, no obstante ser el segundo de su padre en la escuela, mortificaba al niño grandemente; y entonces se propuso hacer ejercicios de escritura a cualquiera costa.

Pero, lo malo era que la situación de don Brígido había llegado a un extremo tal de indigencia, que ni tenía ni siquiera lo necesario para comprar el papel que necesitaba su hijo para hacer sus planas.

Gregorio era seguramente el más pobrecito entre sus compañeros, los demás escolares, hijos de los aldeanos del pueblo y sus cercanías, en su mayor parte infelices labriegos, arrieros y peones de tostado cútis, indígenas de toscos modales, entre los que alternaba alegremente el chiquitín de azules ojos, rubia cabellera y maneras de **gaucho.**

Sí, era seguramente el más pobre, y eso que era hijo del "señor maestro".

Digitized by Google

Tal se vé, en efecto, en estas palabras que Pacheco, muchos años después cuando a su vez era padre, escribía a su hijo Fernando: "A tal punto llegó su mala situación que no contábamos ni aun con lo necesario para la vida y no le era posible a mi desgraciado padre comprar papel para que yo perfeccionara mi letra".

¿Y qué hizo entonces el niño?

¿Acudiría acaso al sistema de aprovechar del ascendiente que debía tener en la escuela como hijo del maestro y su segundo, para pedir prestado el papel a sus camaradas u obligarlos a obsequiárselo o aun arrebatarles?

Nó, por cierto.

Lo que hacía, era recoger humildemente las planas ya escritas e inservibles de los demás escolinos y, en ellas, aprovechando de los angostos espacios blancos que quedaban entre renglón y renglón escarbajeados, hacía él sus ejercicios de escritura.

El procedimiento no debía ser muy cómodo que digamos, y seguramente excitaba la sorpresa y aun las críticas y las burlas de los otros chicos, pero él sabía sobrellevar con calma tal situación.

Para mí, este episodio de la niñez de Pacheco constituye una de las páginas más simpáticas de su vida.

Allí veo yo el esfuerzo propio, la iniciativa, la despreocupación ante el qué dirán, tan raras en un niño de esa edad.

Ese pequeño niño se me antoja un gigante. En sus diez años, hay lo que no se encuentra en cincuenta de otros muchísimos seres: la energía.

Y de esta guisa, el niño Gregorio ahorraba a su padre indigente la compra de unas hojas de papel y, sin saberlo, daba a sus camaradas un ejemplo edificante

Digitized by Google

(¿qué digo, a sus compañeros? la daba a millares de pedagogos y de otras gentes que quieren pasar por maestros en la vida); y siendo altivo,—porque lo era —daba pruebas de bella humildad; y, en fin, merced a su diligencia, trabajaba alegremente con aquello mismo que sus compañeros consideraban desperdicios y acaso, mientras ellos se burlaban de él, se burlaba él de ellos con más razón.

Todo en uno: tener iniciativa, ser despreocupado, ser diligente, ayudar a su padre y divertirse.

Y aquí no acaba todo.

Pronto el niño, merced al curioso procedimiento que se le había ocurrido, aprendió a escribir correctamente.

Y entonces fué la ocasión de que siguiese dando nuevas pruebas de su carácter emprendedor y de su inteligencia.

Pero oigamos lo que dice él mismo:

—"Mis progresos fueron rápidos y, en pocos meses, hacía mi práctica copiando el Catecismo de la Doctrina Cristiana por el Padre Astete, varios compendios de ortografía, de urbanidad y de aritmética (que yo sabía de memoria) y vendía a los mismos niños, por un real, el catecismo y, por medio, el ejemplar de los demás compendios. A pesar de tan bajo precio, reportaba una utilidad de un cincuenta por ciento. Esta utilidad nos servía para satisfacer nuestras necesidades supremas alguna vez".

Yo confieso francamente que, al leer estos renglones, he sentido una de las impresiones más gratas, más suaves, más bellas entre las que pudieron ocasionármelas, otras lecturas, aun de los de grandes poetas y filósofos profundos.

Ese pequeño párrafo copiado no parece decir gran

Digitized by Google

cosa. Parece hasta vulgar. Es apenas la buena reminiscencia de un hombre que, recordando un episodio de su infancia, lo cuenta en forma llana y sin darle mucha importancia.

Y sin embargo, ¡cuán honda filosofía, qué enseñanza trascendental hay en esos pocos renglones!

¡Y qué regocijada sencillez al mismo tiempo!

¡Y qué dulce poesía entre aquellas frases que están hablando del cincuenta por ciento!

Hénos al niño Gregorio copiando ahincadamente los compendios de aritmética, urbanidad y catecismo, que se sabe de memoria, para venderlos después a los chicos de la escuela, a real y a medio real el ejemplar.

El trabajo seguramente es arduo. El niño debe aprovechar de todos los ratos que tiene de descanso. Debe escribir de día y de noche. De noche si es que tiene una vela o una mecha para alumbrarse. (1) ¿Qué le dirá su padre? ¿Verá con buenos ojos estos ardores de Gregorio? ¿Le estimulará acaso? ¿O acaso le dirá más bien que se modere? ¿Se alegrará? ¿Se sentirá triste?

Porque, ciertamente, ver a un niño de esa edad dándose tal labor por mucho que pueda causar una agradable sorpresa sobre todo a un padre (y a un padre pobre como lo estaba don Brígido) en realidad debiera ser siempre una cosa dolorosa.

Los niños no deben jamás trabajar mucho.

Y, en veces, ni poco.

Y luego, pensar que el pobre Gregorio trabajaba tantísimo para ganarse la miseria que ganaba...

¡Hacer diarias copias de compendios de gramática,

---

(1) Pacheco llegó a ser diestrísimo hasta en el arte de fabricar mechas, aquellas famosas mechas usadas en esos lugares, hechas con un pedazo de trapo y un trozo de sebo.

Digitized by Google

de urbanidad y de catecismo para vender cada ejemplar a un real y a medio real!

Pero, maldito si Gregorio podía detenerse ante estas consideraciones...

El se había propuesto ganar dinero y lo ganaba. Compraba el papel y la tinta para sus copias y, descontando el valor de la tinta y el papel, aun le quedaba una utilidad del cincuenta por ciento.

¡Valiente ganancia!

¿Y su trabajo?

Lo daba casi de balde.

Como se vé, el negocio no resultaba muy lucrativo para el pequeño comerciante.

Pero él estaba muy contento. Para él era gran cosa siquiera un real.

Y, en cierto sentido, bien podía tener razón.

Hay ocasiones en que diez centavos valen por mil.

Cuando el hambre muerde las entrañas, cuando el frío acomete con la sutileza de un puñal, cuando el trabajo ha dejado el organismo rendido ¡oh! entonces, unos cuantos centavos para pan, té y azúcar saben mejor que las regalías de una mesa a lo Sardanápalo y Lúculo, o el regio abrigo de un espléndido salón.

Gregorio debía, pues, sentirse muy satisfecho con los cinco o diez centavos que le daban por sus mercancías.

Y acaso, alguna vez, ganaba mucho más.

Podía suceder que vendiese más de un ejemplar por día, v. g., dos, tres o cuatro: ¡cuarenta centavos! Un dineral...

Y entonces tenía hasta para derrochar.

Porque, ya se sabe que, muchas veces, fué un gran derrochador.

Digitized by Google

XIII.

Según acabamos de ver, el niño Gregorio, ya sabía prestar, no obstante las deficiencias de su educación, una gran ayuda a su padre.

Porque, es claro que sus ganancias se las entregaba a él.

Y, desde que supo escribir, era también su amanuense así como lo era de otros vecinos del poblacho, "siempre grátis."

Y asímismo servía a su padre en cuantas otras cosas podía. El pobrecito, se ocupaba, con frecuencia hasta de la cocina.

¿Y se juzgará por todo esto que su señor padre le tratase siempre con dulzura y con amor?

No siempre.

Don Brígido, más de una vez, debió dar soberbias reprimendas y acaso también hasta azotainas al niño.

Bien es cierto que se debe pensar que el rapaz era travieso y que, en más de una ocasión, hizo rabiar de lo lindo al autor de sus días. Su misma vivacidad y su educación y su espíritu de iniciativa, era muy natural que le condujesen a ejecutar bribonadas mayúsculas.

No puedo menos, a este propósito, de apuntar el siguiente episodio, por ser también muy revelador de su carácter y temperamento.

Ocurrió una vez que, hallándose el muchacho preparando el almuerzo, no encontró a la mano un cuchillo que necesitaba para cortar una troncha de carne, y, en tal dificultad, no tuvo ningún inconveniente de coger una navaja de afeitar de su padre y servirse de ella para sus fines culinarios.

Digitized by Google

Don Brígido notó el desaguisado y entró en cólera.

¡Cómo es eso!... Servirse de la navaja!... A ver Gregorio!...

El niño no se dejó esperar. Había notado la cólera de don Brígido y, en vez de llegársele, acudió al recurso de escapar.

Y se escapó fuera de la casa.

Se escapó fuera del pueblo mismo, hasta los campos circunvecinos.

Y aquel día estuvo el pobre Gregorio vagando en el campo todo el día. Encontróse con otros chicos y todos juntos fueron jugando por riscos y quebradas. (A Gregorio le pasaba muy pronto la impresión de los malos ratos). Pronto el grupo de andarines descubrió una colmena, y allí se fueron todos. Más, como habérselas con las abejas tiene sus inconvenientes, ninguno de los muchachos se atrevía a abordar la colmena. Entonces Gregorio que seguramente era el más audaz y debía también hallarse más hambriento, quiso hacerse propietario del panal y... adelante! Nunca lo hubiese hecho. Las abejas hicieron irrupción y, bravas y enconadas, saltaron sobre las manos y la cara del chico, asaltáronle con rabia (pues no había tomado precaución alguna para cubrirse) y, en un rato, el desgraciado Gregorio, estuvo con el rostro hecho un adefesio. ¡Curioso destino! Huyendo de la rabia de su padre el niño se había ido a entregar a la rabia de las abejas. Y, entonces, el muchacho, viéndose sin la colmena y con las picaduras, no tuvo más remedio que resignarse a un curioso sistema de curación que indicó alguien de los que le vieron y que consistía en embadurnarse el rostro con barro. Con lo cual, bien puede imaginarse como estaría su cara. Y como Gregorio no se

Digitized by Google

atrevía a presentarse a su padre en semejante facha, tuvo que esperar el anochecer para volver a su casa y, sólo calculando que su padre ya estaba recogido en el lecho, entró sigilosamente en la estancia y, mientras don Brígido se hallaba dormido, el chico ocupó en silencio su pobre cama.

Al otro día, don Brígido se despertó, miró al niño que dormía a pierna suelta y, al notar el desastroso estado en que hubo quedado, tuvo el buen sentido de no ejercitar ya con él ninguna violencia.

Este sencillo episodio es bastante para hacer comprender cuál era frecuentemente la actitud del padre respecto de su hijo. Actitud en veces dura, aunque nunca llegase a extremos repugnantes.

XIV.

Como se vé, hasta aquí hay dos etapas que se destacan distintamente en la niñez de Gregorio. La una, comprendida desde su nacimiento hasta los cinco o seis años, es aquella en que el niño está junto a su madre. La otra, que se cuenta desde esa edad hasta la época que ahora voy refiriendo, es la que se caracteriza por la completa ausencia de esa buena madre en los cuidados y educación del niño. Primera etapa de vida quieta, suave, aferrada al hogar, vida femenil en que el chico va a la misa con su madre y alegra la casa con sus voceríos y por sus riñas con su hermano menor, y es el rey de la casa. Segunda etapa de vida en un todo opuesta, vida errante, sin hogar, sin madre, sin hermano; en que el rapaz pasa por toda suerte de penurias y, en vez de rey, es el pequeño esclavo de la necesidad, y

Digitized by Google

está criado a todo trapo, al sol, al viento, a la lluvia, al frío, llamando con su padre a muchas puertas y abandonado al cuidado de gentes que, por buenas que fueran, jamás podrían reemplazar el cariño maternal.

Y esas dos etapas tenían lógicamente que marcar, como en efecto marcaron, rastros indelebles en el corazón y en la inteligencia del pequeño Gregorio.

Acaso, por eso se ve ya desde esos años diseñarse claramente las principales cualidades que singularizan al niño.

Es un niño dulce, vivaz, sensible, místico; y al propio tiempo audaz, duro, resignado, enérgico.

Místico, he dicho y he aquí una de las peculiaridades de Pacheco que jamás le abandonaron.

Por que místico lo fué en niño, jóven y viejo.

Una profunda religiosidad le acompañó siempre en todos sus actos; una unción intensa, una profunda y sincera fe.

Lo que, por otra parte, veníale no solo por educación sino también por herencia.

Su padre, don Brígido, el calavera, andarín, jugador y aficionado a las mujeres, era seguramente un buen creyente. Atestígualo bien una frase que vemos en la carta aquella a que hacía referencia. En esa carta, don Brígido dice a Montellanos, que le escribe después de haber "oído la misa".

Y por lo que hace a doña Josefa, la madre de Gregorio, ya hemos visto cómo era en este respecto.

Y si aun nos remontamos más, hallaremos a su abuelo, el terco español don Pedro Leyes, que, con todo de su temperamento severo y agrio, era un ser íntimamente religioso.

¡Qué raro, pues, que con todos esos antecedentes y

Digitized by Google

luego, su misma educación, fuese Pacheco el férvido creyente que fué.

Más de este asunto hablaré, con más extensión, en otro momento.

Y en lo que respecta a la educación física, también en Pacheco se demostraron desde muy temprano sus magníficas disposiciones para seguirla en una forma que, después, hizo de él un hombre fuerte en el mejor sentido que debe darse a este concepto.

Tenido siempre al aire libre, haciendo trajines por distintos climas, explorando todos los rincones de la tierra en que habitaba, era un verdadero modelo del **boy scout.** Era ya, desde entonces, un diestrísimo jinete y era un atrevido nadador—dos deportes que, andando el tiempo, daríanle renombre singular.

XV.

Y bien: al llegar a este punto de la infancia de Pacheco, cabe hacer especial recordación de un episodio que dejó en su alma de niño profunda impresión.

Me refiero a su primer encuentro con un nuevo personaje que debía estar, más tarde y durante los períodos más culminantes de su vida, íntimamente ligado a él.

Don Narciso Campero.

Don Narciso Campero era primo hermano de don Gregorio Pacheco.

Al empezar este libro, dije, de pasada, que una de las hijas del peninsular, don Pedro Leyes—(Florencia) —fué la madre de Campero.

Tal pasó en efecto: fué en el año 1813 que vino al

Digitized by Google

mundo Narciso y tuvo la desgracia de quedar muy luego huérfano de su madre y de llevar "una niñez borrascosa, privado de los arrullos del hogar y entregado a manos mercenarias (1)".

Los primeros años de Campero, pasaron en los mismos lugares en que años después, corrieron los de Pacheco, esto es, entre Tojo, Livilivi, Nazareno y Tupiza.

Diez años después del nacimiento de Campero, fué el de Pacheco.

De suerte que Campero conoció a su primo desde los primeros tiempos de su venida al mundo.

Por eso, don Narciso dice a este propósito de don Gregorio: "Yo mayor que él con diez años y meses, le tomé tanto mayor cariño, desde su nacimiento, cuanto que, habiendo perdido a mi madre a la edad de dos meses y días, quedé hijo único".

Pero, muy pronto sobrevino la separación.

Campero fué enviado a Sucre por su padre don Felipe Campero, hermano del Marqués de Yavi, a "estudiar latinidad".

Y así, el niño Pacheco, no vió más, por largos años, a su primo.

Unicamente oía referencias de él durante aquellos tiempos de rudas peripecias por la que pasaba, según yo lo he dicho.

Más, a pesar de la distancia, un íntimo afecto de fraternidad se cultivaba entre uno y otro. El niño Pacheco tenía siempre grabado en su memoria el recuerdo de su primo y al saber de sus adelantos en las aulas, se alegraba intensamente y era su mayor deseo el volverlo a ver.

---

(1) Biografía del General Campero, por el General Ramallo.

Digitized by Google

Ahora bien. Hacía ya tiempo que Gregorio estaba, según lo hemos visto, en el pueblo de Suipacha.

Un buen día de esos, veíase a un chiquitín rubio, de ojos azules y gestos vivaces, colgándose al brazo de un mocetón muy distinto de él: esto es, moreno, de ojos negros y de maneras contenidas.

Eran Campero y Pacheco.

Eran los dos buenos primos, los dos hermanos.

El uno aún era niño; pasaba apenas de los diez años.

El otro era ya joven hecho y derecho; pasaba de los veinte.

Y por lo demás, ¡cuánta diferencia de situación y de espectativa!

Campero venía de Chuquisaca, del seno de la ilustre Universidad de San Francisco Xavier. Pacheco no había pasado de los umbrales de aquellas pobres escuelas de aldea en que apenas hallaba alimento para su espíritu ávido.

Y Campero pronto volvería a esos centros de esplendor y de cultura, a seguir con sus estudios de abogado, y a figurar, desde muy temprano, en la historia de su patria; en tanto que Pacheco, pobre muchacho, perdido allí, en esos alejados rincones, se quedaría viendo pasar sus días de hambre y desnudez por mucho tiempo aún.

Eran, pues, muy distintas las condiciones en que se hallaban los dos primos, hijos de doña Florencia y doña Josefa "las hermanas que tanto se quisieron en vida".

Y sin embargo, entrambos, al encontrarse ¡cómo se comprendieron y se amaron!

Campero había ido de paso, por aquellos días, a Suipacha, con motivo de asuntos referentes a intere-

Digitized by Google

ses y, al encontrarse con el niño Pacheco, sentíase lleno de atracción por él.

Y Pacheco, de su parte, que ya conocía desde lejos muchas de las buenas cualidades de su primo, al verlo en Suipacha, se sintió también por completo fascinado y se le mostró lleno de afecto y de la más completa decisión.

Oigamos lo que dice el mismo General Campero, recordando aquellos días de su ida a Suipacha y su encuentro con don Gregorio Pacheco:

"Con tal motivo hubo que hacer largas correrías, y cúpome estar algunos días en el histórico lugar llamado Suipacha. Cual no fué mi placer al encontrar allí a mi querido hermano Gregorio, entrado ya en la edad de la razón... Dímonos buenos hartazgos de conversación, nos espacíamos hablando de nuestra situación respectiva y echando algunas vistas sobre el porvenir".

"Su vivacidad, sus arranques de inteligencia y su sangre ligera, hicieron gran efecto en mi alma predispuesta en favor suyo".

"Su situación era mucho más desfavorable que la mía; pero, hallándome yo mismo apremiado por falta de recursos, nada podía hacer para mejorar su condición y hube de limitarme a manifestarle mi afecto y darle buenos consejos, entre ellos el de que se aplicase mucho a la lectura y escritura, como que eso podía valerle más tarde una ventajosa posición. El aceptó con el mayor agrado mis fraternales consejos, dándome muestras de profundo y sincero agradecimiento, y nos separamos prendados uno de otro" (1).

Como se vé, no pueden ser más expresivas las frases

(1) Folleto: La cuestión Guadalupe, por Narciso Campero.

Digitized by Google

que el General Campero consagra a don Gregorio Pacheco.

Y téngase en cuenta que esto lo hacía cuando ya el insigne General era viejo, en 1886, es decir, más de medio siglo después de aquel deleitoso encuentro.

Y más todavía; téngase también en cuenta que Campero lo hacía así, justamente, en momentos en que una montaña de recriminaciones y de enconos se había levantado, por desgracia, entre los dos hermanos, enconos, ¡ay! nacidos al roce de asuntos de intereses—siempre los miserables intereses, maculando las más altas noblezas!—enconos, sí, que supieron nacer en corazones viejos, en esos mismos que habían sido todo cariño, todo grandeza, todo abnegación, cuando eran corazones cándidos, corazones niños.

Pero, después de todo, estas palabras del General Campero, dichas en tales momentos, son la mejor demostración de la belleza de su alma, de su hidalguía y de la noble sinceridad con que procedía aún en los instantes en que su alma, por otro lado, se quejaba contra "el hermano".

Y de otra parte, esas palabras son también la mejor alabanza que pudo merecer Pacheco y la demostración de cómo, desde su niñez, supo hacerse simpático a Campero.

¡Y, curiosa coincidencia! Aquellos seres que así se encontraban en un retirado pueblo, aquellos dos hermanos de sangre y de afectos, y, niño el uno y el otro joven, daban vuelo libre a su calenturienta imaginación y el mayor daba al menor los más nobles consejos, y este escuchaba al otro lleno de recogimiento, aceptaba y agradecía esos consejos; y eran, en suma, dos soñadores que acaso hasta iban forjando absurdos; y,

Digitized by Google

—curiosa coincidencia—aquellos dos seres, pasados unos cincuenta años, tenían que ser Presidentes de Bolivia!

Y tenían que serlo casi al propio tiempo, el uno sucediendo al otro; Pacheco después de Campero.

Y tenían que serlo, no porque para ello se hubiesen ayudado mutuamente, no porque Pacheco hubiese contribuído a exaltar a Campero hasta un puesto tan eminente; ni porque Campero hubiese hecho lo propio respecto de Pacheco. Nó. Al contrario: sabido es que éste no vió con buenos ojos la presidencia de aquél, ni aquél miró con mejores la presidencia de éste. Subieron a ella sin prestarse ayuda alguna, como se la prestaron luenga y copiosa en sus años juveniles. Subieron a ella mirándose con enfado. Subieron a ella únicamente merced a sus cualidades personales, a su propio valer, a su esfuerzo individual. Campero, un militar eximio; Pacheco un eximio industrial; el uno bravo, terco, rígido; el otro amable, dúctil, bondadoso; aquél severo jefe de guerreras huestes listas a entrar en la batalla; éste, jefe también de innúmeras falanges de obreros listos a entrar al trabajo; pero en suma, ambos, varones de verdad, dos almas grandes.

Y, de seguro que aquel día que se encontraron en Suipacha, el joven y el niño, "al darse buen hartazgo de conversación", "al echar una vista al porvenir", de seguro que a ninguno de ellos se le ocurrió que, en ese porvenir, llegarían a ocupar el sillón presidencial.

Digitized by Google

XVI.

Pero sigamos con nuestra relación.

Hacia los trece años de edad (1836) está Pacheco otra vez separado de su padre.

Y esta vez lo está definitivamente.

Seguramente don Brígido había continuado empeorando en su situación hasta el punto de que ya no le era posible sostener a su hijo y llenar otras premiosas obligaciones, de suerte que tuvo que alejarse de su lado.

Pero, afortunadamente para Pacheco, no faltó una persona benévola que en tales circunstancias le tendió la mano y lo acogió en su hogar.

Esa persona fué el doctor Domingo Aparicio.

Hijo del Coronel don Mariano Aparicio que figuró lucidamente en las guerras de la época, era don Domingo un buen señor que residía con su familia en la hacienda de Santa Ana, no lejos de Suipacha.

Y fué allí donde pasó a vivir el niño Gregorio.

Y allí encontró, como en ninguna otra parte, un gratísimo ambiente, un verdadero nido de ignotos afectos y de futura felicidad.

Por lo que, bien puede decirse, que esta época constituye una nueva etapa muy bien marcada, esto es la tercera y última etapa de su niñez.

En efecto, fué en ese dichoso hogar donde Gregorio recibió un impulso intenso en su educación bajo el influjo del doctor Aparicio, quien, como persona cultísima que era, y ciertamente mejor preparada que el propio padre del niño, don Brígido, y comprendiendo muy luego sus buenas disposiciones, supo estimularlas

Digitized by Google

y se constituyó no sólo en su protector al darle pan y abrigo, sino, más aún, en su maestro intelectual.

Pero, aún hay algo más para marcar esta nueva etapa en la vida del niño. Fué en ese mismo hogar que él conoció una bella criatura que, años después debía ligarse a su suerte para siempre: la niña Corina, hija única de don Domingo.

Y aun cuando Gregorio no tuviese sino sus trece años y la chiquilla apenas entre cuatro o cinco, aquel dichoso encuentro debió ser acaso, sin que él mismo se lo explicase, el punto de partida de un nuevo proceso afectivo de largas consecuencias para su vida.

Pacheco, al referirse a aquel período de su niñez, dice lo siguiente:

"Más tarde, estando yo de 13 años de edad, el doctor don Domingo Aparicio (padre que fué de la señora Corina de Pacheco y sobrino político de mi padre don José Brígido), por sentimientos de compasión me tomó a su cargo y fuí a vivir con él en su hacienda de Santa Ana; allí le servía de amanuense, lo mismo que a su padre el Coronel don Mariano Aparicio".

"Puede decirse que de ahí data mi educación; porque el doctor Aparicio cuidaba de que escribiera correctamente y todas las noches hacía que le leyera en alta voz los libros que me daba, explicándome lo que creía que no estuviese a mis alcances de niño. El doctor Aparicio llegó a amarme con ternura, me trataba como a hijo, cual si el corazón le hubiera presagiado que, andando los tiempos, debía ser yo el esposo de su hija única. Más tarde tuve ocasión de saber que tenía muy alta idea formada de su protegido y que le auguraba un gran porvenir. No obstante, un año después dejé la casa por circunstancias que sobrevinieron,

Digitized by Google

pero sin que la voluntad del doctor Aparicio ni la mía, hubieran tenido parte en separarnos".

Este breve fragmento nos deja ver palmariamente la gran penetración del buen hacendado de Santa Ana. Seguramente era un hombre nada vulgar.

Y vése, además, que era un bello corazón. Trataba al cuasi huérfano "como a hijo" y se preocupaba respecto de él aún en detalles que pudieran parecer insignificantes, pero que bien revelan su benevolencia. Así, cuando sucedía que el resto de la familia tratase al niño con cierto desdén, por ejemplo, que, en la mesa no se le diese un plato igual que a los demás, él pasaba inmediatamente el suyo a su protegido. Defendíalo de todo mal tratamiento y en las tardes, cuando después de prolongados paseos, junto al hogar, hacía ejercitar la voz del chico con tal o cual canto, y al no poder éste hacerlo debidamente y sentirse avergonzado con las risas de las demás gentes de la casa, don Domingo instábale a seguir diciéndole:

—Canta no más, canta hijo mío, hasta que esas gentes se cansen.

Pero, lo que sobre todo confirma la decisión que profesaba don Domingo por Pacheco y su seguridad de que con el tiempo llegaría éste a ser realmente "una gran cosa", es lo que supo disponer en los momentos de su muerte. Esto fué en el año 1843, cuando ya hacía largos años que protector y protegido estaban separados. Para entonces, su hijita Corina debía tener unos diez años. Pues bien, el doctor Aparicio, en el instante supremo de sentir la aproximación de la muerte, llamó hacia sí a su familia y dijo que, si corriendo los tiempos y hecha ya joven la niña Corina hubiese quienes la pretendiesen en matrimonio y en

Digitized by Google

tre ellos estuviese Gregorio Pacheco, se diese siempre la preferencia a él.

¡Notable clarividencia!

Pero la familia, con esta disposición del moribundo, quedó atónita.

—¡Cómo—se dijeron—Cómo será posible casar a Corina con el "pobre Pachequito", con el "loco Goyo" con...

Y las protestas holgaron, bien que ya había quedado expresada la voluntad paterna.

Y con el tiempo, se cumplió en efecto el deseo del doctor Aparicio y, merced a él, don Gregorio Pacheco y doña Corina Aparicio hicieron una pareja venturosa.

He ahí, pues, cómo el niño Gregorio, ya desde los trece años, supo hallar también en su camino aquel hombre bueno que fué para él una ayuda que no la olvidó jamás.

Más, desgraciadamente, la convivencia del niño y de don Domingo no pasó de un año.

Surgieron por entonces sucesos graves que ocasionaron el retiro de su hacienda de Santa Ana del doctor Aparicio que de tranquilo hacendado y abogado, pasó ex-abrupto a la carrera militar.

En el año 1838 el dictador argentino Rosas había declarado la guerra al otro dictador boliviano Santa Cruz.

Con tal motivo, Santa Cruz dispuso la organización de un ejército en el sur del país bajo las órdenes del General Braun.

Y fué el Coronel Aparicio, padre de don Domingo, el comisionado para formar, como formó en efecto,

Digitized by Google

aquel valeroso Batallón 8.° que tan brillante figuración debía tener en esa campaña.

El doctor Aparicio sentó plaza en el mismo cuerpo y tomó parte en esa campaña y subsiguientes hasta 1841, en que dejó la carrera militar."

Tal fué la razón de la separación del niño y de su protector.

XVII.

De la hacienda de Santa Ana, pasó Gregorio a vivir en la del valle de Tojo.

Separado de su querido protector, el doctor Aparicio, por lo que acabo de explicar, había el muchacho solicitado y encontrado una colocación en la casa de Tojo, propiedad de la familia Anzoátegui.

El jefe de esta familia era don Manuel Anzoátegui, esposo de la marquesa de Tojo y primo hermano de Pacheco.

Fuése, pues, a vivir bajo el amparo de dicho caballero, el pobre muchacho, al cual su padre, más pobre aún, no podía prestar ayuda alguna y no hizo sino autorizarle para que obrase de esa manera.

Don Brígido, por aquel tiempo, debía estar peor que nunca.

El estado de guerra que acababa de producirse, llevó, seguramente, su situación al último extremo. El era argentino y tenía a sus hijos nacidos en Bolivia. Y justamente en la misma región que fuera el teatro de sus aventuras, de sus amores, de sus más caras afecciones, se iba produciendo un mar de enconos que debía acabar muy pronto, en copioso derramamiento de sangre argentina y boliviana.

Digitized by Google

En cuanto a la madre de Gregorio, doña Josefa, hacía tiempo que, según ya lo he dicho, había dejado la región de Chichas y residía a la sazón en Chuquisaca, donde había llevado a su hijo Agustín para que se educase en el Colegio Seminario.

Resulta, así, que el niño Gregorio estaba como si fuese un huérfano. Separado de su madre definitivamente y no viendo a su padre sino muy de cuando en cuando, estaba en verdad abandonado a sí mismo y a las gentes que, como Aparicio o Anzoátegui, tuviesen buena voluntad de acogerlo en su hogar.

Y el pobre padre don Brígido ¡cuánto debía sufrir ante esta consideración! Y el mismo hecho de que su divorciada esposa doña Josefa hubiese llevado a su hijo menor Agustín a educarse en un colegio, debía ser para don Brígido una vergüenza. El no pudo jamás hacer lo propio con Gregorio. Y Gregorio iba a llegar a la adolescencia sin que sus plantas hubiesen pisado ni aún los umbrales de un colegio. Luego, el antiguo calavera debía recordar el cuadro de su vida pasada. ¡Haber arrancado al hijo del amor de su madre para hacer que llevase con él una vida errabunda, una vida de penalidades sin cuento, para acabar, muchas veces, por abandonarlo a manos extrañas! Todo esto, seguramente, amargó profundamente los últimos años de aquel padre infortunado.

Pero, don Brígido ya no sobrevivió a tal estado de cosas.

Murió.

Murió quizás llevando ante su vista, al partir de este mundo, la visión de cosas negras y acongojado por el pensamiento de que dejaba a su hijo solo y en la miseria.

Digitized by Google

¿Quién, entonces, hubiese podido decirle que, corriendo los tiempos, ese hijo estaba destinado a ser multimillonario y a escalar el sillón presidencial?

XVIII.

Huérfano Gregorio de su padre y desaparecida definitivamente hasta esa sombra de autoridad paterna que todavía pudiera seguirle en su carrera, ya no tuvo, en adelante, más que preocuparse de seguir solo en la lucha por la vida.

Tenía ya más de catorce años e iba a llegar a la adolescencia.

Y en tal edad, todo lo mejor de sus aspiraciones, se había cristalizado en esta fórmula: saber; aprender cuanto pudiera de bueno; cultivar su inteligencia.

Afortunadamente para él, en Tojo, existía una buena biblioteca.

Don Manuel Anzoátegui, persona cultísima, cual convenía a su posición, se había preocupado de llevar a aquellas soledades del valle de Tojo, un buen nutrido caudal de libros.

Y con esto, el niño Gregorio no tuvo sino para escoger, ayudado benévolamente por su primo.

Naturalmente, desde su llegada a Tojo, Gregorio servía a don Manuel, en aquello en que ya estaba muy familiarizado; esto es, era su amanuense, como lo había sido de su padre y del doctor Aparicio y aún de todos los tinterillos de los poblachos en que residió ahora. Y además, en Tojo, el muchacho hacía de contador, ayudando a su primo "a llevar los libros de sus sencillos negocios". Negocios que consistían, en lo

Digitized by Google

principal, en la venta de productos agrícolas y de mercaderías de ultramar.

Mas, en todos los momentos libres que le dejaban estas ocupaciones, Gregorio se dedicaba con ahinco a la lectura de todos aquellos libros que podía haber a la mano de la biblioteca de Tojo.

Y Anzoátegui, que pronto se dió cuenta de los empeños y buenas disposiciones del muchacho, supo, como hombre ilustrado y de "sano juicio" que era, estimularlo debidamente desde el comienzo. Así fué cómo se le ocurrió, por ejemplo, enseñarle el latín. Era don Manuel "un notable latinista". Gregorio se entusiasmó. Saber el latín para él, que no había llegado a ningún establecimiento de enseñanza, debía ser una gran cosa. Por eso dice él mismo, refiriéndose a su primo: "Principió a enseñarme gramática latina por Nebrija; me contraje al estudio de tal manera que a los tres meses hacía oraciones correctamente en latín, pues, por este medio, creía yo entrever el cielo abierto para colmar todas mis aspiraciones, reducidas al cultivo de mi inteligencia, ayudado con la lectura de la librería que tenía a mi disposición".

Pero, he aquí que a don Manuel, en vista de las magníficas disposiciones que demostraba Gregorio, se le había ocurrido un pensamiento peregrino: hacer del muchacho un cura.

¿Por qué no? Para ello, mandaría por su cuenta, don Manuel, a su pequeño primo a Sucre, a continuar sus estudios para la carrera del sacerdocio.

Propúsole, pues, tal cosa, y entonces Gregorio quedó consternado.

¡Nó! ¡No había sido para tanto sus entusiasmos!

¿Cómo era posible que estudiase para cura un mu-

Digitized by Google

chacho que tenía, como él, un temperamento tan vibrante, una sangre ligera, y marcadas tendencias a una vida aventurera y romancesca? ¿Un muchacho que, por mucho misticismo que tuviese, no era el misticismo que debe estar trajeado con las sotanas? ¿Un muchacho que, andando el tiempo, llegaría a rendir un culto harto notable al amor de las mujeres?

De ningún modo aceptó, pues, Gregorio, la proposición de don Manuel. Ni aún le tentó la espectativa de cambiar de ambiente, de ir de aquel rincón de Tojo a la ilustre Charcas, a nutrir su cerebro ávido de ciencia y de luz. Ni le intimidó tampoco la idea de contradecir la intención del mismo ser que le protegía y le ayudaba con su dirección intelectual. Y, entonces, también manifestó siempre el muchacho la entereza que en tiempos atrás había mostrado con otras personas.

—"Le agradecí—dice—en el alma (refiriéndose a don Manuel); pero, incapaz de engañarlo, le declaré.. que prefería ser jornalero.—A trabajar, entonces, amiguito—me dijo, y continué sirviéndole de dependiente honorario durante cinco años, término en el que empezó a interesarme en sus negocios".

Y de esta manera interrumpió Gregorio sus estudios de latinidad y aún otros de índole conexa, y, en adelante, tuvo que dedicarse al trabajo, a ese trabajo a que se había referido don Manuel y que no era otro que el muy prosaico de aquellos retirados campos, que consistía en ir rondando las **chacras** para impedir las depredaciones del ganado, en pasar en el mostrador horas enteras vendiendo tal cual mercadería o escribiendo guarismos en los libros de cuentas; en vigilar y aún trabajar él mismo en diversas faenas manuales

Digitized by Google

de la casa, construcciones, defensivos, barbechos, etc.; y en fin, hasta en ocuparse de cuidar los niños del patrón.

XIX.

"Cinco años estuve de dependiente honorario"...

En esta sencilla frase que parece que no dijese mucho, se encierra seguramente toda una odisea.

Cinco años era un plazo más que suficiente para poner a prueba una voluntad férrea.

Y Pacheco supo mostrarla sin desmayo.

Pero, sobre todo, este lapso de tiempo en la existencia de mi héroe tiene un interés singular en el punto de vista biológico.

Adviértase que en ellos se extingue su niñez y transcurre su adolescencia y llega su juventud.

El que había entrado a la casa de Tojo, niño, debía salir de ella joven.

Es el período de las grandes crisis, de las transformaciones orgánicas en que el hombre está expuesto a tales contingencias en su ser afectivo y psíquico, que, a no ser ayudado por una dirección inteligente y afectuosa, bien puede precipitarse en el abismo de la perdición moral y aún física.

El niño, al entrar a la pubertad, siente aparecer en él algo enteramente nuevo y hasta terrible, algo como un monstruo indómito que ha de tratar de subyugarle enteramente a sus caprichos.

Lo sexual prima, y en consecuencia, tienen que resentirse substancialmente el estado mental y emotivo de nuestro ser.

Digitized by Google

Desgraciadamente, tal período trascendental en la vida humana no es siempre tenido en cuenta por quienes siguen las acciones e ideas de tal o cual personaje, para juzgarlo; y aún dentro de la misma pedagojía, en que debiera tener este asunto un lugar considerable, apenas si es entrevisto en forma enteramente deficiente o aún errónea.

Por mí, volviendo a mi personaje, creo que aquellos cinco o seis años de su permanencia en Tojo fueron los que determinaron para siempre su figura íntima y exterior y dieron a sus tendencias, el sello que tendrían siempre en el porvenir.

Allí debió sentir el adolescente sus primeros amores, sus nostalgias, sus sueños.

Aquel campesino paisaje del Tojo, aquellos muros de la antigua casa solariega de una familia de títulos nobiliarios, aquellas gentes que en su redor veía el jovencito, serían seguramente los testigos, y aún los inspiradores, de sus veleidades de soñador y enamorado.

Y ahora bien, no obstante esos cambios que natural e imperativamente tuvo que sufrir Gregorio, en su organismo, supo mantenerse firme y paciente dentro del rol a que voluntariamente se había sujetado.

Esto, de suyo, ya es una prueba patente de su energía individual demostrada desde niño, y sobre la que he insistido más de una vez.

Ya he dicho que, una vez que Pacheco no aceptó la proposición de Anzoátegui, de estudiar la teología en Sucre, resolvióse en cambio, ejercitar mil otros papeles, algunos de ellos hasta contrarios a su altivez.

Ya no sólo era amanuense de don Manuel, ni contador, ni vendedor de mercaderías.

Digitized by Google

Era hasta una especie de sirviente. Era hasta "guagüero". (1) El señor Anzoátegui púsole alguna vez en el caso de cuidar a uno de sus hijos menores, un pequeñín, que debía mortificar mucho al adolescente. Años después, Pacheco, cuando ya era inmensamente rico, en una carta notable escrita a su hermano Agustín, con motivo de ciertas quejas de éste, decíale entre muchas otras cosas estos párrafos que copio porque vienen a cuento:

"Formemos un paralelo entre tú y yo. Para ello quiero prescindir de las desgracias de mi infancia, de la desnudez y el hambre en grado superlativo. A tí te consta que he principiado la carrera de mi vida de mozo sirviendo a la mano haciendo los mismos servicios que hoy exijo de mis domésticos con la diferencia de que a éstos les pago bien y a mí no se me pagaba sino el pan que me servía de alimento; pero, con la diferencia también de que, aunque sazonado frecuentemente con amargura, lo tomaba en la mesa junto con mis amos. Al fin de esta situación se me hizo descender a ama seca encargándome la lactancia de un niño; soporté esta humillación que hasta ahora me duele, porque contrariaba mi carácter viril, y porque mi fatal destino hacía que el mundo no me dejara entrever ni la más remota esperanza que remediara mi adversa suerte. A esta época, que **yo llamo el principio de la carrera de mi vida,** corresponde con exactitud en el tiempo, a la época en que tú, mimado por **dos madres,** que vivían para tí, consagrándote su vida y su trabajo, cultivabas tu inteligencia en los Colegios de Sucre y de Oruro. Es notablemente curioso que, en esas mismas circunstancias, hubieras tenido un

(1) El que cuida a los niños.

Digitized by Google

hermano que ensayaba la ciencia de la lactancia de los niños".

"Segunda época. Mayordomo honorario. Felicidad impensada, no sólo por la confianza que se me hacía, sino porque me había librado del denigrante oficio de hembras para emprender el de varones".

"Al cabo de tres años, se declara propicia la fortuna. Recibo en premio de mis servicios honorarios, diez cargas de sembradío de trigo, para cultivarlas de mi cuenta, lo que importaba, a $ 3 la carga de arriendo máximum en esa época, la enorme gratificación de 30 pesos al año, que mi industria supo multiplicar. No es esto sólo: hubo un precedente en el primer año. Un negocillo de burros en Sucre, que me dejó una utilidad líquida de $ 40. He ahí el hombre más feliz de la tierra! Apenas podía creer en mi felicidad, viendo, tocando y palpando y contando esos 40 pesos, 40 veces al día acariciándolos y durmiendo entre ellos!

"Continuación. Protección locamente decidida de la fortuna. Ya soy comerciante. 600 pesos de habilitación en mercaderías!... ¿Cómo imaginarse tanta confianza? y con una **tercera parte de las utilidades** que ellas produjeran. Aunque en limpio importaba que giraba con 400 pesos para mis socios Manuel y Vicente Anzoátegui y con **200 para mí,** pero no importaba... No era posible equivocarse; fuimos por grados, muy lentamente, transcurrieron muchos años.. de asiduo y perseverante trabajo, de privaciones sin cuento, de sacrificios, el de la vida inclusive, expuesta mil veces. Y no obstante, he caído y me he levantado muchas veces; he luchado con la adversa suerte; he visto asomar ya a las puertas de la mendicidad a mi esposa y a mis cinco hijos; he sufrido lo que sufre un pa-

Digitized by Google

dre en semejante situación, desahogándome con lágrimas de sangre... pero no me he rendido en la lucha, hasta que después de larga y penosa prueba, Dios me tomó bajo su protección, cuando los hombres todos me dieron vuelta las espaldas y no encontraba el más pequeño auxilio, el más insignificante socorro de parte de nadie. Tal es en compendio la historia de mi vida en cuanto a bienes de fortuna".

Confieso que esta carta es una de las que más me ha impresionado entre las muchas que he leído de Pacheco. Hay en ella yo no sé qué de patético y a la vez risible, de tan profundamente humano, que, al leerla me acuerdo al momento de ciertas páginas, nada menos que de Shakespeare. Lástima no poder copiarla íntegramente, pero se trata de una carta larguísima de más de 20 páginas escritas con la letra menuda y ceñida de Pacheco, y además hay frases que aparecen ilegibles por defectos de la mala impresión de esta carta en el libro copiador. Pero, los pocos párrafos transcritos me parecen suficientes para revelar de un solo golpe la personalidad de mi héroe. Y aún el mismo hecho de tratarse de un documento de carácter enteramente íntimo y en el que Pacheco no pensó adornar el pensamiento ni limar la frase, constituye otra ventaja para que el lector, cual me pasó a mí, sorprenda al desnudo, vamos al decir, a esa personalidad.

Y ahora bien, por varias de las frases de esta carta se echará de ver cómo Pacheco, no obstante su vida expuesta a todo género de pruebas, era un joven extremadamente pundonoroso. Tenía sus exageraciones, sus pudores singulares. Aquello de que se le pusiese al cuidado de un niño de pecho, que para otras personas

Digitized by Google

no hubiese tenido mayor importancia, para él asumía las proporciones de verdaderos insultos a su dignidad de varón.

***

Y aquí cabe volver a rememorar sus mismos antecedentes hereditarios.

Nieto de un bravo hombre como lo fué don Pedro Leyes y de una dama neurótica como doña Juana Madariaga, que acabó por volverse loca, y descendiente por su padre de una antiquísima progenie de gentes guerreras y movedizas, llevaba, naturalmente, en su temperamento varias de las peculiaridades de sus antepasados, ya atenuadas por la educación, ya latentes o ya exacerbándose por factores ocasionales.

Y aquellas mismas cualidades que apuntaba yo, acerca de su niñez, era lógico que tuviesen su mayor florecimiento en la época a la que me voy refiriendo.

El adolescente, el joven, seguían teniendo, quizás con más acentuación, las cualidades antagónicas del niño.

Gregorio era a la par vivaz y a la par paciente; terco en veces y en veces dotado de una ductilidad extraordinaria; sereno y a la vez fogoso. Ya el general Campero se había fijado en su "sangre ligera" desde que lo conoció de apenas 10 años. Otros admiraban su tezón, su perseverancia. Alguien llamó "maravillosa" su actividad. No faltaba quienes le acusasen de mentecato, de casquivano, de precipitado. Ni faltaba tampoco quienes le señalasen, admirando sus actos de abnegación, de calma, de magnanimidad.

Digitized by Google

En fin, sucedió lo que tenía que ser. Gregorio tuvo su apodo; y ese apodo fué el de **loco.**

XX.

Loco!

Sí, loco debía ser para muchos de los que conocían sus antecedentes ancestrales y establecían relaciones de causalidad entre ellos y su temperamento, y loco también para aquellos que, sin conocer tales antecedentes, encontraban en sus maneras de pensar y de obrar lo que no es del común de los que se llaman cuerdos.

Y el loco, entre tanto, sin darse por ofendido por tal calificativo, o aún aceptándolo de buen grado, iba por su camino, cumpliendo su misión y mostrando, cándido y expontáneo, sus cualidades ya conocidas o ya también otras nuevas.

Y ya que ahora vengo tratando de su entrada a la juventud, es del caso indicar las más salientes de esas cualidades, los rasgos que más caracterizaban su personalidad.

Uno de esos rasgos era su marcada afición por las matemáticas o como después dijera él, su "pasión or meros".

Y a fé que, en la casa de Tojo, había hallado un campo abonado para cultivar tal afición.

El hecho de ayudar a Anzoátegui a llevar sus libros de cuentas, aunque ellas no fuesen de lo más complicadas, habíale acostumbrado al orden y a la claridad y además, eso mismo debía suscitar en su imaginación valientes combinaciones numéricas.

Digitized by Google

Quién sabe si, ya desde entonces, el muchacho que no contaba ni con un peso en el bolsillo, hacía en su cabeza operaciones fantásticas y ya se entretenía a este propósito en cosas que más tarde realizaría en el hecho.

Recordemos aquello que dijo con referencia a números: "si hubiese tenido la fortuna de poder estudiar aritmética, pienso que habría hecho progresos en tan importante ramo de los conocimientos humanos".

Pues bien, sin tener esa fortuna, hizo, no obstante, tales progresos en uno de los campos más prácticos de la ciencia de los números, que ya quisieran hacerlo muchos de los que andan estudiando matemátic a toda su vida. Pacheco, en efecto, llegó a hacer un día combinaciones numéricas por millones de pesos, mientras hay insignes matemáticos, contadores eximios que nunca llegan a contar algunos cientos de monedas puestos unas sobre otras en su bolsa.

Esta afición a los números nos explica también la facilidad y perspicacia que llegó a tener Pacheco en asuntos comerciales, cosa que, por otra parte, se le había ya revelado muy claramente desde su niñez.

Recuérdese aquellos tiempos en que, a los diez u once años apenas, siendo escolar en Suipacha, vendía a sus compañeros las copias que él mismo hacía de compendios de Aritmética, Urbanidad, Gramática y Catecismo, a un real o a medio real el ejemplar. Eso ya era el primer esbozo del futuro hombre de negocios. Aquel pequeño comerciante, que negociaba con algunos centavos, estaba después destinado a manejar millones. Aquello era un anuncio, una revelación.

Y ahora, en la casa de Tojo, el niño ya adolescente

Digitized by Google

y después joven, cuántas veces sabría entretenerse forjando proyectos peregrinos, soñando en ser algún día un gran capitalista, él que apenas era un pobre empleadillo sin emolumento alguno, durante aquellos cinco años que trabajó en una y otra forma, para su primo don Manuel Anzoátegui!

Y cuánto no se alegró, cuando al fin, después de esos cinco años, hecho ya joven, y ya no imaginariamente, sino en forma real, tanjible, pudo empezar a contar no sólo cinco o diez céntimos como en niño, sino treinta y cuarenta pesos "que su industria sabía multiplicar". ¿No hemos visto como él dice de sí mismo: "He ahí el hombre más feliz de la tierra! Apenas podía creer en mi felicidad viendo, tocando y palpando y contando esos cuarenta pesos cuarenta veces al día, acariciándolos y durmiendo sobre ellos". Y aun añade: "Ya soy comerciante, seiscientos pesos de habilitación en mercaderías!... ¿Cómo imaginarse tanta confianza? y con una parte de las utilidades que ellas produjeran. Aunque en limpio resultaba que giraba con cuatrocientos pesos para mis socios Manuel y Vicente Anzoátegui y con doscientos para mí, pero no importaba"...

Como se vé, el aficionado a los números se contentaba entonces, en su vida de Tojo, con apuntar cifras muy modestas, cifras en verdad miserables, que digamos. Y, sin embargo, cómo detrás de esas cifras ya iba asomando la garra del león!...

***

Otra de las peculiaridades que mostró Pacheco en esos tiempos fué su afición a la vida militar.

Digitized by Google

El que no había querido hacerse cura, soñaba en ser hombre de guerra. Las sotanas nunca le habían gustado, pero le atraían decididamente los galones, las charreteras, los sables y demás arreos marciales.

Más de una vez se le vió aferrado a la idea de alistarse en alguna de las fuerzas que se acantonaban en las cercanías y hasta era una obsesión en él, por temporadas, irse de soldado a lejanas tierras. Buscaba la amistad de los militares y aún por razón del contacto con ellos incurría "en travesuras ajenas a su edad y condición". Doña Clorinda Matto de Turner, dice a este propósito:

"Se me figura que el travieso la daría de enamoradejo y faltón de la casa; pues, cuéntase que el capitán don José María Urbina, que más tarde llegó a ser Presidente del Ecuador, acantonado algún tiempo en Tupiza, mozo alegre, hombre de pelo en pecho, decidor, bromista y amanerado con educación de cuartel, sujería calaverada y media a Pacheco, riendo y celebrando las **gracias**".

Por lo demás, a Gregorio, la inclinación a la vida militar se le había despertado desde niño y acaso también sería una de sus tendencias íntimas en toda su vida. Un batallón marchando a paso rítmico le llenaba de encanto. Un toque de corneta hacía vibrar su alma juvenil. Las bandas militares rompiendo en sus bélicas sinfonías fueron siempre su encanto hasta en los tiempos de su vejez.

Y tal afición a la carrera de las armas, naturalmente es muy explicable en Pacheco, no sólo por los factores ancestrales a que antes he hecho referencia, sino también por la misma sugestión que debían producir en él los relatos que oyera desde niño de las hazañas

Digitized by Google

realizadas por los guerreros que vivieron en otros tiempos y aún de lo que pasaba a la sazón en Bolivia y muy singularmente en la misma región de Chichas, donde se había criado Pacheco, región de innúmeros hechos de sangre y que, por la bravura de sus hijos, llegó a ser llamada la "Vendée de Bolivia".

Más, estas tendencias de Gregorio a la vida militar nunca tuvieron ayuda ni aprobación de ninguno de los suyos.

Los mismos Aparicio, padre e hijo, no obstante su carácter de militares, o quizás por esto mismo, como conocedores que eran de los inconvenientes que lleva anexos la vida del soldado, jamás quisieron estimular en Gregorio esas tendencias y, más bien, le indujeron siempre a alejarse de ellas.

De manera que él, mal de su grado, no tuvo más remedio que resignarse a no vestir el uniforme de guerrero, ni dar muestras como tal de su resistencia y coraje.

***

Y en cambio, en contraposición a estas aficiones militares de Pacheco, recordemos su antipatía por la carrera sacerdotal.

Y aquí cabe también hablar a propósito de tal antipatía, de otra de las características de Pacheco: el misticismo.

Recuerdo que sobre este tema ya dije algo al hablar de su niñez.

Ahora, ese rasgo de su carácter no hizo sino continuar y acentuarse más en él, al entrar en la juventud.

Lo que es fácil explicarse, no sólo por las influencias raciales tantas veces indicadas, sino también por

Digitized by Google

la misma crísis sexual que, con el cambio del niño en el joven, experimentaba mi héroe, ya que es cosa probada la singular influencia que tiene la evolución de la sexualidad en las manifestaciones místicas de muchas gentes.

Pacheco mozo, era profundamente devoto en materias del culto religioso, como lo seguiría siendo hasta el fin de su existencia.

Según lo cual, llevando estas peculiaridades que marcharon paralelamente en su organismo, tendríamos en él un nuevo ejemplo del místico sexual.

Pero, también, a propósito de misticismo religioso, cabría apuntar en este sitio una influencia exterior que debía ejercitarse frecuentemente en Pacheco: la de su tío el famoso canónigo don José Andrés Pacheco y Melo, hermano de don Brígido Pacheco, padre de don Gregorio.

La escritora Clorinda Matto de Turner, a quien tengo que citar con harta frecuencia, por ser su obra biográfica sobre Pacheco la más considerable de todas las que se han escrito, dice lo siguiente:

"Algunos años pasó el jovencito Pacheco en compañía de su tío don José Andrés, quien se complacía con la viveza infantil de su sobrino, pero tuvo que lamentar repetidas veces las consecuencias de las compañías que sujerían a Pacheco travesuras ajenas a su edad y condición, haciendo fruncir el entrecejo al virtuoso sacerdote".

Por mi parte, yo he tratado inútilmente de constatar este aserto de la insigne escritora, controlando los documentos que tengo a la vista y ateniéndome tanto a los datos verbales recogidos en la propia familia Pacheco, como de ancianos respetables que saben de

Digitized by Google

estas cosas. De esos datos, resulta que Gregorio jamás pasó algunos años en compañía de su tío Andrés.

Ya sabemos que desde los trece a catorce años vivió en la casa de Tojo hasta los veintiuno junto a don Manuel Anzoátegui, su primo.

Supongo, pues, que la afirmación de doña Clorinda se refiere (y así se debe entender), únicamente al hecho de que Gregorio pudo pasar algunas temporadas en la misma casa de Tojo con don José Andrés, cuando éste llegaba allí en sus frecuentes andanzas por la región.

Más, sea lo que sea de ello, no creo que al canónigo Pacheco y Melo hubiese influído en la propensión mística de Gregorio.

Desde luego está visto que, ni con esa influencia supo Gregorio aficionarse a la carrera sacerdotal.

Y más bien, se nota que le hacía fruncir con "frecuencia el entrecejo" a su tío con sus "travesuras". Esas travesuras eran seguramente travesuras amorosas. Es decir, ocasionadas por el factor sexual.

De manera, pues, que venimos a parar siempre a la tésis que sostengo de que la razón primordial para el misticismo de Pacheco estaba, más que en influencias exteriores, en la propia evolución biológica de su organismo, en su temperamento así formado por factores de raza y sólo en último lugar por las influencias del medio exterior.

***

Y en fin, para concluir esta reseña de los principales rasgos de Pacheco joven, quiero fijarme en aquello que a mi juicio es más notable y simpático en él.

Digitized by Google

He nombrado su tendencia irresistible a la filantropía; su desinterés, su bondad.

Ya sabemos cómo esta cualidad se reveló desde su niñez, cuando ayudaba a su padre en la escuela, y le cedía abnegadamente hasta el último centavo que podía ganarse con un trabajo heroico. Y sabemos el desinterés con que se prestaba a servir de amanuense aún a los extraños, trabajando por ellos en la escritura, "gratis siempre". Pero lo que no sabemos, son otros actos que el niño debía realizar continuamente en esos tiempos, esos actos que pasan desapercibidos, actos anónimos llenos de belleza, que cumplen las naturalezas buenas, sin fijarse, sin creer que han hecho algo digno de alabanza.

Ahora, en su juventud, Pacheco, no tenía sino que ser la continuación del niño en este respecto.

Claro que, tocante a recursos materiales, él no los tenía para ejercitar en esa forma la filantropía. El era un pobrecito muchacho que, por caritativo que fuere, no tenía ningún dinero para prodigarlo a quienes le causaban compasión. El estaba más en situación de recibir que no de dar. Pero, en cambio, si él era un infeliz de la bolsa, "un pobre diablo", era un ser riquísimo, de grandes sentimientos, un corazón desbordante de generosidad. El estaba siempre listo a la abnegación, al sacrificio por los otros. El podía ya lanzarse al agua para salvar a un hombre que se estuviese ahogando.

El, como siempre, se interesaba por los desheredados, por los indefensos, por las mujeres, por los niños. Y ya que no podía ofrecer a esos seres los caudales de oro que derramara después en obras de beneficio, sabía en cambio dar otros caudales aún más bellos de

Digitized by Google

afecto y de simpatía. Entonces mismo, ya era un gran filántropo. Filántropo de sentimientos. Cultivaba la bondad. Cultivaba el arte bello de dar, siquiera con sus palabras o arranques impulsivos, un poco de felicidad a quienes creía que no la tuviesen. Y cultivaba la regla, imposible para otros, de devolver bien por mal, la regla budista, la regla cristiana que solamente las naturalezas demasiado grandes pueden practicarla. Una vez, un hombre que le tenía mala voluntad abusó de él al verlo niño e impotente para defenderse y esgrimió contra él un látigo y le afrentó. Puede calificarse cuánto sufrió el muchacho, dada su exquisita sensibilidad. Pues bien, pasado algún tiempo, hizo la casualidad que el mismo hombre fué a acogerse, perseguido por la justicia, bajo el techo de Pacheco y se dirigió a él mismo pidiéndole socorro. Y Pacheco que entonces podía vengarse ampliamente, acogió con lástima a su enemigo y le salvó de sus perseguidores.

XXI.

Y en lo referente a la educación del cuerpo, he aquí otro punto importantísimo en que se dejaron ver notablemente las cualidades de Pacheco en el tiempo a que me refiero.

Sin dirección alguna, sin maestros, sin consejo, supo cumplir ampliamente eso que constituye la fórmula de dicha educación: ser un hombre fuerte.

Ya sabemos que, desde sus primeros años, fué un modelo de **boy scout,** un pequeño explorador que conocía palmo a palmo todos los rincones de su tierra

Digitized by Google

y que, llegada la ocasión, se prestaba del mejor talante a contribuir con su esfuerzo infantil en tal o cual objeto. Ahora, seguía las mismas prácticas y puesto que iba aumentando gradualmente en vigor y resistencia, se daba con pasión a todos aquellos deportes que estaban a su alcance.

Y fué así cómo llegó realmente a ser un hombre fuerte.

Fuerte en el sano sentido de la palabra. Fuerte en todo su organismo. Fuerte, no deforme. Es decir, no sólo fuerte en limitadas esferas corporales, no fuerte a lo saltimbanquis, sino íntegramente tal, con el vigor bien repartido en todos sus aparatos orgánicos.

Y no puedo menos de señalar a este propósito dos de las principales cualidades en que supo distinguirse de especial manera y una de las que le dió ocasión, muchos años después, para cumplir actos notables de resistencia física y de valor moral.

Me refiero a la equitación y a la natación.

Como hombre de a caballo, Pacheco, sencillamente, no tuvo igual.

Y nótese que era así precisamente en su país en el que todos son diestrísimos jinetes, en un país en el que hay que acometer verdaderas hazañas de coraje y destreza, para poder sobresalir entre los demás. Y es claro que contribuyeron a tal resultado no sólo sus aficiones naturales sino la misma necesidad.

En la casa de Tojo, según ya he dicho, uno de los oficios que debía llenar con más frecuencia era cuidar las sementeras de la hacienda contra los daños del ganado. Saltaba para ello el joven Pacheco en cualquier animal, ya fuese un mulo indómito, ya un caballo brioso, las más veces en pelo, ya de día o con más

Digitized by Google

frecuencia de noche, en la lluvia, el sol o el viento; y, lleno de bravura se lanzaba por todos lados ahuyentando a las bestias dañinas; ora echaba a su caballo a galope si el terreno lo permitía, ora obligábale a dar descomunales saltos por sobre obstáculos, muros, fosos, pedrones, troncos; ora dirigíale como a un cabrito por riscos y peñascales. En fin, realizaba, sin saberlo el mismo, verdaderas maravillas en este deporte.

Y se comprenderá que, después de tales ejercicios, ya para él los de mero recreo, eran cosa facilísima. Hubo un tiempo en que nadie se atrevía a hacer una apuesta con él en tales cosas, ni nadie le igualaba como domador. He oído contar a este propósito cosas realmente sorprendentes.

El otro deporte que he querido señalar, es, según ya lo dije, el de la natación.

En el agua también, como sobre el lomo de un animal salvaje, el joven Gregorio sabía ejecutar admirables pruebas de resistencia y de habilidad. Ya fuese esa agua la onda arremolinada de un remanso en el cual es tan fácil ser tragado aún para los nadadores expertos; ya fuese el cauce ancho en que rebalsa el caudal de un río en avenida; ya la corriente estrepitosa de un torrente que arrastra piedras y troncos, el atrevido nadador arrojábase sin miedo, muchas veces por puro pasatiempo, gozándose también en domar con su fuerza y destreza a la onda "pérfida", tal como sabía domar a un potro.

Y fué, justamente, merced a esta cualidad adquirida por él desde sus primeros años, que más tarde Pacheco, ya hecho hombre—y hombre maduro—

Digitized by Google

llegó a salvar más de una existencia que se hallaba en peligro de perderse.

Así hemos visto al comienzo de este libro, cómo salvó en Valparaíso a un niño que se iba ahogando en el mar.

Así también, años después, salvaba en el río Cachimayo a otro hombre (el Dr. Eguía, Ricardo).

¿Pero qué mucho había de ser? ¿No se le vió alguna vez, aún en cosas de mero juego, lanzarse al agua y realizar verdaderos prodigios? Cierta vez, siendo aún muy joven y hallándose en Cinti, había, al pasar con otros compañeros, visto a una hermosa mujer que se estaba bañando en un río. Pacheco, al mirar aquel cuerpo desnudo no pudo contener un requiebro atrevido. Llegó a decir a la bañista que estaba tan graciosa, que le daban ganas de lanzarse al río a darle un beso. Ella, tomando acaso, como una fanfarronada aquel arranque, rióse y dijo que "a ver, hiciese la prueba". Y dicho y hecho. Pacheco, vestido como estaba, lanzóse al agua, dirigióse a la dama y, audaz aunque discretamente, estampó sobre ella un beso. por mucho que ella misma tratase de esquivarlo.

XXII.

Pero, he aquí que, al ir remarcando las principales características de Pacheco, me encuentro con algo que me llama sobre manera la atención y que no puedo menos de consignarla en esta parte de mi libro.

Me refiero a la manera de ser de Pacheco con su madre.

Porque en esta alma delicada, que demuestra desde

Digitized by Google

sus primeros años tan altos sentimientos, no se vé esa ternura honda, esa decisión completa que otras almas de igual índole supieron mostrar por el ser que es para el hombre la encarnación de lo más caro, puro y hermoso.

Yo no sé si estoy equivocado—y ojalá lo estuviera—pero la verdad es que, después de todos los datos que he recogido sobre este asunto, he llegado a la conclusión que me parece chocante, de que Pacheco, como hijo, tratándose de su madre, no fué lo mismo que fué como padre.

Fué muchísimo menos.

No que yo trate de negar en él la afección del hijo respecto del ser que le llevó en su seno; pero el hecho es que no hallo en esa afección la intensidad, y hasta el exceso, que era de esperarse en un ser de estructura afectiva tan exquisita como la suya.

Vanamente he buscado en su correspondencia íntima alguna prueba en contrario de lo que afirmo. Vanamente, Pacheco en esa correspondencia se muestra siempre con un corazón profundamente cariñoso por los suyos. Tiene cartas admirables de atención, proligidad y cariño con su esposa y sus hijos. Las tiene para sus amigos y aún para los extraños. Pero no así con su madre, cuando ella vivía.

Y después que ella murió, tampoco en la profusa correspondencia de mi héroe, he hallado algún dulce recuerdo, alguna referencia amorosa para ese ser de cuyos brazos fuera arrebatado en su primera edad.

Y por cierto! todo esto me ha producido una impresión ciertamente lamentable. La impresión que causa un descoyuntamiento. La de ver un borrón feo sobre

Digitized by Google

un hermoso cuadro; o de oir una nota falsa en una hermosa sinfonía.

Y ahora bien, si todo es verdad, si Pacheco fué un hijo indiferente con su madre, es natural preguntarse: ¿cuál pudo ser la causa de esa indiferencia?

¿Habrá quizá en eso algo que yo no pude descubrir?

O sería sencillamente por el hecho ya relatado de la separación de su madre cuando Pacheco era apenas un niño de pocos años?

Esto es lo que me inclino a creer. Una vida de completo alejamiento como la que se vió obligado a llevar desde que fué separado de su madre, debía naturalmente producir el decrecimiento del cariño filial y aún el despego, ya que tratándose aún de afectos tan elevados como el amor a la madre, no hay que considerarlos simplemente como un impulso instintivo o invencible, sino que también, y acaso como elemento primordial, hay que hacer intervenir en esto la educación.

Esto hasta cierto punto podía excusar a Pacheco, pero, después de todo, para mí, tal manera de ser constituye una de las pocas máculas en el capítulo sentimental de su vida, por lo demás, tan bella.

Porque, en efecto, yo no puedo olvidar que Pacheco estuvo en los primeros años de su niñez bajo el amparo directo de su madre. Desde su cuna escuchó sus arrullos. Y hasta los cinco o seis años fué el objeto de sus mimos, y de sus caricias, de su amor. Recuérdese lo que a este propósito decía yo en los comienzos de este libro. Y aún cuando, después hubiese sido violenta y definitivamente separado de ella, bien podía quedar, en su corazón, ese íntimo sedimento que impulsa al hombre a regresar a lo que fué, a expresar su nos-

Digitized by Google

talgia de una dicha tan temprano perdida, a mostrar en fin, esa atracción que inspira ese ser que es lo más caro y lo más puro en la vida (1).

***

Y por lo que hace a doña Josefa, la madre de Pacheco, inclínome a creer que, no obstante el desvío e indiferencia de su hijo, siempre conservó por él un afecto íntimo que llegaba a llenar las viscisitudes de su accidentada vida. Tal me lo decía, no hace mucho en Livilivi, una buena viejecita que había tratado mucho a doña Josefa, y que, no obstante ser octogenaria, conservaba completa lucidez cerebral, para suministrarme datos desde hacía unos cuarenta años.

Doña Josefa tuvo larga vida. Después de la separación de su hijo Gregorio, arrastró largos años por diferentes lugares. De Chichas se trasladó a Sucre, con su hijo Agustín y su hermana Felipa, para dirigir la educación de aquél, que entró al Colegio Seminario. Asegúraseme que doña Josefa, durante su permanencia en Sucre, también se dedicó a la enseñanza, en el colegio de las Educandas. De Sucre, pasó a Oruro, donde permaneció mucho tiempo, siempre dedicada al magisterio, y a la educación de su hijo, mientras el otro, Gregorio, se hallaba ya adolescente en Tojo, llevan-

(1) Debo hacer notar, a ley de lealtad a propósito de los anteriores párrafos, que la opinión vertida en ellos tocante a la manera de ser de don Gregorio Pacheco con su madre, se halla contradicha por las atestaciones de su familia. Ella asegura que don Gregorio "conservó con piedad filial el recuerdo de su madre", que es prueba de ello el que a una pequeña efigie de la Imaculada, único recuerdo que de ella tuvo, la hizo patrona de Nucchu, a la que hacía celebrar una misa solemne todos los años el 8 de Diciembre. Otra prueba que a la segunda de sus hijas, Pacheco le hizo poner el nombre de Josefa, como recuerdo de su madre. Díceseme, asimismo que Pacheco ya joven, a su regreso de Europa, vino a Sucre con el exclusivo objeto de visitar a su madre ciudad en la que entonces ella residía.

Digitized by Google

do una vida de penurias cual manifiesta en la carta que he citado antes.

Y en fin, del frío clima del altiplano regresó doña Josefa a los nativos valles, donde siguió peregrinando todavía por luengos años. En 1853 vivía aún. Y como en esos tiempos don Gregorio se expatrió, víctima de persecuciones políticas, su madre que era "muy tímida" según la expresión de la viejecita de Livilivi que he nombrado, anduvo con muchas aprensiones por la suerte de su hijo y, por su parte, fué a soterrarse al villorrio de Impora, no lejos de Livilivi, donde murió.

XXIII.

Y ahora pasamos a una nueva faz en la vida de Pacheco.

Paso a paso, desde los primeros años de su niñez, hasta su juventud, lo he venido siguiendo, y he apuntado varios de los rasgos característicos de aquella edad, por los que se puede apreciar la manera de ser de mi personaje.

Y todo eso, lo he hecho con vista de los datos que he recogido prolijamente, compulsando documentos, haciendo el cotejo de informes contradictorios y sin aceptar sino aquello que, por la cronología de los hechos, la confirmación documental y el razonamiento lógico, tenían que dar por cosa perfectamente establecida.

Pasemos, ahora, adelante.

Es el año 1845.

Pacheco ha cumplido veintidós años.

Digitized by Google

Es decir, ha entrado de lleno a la juventud; es ya todo un hombre.

Y la verdad es que ha resultado un hombre de verdad: un hombre a lo sajón, que se halla en estado de conducirse por sí mismo; un hombre que, en la lucha por la vida, ocupará su puesto como soldado o jefe, sabiendo lo que hace.

Verdad es que él no ha asistido a las aulas de ningún instituto para cultivar su inteligencia.

Pero ha asistido a las aulas de la escuela práctica de la vida y allí ha aprendido lo que no siempre, o lo que casi nunca, enseñan los colegios: ha aprendido a tener fuerza de voluntad, a ser emprendedor, a ser honrado y bueno.

¿Qué importa, pues, que no tenga título alguno, de aquellos que se exhiben para desempeñar tal o cual cargo?

El no es siquiera bachiller en letras. Ni será abogado, ni médico, ni cura. Ni siquiera será militar.

Pero, él es un hombre.

Un hombre!—fijémosnos bien en este concepto:

Se puede ser abogado, médico, sacerdote y no ser un hombre. Se puede ser hasta general del ejército y no ser un hombre.

Se puede exhibir títulos de toda laya, se puede ostentar bellas condecoraciones, medallas, cintas, diplomas; se puede estar trajeado con la toga de abogado, o el uniforme de general o el ropaje arzobispal; se puede, sí, con todo eso deslumbrar a los demás y aparecer como una gran figura y, entre tanto, no tener el alma de un hombre, en el concepto noble que debe darse a esta palabra.

Digitized by Google

No son, pues, los títulos los que deben hacer a los hombres.

Son los hombres los que deben hacer a los títulos.

Y hacer esto, es ganarlos no sólo en los estudios regulares que se hacen en las aulas universitarias, sino en el vasto palenque del mundo en que se prueban las inteligencias y las voluntades, no con el estudio de este o de aquel texto, sino bajo el mismo aguijón de la necesidad y de las contrariedades de la vida.

Y en tal sentido, a mi juicio, bien pudieran ser bachilleres o abogados o curas o médicos o generales muchos hombres que, aún sin haber asistido a cátedra alguna, han sabido, por sí mismos, demostrar una singular competencia, en los distintos ramos que constituyen esas carreras.

Figurémonos un bachiller que jamás ha sido ni siquiera colegial.

Y sin embargo es un soberbio bachiller.

Un bachiller en la ciencia de la vida.

Pacheco, llegó, pues, a la juventud, sin haber pasado por ningún instituto de enseñanza; pero eso, en vez de constituir para él una vergüenza, podía más bien considerarse con un timbre honroso, si se tiene en cuenta que a pesar de tal cosa, supo presentarse en la lucha por la vida, mejor, pero mucho mejor, que la inmensa mayoría de las gentes que han recibido su educación en esos institutos.

Pero, vuelvo a mi relato.

Digitized by Google

XXIV.

He dicho que Pacheco estuvo cinco años de dependiente honorario de su primo don Manuel Anzoátegui.

Al cabo de ellos, esto es, cuando Gregorio frisaba en los diecinueve años, Anzoátegui comenzó a darle participación en sus negocios.

Pacheco durante ese quinquenio y al pasar de la niñez a la adolescencia, no había hecho sino confirmar sus buenas disposiciones para el trabajo; ahora, al llegar a la juventud y al ser interesado en los negocios de su primo, supo continuar siempre como antes, haciéndose digno de su confianza.

Y así llegó a sus veintidós años, contando ya para entonces con los pequeños ahorros que hubo podido realizar en la casa de Tojo.

Pacheco es un joven enérgico, activo, emprendedor.

Es un mozo bien conformado, fuerte, de buen humor, quizás con tendencias a ciertos goces mundanos, pero conteniéndose a tiempo.

En fin, Pacheco es ante todo, un hombre bien inspirado.

Fué miserable en lo material, pero también fué grande si se considera que en ella aprendió la abnegación, la resistencia, la audacia y la fe en sí mismo.

Y ahora ¡cuánta diferencia de su niñez a hoy!

Hoy cuenta con un caudal que, aunque todavía no sea copioso, es suyo y le ayudará a bastarse a sí mismo.

Y un caudal ganado peso a peso, en largos años de labor y de paciencia.

Pero, lo que sobre todo ha ganado es un caudal de experiencias, abundantísimo, para su edad, caudal

Digitized by Google

con el que, corriendo los años, llegará a adquirir millones de pesos, y lo que es más llegará a ganar honores y distinciones que sólo un contado número de seres puede alcanzar por su propio valer y por sus propias acciones.

XXV.

En tal estado de cosas, se produjo para Pacheco un suceso que bien podremos ver como una de las iniciaciones más trascendentales de su juventud.

Fué su viaje a Europa.

Y es aquí que vemos aparecer de nuevo, aquel simpático personaje de quien hablé en los tiempos en que el niño Gregorio se hallaba en Suipacha.

Me refiero al general Campero.

Hacía muchos años que Pacheco y Campero no se habían visto.

Se recordará que en el encuentro de Suipacha, Campero, era un joven estudiante de más de veinte años, venido de la Universidad de Charcas, mientras Pacheco era un chiquitín que apenas pasaba de los diez.

Ahora, (año 1845) Campero, tenía ya, desde hacía varios años, el título de abogado y, además, era teniente coronel. Su edad frisaba en los 32 años. Se había dedicado de lleno a la carrera militar y había tomado parte, con brillo, en la campaña del Sur, contra la Argentina, bajo la administración de Santa Cruz y en la campaña del Norte contra el Perú bajo el Gobierno de Ballivián.

Digitized by Google

Luego, había sido nombrado por este Gobierno comisionado para hacer estudios militares en Europa y encargado también de la Secretaría de la Legación en España, que debía tramitar el reconocimiento de la independencia de Bolivia por la madre patria.

En tal situación, Campero, vino en busca de su "hermano Gregorio" a Tojo, a proponerle que hicieran juntos el viaje.

Y Pacheco—se comprende—aceptó la idea con entusiasmo.

Ya sabemos que por entonces, Pacheco contaba 22 años de edad y ya tenía participación en los negocios de su primo Anzoátegui, en los que había podido realizar algunos ahorros.

Anzoátegui que, en un principio, no vió con muy buenos ojos este viaje en tan temprana edad de Gregorio, acabó por ceder, visto el empeño y decisión que demostraba el joven.

Formóse previamente una sociedad mercantil entre Campero, Anzoátegui y Pacheco, y se convino en que éste se dedicaría en Europa a estudios comerciales, a la vez de "mandar facturas de mercaderías para su realización en Bolivia". Los gastos de viaje y estudios se harían por cuenta de la sociedad.

Y de este modo, un día, los dos primos, con el corazón contento y la cabeza acariciando bellas esperanzas, salieron de Tojo, camino de Europa.

Digitized by Google

XXVI.

Quizás, para otros criterios, un viaje de esta clase a Europa no tenga mayor significación, pero en el mío la tiene tanta, que por eso creo, según he dicho, que él debió ser una de las mejores iniciaciones de la juventud de Pacheco.

Y en vez de ser extemporánea, gran fortuna fué más bien para él, realizar apenas salido de la niñez ese viaje.

Porque, en verdad, para un espíritu ávido de estudiar las cosas, como se había demostrado siempre el de Pacheco, un viaje es la mejor escuela para aprender lo que ni los mejores libros pueden enseñar debidamente.

El trato de nuevas gentes, la observación diaria de costumbres que nunca pudiéramos sospechar que existan, el cambio de escenarios, de climas y hasta de alimentación, el roce en fin de un mundo amplio y desbordante de asuntos que solicitan nuestra atención en múltiples sentidos, son otras tantas enseñanzas, que, sin sentirlo, se están infiltrando en nuestro ser. La sola vista del mar es ya una revelación grandiosa. Una catedral, un museo, un monumento son páginas fuertes que se nos imponen con más vigor que un libro.

Y más aún, cuando tal viaje se realiza en la juventud, la edad más propensa a asimilar, a absorber, en suma, a aprender; la edad en que el corazón y la cabeza, llenos de curiosidad, empiezan a abrirse a todos los

Digitized by Google

llamamientos del mundo, claro es que los resultados tienen que ser mayores y decisivos.

Fué en esas condiciones que Pacheco efectuó su viaje a Europa.

Y la verdad es también que al hacerlo, mostró con eso mismo, otra vez, su carácter decidido y valiente.

El no estaba en realidad preparado. Se había criado hasta entonces en el campo. Económicamente, era todavía un pobrecito. El debía dar un salto descomunal no sólo en lo que hace a la distancia, sino a la diferencia completa de medio ambiente, yendo directamente desde las soledades agrestes en que había crecido, a aquel foco inmenso de civilización y de actividad, en el que muchas veces los espíritus más listos se atolondran.

Y, todavía, téngase en cuenta que en esos tiempos, estos viajes a Europa no tenían las facilidades que ahora. Solamente salir de entre las serranías del país para llegar al mar, era ya mucha gracia por las dificultades que había que vencer. Y, después de eso, la enorme travesía de los Océanos, generalmente en barcos de vela, constituía también una real hazaña, sobre todo tratándose de jóvenes novicios como entonces era Pacheco.

Pero él lo supo vencer todo, con ardimiento, con alegría. Y apenas había sonado en sus oídos la proposición de su primo Campero, decidió viajar... viajar hasta Europa, aún cuando fuese metido en la cocina de un barco, o barajado en sus depósitos con las mercaderías y las provisiones, como un simple artículo de contrabando. ¡Qué diablo!

Y muchos, muchísimos años después, cuando era ya millonario, Pacheco recordaba que, en efecto, ha-

Digitized by Google

bía hecho aquel viaje "metido en la cocina de un vapor" (1).

XXVII.

Desgraciadamente, yo no poseo los datos que hubiese que[illegible]do respecto a todo lo que hizo Pacheco en este viaje, algo, por ejemplo, que se refiera a sus impresiones íntimas, a sus juicios, a sus contrastes, a sus aventuras.

Lo único que sé, es que en París se dedicó con ardimiento al estudio de idiomas y de contabilidad.

Pero, en vista de los antecedentes del joven, que llevo apuntados, es lógico deducir cuánto debió aprovechar moral e intelectualmente en su permanencia en la capital del mundo.

Su espíritu curioso e investigador halló seguramente allí un campo abierto para acumular, si no conocimientos amplios y sistemáticos sobre múltiples asuntos, por lo menos, aquellos que a él podían interesarle más urgentemente, por lo que hace a la vida en general. Aquello debió ser un baño de luz del que su espíritu saldría más ágil y vibrante de cómo había entrado. Y, de esta guisa, con nuevos impulsos y con nuevas ideas, volvería a su tierra ansioso de hacer por ella todo aquello que pudiese con las enseñanzas que había recibido fuera.

Más, en lo tocante a aventuras, cabe a ley de honradez de escritor, consignar aquí un hecho que bien podemos considerar lamentable:

(1) Carta de Pacheco a Campero.

Digitized by Google

En París, Pacheco y su hermano Campero no siempre estuvieron de acuerdo respecto de maneras de pensar y de obrar. Pronto entre ellos y aún desde el mismo viaje que realizaron juntos desde el Valle en Tojo a Europa, surgieron diferencias de carácter, de educación, de puntos de vista, que les dieron motivos de susceptibilidades que, a medida de pasar el tiempo, se hicieron frecuentes y hasta ocasionaron disturbios entre ellos.

El roce cuotidiano, la vida en común de los dos primos, habían seguramente descubierto lo que antes no se advertía cuando se buscaban tan entrañablemente de lejos.

Campero, mayor que Pacheco con más de 10 años, y por añadidura militar, y por su misma complexión de hombre rígido hasta la exageración y exigente en el cumplimiento aún de detalles de poca monta, quería imponer a su primo un método de vida que, acaso consideraba de buena fé conveniente, pero que, seguramente, debía tener sus puntos extremados y odiosos.

Y Pacheco, que, si en un principio trató de amoldarse a lo que de él quería su primo, ya que, según sabemos, era un organismo capaz de someterse a rudas disciplinas, después concluyó por encontrar intolerable tal yugo y, como por otra parte, según lo sabemos también, tenía suficiente entereza, no tuvo más remedio que protestar.

Fué así cómo, después de poco tiempo en París, los dos primos se separaron.

Pacheco, desde entonces vivió solo, y si bien después se llegó a reconciliar con su primo, ya no creyó, sin duda, conveniente para él, la convivencia bajo un solo techo.

Digitized by Google

Y he llamado "lamentable" a este hecho, porque lo era, ya que hubiera sido de desear que estos dos seres que, desde su niñez se amaron tan hondamente, no hubieran tenido, entre ambos, diferencias más o menos odiosas, y que, al hallarse, como se hallaron, en un mundo lejano, enteramente distinto del suyo, entre gentes extrañas, no hubiesen podido ayudarse siempre mutuamente.

XXVIII.

Meses después, (en Abril de 1846) Pacheco regresaba de Europa a Bolivia, ya sin la compañía de su primo Campero quien debía quedar allí por diez años, hasta 1855.

Y fué en este viaje de regreso, que Pacheco experimentó una de las aventuras que más le impresionaron en su vida, por lo que considero del caso anotarla:

Había tomado pasaje en un barco de vela, que, como todos los de su clase, hacía la travesía con gran lentitud, y que en este caso, fué mayor por los incidentes del viaje, resultando así que Pacheco tardó en llegar a Bolivia más de seis meses.

Ahora bien, el más grave de tales incidentes fué un casi naufragio en el que Pacheco estuvo en un pelo de perder la vida.

El velero, a consecuencia de un terrible temporal que duró por varios días al llegar a la región austral, había sido arrastrado desde la altura del Cabo de Hornos hasta más allá del 62° de latitud sur, esto es,

Digitized by Google

casi hasta el círculo polar. Y esto pasaba en lo más crudo del invierno. Pacheco que, contando con hacer un viaje regular, no había tomado precaución alguna para un caso como el que le pasaba, viose, pues, de repente, en una situación enteramente extraordinaria y penosa, debiendo soportar un frío horroroso en aquellas desoladas latitudes, donde el día apenas dura algunas horas y se está en peligro de tropezar con los témpanos de hielo que desprende la Gran Barrera. Y era lo peor, que el barco, completamente estropeado por el temporal, bogaba casi sin gobierno, a merced de las olas y fuertemente inclinado de un costado. La tripulación, agotada por las fatigas, ya no podía más. La situación se hacía cada vez más crítica; y hubo un momento en que el mismo capitán declaró a los pasajeros y marinos que no había más remedio que estar dispuestos a la muerte.

Y fué entonces que, Pacheco no pudo menos de fijarse en una cosa que se le quedó profundamente gravada en el cerebro:

El, hasta entonces, había visto a varios de los pasajeros y tripulantes que, no obstante lo peligroso de la situación, se mostraban aparentemente tranquilos y hasta risueños, como si no les impresionase mucho la gravedad de aquella, en tanto que él se sentía aterrado. Ahora bien, cuando el capitán hizo la terrible declaración, Pacheco, lleno de angustia se había prosternado sobre la cubierta sin fijarse en sus compañeros y absorto del todo en el sentimiento de la proximidad de la muerte, se puso a orar; cuando después de un rato cesó en su acongojada oración y miró en su redor, encontró que los demás pasajeros, aun aquellos a quienes poco antes viera muy serenos y aun sonrientes,

Digitized by Google

estaban como él, postrados y orando fervorosamente. Y así pasaron las largas horas de una noche polar que parecía eterna.

Pero, afortunadamente, al amanecer del siguiente día se hizo algo como un milagro: una ola monstruosa que se creyó iba a acabar de sepultar el barco y arrancó un alarido de espanto de los navegantes, impulsólo más bien del otro lado de su inclinación; y, con semejante empuje del mismo mar embravecido, la nave recobró su posición recta y pudo ser mejor gobernada por las tripulaciones. Horas después, calmada la borrasca, el velero aunque maltrecho, podía tomar su rumbo. La situación se había salvado.

Esta aventura le ocurría a Pacheco el 15 de Julio. Y todavía pasó por mil peripecias hasta llegar a las costas de Bolivia, después de transcurridos más de dos meses del episodio que acabo de narrar, y seis desde su salida de Europa.

Y cuando Pacheco se vió al fin salvo y seguro en su tierra, había inscrito este episodio entre los más memorables de su existencia. Solía él llamar el 16 de Julio el aniversario de su segundo nacimiento, y lo festejaba con gran entusiasmo.

Hay que decir, sin embargo, a propósito de este incidente, que Pacheco no era un hombre tímido ante las borrascas del mar y, en general, los movimientos sísmicos que tanto impresionan a otros. Todo lo contrario: era de esos hombres que gozan íntimamente con los espectáculos grandiosos aunque terribles de la Naturaleza en conmoción. Al revés de los que durante una tempestad se tapan los ojos para no ver los relámpagos o los oídos para no oir los truenos, él si estaba en casa, salía fuera a presenciar el cuadro que ejercía en su

Digitized by Google

temperamento una singular atracción. Y, tratándose del mar, declaraba también que uno de sus mayores encantos era verlo en toda su aterrante sublimidad aun en medio de una borrasca. Quizás si en esos momentos, resucitaba en él, por asociación atávica, el alma de su antecesor don Pedro Leyes, el marino de marras.

Pero es también natural suponer que, desde esta aventura que he relatado, Pacheco quedó escarmentado de esta clase de contemplaciones marinas.

XXIX.

A su regreso de Europa a Bolivia, Pacheco se dió cual siempre al trabajo.

Con el caudal de nuevos conocimientos adquiridos en el viejo mundo, lleno el corazón de nobles ambiciones, de anhelos para el porvenir, y con todo el entusiasmo de la juventud, (tenía apenas 25 años) se comprende que debió buscar con ardimiento la mejor manera de emplear fructuosamente sus facultades.

Ya sabemos que, en vísperas del viaje a Europa, se había organizado una sociedad mercantil entre D. Manuel Anzoátegui, Narciso Campero y Gregorio Pacheco.

Esta sociedad debía durar hasta 1849; y en ella supo desplegar el joven Pacheco «una actividad maravillosa». El lote de mercaderías que había traído él mismo, dió pingües utilidades. Se ensancharon los negocios de la sociedad, y Pacheco, después de cubrir

Digitized by Google

con las ganancias todos los gastos que había realizado en su viaje, podía enviar a su hermano Campero las sumas que la permanencia y viajes de éste en el extranjero exigían en veces, en proporción crecida.

Las labores de la casa mercantil se extendieron principalmente desde Tupiza a las zonas mineras del Sur, con ramificaciones a Tarija, Cinti, Tojo y otras comarcas. El comercio consistía sobre todo en el rescate de pastas de plata que se enviaban a Chile y a la Argentina, en la colocación de artículos de ultramar y, secundariamente, en la explotación y venta de productos agrícolas.

La casa recibía sus mercaderías por la vía del Pacífico, y no como podría creerse por la vía argentina, no obstante de hallarse el Sur de Bolivia en directo contacto con la confederación del Plata. Y era que, durante largas temporadas, Buenos Aires había sido cerrado; pero, aún no siéndolo, las enormes dificultades de tránsito de la metrópoli argentina hacia las provincias septentrionales, daban por resultado que se prefiriese para el comercio con Europa la enorme vía marítima, dando la vuelta por el estrecho de Magallanes para tocar después a las costas del litoral boliviano del Pacífico, de donde se hacía la travesía terrestre hacia las regiones de Chichas al través del gran desierto de Atacama y el desolado territorio de Lípez. Y esto mismo se hacía también para una parte considerable del Norte de la misma Argentina. De suerte pues, que, comercialmente, resultaba el fenómeno curioso de que las provincias altas de ese país estaban más en contacto con Chile que no con Buenos Aires. El puerto de Valparaíso tenía entonces gran importancia en este respecto; y en la costa boliviana, era

Digitized by Google

el pequeño puerto de Cobija el único que servía a Bolivia, sobre todo, a las tierras del Sur.

Es así como se explica que la correspondencia comercial de Pacheco, durante largos años, esté dirijida ante todo a Valparaíso y Cobija y después a Salta. Respecto de esta última ciudad se recordará que, según dijimos, era la patria del padre de D. Gregorio, D. Brígido Pacheco, y de una numerosa parentela por el tronco paterno.

Desde ese tiempo (1848) fué que Pacheco empezó a llevar con todo orden su correspondencia comercial, y, en ella, ya se ven claramente esbozadas sus dotes de hombre de negocios, siempre listo y prolijo en toda clases de detalles.

En verdad, y no obstante su juventud y las deficiencias de su educación, él era el alma de la sociedad Anzoátegui y Campero, tal como lo prueba la copiosa documentación que hoy mismo existe y que me ha servido en mucho para escribir esta biografía.

No será demás insertar aquí dos muestras de esa correspondencia en los primeros tiempos de la carrera de Pacheco en los negocios. Son dos cartas correspondientes a 1848 y 1849, que aunque para ciertos lectores no tengan interés, lo tendrán para otros, en razón de que revelan el gran entusiasmo del joven para los negocios, su simpatía por el célebre dictador Linares, y hasta por su estilo epistolar; estilo que, aunque no sea un modelo de corrección, paréceme sin embargo, que pudiera servir de tal a muchos de los que creen que Pacheco no sabía escribir una carta. (1)

(1) Porque en efecto, muchas gentes que no conocieron íntimamente a Pacheco, le juzgan muy erróneamente en este respecto. Díceseme, por ejemplo, que un viejo magistrado, tenido por persona seria y veraz, asegura que

Digitized by Google

XXX

Corriendo el año 1849 se liquidó la sociedad organizada en 1845 para un período de cuatro años por Manuel Anzoátegui, Narciso Campero y Gregorio Pacheco, e inmediatamente se formó una nueva con el primero y el último, entrando además a ella don

Pacheco no sabía escribir sus cartas, y que todo lo hacían sus secretarios. Pero éste es simplemente un error senil. Pacheco no tuvo secretarios sino en la última etapa de su vida. Y, entre tanto, existen ahora mismo innumerables cartas escritas de su puño y letra; y muchísimas de esas cartas están copiadas en más de 80 libros voluminosos desde el año 1848 hasta 1898. Un medio siglo de correspondencia epistolar, suficiente para formar un juicio desapasionado en esta materia.

Tupiza, Julio 2 de 1848.

Sr. Dr. D. Vicente Anzoátegui.

Salta.

Mi querido Sr.

"Por la que le incluyo a Ud. de D. Manuel, verá nuestra última determinación respecto a la sociedad que tenemos iniciada. Si acaso ha de tener efecto, es pues indispensable que Ud. se venga por Sept. u Octubre próximos a hacerse cargo de esta casa, y muy particularmente del negocio que se ha de expender en este Carnaval; yo no podré hacerme cargo de él, siendo así que por Marzo ha de marcharse D. Manuel con toda su familia; necesito antes, lo menos dos meses para ayudarlo a realizar sus negocios, arreglar y realizar también los míos y para recibirme de todos sus intereses. Reflexione Ud. y verá que todas estas tareas no son de hacerlas de una patada, a lo menos yo no me hallo capaz para ello, muy distante estoy; venga pues a concluir con esto de que no puedo absolutamente entender en el negocio de que hablamos, teniendo por todo a la vista y dando por toda razón la próxima marcha de su hermano. Por otra parte, (doy aquí por expresado el último acápite que le pone a Ud. D. Manuel), y agregaré que si Ud. se resuelve a venir en el tiempo indicado, como no lo dudo, es también indispensable que mande Ud. un inventario de todas las existencias en efectos que tiene Ud., o a lo menos las que calcule que le puedan sobrar hasta el tiempo de su traslación a ésta: — (para expresar la razón que tengo presente para exigirle a Ud. dicho inventario, me refiero a la misma que le hace a Ud. presente su hermano). Bien pues, dándolo todo por hecho, lo que haré yo es lo siguiente:— hacer a Valparaíso un pedido de veinte mil pesos, ya de cuenta de nuestra nueva sociedad; dicho pedido deberé hacerlo indispensa-

Digitized by Google

Vicente Anzoátegui, hermano de don Manuel, venido para esto desde Salta.

En los libros de cuentas referentes a ese año que tengo a la vista, encuentro que los socios introdujeron a dicha sociedad mercantil la suma de cuarenta mil Bolivianos, lo que, dada la época y la circunstancias del país, constituye una cantidad considerable y

---

blemente el 2 de Agosto, es decir, por el correo que sale ese día, para que nos lleguen los efectos en tiempo oportuno y no nos suceda lo que a mí en este año pasado. Si dejo pasar ese día, quiere decir que habré perdido un mes, y que mis comunicaciones tendrían que esperar en Cobija el vapor del mes de Septiembre, seguros de sufrir por esta causa el mal de que nuestros efectos llegarán aquí recién a fines de Diciembre; este es tiempo en que los comerciantes subalternos hacen ya su empleo en Potosí, o más bien regresan ya de allí, porque de lo contrario no les queda tiempo para hacer las correrías que hacen por distintos lugares para expender sus negocios antes del Carnaval. Ud. no ignora que este es el orden que hay para negocios en toda la frontera del Sud de Bolivia, y de consiguiente, creo que no necesito apurar más mi lógica para interesarlo a Ud. sobre lo que pretendo y que debemos hacer".

"Y si es verdad que está franco el puerto de Buenos Aires, que casi no lo dudo, ¿no sepultaremos en un eterno olvido nuestros anteriores planes y proyectos de negocios sobre la plaza de Valparaíso? Creo que sí—, ¡y yo de rematador de alcabalas de la Provincia de Chichas!!!...— Dios nos asista; que por mi parte estoy medio loco de contento, y soy capaz de escribir tres días enteros los proyectos solamente de que somos capaces de llevar a cabo. Esta tarde o mañana muy temprano debe llegar el correo de esa; lo aguardo con ansia para ver lo que nos dice Ud. a este respecto".

(Firmado).—**G. Pacheco.**

Tupiza, 8 Enero de 1849.

Señor V. Anzoátegui.

Salta.

Mi querido Sr.

"El saldo a mi favor de la ote. remesa verá Ud. que es de $ 1,618.1½ reales. Ya que Ud. siempre me endosa sus Ctas. haciéndome sacar reglas de proporción, le endoso a Ud. ahora la presente para que arregle la cantidad de marcos, que nos corresponden a cada uno, procurando además

Digitized by Google

muestra bien claramente que Pacheco, había sabido aprovechar su tiempo, y aún cuando en sus comienzos no contaba con nada o con muy poco, ahora podía manejar buenas sumas de dinero adquiridas por su tesón y su sagacidad para los negocios.

Esta sociedad se llamó Anzoátegui Hermano y C.ª

Y en verdad que más bien debió llamarse Pacheco

---

en la división de piezas la igual proporción en calidad, o más que se pueda, pués no basta que la proporción se saque por la cantidad o número de marcos que nos corresponda proporcionalmente a nuestro capital. Siento endosarle a Ud. esta tarea, pero la necesidad me obliga a ello; recién han principiado a llegar mis cargas de Cobija, y tanto el despacho de los arrieros cuanto el de algunos marchantes que me sacara el juicio, me tiene sin tiempo ni para comer. Toda, toda la cantidad de marcos que me corresponda de esta remesa, véndala Ud. inmediatamente en esa plaza, y, de su producto, tenga Ud. a la disposición del Sr. Dr. D. José María Linares la cantidad de **un mil quinientos pesos,** que, con esta fecha, giro una Letra por igual cantidad contra Ud. y a favor de dicho Sr., a 3 días vista. No se si ocurrirá inmediatamente, pero Ud. conserve como sagrada esa suma en su poder hasta que este Sr. disponga de ella. Esta es en pago de $ 2,000.— que tengo que entregarle por orden de mi primo Narciso Campero, por otros tantos que le había prestado en Europa, y con cuyo favor no pereció de necesidad, tal es el estado a que se había visto reducido. Este servicio, no sé en qué estimárselo a este Sr., actualmente se encuentra en Huamahuaca; si alguna vez recala por Salta, nunca podrá Ud obligarme más que ofreciéndosele y sirviéndolo en cuanto esté a disposición de Ud. Yo le debo a este Sr. mil consideraciones sin tener aún el gusto de conocerle; y por el aprecio que también le debo a Ud., espero que en mi obsequio haga Ud. por él cuanto esté en su mano. A principios del pasado, me escribió de Yavi rogándome que le proporcionara $ 500.— en Jujuy o Salta; en el acto le contesté incluyéndole una carta recomendación para Ud. y orden de que le proporcionara Ud. los $ 500.— que necesitaba, (seguro de que si Ud. no los tenía, los tomaría inmediatamente a intereses). Le giré también una Letra contra D. Manuel a Tojo por $ 1,000, que tenía yo allí; más, el Sr. Linares figurándose que talvez hacía yo sacrificios para proporcionarle dinero, no ha querido hacer uso de mi Letra y carta. Si tampoco ahora quiere hacer uso de la citada Letra 1,500, y no ocurre inmediatamente, quisiera que se dirija Ud. a él asegurándole que tiene Ud. esa suma en su poder, sin otro objeto que el que él disponga de ella; y podía Ud. hacerlo al regreso de este mismo conductor, etc."

(Firmado).—**G. Pacheco.**

Digitized by Google

y C.ª, porque Pacheco siguió siendo siempre el alma de ella, tal como lo fuera en la otra.

Y Pacheco, asimismo siempre empeñado en que su ausente primo Campero, que permanecía en Europa desde 1845, pudiese aprovechar parte de los beneficios que debían producirse, no paró hasta que él también entrase en esta sociedad.

Y así fué.

Campero envió sus poderes. Pacheco continuó tesoneramente en el trabajo, ayudando con todo ahinco desde la distancia a su primo.

Poco antes de eso, en Agosto de ese año, habíale escrito una carta en que le decía:

"El 9 del pasado hemos formado una nueva sociedad entre los dos, Anzoátegui y yo... Esta sociedad durará cuatro años. Terminados éstos, con mayor experiencia y un completo conocimiento sobre el comercio, creo que unidos ambos podamos contar con una fortuna casi segura que asegure igualmente nuestra subsistencia para la vejez".

Y en efecto, Pacheco, tenía completa fe en sí mismo; tenía la seguridad de hacer fortuna. No parece sino que su corazón le anunciase que, andando el tiempo y a fuer de perseverancia y diligencia tendría que venirle forzosamente la riqueza. El no fiaba de la casualidad. El no soñaba en hallar algún "tapado", o en recibir alguna herencia. Para él, el mejor "tapado" y la mejor herencia estaban en su trabajo personal, en su energía. Y, apoyado en eso, avanzaba impertérrito, sin amilanarse por los contratiempos, y, más bien, siempre dispuesto a abatirlos con su constancia y su fe. Dijérase que había resuelto ser rico y que iba a cumplir sin remedio tal resolución.

Digitized by Google

No puedo decir si por entonces ya pensaba, Pacheco en las minas. En toda su correspondencia de esos años no he hallado nada preciso al respecto. Pero, es natural creer que por la misma naturaleza de sus negocios tenía frecuentes motivos de madurar ya proyectos en esa dirección. Basta fijarse en el hecho de que, la sociedad Anzoátegui Hermano y C.ª se ramificaba hasta el famoso mineral de Portugalete, a donde Pacheco viajaba frecuentemente de Tupiza, a efecto de ocuparse del rescate de pastas de plata y hacer habilitaciones en el personal de esos trabajos mineros; y, allí su ojo avisor seguramente ya veía las maneras de acometer, por su cuenta y riesgo, alguna atrevida empresa en materia de minas. Y, aún dentro del terreno de las inclinaciones naturales, de seguro, que Pacheco, dado su carácter y temperamento, se sentía profundamente atraído por la vida ardua, aventurera y valiente del minero.

XXXI.

Y henos ahora en 1850.

Año de los más memorables para Pacheco, porque en él se realizó uno de los acontecimientos trascendentales de su carrera.

Pacheco se casó.

Tenía entonces 27 años; y las circunstancias en que se llevó a cabo su matrimonio no dejan de tener cierto interés para pasarlas por alto.

He dicho que Pacheco, cuando apenas contaba

Digitized by Google

algo más de trece años, había estado algún tiempo en la finca de Santa Ana, bajo el amparo de don Domingo Aparicio. Y allí conoció a la hijita de éste, la niña Corina que no pasaba entonces de cinco años. Habíala tenido infinitas veces sobre sus rodillas, había jugado con ella en infantiles recreos y aún había empezado a enseñarle las primeras letras del alfabeto. ¡Cuánto se querían! Ella le llamaba "su hermanito". Y él, de su lado, mirábala también como a su pequeña hermana.

Después se separaron.

Ya sabemos que don Domingo Aparicio se fué a la guerra, y su protegido pasó a la casa de Tojo donde fué empleado por muchos años de su primo, el propietario de ese fundo, don Manuel Anzoátegui.

Y, desde entonces, ya no vió Pacheco a Corina, sino rara vez; y cuando llegó el año 1843 en que murió don Domingo, ya sabemos la curiosa disposición del buen padre tocante a la niña cuando ésta llegase a ser casadera.

Bien. Pasaron así muchos años. Pacheco a su regreso de Europa habíase comprometido en matrimonio con una de las hijas de su primo y protector don don Manuel Anzoátegui, en Tojo.

Y sucedióle que en esta situación, cuando ya era novio oficial de esa niña, al viajar en cierta ocasión a Cinti, tocó en la hacienda de Santa Ana, y allí vió a Corina ya joven, y quedó profundamente apasionado por ella. ¿Pero, qué hacer? El era ya novio de otra. En una carta dirigida a don Narciso Campero a París, decíale Pacheco a este propósito:

"Ya sabes el estado a que llegó mi compromiso de matrimonio con la de Tojo. Sabes también que,

Digitized by Google

después que éste por una fatalidad estuvo ajustado, de paso a Camataquí estuve en Santa Ana en Julio del 47. Ví allí por primera vez a Corina después de mi regreso de Europa. El recuerdo de gratitud a su finado padre; el amor fraternal que con ternura profesaba a esta muchacha, y las más tiernas y sinceras caricias que ella supo prodigarme, me transtornaron la cabeza, porque todos esos vínculos determinaron en mí el más profundo amor;—pero era demasiado tarde y no me quedaba la más remota esperanza".

Y añadamos a esto, otro incidente más: don Agustín Pacheco, el hermano menor de don Gregorio, habíase también, tiempos después, prendado de Corina y quiso casarse con ella. Y entonces, fué el mismo don Gregorio, el encargado de pedir, por medio de una carta, a Corina en matrimonio para su hermano Agustín.

Y es por esto que Pacheco agregaba en su carta a Campero, refiriéndose a Corina:

"Has de saber que yo fuí quien escribí solicitándola para mi hermano Agustín,— solicitud que aprobaron tus hermanas y que rechazó ella".

Y, en efecto, no hubo lugar a este matrimonio y Corina quedó así soltera por varios años.

Entre tanto, el noviazgo de Pacheco con la niña de Tojo se deshizo. Siendo ambos parientes inmediatos, habíase pedido dispensas a Roma, y ocurrió el caso curioso que, cuando vinieron éstas, se había puesto por equivocación en vez del nombre de la novia, otro. Y esto fué suficiente para desbaratarlo todo, pues, mientras se corregía el error, surgieron nuevas ocurrencias que acabaron por obstaculizar definitivamente el matrimonio.

Digitized by Google

Y así llegó el año 1850. A fines de ese año, viajó Pacheco a Santa Ana con un asunto referente a Campero y, allí, volvió a encontrar a Corina, y es natural que se reavivase su antiguo amor; y ahora que, ya de ningún lado había inconveniente entre ambos, arreglóse su matrimonio con la hija de su antiguo protector don Domingo, y esta vez con "el beneplácito de toda la familia", esa misma familia que otrora lo viera con no muy buenos ojos.

Y, de esta manera, después de tantos y graves inconvenientes, y como si fuese una disposición incontrastable del destino, vino a cumplirse el deseo que, al morir, había manifestado don Domingo Aparicio, de que su hija llegase a casarse con Gregorio Pacheco.

En la propia hacienda de Santa Ana efectuose el matrimonio y, muy luego, los novios transladáronse a disfrutar de los primeros tiempos de su dicha a otro fundo de Corina, San Dacio, que está unas doce leguas distante de Santa Ana.

San Dacio es un pintoresco lugar situado en la margen izquierda del río Suipacha, una legua más abajo de Livilivi, el pueblo nativo de Pacheco.

En medio de risueñas arboledas y a la falda de una serranía abrupta, blanquea allí una modesta casa de campo.

Una tarde, al anochecer, el que esto escribe llegó ante esa casa, todo cansado y sudoroso porque había hecho una jornada larga durante el día.

Afuera, frente a las puertas, estaba un grupo de labriegos preparando la cena. Una mujer vieja y otra joven alimentaban el hogar; y un peón sentado sobre un tronco comía despaciosamente su plato.

El viajero pidió hospitalidad y aquellas buenas

Digitized by Google

gentes se la ofrecieron con los mejores modos. Abrieron para eso la puerta de una habitación en la que ellos vivían y en la que por lo mismo estaban todos sus humildes enseres.

Luego, el caminante supo por boca de esas gentes que esa habitación, que, por lo demás, estaba muy bien conservada, había sido construída por don Gregorio Pacheco, en persona.

Don Gregorio, en efecto, en aquellos felices tiempos de su matrimonio, y como en San Dacio no hubiese podido conseguir un albañil para levantar los muros de aquella casa, no tuvo inconveniente en poner él mismo manos a la obra y, empuñando la picota y la azada, manejando el barro y usando de la plomada y el compás, edificó él solo aquella pintoresca casa de campo que hoy día es el albergue de pobres campesinos.

XXXII

Una vez casado Pacheco y después de pasar un corto período de tiempo en los risueños valles de su niñez, disfrutando los primeros meses de su nuevo estado, transladóse de nuevo a Tupiza, llevando allí a su joven esposa, para continuar cumpliendo las obligaciones que tenía adquiridas en la sociedad mercantil Anzoátegui Hermanos y Cía.

Bien se comprendía cuánto debía ser el ahinco que ponía en el trabajo, ahora aun más que antes si cabe, toda vez que con su reciente matrimonio había en-

Digitized by Google

trado a una nueva etapa de vida aparejada a delicadísimos e inusitados deberes.

El, en efecto, a pesar de su juventud, no consideró a la manera de otros, el paso que había dado, como un mero accidente. Considerólo, más bien, como lo más grave de cuanto hasta entonces había hecho. Comprendió que debía ser un esposo ejemplar, que debía crearse una nueva situación, que debía consolidar aquel hogar reciente. Y aunque no tuviese todavía hijos, acabó pensando en ellos y en la manera de asegurar, desde entonces, su porvenir y bienestar.

Y, consecuente con esto, él que, hacía poco, escribía a Campero a propósito de negocios, hablándole de "hacer una fortuna para asegurar la subsistencia de la vejez", en adelante debía escribirle, ya no solamente en ese sentido, sino diciéndole que había que hacer tal fortuna "para asegurar la subsistencia y educación de los hijos".

XXXIII.

Precisamente, en aquellos tiempos, debió experimentar Pacheco, pésimos contrastes en el curso de sus negocios.

El malestar político del país iba produciendo funestas consecuencias en la industria y el comercio. Era, a la sazón, presidente de la República el general Isidoro Belzú, aquel siniestro soldado, tan audaz como ignorante, elevado como tantos otros a la primera magistratura merced a la abyección de las masas,— y

Digitized by Google

el país se había convertido en un semillero de conspiraciones. Por todas partes, en ciudades y aldeas, surgían casi diariamente las revueltas y pronunciamientos que el tirano sofocaba a fuerza de tremendos derramamientos de sangre. Y semejante situación, lógicamente, debía repercutir en el orden económico y comercial. Los más lisongeros negocios languidecían o estaban paralizados. Las industrias estaban muertas.

Pacheco, en consecuencia, vió llegar, para su reciente hogar, días de terribles apuros. La sociedad mercantil a que estaba ligado, y que otrora se mostrara con tan buenas trazas, sufría ahora tropiezos terribles.

Todo lo cual contrariaba profundamente al hombre que, contando con la expectativa que debía prometerle su trabajo dentro de un estado de cosas normal en el país, había adquirido con su matrimonio nuevas e inaplazables obligaciones.

Pero Pacheco no desmayó. Animoso y diligente, se afrontaba a la situación con todas sus fuerzas. Y aun cuando le hubiese sido necesario, para el sostenimiento de su hogar, ejercer cualquier oficio, humilde, como el de empuñar su picota para labrar la tierra, lo habría hecho sin vacilación. Era, según ya lo sabemos, de esos hombres que se resuelven corajudamente a llenar hasta funciones opuestas a sus naturales tendencias y hábitos, con tal de ganar, con su propio esfuerzo, el sustento diario.

Y bien, en los momentos a que hemos llegado en este relato, Pacheco, arrastrado por la necesidad, metióse resueltamente en un camino que hasta entonces fuera enteramente nuevo para él: fué contrabandista.

Digitized by Google

¡Contrabandista!

La palabra, seguramente, no sonará muy bien a muchos oídos, y más aun tratándose de un hombre que, como Pacheco, había siempre demostrado las cualidades que responden a la corrección y al honor.

Pero, la verdad ante todo. Al ir siguiendo la carrera de mi héroe, yo encuentro esta nueva modalidad en él, y no seré quien la pase por alto.

Además que esto de ser contrabandista, al modo como lo fué Pacheco, no me parece un delito precisamente.

El caso fué el siguiente:

El gobierno había ordenado terminantemente la internación de toda la plata explotada en el país a Potosí, para su acuñación en la casa de Moneda.

Y claro que, entonces, la plata empezó a escurrirse en otras direcciones. El contrabando, puede decirse, que fué general. Y lo curioso es que ni siquiera fué mirado por las personas honradas como una delincuencia. Muchos habían que más bien acusaban al gobierno de conculcador de los derechos y de las libertades públicas, como un gobierno enemigo del comercio libre y de las industrias nacionales, y, en suma, como un gobierno también contrabandista, o un gobierno nacido de contrabando.

En consecuencia, no era, pues, mal visto que se hiciese lo que se dió en hacer con las pastas de plata, de llevarlas a la Argentina, por ejemplo, en vez de llevarlas a Potosí.

Y, de esta suerte, aun las personas que se daban de más honorables se dieron a contrabandear.

Y Pacheco fué una de esas personas.

Es decir, se dió a contrabandear, no precisamente

Digitized by Google

como dueño de pastas de plata, que no las tenía, sino únicamente como conductor de ellas.

Y la verdad es que se necesitaban, para llevar tal oficio, condiciones de valor y de resistencia a toda prueba. Los peligros eran terribles, ya que el gobierno había dictado medidas severas para combatir el contrabando. Se arriesgaba la vida a cada paso; se sufrían penalidades sin cuento y se estaba expuesto a incurrir en el asesinato. En el largo y complicado trayecto que había, desde la zona minera de Portugalete y otras de la región hasta la frontera Argentina, era forzoso ir siempre con el ojo alerta, escogiendo sobre todo la noche, dirigiéndose por caminos horrorosos, muchas veces soportando las borrascas en la estación de lluvias, salvando los ríos de avenida y sufriendo privaciones de todo género.

Todo lo cual supo hacerlo Pacheco bravamente durante aquel tiempo, impulsado por el deseo de llevar para su hogar el pan que le hacía falta.

No puedo menos de anotar, a este propósito, dos aventuras de mi héroe en estas peligrosas correrías.

En cierta ocasión, conducía Pacheco un cargamento de pastas de plata en altas horas de la noche. Ya se hallaba cerca a la frontera, cuando salióle al paso uno de los hombres que rondaban por esos sitios. Pacheco había sido sorprendido infrangati y debía retroceder, conducido por el centinela que era un veterano de ejército. Pero, dicho se está que Pacheco no era de los que retrocedía. Instantáneamente, el hombre bravo y bueno que en otras condiciones jamás habría matado a otro hombre, empuñó su pistola, preparóla, e iba a hacer fuego sobre el guardián que acababa de aparecer a pocos pasos de él. Y entonces, éste que,

Digitized by Google

por ser soldado habituado al ruido de prepare de una arma de fuego, sintió al punto el de la pistola del contrabandista, dejóse caer inmediatamente en una sinuosidad del terreno, para salvar su vida, y así dejó pasar el cargamento. Como se vé, en aquella ocasión, Pacheco estuvo a dos pasos de asesinar a un hombre.

En otra ocasión, salvó Pacheco su cargamento de una manera muy ingeniosa.

Era también de noche y, al ir siguiendo recatadamente por un camino desviado, recibió el aviso, de un emisario mandado por un amigo quien le comunicaba que, tras él, iba una fuerza armada numerosa a tomarlo.

Esta vez, parecía que no había remedio. En pocos minutos más debió llegar esa fuerza y no había donde esconderse, ni cómo apurar la marcha de las bestias cargadas de plata, para escapar.

Entonces, Pacheco que, en ese rato estaba pasando por un río, mandó que, inmediatamente, se descargasen las piñas de plata y se las arrojase en el agua. Y así se hizo. Las pastas quedaron muy bien disimuladas en la corriente para ser recogidas más tarde. De modo que cuando llegó la fuerza, halló que Pacheco únicamente conducía bestias sin cargas o cargadas de cosas que no eran de contrabando.

Digitized by Google

XXXIV.

Pero no sólo fué Pacheco contrabandista en esos tiempos. Fué también conspirador.

Y aquí cabe apuntar una nueva faz de su carrera, la faz política.

Por la carta que transcribí en otra parte de este libro, ya se ha podido ver la profunda simpatía que Pacheco tenía por Linares, aún antes de conocerlo personalmente. Y ahora bien, esa simpatía no estaba únicamente basada en motivos de aprecio individual o de mera amistad. Lo estaba también en el hecho de ser Linares, como lo era entonces, el hombre representativo de la causa legitimista del país. Según esto, Pacheco se había hecho un decidido partidario del grupo que sostenía los principios de Linares, así como era decidido adversario del régimen del presidente de Bolivia, Belzú. Y es claro que, con tal motivo, Pacheco no tuvo inconveniente en tomar parte, y parte principal, en una de las conspiraciones que, por aquellos tiempos, se organizaron en Tupiza contra el gobierno imperante. Lleno de ardimiento y sin temer las consecuencias, puso al servicio de su causa su bienestar y su propia seguridad. Y como, muy pronto, la indicada conspiración tomó una forma abierta y se organizó, a su impulso, una legión de voluntarios que se prestaron a ir a los mismos campos de batalla a defender sus principios, Pacheco fué de los primeros en enrolarse en esa legión.

Y he aquí cómo, él, que no tuvo inconveniente de ser contrabandista llegado el caso, tampoco lo tuvo de ser conspirador.

Digitized by Google

Bien, pues; un día en Tupiza, Pacheco y sus compañeros (estaban entre ellos Manuel Inocente Ramírez, José María Aramayo, Atanasio Ovando y José María Pizarro) asaltaron el cuartel militar que estaba guarnecido por una columna, tomáronlo y se declararon en lucha contra el poder tiránico de Belzú. Este movimiento tuvo tal extensión, estimulado por personajes de la talla de Linares, el general Velasco, el general Carrasco y el famoso tribuno Olañeta, que el Presidente Belzú tuvo que enviar para sofocarlo una respetable fuerza de línea a las órdenes del general Córdova.

Pacheco a quien Linares se empeñó en hacer jefe, dándole el grado de Comandante de línea del Escuadrón Sagrado, rehusó esta investidura y quiso tomar parte en la pelea como simple soldado. Y tal sucedió. En la llanura de Mojo, el 10 de Julio de 1853, se avistaron las huestes de Córdova y las de los montoneros de Tupiza, siendo estos últimos deshechos, como era de suponer. Pacheco, después de la derrota, logró escapar a la frontera argentina próxima, quedando así separado de su esposa y violentamente interrumpido en el manejo de sus negocios. Fué un cruel contraste para el hombre que, hasta entonces, jamás había tomado parte en estas luchas intestinas. Pero no había remedio. Poco tiempo después, se le reunió su esposa y con ella vivió pobremente en el ostracismo. Los primeros tiempos los pasaron en Yaví; y después en Humahuaca. Hay allí, ahora mismo, una pobre vivienda que les sirvió de albergue por algunos meses; y, hasta hace poco tiempo, vivía allí un pobre hombre quien contaba que, siendo muy niño y como tuviese un padre muy severo que le castigaba con crueldad si

Digitized by Google

lo veía con el pequeño pantalón agujereado, sucedió que, más de una vez, Pacheco, para librar al niño de las furias paternales se ponía a remendar el pantalón.

En Humahuaca estaba Pacheco, y estaba también allí su compañero de destierro don Manuel I. Ramírez, pero como el gobierno nacional de la argentina ordenara la internación de los emigrados bolivianos a Tucumán, Pacheco y Ramírez eludieron la orden dirigiéndose a los bosques del Gran Chaco argentino. Allí visitaron y recorrieron la orilla izquierda del caudaloso Bermejo, pasando por entre salvajes, hasta cerca de la Esquina Grande.

Como se vé, Pacheco no perdía su tiempo, y supo hallar intensos goces, aunque estuviese expatriado, con aquella atrevida excursión. El alma del antiguo *boy scout* debía llenarse de grata expansión ante los soberbios cuadros del hermoso río. Quizás, en esos momentos, recordaba que, en tiempos antiguos, en la época del coloniaje, su fiero antecesor, el marino español don Pedro Leyes, había también peregrinado por ese mismo río Bermejo, cumpliendo la comisión que le diera el gobierno de España.

Un año después, Pacheco retornaba a Bolivia.

XXXV.

A su regreso a Bolivia, pudo comprobar Pacheco, todo el daño que había traído a sus intereses su desgraciado ensayo de revolucionario.

Digitized by Google

¿Pero, qué? El venía siempre lleno de nuevos bríos para continuar trabajando, y, cual antes, resuelto a hacer fortuna.

Y es aquí que recién aparece claramente manifestada, según los documentos que tengo a la vista, su tendencia a probar la suerte en las minas.

La sociedad mercantil Anzoátegui Hermanos y Cía. se había extinguido, pero Pacheco, muy luego de su regreso a Bolivia, organizó una nueva sociedad en unión de su amigo y compañero de penalidades en el destierro, don Manuel Inocente Ramírez.

Y tal sociedad ya no era solamente mercantil.

Ella proponíase también emprender trabajos mineros. Pacheco volvió a su residencia de Tupiza y, desde allí, tornó de nuevo a trabajar y dió tal vuelo al giro mercantil que había emprendido con Ramírez, que, desde los primeros tiempos, empezó la nueva sociedad a percibir halagüeñas ganancias.

Pacheco, al asociarse con Ramírez, quería también que, cual antes, su primo Campero que ya estaba próximo a regresar de Europa, tomase parte en tal sociedad y trabajó en este sentido.

A la sazón, ya Pacheco era padre. Había tenido dos niños, uno de ellos durante su emigración. En lo doméstico llevaba una existencia feliz. Era un esposo modelo. En Tupiza, figuraba ya como uno de los principales vecinos. Hiciéronlo munícipe, y fué, en tal cargo, que empezó a demostrar sus especiales aptitudes de iniciativa y de actividad, tratándose de puestos públicos tal como siempre las había manifestado en sus actos privados. Más, tocante a la política de puertas adentro, tuvo ya en adelante mucho cui-

Digitized by Google

dado de no reincidir en alguna nueva aventura como la anterior que había ocasionado su expatriación.

XXXVI.

Pero, lo que sobre todo caracteriza la vida de Pacheco en esa época (años 1855 y siguientes), es el nuevo sesgo que dió a su destino con su entrada en el terreno de los trabajos mineros.

En verdad, tal cosa constituye una nueva etapa en su carrera y acaso una de las más interesantes entre las múltiples que voy analizando y, con seguridad, la más trascendental, si se consideran las cosas en el punto de vista económico.

Bien podemos, pues, llamar a este período de la existencia del señor Pacheco el "período minero".

En él se verifica una honda evolución en las tendencias e ideas de Pacheco. Surje el industrial. El antiguo comerciante que vendía telas y enviaba, o aun conducía, piñas de plata a las fronteras, va a convertirse en el propio productor de ellas. El hombre de los valles va a tornarse en el hombre de la puna. De los pintorescos y cálidos parajes de Livilivi, su cuna, y de Tupiza, su residencia de largos años, va a pasar a las áridas y glaciales serranías de Portugalete.

He aquí una verdadera metamorfosis.

Más, como Pacheco, por su suerte y por sus hábitos, poseía un cosmopolitismo de temperamento notable y una facilidad de adaptación que le permitía hallarse muy bien en los puntos más extremos, ya gozando

Digitized by Google

de las ventajas de la opulencia, o soportando los inconvenientes de la miseria; ya en el calor, ya en el frío, ya entre caballeros o entre pobres labriegos y barreteros, se comprende que tal metamorfosis no le causó ninguna violencia.

De seguro que, más bien, con ella, entró lleno de entusiasmo a una nueva forma de actividad que iba en poco tiempo a producir resultados brillantes.

XXXVII.

He dicho que Pacheco, al asociarse con Ramírez quería dar parte en esa sociedad a Campero.

Campero acababa de llegar de Europa y fué al encuentro de Pacheco a Tupiza, donde los dos hombres ligados desde la niñez con lazos tan íntimos, llenáronse de mutua satisfacción al hallarse juntos después de diez años que no se habían visto.

Luego, a trabajar.

"Pasados los primeros días de efusión, dice Campero, nos ocupamos de nuestros asuntos".

Campero, el militar de todas veras y al propio tiempo abogado y hombre de letras, debió esta vez ensayarse en la minería. Lleno de entusiasmo, hizo una gira con Ramírez por las minas de Chocaya y otras, pero con resultados desfavorables, después de lo cual tuvo que "alzar campo en Tupiza" e irse a las ciudades del interior donde muy pronto debía tener una figuración notable en la política del país.

Digitized by Google

Y entre tanto, Pacheco y Ramírez siguieron trabajando en las minas y en el comercio.

La sociedad, por el lado mercantil, anduvo bien y obtuvo notables rendimientos. Pero no así por el lado de las minas.

En estas, se empezaron a cosechar frecuentes decepciones y a sufrir pérdidas considerables de dinero. Todo lo que ganó la sociedad mercantil se tragó la sociedad minera. Y tanto fué esto que, muy pronto, llegaron días de apuro, en que había que responder a obligaciones premiosas y no se contaba con los recursos necesarios. Las deudas se multiplicaron. En Chile la sociedad se vió comprometida en una fuerte suma, cuya cancelación era urgente, dado que Pacheco era tan respetuoso de su crédito. Verdad es que, de su lado, también la sociedad era acreedora de muchas gentes, cuyas obligaciones, al ser cumplidas, podían conjurar la situación, pero justamente ese cobro se hizo difícil y hasta imposible. De aquí un semillero de pleitos. En suma, aquello tomó, en un momento, las trazas de un desastre.

Y, sin embargo, Pacheco no perdió el tino.

Una vez embarcado en el nuevo campo de acción que él mismo había escogido, ya no pensó en retroceder y supo sobrellevar las dificultades que se le presentaban con paciencia y serenidad.

Las minas le atraían más a medida de darle más desengaños.

Después de cada fracaso, si, por el momento, sentíase profundamente desalentado y aun rendido, pronto venía la reacción, y entonces volvía a la lucha como la hormiga tesonera que por más que una mano torpe la desvíe del camino por donde lleva el átomo de

Digitized by Google

trigo, torna nuevamente a emprender ese camino, sin cejar en su empeño mientras esa misma mano no le aplaste.

Y, afortunadamente, el destino no aplastó a Pacheco.

Cruel, sí, fué con él en esos tiempos.

¡Cuántas veces él y su socio "corría n un socavón" con la esperanza de hallar el filón codiciado y, después de ardua labor y gastos de tiempo y dinero, se veía que se había trabajado infructuosamente!

¡Cómo el frío, el viento, el hambre, el desamparo le hacían bramar en esas inclementes alturas, junto á las bocaminas, a la vera de los manantiales conjelados, entre las peñas áridas y gigantescas, sin que hubiese para escuchar sus protestas más que la soledad inmensa!

Y qué cuadros dolorosos tenía que presenciar muchas veces entre otros seres que allí trabajaban, entre los barreteros, entre los peones, sin poder hacer por ellos nada que remediase su mal.

Sí, terribles fueron aquellos comienzos para Pacheco.

Su compañero Ramírez, le llevaba por lo menos la ventaja de ser un antiguo y aventajado minero. Había nacido allí mismo, en Portugalete, y estaba adaptado al ambiente físico y humano de esa región.

Pacheco, en cambio, era allí una planta casi exótica. Era un transplantado. Era un temperamento ardiente, nacido en tropical clima, que ahora iba a congelarse en esas alturas.

Pero Pacheco tenía de su parte la energía y la fe.

Y tenía además el cariño a esos lugares por desolados y tétricos que fuesen.

No le conducía allí sólo el interés de hacer fortuna.

Digitized by Google

Conducíale también una extraña simpatía que debía después durarle hasta la muerte.

Dijérase que en su organismo se había despertado con fuerza incontenible el alma del minero.

El alma del minero, que ya no le abandonaría nunca.

Esa alma que, acaso, ya estaba esbozada en él desde su niñez y que, ahora, no hacía sino encontrar su escenario y su manera de manifestarse.

Porque, está visto que las minas habían siempre ejercido una singular atracción en aquel espíritu aventurero, curioso, valiente, con vehementes ambiciones de hombre emprendedor y criado en un ambiente en el cual, desde sus primeros años, trató gentes que se ocupaban de tales cosas.

Quizás, Pacheco, ya desde su niñez, se aficionaba a la vida de las minas.

Seguramente su imaginación vivaz de muchacho se complacía de forjar mil fantasías estimuladas por las mismas cosas que oía. Recuérdese que, alguna vez, había hablado de ser "jornalero". Y así como había soñado también en ser militar en sus años de niño y adolescente, de seguro que, más de una vez en esos mismos años; atrájole también la idea, no sólo de ser empleado en esas minas sino aun de ser un simple obrero, simple trabajador.

¿Y por qué no?

El, que de niño ejerció mil humildes oficios, que de joven y ya casado, supo empuñar la picota y manejar el barro y las piedras para hacer de albañil y construir así solo él una casa ¿por qué no podría después tomar también el mechero y barreno para perforar las entrañas terrestres buscando el metal pre-

Digitized by Google

claro que, como el alma de la piedra, guardan en su seno?

Esas entrañas le seducían, le cautivaban, le atraían. Pasábale como a tantos otros que, al asomar ante una bocamina negra y hosca, en vez de sentir repugnancia a la vista del sombrío agujero que se abre como la boca insondable de un monstruo, siente más bien el deseo incontenible de entrar allí, de registrar sus húmedos rincones y de envolverse en su sombra siniestra.

Sabido es, en efecto, que cuando el minero llega a encariñarse con su oficio, ya no le abandona más.

La tierra, maltratada por él a golpes de barreno y de martillo, parece que se vengase atrayéndole con más fuerza cada vez e inspirándole un deseo loco de ir adentro, siempre adentro; un afán y una terquedad que son llamadas por muchos una simple testarudez, pero que, en el fondo, bien se las puede llamar una vocación.

El minero llega a amar la piedra misma que hiere.

Ya no es solamente la ambición, la codicia de encontrar el tesoro escondido entre la tierra y el pórfido, la que le retiene allí. Es una verdadera simpatía.

Y tanto es eso que, aun cuando se aleja de las minas en que ha trabajado, a grandes distancias y por largas temporadas, tiene una tendencia irresistible de regresar. Y aun cuando, dentro de los negros socavones, sólo halló tinieblas y estuvo jadeante y hambriento, sufriendo mil penalidades y después va caminando por risueños valles, bajo un aire suave y ledo y disfrutando de paz y de dicha, pues bien, en esos mismos momentos, siente en sus oídos una lejana voz que le

Digitized by Google

está llamando a meterse de nuevo en esas cavernas y sufrir otra vez esas penalidades.

El minero ama las entrañas de la tierra, ya le brinden sus tesoros o ya sólo el sufrimiento y la muerte.

Entre las gentes sencillas de las minas corren mil supersticiones a este respecto. Créese, por muchos, a pie juntillas, que en las tenebrosidades de esos agujeros moran seres sobrenaturales que, lo mismo que las sirenas de la mitología griega, atraen a las gentes para hacerlas sus víctimas.

Según esto, desgraciado del que se ha dejado enlazar por el fatal encanto. No le abandonará ya nunca. Por más que se aleje le seguirá a todas partes como una expiación. Su imaginación, en medio de los cuadros más opuestos, verá reproducirse la negra imagen de una cueva que estará ensombreciendo su cerebro. Y acaso acabará por hacer de él un cerebro caótico. Un cerebro triste, sombrío, lamentable como el mismo agujero que lo sugestiona.

Sí, el minero ama su cueva. El labrador ama sus campos también, su pobre choza donde humea el humilde hogar, sus sementeras ya verdes, de un verdor alegre, o ya rubias de una rubicundez de oro; y ama el aire que juega con ellas o el sol que las ilumina y abraza y ama el arroyo que murmulla entre los guijarros y hierbas, y las aves que cantan en los árboles y las flores que cubren, decoran el suelo, y, en fin, todo aquello que se ha acostumbrado a ver y oir cada día, a pleno aire, a pleno sol. En cambio, el minero ama su cueva. Ama aquellas piedras que él mismo u otros como él labraron, ama aquella sombra que campea mustia en las profundidades subterráneas, y aquel silencio compañero de esa sombra y todo aquel

Digitized by Google

conjunto que, sin embargo de ser amenazador, es para él atrayente. El sol!... qué le importa? El está mejor con la mezquina claridad de su mechero. Las flores? Mejores son las piedras. Las piedras, sí, aunque no sean piedras preciosas. ¿Las sementeras? Por ricas que ellas fuesen, nunca podrían igualarse a un rico filón. ¡Pobre minero! Allí, pálido, exangüe, con los ojos que ya han perdido la costumbre de la claridad diurna, con la frente sudorosa, con la mano crispada apretando el barreno, se siente ciertamente mejor que afuera. La tierra maltratada se ha vengado de él.

XXXVIII

Así pasaron algunos años.

Años de tanteos más o menos desgraciados, de alguno que otro hallazgo efímero y en lo común de pérdidas.

La correspondencia de Pacheco en esos tiempos bien revela su situación de penurias y sobresaltos. Su correspondencia comercial, y aun la íntima, no hace sino confirmarla.

Allí está la voz sincera del hombre que, después de todo lo que le va pasando, no puede aceptar el dejar a sus hijos en la miseria. Eso era lo que más le preocupaba. Por él mismo, personalmente, habría estado más resignado; pero ahora eran los hijos, esos seres de cuya existencia él era responsable, quienes constituían el mayor motivo de sus preocupaciones y de sus alarmas.

Digitized by Google

"¿Qué porvenir voy a dejar a mis hijos"—dice en una de sus cartas reprochándose a sí mismo.

Y sin embargo, él no era un padre vicioso que malgastase sus ganancias, y ni siquiera el padre descuidado que, aun amando mucho a sus hijos, olvidase el cumplimiento de sus deberes, nó.

Era un padre ejemplar.

Pero, es el caso que el pobre padre, precisamente por asegurar para sus hijos una fortuna que bastase a su educación y subsistencia, se había metido tan hondamente en trabajos mineros que, cuando advirtió los peligros que ellos traían consigo, era tarde y no había más remedio que seguir adelante.

¡Adelante!, se dijo Pacheco, con resolución.

XXXIX.

Portugalete es uno de los grupos mineros más notables del Sur de Bolivia, situado en la serranía de Chichas, que, como se sabe, es una de las primeras ramificaciones de la cordillera oriental de los Andes, llamada también la Cordillera Real.

Constituye este grupo un sistema de cerros relativamente bajos, de color ocre rojizos y, los más de ellos, coronados por bloques colosales de pórfido que cortan violentamente el horizonte.

Pero entre ellos, se descuelgan las angostas quebradas de Tatasi y Portugalete de aguas escasas y obscuras cargadas de *detritus* minerales.

Subiendo por estas quebradas se ve a los lados pe-

Digitized by Google

ñones estupendos, a cuyos pies están los restos de los antiquísimos establecimientos mineralógicos y las casas de los mineros, hoy abandonadas.

El paisaje, como lo son en general los demás de las minas de Bolivia, es un paisaje bravo y tétrico. No hay allí más vegetación que algunas matas de zarzas o de paja brava que asoman entre las regiones de rocas. El viento,— un viento glacial y rudo,— azota casi siempre aquellos sitios yermos; y en la actualidad, no se oye allí más rumor que su bramido salvaje.

Otrora, Portugalete debió ser un emporio de actividad y de movimiento industrial, acaso de los mayores en el país. Su nombre figura entre las más antiguas minas que los españoles trabajaron en el Alto Perú. Y aún, antes de éstos, se sabe que los indígenas de la región ya habían explotado desde tiempos inmemoriales la plata que encierra aquella comarca riquísima.

Durante la República, el período de mayor auge de estas minas ha correspondido al tiempo en que allí trabajó don Gregorio Pacheco. Y, hoy mismo lo más notable que queda en materia de construcciones para establecimientos de beneficio, de socavones en las minas, de edificios para vivir, etc., es de esta última época.

Pero, hoy, puede decirse que Portugalete se halla casi completamente abandonado. Yo no se que actualmente existan allí más que trabajos de reconocimiento realizados por la Compañía Minera y Agrícola Oploca de Bolivia, que es la propietaria de Portugalete, y del resultado de esos trabajos dependerá que se continúen las grandes instalaciones para be-

Digitized by Google

neficio de la plata y del estaño que se propone esa Compañía. (1)

La primera vez que fuí a Portugalete, lo que llamó más mi atención fué la cantidad de desmontes que hay en esos lugares. No he visto en ninguna otra zona minera mayor cantidad de ellos, salvo en Potosí. Pero en el Potosí, los desmontes se hallan distribuídos casi exclusivamente en el gran cerro, en tanto que en Portugalete se los encuentra a cada paso entre el grupo de cerros de esa mina, como el Santo Tullo, Asunta, Santa Lucía, etc., etc. Propiamente, bien puede decirse que la mano del hombre vació durante siglos las entrañas terrestres hacia fuera para recoger sus maravillosas riquezas. ¿Cuáles serían ellas? No se han hecho, como en el Potosí ni siquiera cálculos aproximados, pero es natural creer que ellas fueron ingentes. En otros sitios han desaparecido completamente los desmontes, pero quedan en la roca viva los agujeros labrados por la mano del hombre. Yo he visto algunos de esos agujeros, mostrándose en algún enorme tajo, a alturas horrorosas del nivel del suelo y sin que se pueda descubrir ninguna senda que conduzca a ellos; pero hay que creer que la mano del tiempo destruyó toda señal de acceso a semejantes cuevas. Acaso, también, alguna convulsión terrestre habrá deformado aquella región de su primitivo tipo.

Los pueblos de Portugalete y Tatasi debieron contener en sus buenos tiempos muchos miles de habitantes. Hoy no llegan ellos ni a un centenar. Sobre todo, Portugalete se ve que fué un centro de población considerable. Sus casas derruídas o a medio des-

(1) A la fecha esos trabajos de instalaciones están por terminarse, faltando sólo detalles para poner en marcha el nuevo Ingenio de Tatasi.

Digitized by Google

plomarse forman un bosque apiñado de muros de barro y piedras. Desde la distancia se divisa esos muros sin techos dando al paisaje un relieve singular. Se diría que aquello es una ronda de esqueletos. Esqueletos de casas. Y al acercarse más al pueblo abandonado, y al caminar por sus desiertas callejuelas, uno evoca los manes de los desaparecidos, de todas aquellas gentes que en épocas remotas alentaron entre esas paredes y supieron nutrirse con las ganancias que les daba la explotación de ese suelo yermo de vegetación, pero riquísimo de vetas argentíferas. Y en torno de Portugalete, llaman también la atención el gran número de casas medio destruídas, dispersas a todos lados, hasta en las mismas cumbres de los cerros escuetos. Vése también, en algunos sitios, cuevas que sirvieron de alojamiento a seres humanos. Son cavernas hechas en las peñas de pórfido, cavernas ennegrecidas por el humo de los hogares y donde sólo quedan restos de cacharros rotos, andrajos, huesos...

Entre los socavones que perforan los cerros únicamente penetré al llamado *Socavón Guadalupe,* obra de don Gregorio Pacheco y que, por lo mismo, es relativamente nuevo, como lo indican las fechas grabadas sobre piedra en su entrada, 1867 y 1876. Este socavón empieza por el lado de Tatasi que está en la falda oriental del cerro de Portugalete y, perforando de parte a parte dicho cerro, acaba en la falda occidental por diversas salidas que dan a la antigua población del mismo nombre. Tiene, se me dice, 3,700 metros de longitud. Yo lo atravesé en una hora. Su forma es muy regular y se camina dentro de él sin muchas dificultades. Agarrado de un mechero y

Digitized by Google

siguiendo al minero que me servía de guía, penetré yo un buen día a aquellas profundidades enigmáticas. Por medio del camino iban los rieles, a los lados corría el agua roja de "copajira". Mi guía me enseñaba a la luz de su mechero las partes más importantes del socavón: la veta Angeles, el sacavón Pacheco, el Ramírez, el Jampatituyoc, etc., etc. Yo le oía sin entenderle gran cosa, pero la verdad era que me atraía aquel túnel antiquísimo donde se presentaban las rocas con apariencias fantásticas de enormes galerías áureas, bordadas a trechos de matices verdes o tachonadas de brillantes estalactitas. Hacia los mil metros de profundidad el aire era pesado, bien pesado, casi irrespirable, pero eso duró poco, y muy pronto frescas rachas de aire me hicieron comprender que por allí habían buenos ventiladores, respiraderos. Más adentro, la senda se hizo más difícil. Barrosa y bordada de piques, parecía invitarnos a frecuentes caídas. A trechos, se hallaba también obstruída por derrumbes o cortada por pozos de aguas rojas. Pero nuestros mecheros nos enseñaban bien los peligros. Así anduvimos más de tres kilómetros por aquellos subterráneos hasta llegar a los primeros escalones de un socavón que subía casi verticalmente.

—Por aquí se sube al socavón San José que sale a Portugalete,— me dijo el guía ¿quiere Ud. salir por ahí?

—Sí, quiero— respondí— y me encaramé, tomando esta vez la delantera a mi guía, por sobre los enormes tramos de aquella escalera, que subía en espiral hacia el socavón San José.

Ardua era la subida y no poco peligrosa, pues cada tramo, poco frecuentado en ese tiempo, llevaba una

Digitized by Google

capa resbaladiza de barro, o corría el agua por encima. En veinte tramos ya uno se siente rendido y debe detenerse a descansar. Así lo hacía yo con mi guía, y al ver a mis pies el abismo negro que se perdía en el fondo, pensaba en que una caída en él debía ser cosa horrorosa... Y, sin embargo, con qué facilidad los mineros trajinan en tales escaleras! Así subimos unos ciento cuarenta metros de desnivel, hasta que, al cabo, llegamos a un nuevo socavón horizontal y, luego de andar un corto espacio, ya notamos a lo lejos una vaga claridad anunciadora del día. Y, en efecto, después de unos pasos más, llegábamos a la conclusión del socavón y salíamos a plena luz. Eran las cuatro de la tarde. Habíamos andado cerca de cuatro kilómetros y heme ahora teniendo ante mis ojos la antigua Portugalete.

Al empezar la guerra de la Independencia en el Alto Perú, las minas de Portugalete estaban poseídas por súbditos españoles y asímismo continuaron después de muchos años de establecida la República. Tengo en mis manos un legajo de cartas escritas por don Martín Jáuregui, administrador de las minas de Portugalete, durante ese largo período de la guerra. Llevan dichas cartas una sucesión de fechas desde 1808, en vísperas de iniciarse la guerra (que empezó en 1809) hasta 1825, en que tocó a su fin con el advenimiento de la Independencia del Alto Perú del yugo español. Por estas cartas veo que en esos tiempos las minas de Portugalete, al menos en su parte más importante, eran de propiedad de don Pedro de Ovando y del Caballero don Luis de Orueta que formaron una sociedad con el dicho don Martín de Jáuregui, quien fué el que, durante más de tres lustros, admi-

Digitized by Google

nistró esas minas. Pertenecían a esta sociedad los establecimientos metalúrgicos de Guadalupe y de Sorocaya. Al advenimiento de la República, esto es 1825, aparece como principal propietario de Portugalete don Diego de Ovando, hermano menor de don Pedro y casado con la viuda de éste, doña María Manuela Villa.

Y así continuan las cosas hasta el año 1855, en que entra en escena don Gregorio Pacheco.

Para entonces continuaban aun en posesión de una parte de las minas de Portugalete los descendientes de la familia Ovando; además trabajaba también allí el conde don Calixto Yáñez y los señores don José Sánchez de Reza y su hermano don Clemente. El famoso establecimiento de beneficio de la plata de Guadalupe, pertenecía en ese tiempo ya no a la familia Ovando, sino a Reza.

Bien. Don José Sánchez de Reza, que era un minero avezado, había trabajado con varia fortuna en sus pertenencias de Portugalete. Y en los últimos años, su atención habíase dirigido sobre todo a la mina llamada Angeles, cuya veta riquísima le prometía una gran explotación. Pero, ocurrió el caso, desgraciado para don José, que, cuando acababa de iniciarse una *boya* soberbia en Angeles, se produjo una irrupción de agua, y la mina quedó inundada, paralizándose en consecuencia los trabajos. Don José, entonces se puso a trabajar con ahinco para desaguar la mina. Hoy mismo, se ve a un lado del camino que conduce de Tatasi a Portugalete, una de las obras que emprendió don José para llenar su objeto y que es conocida con el nombre de "el cuadro Reza". Pero, el bravo

Digitized by Google

minero no llegó a cumplir su propósito, porque le sorprendió la muerte.

Y, muerto don José, quedó en posesión de todos sus intereses mineros de Portugalete y Guadalupe, su hermano don Clemente Sánchez de Reza.

Más, don Clemente no supo demostrar la misma inteligencia y tesón de su finado hermano en los trabajos de las minas: y, después de diversas tentativas desgraciadas, se vió en grandes apuros para seguir los trabajos. Viejo como era y víctima de los malos manejos de sus empleados, el rendimiento que le daba la heredad que le dejara su hermano, no alcanzaba a cubrir sus obligaciones, y, por mucho que estaba convencido de la riqueza de Angeles, se halló a punto de suspender los trabajos.

Y fué en estas condiciones que se presentó para salvarlo don Gregorio Pacheco.

He dicho ya que Pacheco había hecho una sociedad mercantil y minera con su compañero don Manuel Inocente Ramírez en 1855, y que, si bien en las operaciones comerciales tuvo completo éxito, no sucedió lo mismo en los ensayos mineros, en los que tuvo terribles quebrantos. Después de inútiles tentativas en Chocaya, y otros puntos, Pacheco había ido a dar a Portugalete, lugar que, según ya he dicho, era uno de los que habían sido desde sus comienzos en la esfera de los negocios, uno de los centros en que más se dedicara a ellos, colocando mercancías, haciendo habilitaciones y comerciando con las pastas de plata.

Y era el caso que, en Portugalete, uno de los deudores de la sociedad Pacheco y Ramírez, era justamente don Clemente Sánchez de Reza. Dicha deuda era de diez mil pesos, y don Clemente no tenía abso-

Digitized by Google

lutamente para cancelarlos, puesto que la mina de Angeles estaba inundada, y su dueño era incapaz de remediar tal inconveniente y debía limitarse a una explotación misérrima que apenas le daba para vivir.

De donde resulta que, por un lado el acreedor, esto es Pacheco, no podía hallarse en trances más apurados por escasez de fondos, en aquellos días, y por otra parte, el deudor Reza, tampoco estaba en mejor situación para llenar su obligación con aquel, debiendo por lo mismo, considerarse aquello como un negocio desastrozo.

Pero, he aquí que, precisamente, en este estado angustioso de cosas, surgió una valerosa combinación que conjuró ese estado.

Reza propuso a la sociedad Pacheco y Ramírez entregarle la mina de Angeles que él no podía trabajar, para que ellos tomasen sobre sí la tarea de explotarla.

Si Pacheco y Ramírez pudiesen sacar utilidad de la mina se pagarían de su deuda y seguirían trabajando allí en sociedad con Reza. Pero si no tuviese éxito, claro que tendrían que arrostrar las contingencias.

El asunto, como se ve, era delicadísimo, y aunque era verdad que Reza garantizaba a sus acreedores de posibles pérdidas con el mismo valor de la propiedad minera, bien se comprenderá que eso mismo podía resultar muy aleatorio, ya que tratándose de minas, jamás se puede contar con la seguridad que da otra clase de negocios.

Pero, Pacheco, se lanzó sin vacilar a realizar la audaz combinación de hacerse cargo de los trabajos de Angeles por su cuenta y riesgo.

Y, aún cuando no contaba con los recursos necesarios para tales trabajos, propúsose hacer cuanto

Digitized by Google

estuviese a su alcance para conseguirlos y embarcarse resueltamente en este nuevo campo de actividad.

Y, de esta suerte, se produjo, merced a un rasgo de audacia, el resultado curioso de que, un deudor que no tenía para pagar los miles de pesos que debía a su acreedor, y un acreedor que se hallaba también en crítica situación, se precipitaron, sin embargo, de común acuerdo uno y otro, a trabajar una mina que estaba inundada.

XL.

Todo esto pasaba en 1858.

Una vez en posesión de las propiedades mineras de Reza, los dos socios Pacheco y Ramírez se dieron al trabajo con el tesón que era de esperar dados sus antecedentes.

Ya he dicho, que, al morir, don José Sánchez Reza había dejado inundada la mina Angeles y sin haber podido realizar los desagües para continuar con la explotación.

Ahora, los socios Pacheco y Ramírez tuvieron como principal objetivo realizar ese trabajo y todos los demás que eran precisos, y pusieron manos a la obra.

El principal inconveniente era la falta de dinero suficiente para impulsar debidamente los trabajos, y Pacheco debió recurrir a mil expedientes para conseguirlo.

Fué en esta ocasión que su primo Campero el que hasta entonces fuera su decidido colaborador y par-

Digitized by Google

tícipe en sus triunfos o reveses de fortuna, le ayudó eficazmente mandándole algunos miles de pesos (Bs. 4,000), contribuyendo así, aunque con modesta suma, pero oportunísima, a que Pacheco alcanzase sus propósitos.

Epoca de agitación febril, de alarmas, esperanzas y temores, cual nunca los tuviera, fué aquella en que Pacheco se embarcó en la audaz empresa de trabajar una mina que ya había ocasionado la ruina de otros.

Pero él tenía confianza. No iba a la aventura. La riqueza de Angeles era cosa probada, sólo que para explotarla, había que gastar primero gruesas sumas de dinero y desarrollar un tesón y actividad inquebrantables.

Y eso fué lo que hizo.

Los trabajos habían, hasta entonces, halládose en completa desorganización, y hubo que modificarlos radicalmente. Estaba la misma moralidad de los empleados y obreros pervertida y hubo que desplegar el tino y la energía necesarias para corregirla.

En una palabra, Pacheco y su socio supieron dar un giro enteramente nuevo a los trabajos de las minas y afrontaron sin vacilación los inconvenientes y penalidades que, desde que se iniciaron en su empresa, se les presentaron al paso, como para disuadirles de sus propósitos.

Y el resultado no se dejó esperar.

Al cabo de algunos meses, Pacheco y Ramírez habían hecho lo que don Clemente Reza no pudo hacer en años.

Merced a su diligencia y tesón, dieron con el objetivo buscado. Angeles abrió su corazón de plata. Empezó a producirse una explotación halagadora.

Digitized by Google

Y, en muy poco tiempo, la sociedad Pacheco y Ramírez se pagaba de su crédito en esa mina y realizaba gruesas ganancias.

XLI.

Y fué entonces que llegó para Pacheco el caso de realizar una grave operación, la operación más grave de cuantas, hasta entonces, había efectuado en su carrera de negocios, y la que, en adelante, debía decidir efectivamente de su porvenir.

Me refiero a la compra de la mina de Angeles.

Y digo que tal operación era la más grave de cuantas había hecho mi héroe, puesto que, debía él consagrarse definitivamente a la industria minera, abandonando para siempre la carrera comercial a la que se dedicara durante tantos años; y, en adelante, esa industria minera tenía que influir radicalmente en todos los demás accidentes de su vida, en su vida de hogar y en su vida pública.

Bien: hacía tiempo que, entre los socios Ramírez y Pacheco por un lado y don Clemente Reza por otro, habíanse cambiado ideas para que éste, en lugar de seguir en sociedad con aquellos en los trabajos mineros que había heredado de don José, su hermano, los diese más bien en venta a la sociedad. Don Clemente era ya una persona anciana y deseaba retirarse del clima crudo de las minas para ir a pasar el resto de su vida en otro más suave, cual es el de Cochabamba. Y, en cambio, Pacheco y su socio, jóvenes,

Digitized by Google

en todo el vigor de su existencia, no deseaban otra cosa que prodigar todas sus energías en un trabajo que, como el de la indicada mina, se presentaba en una forma tan halagüeña para ellos. Don Clemente, además, había llegado a encariñarse decididamente con sus compañeros en vista de su actividad, de su corrección con él y de la valiosa ayuda que le prestaran en sus momentos de terribles apuros. Más de una vez habíales dicho estas palabras que transcribía después Pacheco a su primo Campero:— "El señor Reza me ha dicho también, repetidas veces, que lo que desea es que nos quedemos en propiedad con sus intereses, que hagamos nuestra fortuna y la de nuestros hijos, que él no los tiene y que algún día le bendigamos diciendo: "a ese pobre viejo le debemos nuestra felicidad y bienestar."

Como se ve, la suerte empezaba a sonreir decididamente a Pacheco. Presentábasele, como un premio a sus esfuerzos de tanto tiempo, una oportunidad que no podía ser mejor, para encauzar su vida dentro de los términos que él mismo estuviera buscando: las minas.

En Agosto de 1858, es decir apenas pasado algo más de medio año de que empezó sus trabajos en Angeles en sociedad con Ramírez y Reza, realizóse la trascendental operación de compraventa de los valiosos intereses mineros de Guadalupe y Portugalete hechos a don Clemente Reza por la sociedad Pacheco y Ramírez.

Y, de esta manera, en un lapso de tiempo mucho más corto del que acaso lo calculara el mismo Pacheco, quedaba éste dueño con su socio Ramírez de

Digitized by Google

una de las más ricas minas que por entonces habían en Bolivia.

XLII.

Y si en los pocos meses que Pacheco y Ramírez, antiguos socios de Reza habían realizado los valientes trabajos que he indicado, en los intereses mineros de éste, se comprenderá muy bien que, ahora, siendo dueño de esos intereses, debían desplegar una acción aún más decidida y provechosa.

Así pasó, en efecto.

El impulso dado por los socios a las minas fué tal, que, al cabo de pocos meses, se operaba una verdadera transformación tanto en las minas de Portugalete como en el establecimiento metalúrgico de Guadalupe. Los trabajadores afluyeron de todos lados por la *boya* de Angeles y por el prestigio de los nuevos patrones, singularmente de Pacheco cuya manera de ser, abierta, sencilla, equitativa con las gentes ya conocemos. Las antiguas casitas de mineros en Portugalete abandonadas desde la época del coloniaje, y por consiguiente semi derruidas, volvieron a rehacerse y a ser habitadas. Y asimismo pasó en Guadalupe. Un movimiento inusitado, una agitación febril se comunicó a todas las dependencias de la nueva empresa. Los caminos casi desiertos hasta hacía poco entre Guadalupe y las minas, fueron innundados de incontables tropas de llamas, de burros y mulas que transportaban los metales explotados.

Digitized by Google

Y así como afuera se notaba esta actividad cada vez más creciente, también adentro, en las negras profundidades de las minas, se renovó el trabajo de otras épocas. El barreno, la picota, la azada tornaron a golpear arduamente contra las entrañas de piedra de las minas; la dinamita hizo oir su voz tonante que hacía vibrar la tierra y el aire: se oyó el jadeo profundo de los pechos cansados, el avemaría o la blasfemia de los labios resecos, o el grito de mando de los caporales; y se vió, la luz rojiza de los mecheros a cuyos rayos tenues aparecían y desaparecían, como siluetas de seres salidos de algún antro caótico, los rostros pálidos de los mineros.

Y ante esta nueva embestida valerosa de las nuevas fuerzas que habían ido a domar a la materia bruta, para arrancarle sus tesoros, ella, como vencida, empezó a prodigarse en forma que se iba haciendo cada vez más asombrosa.

XLIII

Así pasaron dos años.

Pero he aquí que, de improviso, todo esto estuvo a punto de hundirse en medio de un repentino fracaso.

Y ello no por ningún contraste de la Naturaleza, por una irrupción de agua en las minas o la desaparición del rico filón, sino por factores meramente humanos.

Fué el caso que, en el año 1860, cuando Pacheco estaba más que nunca empeñado en sus labores y lleno

Digitized by Google

de esperanzas, presentáronse en escena dos nuevos dueños de las ricas minas de Guadalupe.

Eran los señores Guillermo y Alvaro Sánchez Reza, otros dos hermanos del finado don José, quienes desde España (Cádiz) reclamaban su parte en las minas indicadas.

Naturalmente que los socios Pacheco y Ramírez, al realizar en 1858 la compra de esos intereses, no habían contado con que, andando el tiempo, aparecerían tan inesperados personajes. Ellos habían hecho el negocio con don Clemente Reza, en el entendido de que él, y sólo él, era el único dueño. En tal seguridad, habían, pues, trabajado a más no poder para llegar al punto en que estaban. Y he aquí que, precisamente por el mismo hecho de haberse producido el auje en ellas, había llegado la noticia hasta España a despertar el afán de los señores Reza, quienes, a continuar las cosas como estuvieron antaño, maldito si se hubiesen acordado de que eran dueños de tales propiedades en lejanas tierras.

Informados los señores Reza de Cádiz que la mina Angeles iba dando pingües utilidades a sus nuevos propietarios, mandaron sus poderes desde España para desposeerlos y reclamaron nada menos que medio millón de pesos a Pacheco y Ramírez.

Digitized by Google

XLIV

Y lo peor era que, ante las leyes, los Reza tenían, en efecto, legítimo derecho, por mucho que ni aún conociesen la cosa disputada, ni en vida de don José le hubiesen ayudado a adquirirla.

El golpe para Pacheco fué terrible.

¿Era para esto que él había trabajado durante dos años? El, que cándidamente con su socio Ramírez había adquirido la propiedad de las minas, creyendo que el vendedor de ellas, don Clemente Reza, era el único dueño, "el heredero universal" de su hermano don José, podría ahora ser despojado por aquellos inesperados personajes que acababan de aparecer en escena? ¿Qué remedio tentar para parar tal golpe? ¿Pleitear?

Y el hecho era que los poderes dados por los Reza de Cádiz eran, "sangrientos". No había en ellos la prudente facultad de transigir. Pacheco, en una carta a don Clemente Reza, llegaba a decirle:

"Los poderes habían sido de guerra a muerte, y el señor Artola y sus representantes habían obrado con tanta diligencia y actividad, previniéndose de tantas armas contra nosotros y de tal clase de posiciones para batirnos, que no nos dejaban, en nuestra desesperación, más recurso que el de incendiar una mina y ser sepultados por ella, ellos y nosotros, para que, de este modo, ni los señores de Cádiz, ni persona alguna en esta vida se aprovechase del fruto de nuestros extraordinarios esfuerzos, de nuestros mil sacrificios y privaciones, realizados a riesgo de dejar en la men-

Digitized by Google

dicidad a nuestros hijos quitándoles hasta lo que nosotros no les habíamos dado".

Como se ve, la exaltación del hombre, tocado en lo más vivo, llega a un punto extremo. Y esto era tanto más raro cuanto que se trataba del mismo ser en quien hemos podido ver, hasta aquí, tantos rasgos de resignación.

Más, tratándose de intereses de esta clase ¿quién puede verlos con la conformidad de un santo?

Pero, afortunadamente, en el mismo momento en que las cosas llegaban a tan tristes extremos, pudieron solucionarse.

Los de Cádiz entraron en razón y disminuyeron sus pretensiones. Los apoderados debieron aceptar una suma mucho menor que les abonaron Pacheco y su socio, en concepto de comprarles los derechos que alegaban aquellos sobre los bienes dejados por don José Reza.

Y así terminó aquel insólito suceso que estuvo a punto de producir una catástrofe en la carrera industrial de Pacheco.

XLV

Pasado semejante contratiempo, Pacheco retornó al trabajo con todo ardimiento. Era, ya lo sabemos, el año 1860.

Su sociedad de 1855 con Ramírez dió fin en este año de 1860, y se organizó una nueva, exclusivamente

Digitized by Google

minera, siempre entre los dos esforzados amigos, que durante tantos años habían sabido luchar juntos.

Pacheco tenía entonces 37 años, lo que quiere decir que estaba en todo el vigor físico y moral dentro de una existencia de actividad y de energía. Por entonces, era ya padre de varios hijos, y esta consideración pesó en él, quizás más que ninguna otra, para redoblar en sus esfuerzos de adquirir fortuna. Seguía residiendo en Tupiza. Y nótese, a este propósito, que Tupiza había sido siempre, desde hacía muchos años, el centro desde el cual supo ejercitar todas sus actividades. Allí tenía a su familia. Allí nacieron sus primeros hijos. Y allí estaba el principal núcleo de sus negocios comerciales hasta que renunció a estos, dedicándose a la minería. En aquel simpático e industrioso pueblo del Sur de Bolivia, Pacheco había sabido crearse una distinguida posición. Era, por su carácter, querido por la escogida aunque diminuta sociedad que allí alentaba, y querido también por las clases proletarias, pues, aún cuando no disponía de fortuna, ya más de una vez había dado muestras claras de su carácter filantrópico. Fué alguna vez munícipe, y ya muchos se fijaban en él para la representación de la provincia. En una palabra, Pacheco, contaba, aún desde sus tiempos de pobreza, con grandes simpatías en Tupiza; y tanto era esto así, que cuando sobrevinieron los terribles conflictos ocasionados por las exijencias de los hermanos Reza de Cádiz, y aquello iba a tomar proporciones graves, gran parte del vecindario hizo valer su voz para que se llegase a una solución racional. Por eso, Pacheco, hablando a este propósito dice: "No había medio; necesario era apaciguarse y sufrir todo el rigor del

Digitized by Google

destino. Más, en el momento mismo de romper las hostilidades y cuando la parte contraria, después de legitimar su personería se preparaba a pedir el embargo de los bienes y el nombramiento de interventor, la mayor parte de los vecinos de este pueblo se pusieron de parte de la justicia, de la equidad y de la verdad, y más bien ellos que nosotros, pudieron reducir, con la verdad misma, a nuestros contendores a que se pusieran en términos razonables para que nos entendiéramos amigablemente, como al fin ha sucedido".

Más, si la residencia oficial de Pacheco era Tupiza, en el hecho él estaba siempre en continuo trajín. Y esto fué aún más desde que se hizo dueño con Ramírez de los intereses mineros de Guadalupe. Allí era, en verdad, que pasaba la mayor parte del tiempo. Ramírez se ocupaba sobre todo del laboreo de las minas, dado que era un experto conocedor de ellas, en tanto que Pacheco atendía con preferencia los establecimientos. En esos tiempos, seguramente el viajero que, con más frecuencia, pasaba por aquella larguísima quebrada de cerca de cien kilómetros que va de Tupiza a Portugalete, era Pacheco. El hacía siempre esos cien kilómetros en un sólo día. Fuerte jinete como lo era, veíasele a galope, caballero en fuertes animales que poco o nada sufrían del *soroche* al pasar de las risueñas vegas de Tupiza y Oploca, a las alturas yermas de Portugalete en el curso de pocas horas. Y de Portugalete, el centro de las minas, a Guadalupe, el centro de los ingenios de beneficio de la plata, distante más de cincuenta kilómetros: y de Guadalupe a tantísimas otras partes, trasladá-

Digitized by Google

base también breve y rudo, multiplicándose, proveyéndolo todo, viendo y vigilando todo.

Y merced a esta diligencia y tesón, continuó la explotación minera en progresión constante, premiando ya sin gran dificultad al valiente industrial.

Dos años después, esto es en 1862, Pacheco era ya lo que puede llamarse un hombre rico.

Su deseo se había cumplido.

Las minas, en las que se inició con tantas dificultades, habían al fin colmado ampliamente los anhelos del hombre que estuvo dispuesto un día hasta a empuñar el barreno, buscando el preciado metal.

Y, de esta manera, el infatigable trabajador, que desde niño fué subiendo la cuesta de la vida en lucha constante con numerosos inconvenientes, hoy podía tomar aliento y aún sentarse a descansar en el borde del camino.

Y sobre todo, hoy el padre de familia, que tanto se había preocupado de buscar la fortuna, no precisamente para él sino para sus hijos; él que tantísimo había sufrido creyendo que talvez pudiera dejar en la calle a esos pedazos de su corazón si no le iba bien en sus negocios, él que, pensando en lo que a él mismo le pasó en su niñez; los días negros, el hambre y la desnudez que le atormentaron, quería librar a los suyos de tan tristes extremos; y él, en fin, que falto de recursos para educarse, comprendía muy bien la importancia que tiene la riqueza bien empleada para educar a los niños, ahora ya podía dar un gran suspiro de satisfacción, pensando en que había logrado lo que necesitaba y que ya estaba en situación de poder procurar a los seres queridos, que eran la continua-

Digitized by Google

ción de él mismo en el mundo, una crianza y una educación que les hiciese felices en la existencia.

Esto era, ciertamente para Pacheco, lo más importante en su vida afectiva. Esto era el punto central de sus deseos; el objeto definitivo de sus esfuerzos y sus energías. Tal se desprende, por lo menos, de ciertos pasajes de su correspondencia, aún de su correspondencia comercial en la que, muchas veces, acaso sin fijarse él mismo, deja escapar frases llenas de buena intención para sus hijos.

***

Pero he aquí que, precisamente, en este punto tan delicado, tan vital para el hombre y cuando más que nunca se entregaba a bellas esperanzas en su hogar, le sobrevinieron irreparables desgracias que lo llenaron de aflicción y desaliento.

No parece sino que la suerte, como mujer fementida que después de alucinar al hombre con halagos y promesas le llena luego de heridas y desencantos, hubiera querido burlarse de Pacheco dándole la fortuna tan deseada por él con el fin de labrar la dicha de sus hijos, para acabar sembrando el exterminio entre ellos mismos.

De un modo inesperado y violento, aquel hogar vióse enlutado con una sucesión verdaderamente extraordinaria de muertes lastimosas.

Primeramente, murió su hijito menor atacado de difteria, esa terrible enfermedad que tantos estragos hace en la población infantil por todo el mundo y que vino también a llamar a las puertas de la casa del

Digitized by Google

hombre que acababa de enriquecerse y que iba forjando los más bellos ensueños en favor de los suyos.

Y después del niño menor, que apenas contaba un mes, falleció otro de pocos años.

Y, a muy poco tiempo, cayó un tercero más todavía.

Ya puede calcularse como quedó el desgraciado padre.

Casi simultáneamente había perdido tres de sus más pequeños hijos y no le quedaban sino dos, de ocho que tuviera hasta entonces en su matrimonio.

Su dolor era tan vivo que, por momentos, sentíase completamente anonadado, él, que supo mostrar tanta energía en otros conflictos. Un pesimismo cruel empezaba a enseñorearse de su corazón.

—«¿Sabe Ud., decía—en una carta escrita en esos días a su amigo don Belisario Peró—lo que importan para mí tan irreparables pérdidas? La muerte de mi esperanza en la vida... En efecto, no puedo soportarlas más; es un nudo de hierro el que oprime mi corazón. Nada espero ya. Ha terminado mi viaje de ilusiones y esperanzas; estoy de vuelta; no he encontrado sino tristes realidades en todo sentido y una tierra inundada por torrentes de lágrimas que no he podido pasar sin sumerjirme en ellas».

Y como estos arranques angustiosos y aún más hondos y tétricos, se encuentran otros en sus escritos de ese tiempo, arranques tanto más extraños cuanto que se trataba de un ser verazmente religioso, y que únicamente se explican por la intensidad de su dolor salvaje que no hallaba consuelo en nada.

De seguro que si tales aflicciones hubiesen podido durar mucho en su corazón, hubiéranle conducido a una negra misantropía; pero por su suerte estaba he-

Digitized by Google

cho de una masa que, si por el momento parecía ceder, pronto se enducecía y acababa por mirar cara a cara a su dolor, y hasta a encariñarse con él.

Fué en estas condiciones que Pacheco resolvió dejar Tupiza y trasladarse a otro centro donde podría encontrar mayores recursos para asegurar la vida de los hijos que le quedaban.

Y ese centro, que eligió como el más apropiado y después de madura reflección, fué Sucre.

***

Todo esto pasaba en 1862.

En el siguiente, esto es, en 1863, se trasladaba en efecto, Pacheco con toda su familia a Sucre.

Y aquí entramos a un nuevo período de su vida, período al cual, por su importancia, dedicaré la segunda parte de este libro.

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE

I

La traslación de Pacheco de la Provincia de Chichas a Sucre, constituye una de las evoluciones más transcendentales de su vida.

El hombre activo y emprendedor va a entrar ahora en un terreno enteramente nuevo para él.

Desde el medio físico hasta el medio social, va a producirse para él un cambio completo. Va a cambiar, en efecto, el clima glacial y ventoso de las regiones mineras, por el grato, suave y enervante clima de Sucre. Sus ojos, en vez del paisaje agreste y desolador de la zona minera, van a recrearse en las risueñas perspectivas de la capital boliviana. Y sus oídos, en lugar del ruido chirriante de los ingenios, del sordo rumor de las picotas, barrenos y dinamita en las entrañas te-

Digitized by Google

rrestres, sólo oirán alegres repiques de campanas, músicas deliciosas y parlas zalameras.

Y asímismo, el cambio va a ser completo en el medio social, en el ambiente humano, en lo que podríamos llamar, el clima moral e intelectual.

La antigua capital de los Charcas, la ciudad cortesana, la metrópoli religiosa y universitaria del Alto Perú, claro es que, en esos tiempos, conservaba mejor, de lo que hoy conserva, su viejo carácter de población colonial. Esta hermosa ciudad, a la que tanto amaron los españoles y que por ello fué otrora el asiento de la Real Audiencia, el foco universitario por excelencia y la sede religiosa más alta entre todas sus vecinas, seguía aún atrayendo a todos los habitantes de Bolivia, como lo hiciera antaño con los del Alto Perú. Y así como en esos tiempos, todos los ricos mineros que habían trabajado ardua y largamente en otras tierras, se iban a pasar el resto de su existencia en Chuquisaca y gozar en ella de su fortuna, tal continuaba pasando en los tiempos a que me refiero.

Y tal pasaba también con Pacheco.

Ya sabemos que él, cuando era niño, jamás había podido venir aquí desde su nativo terruño, como lo hiciera Campero para educarse en las aulas renombradas de esta Universidad. Pobre, obscuro, necesitado, por mucho que su imaginación de niño vivaz le presentase la silueta atrayente de la metrópoli soñada, nunca el destino le permitió realizar la peregrinación a ella, que tanto ansiaba. Las únicas peregrinaciones para él habían sido entre su plueblecito de Livilivi, Suipacha, Nazareno y Tupiza y las haciendas vecinas. Sólo una vez su padre, don Brígido, lo había llevado hasta la Argentina, a Salta, para regresar de allí, cuando no

Digitized by Google

tenía ni diez años, siempre a aquellos rincones del sud del país que le eran tan caros. Y después, cuando fué joven, siguió aún allí mismo y apenas si sus correrías se extendieron algo más; a Portugalete, a Cinti, a Tarija; hasta que dió el gran salto, nada menos que a Europa. Y luego de regresar de Europa, continuó siempre peregrinando en su provincia o las circunvecinas hasta que se hizo minero, y debió por ello pasar lo más de su tiempo entre los cerros de Guadalupe, Portugalete y Tupiza.

Y ahora, hénosle a Pacheco cumpliendo el deseo que acaso alimentara desde niño, de ir a vivir a la bella ciudad que era el imán de todos.

Pacheco tenía, entonces, 40 años.

Llegó a Sucre con su esposa y dos criaturas. Había perdido cinco hijos. Ya hemos visto que, en este orden, la suerte lo había tratado muy mal, puesto que hacía poco tiempo se le habían muerto tres niños, y fué precisamente ésta, la principal razón para que apresurase su viaje a Sucre.

Mas, para el hombre de trabajo, para el incansable industrial que estaba habituado a la actividad, ¿sería Sucre un ambiente apropiado?

La verdad es que, la mediterránea ciudad, poco se prestaba para eso. Aquél era más un campo para la vida de corte, para los pasatiempos de estrado, para las intrigas políticas y de puertas adentro. Entonces, como ahora mismo, la sociabilidad de la vetusta capital estaba dividida en grupos que se detestaban, grupos que tenían su raigambre en la vida misma de la colonia, y que, al pasar ésta al régimen de la República, no habían hecho sino tomar nuevas formas sin cambiar precisamente en su esencia.

Digitized by Google

Pero, ya hemos dicho que Pacheco tenía como una de sus cualidades peculiares la de un don de adaptabilidad notable, que le hacía aceptar sin dificultad tal cual manera de ser conforme al medio en que estaba.

Y según esto, al empezar su vida en Sucre, supo amoldarse perfectamente al ambiente social; y se hizo tan estimable en el salón fastuoso del acaudalado como en la modesta tienda del artesano.

Sus maneras vivaces, francas, expontáneas; su gran tacto para tratar a las gentes por opuestas que fuesen en su temperamento; su misma religiosidad—ya que en Sucre predominaba el elemento llamado *pechoño*—le abrieron campo, desde los primeros momentos, en aquel nuevo centro al que llegaba por la primera vez.

Y añadamos a todo esto, el dinero.

El dinero que, aún tratándose de pobres diablos sabe hacer el milagro de convertirlos en seres respetables e influyentes, y que, en las manos de los que saben gastarlo bien, es sencillamente una palanca de primer orden para llegar a los mejores resultados.

Y Pacheco era uno de esos hombres que saben gastar bien el dinero.

Ni el derroche tonto, ni el combustible arrojado al vicio, ni el medio fácil de realizar directa o indirectamente el crimen.

La bolsa abierta, eso sí, para obras buenas, para los fines transcendentales.

Y aún tratándose de diversiones, el dinero era gastado para hacerlas más delicadas y deleitosas.

Ese era el empleo que hacía Pacheco de su fortuna.

Pero lo que, en este respecto de gastar bien el dinero, caracterizaba sobre todo su manera de ser cuando

Digitized by Google

se hizo rico, era su facilidad para promover obras de caridad.

Verdad que esto no era sino el resultado lógico de su temperamento, el que, según ya lo hemos visto desde su niñez, era decididadmente inclinado a la filantropía. Sólo que, en esos tiempos, el pobre muchacho no podía dar sino su buena voluntad, su abnegación, en tanto que ahora, el hombre maduro y rico, podía a toda conciencia aplicar una parte de su fortuna al alivio de los necesitados.

En Julio de 1863, es decir, apenas pasados pocos meses de su llegada a Sucre, ya lo vemos tomando parte principal en la reorganización de una casa de caridad que en esos tiempos había llegado a un estado lastimoso de miseria y desamparo; me refiero al Hospital Santa Bárbara de Sucre. Una de las biografías que tengo a la vista dice, a este respecto, de Pecheco: «No sólo consagró a ese objeto sus recursos pecuniarios, sino también su arduo trabajo personal. El estableció el sistema de contabilidad que se observa hasta ahora, tan claro, preciso y metódico que, diariamente, se conoce a primera vista el gasto de las diversas atenciones de la casa, tan bien documentado, que no es posible, ni se concibe, que pueda existir el más pequeño desvío de fondos tan sagrados como los que se destinan a establecimientos de caridad y de beneficencia».

Sí, fijémonos bien en esto: «No sólo consagró a ese objeto sus recursos pecuniarios sino también su asíduo trabajo personal». He aquí la real filantropía. El hombre no se contentaba con arrojar con indiferencia una suma más o menos gruesa, tal como lo hacen los más de los llamados filántropos; él ponía en el asunto su

Digitized by Google

actividad individual, le consagraba su tiempo, le daba su simpatía, su amor.

Pero, insistamos un poco en este punto, porque él marca ya el rumbo que seguirá Pacheco en su nueva residencia, y porque, hasta cierto punto, resume a los más de sus otros actos que en este respecto son legión.

He dicho que, en esos tiempos, el Hospital de Santa Bárbara, el único existente en Sucre, había llegado a un estado lastimoso de miseria y desamparo.

En efecto, tal era su estado, que esa casa en lugar de ser propiamente de caridad, bien podía decirse que era de lo contrario, es decir, una casa en que se daba tormento a los asilados, o se les trataba con tal descuido y desdén, que acabó por convertirse, en vez de un asilo humanitario, en un antro siniestro y temible. Y la perversión de sus Directores, y aún la apatía social habían llegado a tal punto, que esa casa de caridad, se transformó también en una casa de negocio y de lucro.

Pero, dejo hablar a este propósito, un documento fehaciente que tengo a la vista.

Mi abuelo paterno, Manuel Mendoza, que en el año 1863 era presidente de la Municipalidad, decía en un discurso que pronunció ese año, con ocasión de la instalación de la Sociedad de San Vicente de Paul, lo siguiente:

«El Hospital de Santa Bárbara, desde el día que dejó de pertenecer a los religiosos de San Juan de Dios, dejó también de ser el asilo del enfermo y casa de caridad, entregado desde entonces a un médico que no tenía en la casa más vínculos que los que nacen del interés de conservarse en su destino, debido más de una vez al favor. Regía el establecimiento un ecónomo que

Digitized by Google

llevaba la significación del nombre de su empleo hasta especular sobre la miserable dieta del enfermo. Un capellán mal dotado, que servía con repugnancia. Subalternos y dependientes sin caridad en la casa de la caridad, por que no estaban ligados por ningún voto, por que no les había llevado allí ninguno de esos sentimientos nobles que elevan al hombre hasta hacerle llevadera, y aún agradable, la asistencia a enfermos desconocidos, asistencia llena de peligros y siempre repugnante. ¿Qué extraño es, señores, que un Hospital de estas condiciones haya acabado por ser el fantasma aterrador de los enfermos después de haber sido su esperanza?»

Pues bien, para remediar ese estado deplorable del Hospital indicado, se habían asociado, a la voz santa de un buen fraile, el Padre Sintora, y de un ciudadano generoso, don Luis Guerra, los más respetables y distinguidos chuquisaqueños, constituyendo la Sociedad Humanitaria "San Vicente de Paul" que ha vivido hasta hace poco.

Y entre esos chuquisaqueños, por mucho que no fuera de Chuquisaca y estuviese recién llegado a este pueblo, se hallaba don Gregorio Pacheco.

Y se hallaba, según ya queda dicho, no solamente poniendo sus óbolos en dinero, sino poniendo también su trabajo perseverante e inteligentísimo hasta en el régimen interno de la casa, en la administración, en la contabilidad, etc., etc., ya que, por los motivos antes indicados, aquello se había transformado en un asunto laberíntico que necesitaba para desenredarlo, una cabeza avezada al orden, a la claridad y a la disciplina.

Y ya sabemos que en la de Pacheco predominaban esas cualidades.

Habituado desde su niñez y su juventud, a llevar

Digitized by Google

una cuenta clara y sencilla en sus negocios, en el caso del Hospital, tenía que ser factor de primer orden para el trabajo de su reorganización.

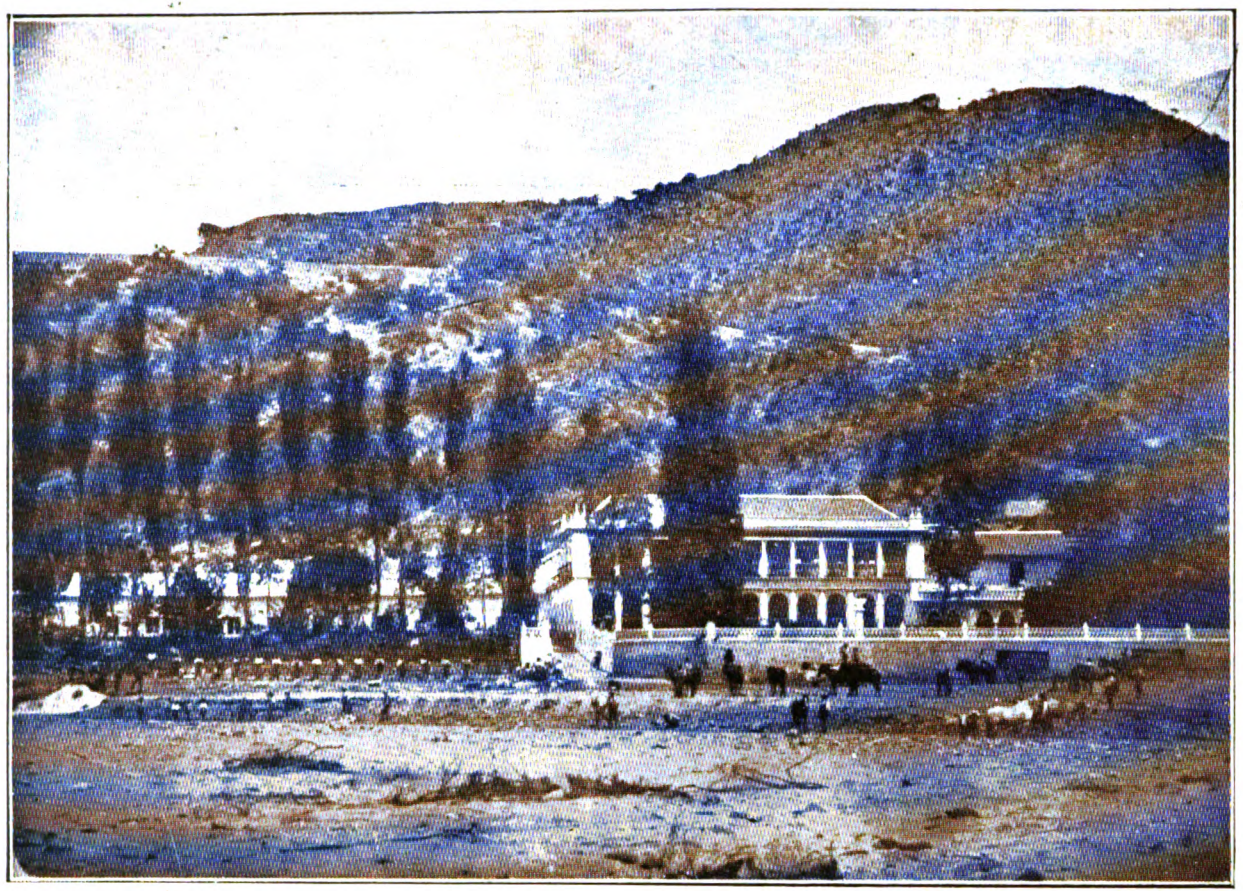
Pero hay aún más: ya desde aquel tiempo se propuso fundar en el mismo Hospital, como en efecto lo hizo, un departamento especial para locas, mientras pudiese hacer el Manicomio que lleva su nombre, construído por él mismo, veinte años después, en 1884.

Y cabe, al hablar de locos, anotar el hecho de que, entre las buenas intenciones de Pacheco, siempre había ocupado señalado lugar el propósito de llegar a realizar una obra de esta clase.

Pacheco jamás podía olvidar que entre sus antecesores figuraba un ser desposeído de la razón en plena juventud: su abuela, doña Juana Madariaga, aquella pobre señora de quien hablamos al comenzar este libro. Y la imagen de la mujer enagenada que arrastró una larga existencia en medio de sus hijas, provocando en el rincón del empobrecido hogar mil cuadros desgarradores, debía llevar continuamente el pensamiento de mi héroe hacia esa espantosa legión de otros seres, que han perdido la razón y muchos de los cuales ni siquiera cuentan con la ayuda de hermanos, hijos o amigos que puedan soportar sus desmanes y ayudarles en su tremenda peregrinación por la vida. Seres cruelmente infelices, más infelices que los demás enfermos comunes, puesto que la privación de la razón los pone por debajo de las mismas bestias y los echa inermes e impotentes al mundo.

He ahí por qué Pacheco, pensando en aquello mismo que había sucedido en su hogar, entre sus antecesores, quiso que otros seres que habían caído en la misma

Digitized by Google



Hacienda de Nucchu.

Digitized by Google

Digitized by Google

desgracia, contasen con un asilo que no había existido para su abuela loca.

II

Y en cuanto a otras esferas de acción, Pacheco, naturalmente, en consecuencia de su carácter de trabajo e iniciativa, continuó obrando con su acostumbrada actividad.

Una de sus primeras atenciones fué comenzar a adquirir propiedades urbanas y rurales. Y una de estas primeras adquisiciones fué la histórica hacienda de Nucchu, que hoy mismo poseen sus descendientes. Quería dedicarse con ahinco a la agricultura, materia en la cual ya sabemos que desde que fué modesto empleadillo de Anzoátegui en el valle de Tojo, había llegado a ser un hombre experto como lo fué en el comercio y como lo fué en las minas. Yo he tenido frecuentes ocasiones de notar en su correspondencia, muestras elocuentes de su competencia en asuntos agrícolas. Y, como en lo demás que entraba dentro del radio de sus conocimientos, se ve en él al hombre práctico, al hombre del detalle, al hombre que trata las cosas con esa seguridad y esa destreza que sólo puede dar la observación y la experiencia. Todo, o casi todo lo notable que hoy mismo existe todavía en Nucchu en materia de construcciones, plantaciones de árboles, huertas, etc., etc., es hecho por Pacheco. Por ejemplo, los molinos que parece que hubieran sido hechos ayer, son obra de él en el año 1866, es decir hace más de cincuenta años. Los más hermosos árboles que allí se ven, fueron plantados por sus manos. El formidable reparo que en forma de plano inclinado defiende la propiedad contra el Ca-

Digitized by Google

chimayo y que ha resistido incólume las más terribles avenidas de ese río durante tantos años, es también obra de Pacheco.

Amaba él ese lugar con especial predilección; y entre el gran número de otros fundos que adquirió, consagróle sus mayores cuidados. Allí vivió con su familia por largas temporadas, casi podría decirse, más que en Sucre mismo.

Hombre criado desde su niñez al aire libre en los campos, Pacheco hallaba seguramente uno de sus más gratos encantos en ir a replegarse en sí mismo en aquel apacible retiro, huyendo de la vida cortesana de la capital.

Y, cuántas veces en esas horas de soledad, rodeado por el ameno paisaje de Nucchu, debía evocar la imagen del grande hombre que en lejanos y gloriosos días, había pasado en esos mismos sitios, instantes plácidos que hacían una bella pausa en medio de una vida de agitaciones y trabajos.

Me refiero al Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre.

Sabido es, en efecto, que el General Sucre pasó los últimos días de su permanencia en Bolivia, en Nucchu.

Hoy mismo, aún se conserva allí la casa de campo antiquísima en que estuvo alojado, y en la que escribió su último famoso mensaje a la Representación Nacional de esos tiempos.

Es una casita del tiempo de la colonia, con rojos y ennegrecidos tejados, mostrando en su fachada una angosta escalera con baranda de madera que lleva a un corredor alto cubierto por un alero gacho. Por dentro hay tres habitaciones modestísimas con ventanas

Digitized by Google

que miran al opulento paisaje de Nucchu y a los cerros del frente.

Cuéntase que, por esas ventanas, solía el General Sucre contemplar con harta complacencia una casa de campo de la banda opuesta, donde residía una linda moza con quien tenía sus amores.

Y en verdad que el lugar se prestaba a maravilla hasta para esta página galante en la carrera llena de arduos trabajos y peligros del "filósofo soldado".

Pacheco, al construir la hermosa casa de campo que subsiste hasta hoy día, había tenido el mayor cuidado de respetar aquella otra pequeña que fué el alojamiento de Sucre.

Aquella era para él como un santuario. Y aun cuando arquitectónicamente fuese un contraste anacrónico con las nuevas construcciones que se hacían, y aún le quitase lugar para aquellas, supo siempre conservarla tal como la había encontrado, o a lo sumo limitóse a realizar trabajos de protección para que no se destruyese (1).

---

(1) Pacheco que tenía una veneración casi religiosa por Sucre, tuvo también la singular fortuna de poseer una prenda de inapreciable valor moral, consistente en un reloj que había pertenecido al Gran Mariscal y que, habiendo pasado, años después al señor Nicanor Mallo, este lo legó a don Gregorio, según consta del documento siguiente que considero del caso insertar, tanto por su significación honrosa para mi biografiado, cuanto porque es también una nueva muestra reveladora del carácter magnánimo y desinteresado del ilustre Sucre.

Dice así: "En la ciudad de Sucre, a 8 de Abril de 1881, horas tres de la tarde, ante mí, el notario de primera clase del distrito judicial de Sucre, José María Lira de Saavedra, vecino y residente en la capital de la República y de los testigos que se expresarán al fin, fué presente el Dr. don Jorge Mallo, mayor de edad, de este vecindario, boliviano, viudo, propietario, y en el libre ejercicio de los derechos civiles, de cuyo conocimiento doy fé, y me pasó la minuta que sigue: Señor Notario de primera clase, Dr. José María Lira de Saavedra. En sus protocolos sírvase Ud. extender la siguiente declaración.—PRIMERA. Yo, Jorge Mallo,

Digitized by Google

Y cosa singular, más de 40 años después de aquellos días en que el General Sucre pasó las postrimerías de su período presidencial en Nucchu, tocóle también a otro presidente pasar las suyas en el mismo Nucchu. Otro presidente, no ciertamente, tan grande como el "Impecable", pero que también ha sido uno de los pocos dignos que han ocupado este puesto eminente en Bolivia: el Coronel don Adolfo Ballivián.

Y Ballivián, sería en 1871, el primero que viviese

---

natural y vecino de este lugar, viudo, mayor de edad, he tenido por conveniente consignar como última testamentaria disposición la que a continuación se expresa.—SEGUNDA: hallándome enfermo y al verificar mis definitivos arreglos, declaro en este solemne momento que, según acreditan mis credenciales, desde la fundación de la República pertenecí a la Administración Sucre, sirviendo a este ilustre héroe en calidad de cobachuela los tres años de su Presidencia Constitucional.—TERCERA: que con tal motivo, no sólo merecí su confianza oficial, sinó que alcancé la gloria de que me considerara como miembro de su familia.—CUARTA: que correspondiendo a esa deferencia noble y relevante, en el infausto acontecimiento del año 28, después de haber puesto al General Sucre en su lecho, marché en persona y regresé de Potosí con el General López y su fuerza para salvar la vida del ilustre fundador de la República y de nuestras instituciones.—QUINTA: que consecuente a este sincero afecto, lo acompañé en su marcha al exterior hasta el pueblo de Puna a que se dirigió el General Sucre llamado por el patriota Dr. don Leandro Usin, Gobernador entonces de aquella provincia, que en medio del abandono y desgracia que la ingratitud acarreó al vencedor de Ayacucho, le ofreció sin límites su amistad y todo género de recursos para cruzar el poco conocido desierto, entonces, hasta Cobija. Llegados a Puna con este motivo, puso el señor Usin a disposición del General Sucre, toda su fortuna, y el modesto General, se limitó a pedir dos guías y mil pesos en plata sellada, con estas memorables palabras: "para llegar a Cobija no necesito más, de allí, Dios y mi nombre me bastarán para restituirme a mi patria; acepto suplida esa suma que la pagaré en primera oportunidad". Entonces el señor Usin le repuso noblemente, que su fortuna era suya y no daba esa pequeñez en suplemento, a lo que el General Sucre enternecido contestó: "bien amigo, acepto, y como recuerdo imperecedero de amistad, le dejo este reloj, única prenda que mi infortunio político me deja, y que no lo necesito porque estoy imposibilitado del brazo para manejarlo y mi ayudante lleva el suyo que marca las horas".—SEXTA: que este hermoso legado tuvo lugar, en mi presencia y entre mis lágrimas, a principios del año 29, habiendo ocurrido poco después el falle-

Digitized by Google

Nucchu.—Casa donde el Gran Mariscal Sucre firmó su último Mensaje.

Digitized by Google

Digitized by Google

en la casa que construyó Pacheco junto a la otra antigua, que he descrito, donde estuvo alojado el Gran Mariscal en 1829.

De manera que la hermosa finca de Nucchu tenía para Pacheco este mérito más: el de ser un lugar evocativo, el de suscitar en su memoria la visión de esas nobles figuras que, muertas poco tiempo después de

---

cimiento del señor Usin, con cuyo motivo se pusieron en venta algunos de los bienes de su testamentaría, y entre ellos el reloj fábrica Bréguet, número 3055, que fué el obsequiado por el ilustre General Sucre, quien lo recibió un año antes en igual calidad del distinguido español don Lucas Lacotera.—SEPTIMA: que sabedor de esa venta, me valí del Juez de Letras que intervino en los inventarios, Dr. don Joaquín de la Tapia, a quien, con toda la sinceridad y efusión del afecto, le supliqué me proporcionara dicho reloj a toda costa y sin fijarse en precio.—OCTAVA: que obtenida por ese medio esta prenda de inmenso valor moral, la tenía destinada para mis herederos, y como por desgracia no tengo ninguno varón, habiendo fallecido hace poco mi hijo político, el Dr. Samuel Velasco Flor, al consignar mis últimas disposiciones, he meditado sobre la persona más digna y honorable a quien pudiera legarla, y con toda la independencia que dá al hombre la proximidad de la muerte, sin afección alguna personal y obedeciendo sólo a mi conciencia y a la memoria del ilustre General Sucre, he elegido por legatario del reloj de este ilustre personaje, al señor don Gregorio Pecheco, que se servirá aceptar y recomendar a sus dignos herederos esta ofrenda que la honradez le tributa como un lauro a su conocida beneficencia y espíritu público: así dejo satisfecha mi conciencia y mi eterno amor a la memoria del General Sucre, dejando en manos del hombre más digno, la última prenda del fundador de nuestra República. Y para que esta declaración sea más auténtica, elijo por testigos, al General de División, don Mariano Torrelio, fundador del Ejército Libertador, y a don Manuel Durán de Castro, Oficial Mayor del Ministerio de entonces, y al señor General don Juan de Dios Arrieta.—Usted señor Notario, se servirá agregar y certificar acerca del número y autor de dicho reloj.—Sucre, Abril 8 de 1881.—JORGE MALLO".

"PROSIGUE: En su mérito dijo: que en la mejor forma que hubiere lugar en derecho, eleve el señor compareciente a escritura pública la minuta inserta, por la que aprueba y ratifica en todas sus partes el contenido consignado en la minuta preinserta; QUE por consiguiente elije por legatario del reloj del ilustre General Sucre, al distinguido caballero, señor Gregorio Pacheco, para que se sirva aceptar y recomendar a sus dignos herederos esta ofrenda, que es de memoria imperecedera para la Historia Nacional. Yo el infrascrito, Notario, certifico y doy fe: Que

Digitized by Google

haber dejado aquel apacible retiro, debían dejar en su romántico panorama el sello también romántico de su recuerdo.

Y todavía, después de esa figura, vendrían también otras que han brillado en la historia patria, a solazarse en horas de grata expansión entre las frondas de Nucchu: don Tomás Frías, "el impasible"; don Mariano Baptista, "el Gran Tribuno"; ambos también del grupo diminuto de los buenos presidentes de Bolivia (1).

---

habiéndome manifestado el reloj que se me puso a la vista, está marcado con el número 3055, de la fábrica Bréguet, es el mismo a que se hace referencia en la minuta. En testimonio de ello así lo digo, otorgo y firmo juntamente con los testigos presentes a este acto y lectura que se les hizo de principio a fin de este instrumento, y lo fueron los señores, el General de División del Ejército Nacional don Mariano Torrelio, casado, el General don Juan de Dios Arrieta, viudo, y el ciudadano don Manuel Durán de Castro, empleado, viudo, todos mayores de edad, de este vecindario, de que igualmente doy fé.—*Jorge Mallo, Mariano Torrelio, Juan de Dios Arrieta, Manuel Durán de Castro.*—Aquí un signo.—ANTONIO JOSÉ MARÍA LIRA DE SAAVEDRA, Notario de primera clase.

(1) Y a propósito de horas de grata expansión y de Presidentes, no estará fuera de lugar relatar la siguiente anécdota referente al Presidente Melgarejo en Nucchu.—Cuéntaseme que, en cierta ocasión, pasaba Melgarejo por esa finca con sus tropas, a develar en Potosí una de tantas revoluciones que eran entonces el plato diario. Atraído por la amenidad del lugar, el déspota habíase detenido allí mientras sus tropas tomaban la delantera. En Nucchu, no estaba don Gregorio Pacheco, pero sí, su esposa y su hijita Clementina que no contaba aún siete años de edad. Melgarejo que ya había bebido más de la cuenta, preguntó a la señora de Pacheco su opinión sobre la banda de música del regimiento que acababa de pasar y como ella le contestara que no la había oído, el Presidente ordenó se presentase la banda a tocar una retreta. Pero, entonces, uno de los Edecanes le representó que el Regimiento con su banda debían encontrarse ya en la Calera, distante de dos leguas. A lo cual Melgarejo ordenó regresase la banda aunque fuese desde Potosí. Y no hubo más remedio que obedecer. La banda regresó a Nucchu ya en la tarde de ese día, y después de un buen rato de música, el Presidente hizo tocar un bailecito de tierra e invitó a bailar a la señora Pacheco; más ésta que era de gran carácter y que no había bailado en su vida, no era para ceder a la insinuación ni de un Melgarejo, y se excusó. Y seguramente aquél debía decirse: Vaya una dama que no sabe oir música, ni sabe bailar. Y como

Digitized by Google

Hoy mismo aún existe en el huerto un banco rústico, ya próximo a destruírse, donde esos patricios se sentaban a conversar sobre las vicisitudes de la patria, sobre los asuntos del Estado. Y aún está allí bajo un grupo de colosales eucaliptus plantados por Pacheco, una mesa de cal y piedra que era el sitial de los banquetes campestres. Y allí también aún se alza una corpulenta higuera, cuyo viejo tronco conservaba hasta hace poco, después de cincuenta años, unos monogramas que grabó con su cuchillo, aquel simpático chileno, don Carlos Walker Martínez, cuando se rindió al amor de la "dictadorita" (1).

Todo, pues, parece hablar en Nucchu de cosas idas, de seres inolvidables que paseaban entre sus árboles entregados a pensamientos graves; de añoranzas campesinas, de suaves idilios de amor.

Pero, naturalmente, entre todas esas figuras de antiguos tiempos, la que con más frecuencia debe evocar Nucchu en el paseante que sabe de sus antiguas tradiciones, es la del mismo Pacheco, del hombre que amó tanto ese retiro, que vivió allí lo mejor de su vida, y que, desde las glaciales alturas de las minas de Portugalete donde escarbaba la tierra para sacar la plata, vino a esta tierra ubérrima a escarbar también esta tierra para sembrar acá el grano fecundo que hoy mismo

---

él siguiese exigiendo, y ella negándose, la situación se hacía crítica, dado el carácter irritable e impulsivo de Melgarejo, cuando se hallaba embriagado. Pero he aquí, que la chiquilla Clementina brindóse valientemente a bailar en lugar de su mamá, lo que fué aceptado de buen grado por Melgarejo.

(1) "Dictadorita", fué el sobrenombre dado en esos tiempos a doña Sofía Linares, hija del famoso dictador, don José María Linares, esposa que fué después, del diplomático chileno don Carlos Walker Martínez.

Digitized by Google

lleva su nombre (1) y plantar los árboles que se yerguen con sus follajes pletóricos de verdor y de armonías, mientras su viejo cultivador, hoy duerme para siempre en lejano rincón.

III

Pero, como es muy lógico pensar, entre las esferas de trabajo en que se ejercitaba Pacheco, lo que continuaba ocupando aún en Sucre el primer lugar, eran las minas.

Bien que ahora él estaba a gran distancia de Guadalupe y Portugalete, sin embargo, siempre estaba empeñado en que su acción alcanzase hasta esos centros. Allí había quedado su socio don Manuel Inocente Ramírez, pero Pacheco viajaba también a esas minas con frecuencia, y, cuando no lo podía hacer, no se cansaba de influir en su compañero en el sentido de que se diera a todos los trabajos el sello del orden y de la corrección en que era tan meticuloso.

No bastaba para él que las minas estuvieran en el estado floreciente en que se hallaban. Debía evitarse la confusión, el desorden, la economía mal entendida o el derroche perjudicial, cosas que habían empezado a producirse en aquellos riquísimos emporios de plata, a consecuencia del mismo ensanchamiento y división del trabajo.

Y cabe aquí llamar la atención sobre la manera de pensar de Pacheco acerca de un asunto que, en Bolivia,

(1) Pacheco, al viajar cierta vez por el Perú trajo del Cuzco una semilla de maíz que sembrado en Bolivia produjo una de las más hermosas variedades de ese cereal. Se le conoce hoy mismo con el nombre de "Maíz Pacheco".

Digitized by Google

Nucchu.—Ultimo árbol plantado por don Gregorio Pacheco.

Digitized by Google

Digitized by Google

no siempre ha sido considerado con el debido interés y perspicacia aún por los industriales de alto vuelo, respecto de las gentes obreras, o sea las relaciones del patrón y del trabajador. Para Pacheco, el patrón debía siempre tratar bien al obrero no sólo por un sentimiento humanitario sino también por propio provecho, por lucro y, a la larga, por el interés público. Pacheco detestaba el método tan generalizado, sobre todo en su tiempo, de procurar siempre reducir los salarios, de retardar los pagos y de tener a los obreros semi desnudos y a ración de hambre, y esto, no sólo por razón de su espíritu filantrópico, sino también porque estaba persuadido de que tal método, en lugar de causar economías por la reducción de salarios y mezquindad en todo lo demás, traía por consecuencia precisamente lo contrario: es decir, la menor suma de energía del trabajador y, por consiguiente, la menor utilidad. El obrero bien tratado trabaja más y, en consecuencia dá más; he ahí la fórmula de Pacheco, fórmula simple y clara que no puede ser más verdadera.

Digno es de citarse a este propósito el siguiente párrafo de una carta de Pacheco, puesto que en pocas líneas condensa su manera de pensar y de sentir respecto a las clases trabajadoras. Dice así:

«Pudiera ser que haya mucho de ceguedad en mí, al extremo de confundir mis aspiraciones de justicia con mi vanidad. Aún así me conformo; error santo sería este y santificaría la vanidad basada en la justicia para practicarla siempre, llevándola hasta el último término en la línea que nos ocupa, hasta mejorar la suerte del trabajador, por humanidad cristiana y hasta por espíritu público y hasta por cálculo, por especulación; porque tales son las ramificaciones que se entrelazan y en-

Digitized by Google

cadenan en la esfera del bien, que son beneficio de todos; quien la practica, mayor bien recibe en lo material y mucho más en lo moral».

IV

¿Y en la política?

He aquí un campo en el que Pacheco no mostró el entusiasmo que hizo ver en los otros que ya conocemos. Creo más bien que, en general, fué indiferente y aún enemigo de figurar en los intrincados vericuetos por donde van los que consagran su pensamiento y aún su vida a esta materia.

Verdad es que, alguna vez, tuvo sus veleidades politicómanas, como aquella a que me referí al anotar su participación en el levantamiento de Tupiza contra Belzu en 1853, lo que le ocasionó su expatriación de Bolivia durante dos años, con todos los daños y perjuicios consiguientes.

Pero, juzgo que si se dejó arrastrar hasta ese punto en asuntos de política casera, a favor de Linares, fué más como un accidente pasajero, por el entusiasmo que, a consecuencia del mismo hecho de ser más joven, tenía que ser mayor en su temperamento y, en fin, porque estaba poseído de la convicción de que la causa, a cuyo favor combatía, era la mejor para su patria.

Después, volvió a su nivel natural.

Es decir, volvió al terreno del trabajo asiduo y honrado, fuera de los afanes políticos que tanto apasionan a otras gentes.

Seguramente había comprendido que no estaba conforme a su temperamento y a sus principios eso de ac-

Digitized by Google

tuar empeñosamente bajo tal o cual bandera, de las que, por lo común, se han solido levantar en el país invocando el derecho, la justicia, la libertad, la salvación de la patria, etc., etc., ya sea de buena fe o ya sea por simulación.

Pacheco era un hombre de ideas sencillas. Y la política es algo de lo más enrevesado, abstruso e indeterminado.

Por lo menos, esa política que practican los más de los que se dedican a ella.

Para un hombre llano, que gusta de la claridad de las cosas, de la rectitud, de la probidad, la política es una verdadera Babilonia, donde, a poco de ir andando con las mejores disposiciones, uno encuentra tal cúmulo de contradicciones y de inconsecuencias, aun en los mismos de quienes se debiera esperar una bella unidad de doctrinas y actos, que, al cabo, se queda desorientado y sin saber con fijeza donde dirigir el rumbo para hallar un buen resultado.

No hay más que abrir la historia de Bolivia para convencerse de esto. ¿Cuál es el caudillo o presidente, o siquiera ministro de Estado, que no indique siempre sus ideas o sus opiniones (y muchos de ellos no tienen siquiera ideas u opiniones que pudieran llamarse tales en política) como las mejores para hacer la felicidad de la patria? ¿Y cuál de ellos tiene la razón? ¿Y quién es el juez debidamente competente para fallar en este asunto? Además que, con frecuencia, se ve que muchos de los mismos hombres que se han considerado de los más legalistas y honorables, han cometido, sin embargo, gruesas faltas contra la legalidad y la honradez. Así como se ve también que, alguna vez, un pícaro que llegó a ser Presidente tuvo éste o aquél arran-

Digitized by Google

que bueno que trascendió a la larga en beneficio del país.

No hay duda: este es un campo intrincado, aún considerado en el terreno doctrinario. Y mucho más intrincado es, si se le considera en el campo de la acción, de la aplicación, de la experiencia. Así sucede que, muchas veces, lo que teóricamente habíase reputado por un bellísimo principio, resulta, en la práctica, un fracaso. Y es en este sentido que, bien puede decirse de ciertas personalidades inteligentísimas que trataron de aplicar a su patria tal o cual procedimiento que, acaso, en otras partes dió buen resultado, o por lo menos, según su entender, debía darlos, no hicieron sino llevar a esa patria por rumbos inconvenientes. Es decir, resultaron más bien haciendo mal a su país. Y quizás un mal más hondo y transcendental que los mismos tiranos ignorantes y obcecados que no veían sino la décima parte de los otros.

Un espíritu recto como el de Pacheco no podía, pues, aficionarse mucho a la política, y debía preferir, como en efecto lo hizo, otros campos de actividad.

V

Pero, no por lo que llevo dicho ha de juzgarse que Pacheco dejara de tener sus convicciones en materia de política.

Que sí las tenía, y muy hondas.

Mas, era en la política que él consideraba la política sana, la política honrada, la política decente.

Y, justamente, su participación en los sucesos de 1853, a que me he referido, obedecía al concepto que

Digitized by Google

tenía de lo que debe ser la política; pero pronto debió llegar a la convicción de que eso era solamente un bello sueño, y de que, para cultivar tal cosa, tal cual se hacía en esos tiempos y se hace ahora mismo, no hay más remedio que degradarse, abdicar en muchos casos de su personalidad, olvidar los principios y las ideas para ver solamente los hombres y sus pasiones, y en suma, aún escalando las mayores alturas en ese campo, hacerlo a costa casi siempre de bajezas, disimulos y vergüenzas.

Por tanto, Pacheco procuró siempre estar a respetuosa distancia de ese campo encantado para otros.

Sólo que, a pesar de esa impasibilidad de su lado, no faltaba el llamamiento de otros elementos extraños, a los que no tenía otro remedio que ceder.

Así, en 1864, un año después de su traslación a Sucre, fué electo diputado por su provincia, y concurrió como tal a la Asamblea Legislativa que se reunió ese año en Cochabamba, revelándose en ella, no precisamente un parlamentario al estilo de la mayoría de ellos, cosa para la cual no tenía ciertamente apropiada disposición, ni por la facilidad del verbo, ni menos aún por el manejo de la intriga y tramas políticas, sino simplemente, lo que hasta entonces había sido en todos los campos en que le tocara actuar: un hombre de bien.

VI

Pero estos primeros pasos de Pacheco en la vida pública, como representante nacional, quedaron muy pronto interrumpidos.

Sabido es, en efecto, que en el mismo año de 1864,

Digitized by Google

el 28 de Diciembre, se produjo el levantamiento de Melgarejo, que dió al traste con el orden de cosas establecido.

El audaz soldado, de improviso y, como suele decirse, de la noche a la mañana, se hizo presidente de Bolivia, dió un puntapié a la Constitución Política que entonces regía (la de 1861), al Consejo de Estado, a las Municipalidades, y se erigió en único señor del país.

Y ya que de política hablo, cabe aquí hacer una breve reminiscencia de la sucesión de presidentes desde que Pacheco tomó parte en los incidentes de Tupiza y Mojo de 1853, hasta la época a que ahora me voy refiriendo, esto es, el año 1864, o sea, en un período de once años.

En 1853, ya se sabe que Bolivia estaba bajo la férula del presidente Belzu, caudillo que, como los demás que se enseñorearon del país, combatió con un sinnúmero de revueltas, siendo una de ellas la que acabo de indicar.

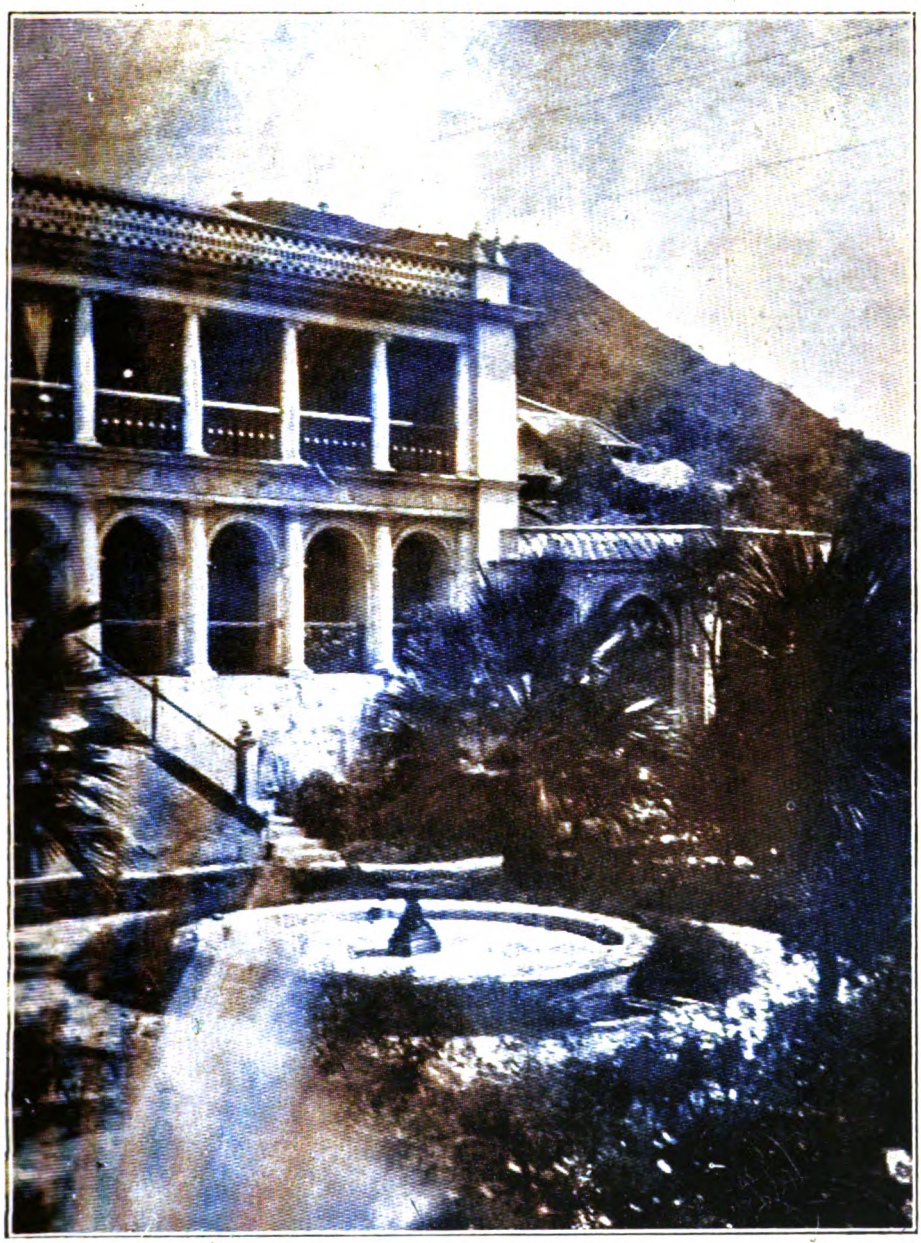
En 1855, sucedió a Belzu, su yerno el General Jorge Córdova por el procedimiento de una trasmisión que se llamó "legal". El General Córdova había sido el mismo que derrotó a los montoneros en Mojo, entre ellos a Pacheco, en 1853. Desde este año hasta 1855, Pacheco anduvo expatriado en la Argentina.

Pero, Córdova no pudo concluir el período para el que había sido electo Presidente.

Linares, el famoso conspirador del cual Pacheco era partidario acérrimo, derrocó a Córdova en 1857.

Linares, a su turno, se hizo dictador y gobernó el país hasta 1861, época en que, a su vez, fué derrocado por el triunvirato de Fernández, Sánchez y Achá, des-

Digitized by Google



Nucchu.—Casa en que estuvo alojado el Presidente don Adolfo Ballivián.

Digitized by Google

Digitized by Google

pués del cual quedó como presidente provisional el último.

Y, en fin, Achá tampoco concluyó normalmente su período presidencial, puesto que, en sus postrimerías, ocurrió el levantamiento del general Melgarejo a que ya me he referido.

Resulta, pues, que apenas en algo más de una decena de años corridos entre la primera vez que Pacheco había tomado parte en política, hasta poco después de su traslación de las minas a Sucre, la silla presidencial fué ocupada por cinco personajes.

Y bien, ahora que entraba al poder el terrible Melgarejo ¿cuál fué la actitud de Pacheco?

Por todo lo que he podido ver de su correspondencia privada y por referencias verbales de fuentes autorizadas que tengo, creo que él no fué precisamente un enemigo de Melgarejo.

Al contrario, teníale simpatía y encontrábalo dotado no solamente de una valentía sin par, cosa en que estaban de acuerdo aún sus peores enemigos, sino también de "buena fe y de generosidad".

Es decir, que no pensaba como el común de los adversarios del "héroe de Diciembre" y como, ahora mismo, piensan muchísimos de los bolivianos y extranjeros, a quienes la fama de Melgarejo ha llegado solamente por su lado peor, siendo, por tanto, considerado por ellos nada más que como un monstruo abominable, un tigre siempre sediento de sangre, un verdadero malhechor. (1)

(1) En efecto, hoy es cosa corriente entre nacionales y extranjeros que Melgarejo fué "el sátrapa más feroz que ha producido la América del Sud", y hasta se le ha comparado con Calígula y Nerón, como si el medio en que actuó pudiera asimilarse al de la antigua Roma, ni sus condiciones de conformación orgánica y cultura personal fuesen siquiera análogas a las de aquellos tiranos.

Que Melgarejo cometió actos horripilantes, que hizo asesinar y asesinó

Digitized by Google

Pacheco no estaba entre esos.

Para él, Melgarejo, según deduzco de su correspondencia, era un sér extraordinario, que, en medio de sus instintos groseros y de sus arranques pasionales, repugnantes, mostraba rasgos capaces de suscitar sentimientos de respeto y aplauso.

Seguramente Pacheco conocía muchos episodios, hoy ignorados, de la vida íntima de Melgarejo y esto, unido a la natural seducción que ejerce en ciertos tem-

---

él mismo, que asaltó pueblos a sangre y fuego, todo eso es cierto; pero, nunca llegó al sibaritismo criminal de un Nerón, capaz de incendiar una ciudad para darse el gusto de contemplar tal cuadro e inspirarse en él.

Todos, o casi todos los hechos de crueldad cometidos por Melgarejo puede decirse que fueron determinados por factores explicables, tales como el espíritu de venganza, de represalia, o aún el propósito de imponerse por el miedo, sin contar con la influencia del alcohol.

Otra cosa que suele aparejarse a la crueldad de Melgarejo es su lascivia, su hipersexualidad. Y, sin embargo, él no era ningún Barba Azul, ni uno de tantos invertidos uranistas, sádicos, masoquistas que figuran en la literatura médica y aún en la historia; y ni siquiera llegó a los extremos de Bolívar, para el que ni las esposas de sus propios amigos eran respetables. Melgarejo amó, en verdad, enormemente a Juana Sánchez, su barragana. Desde su encumbramiento, se postró a los pies de ella, le ofrendó su corazón de tigre como el de un corderillo, perdonó por sus ruegos a más de un enemigo. Y, cuando cayó desde su encumbramiento, siguió amando a esa mujer, hasta morir. ¿Y qué? Esto, en vez de degradar al hombre terrible, quizá más bien lo exalta y absuelve de muchas de sus faltas.

Y, en cuanto a que Melgarejo se diese a la embriaguez con harta frecuencia, y en tal estado cometiese tremendos desaguisados, es indudable; pero, también, eso mismo atenúa, en ciertos casos, su responsabilidad. Lo contrario de Linares que, pocos años antes, había hecho del palacio presidencial algo como un claustro severo, Melgarejo convertía con frecuencia ese mismo palacio en un centro de escenas báquicas en varias de las cuales cometió, o hizo cometer con otros, muchos de los actos delictuosos que lo deshonran. Y, sin embargo, en esto mismo, cabe hacer la siguiente comparación: ¿Es más cruel el borracho Melgarejo ordenando en una de sus orgías palaciegas la muerte de uno de esos seres que se le hacían odiosos, al sentirse sobreexcitado por el alcohol y quizás aún en estado subconsciente; o lo es más Linares que, en pleno estado de lucidez y de serenidad mental, y no obstante los ruegos y las lágrimas de lo más granado de una sociedad, se niega a perdonar a un pobre fraile, dos mujeres y otros conspiradores a quienes había condenado al patíbulo; y duro, inflexible, inexorable, dispone la degradación, larga, suplicante, horrenda, peor que la muerte misma, de dicho fraile, quien es después fusilado miserablemente?

Bien es verdad que, respecto de la embriaguez, se dirá que Melgarejo debió empezar por no beber jamás líquidos alcohólicos, sobre todo desde que se encaramó al sillón presidencial, para no cometer tantos actos trágicos, ni dar los espectáculos grotescos que daba de borracho; pero esto

Digitized by Google

peramentos una figura de contornos tan curiosos y hasta fantásticos, como la del sombrío caudillo del sexenio, no podía menos de causar en su alma sentimientos de admiración.

¿No había alguna vez, Pacheco, tendido la mano con protección, y afecto, aún a bandidos rematados, al notar en ellos destellos de nobleza? Y este otro gran bandido, que había asaltado la presidencia y se mantenía en ella no más que por su prepotencia salvaje, ¿por qué

---

era suponer, en el déspota, un equilibrio normal en sus facultades intelectivas, una cultura superior, un discernimiento seguro, condiciones que estaba lejos de tener.

Melgarejo se había educado en los cuarteles, donde es sabido que el alcoholismo era una práctica inveterada en esos tiempos; y cuando, a los cincuenta años de edad, escalaba la presidencia, es claro que no estaba en condiciones de cambiar sus hábitos, mucho más si se tiene en cuenta su despreocupación, su desprecio por las reglas predicadas por moralistas a lo Linares, y muy singularmente, su temperamento orgánico, su idiosincracia especial.

La verdad es que Melgarejo era un degenerado, un tipo del degenerado superior, según ciertas clasificaciones psico-páticas, un irregular, un asimétrico moral, intelectual y físicamente.

Racialmente, parecían haberse juntado en ese temperamento la estructura de un tártaro y de un español. Con sólo ver la frente de ese hombre, ya se podía columbrar su psiquismo y su afectividad. Frente triangular, hundida, al modo de esas frentes aplastadas artificialmente en los antiguos aimarás. Diríase que la Naturaleza, de propósito, había aplastado esa frente sobre los lóbulos cerebrales delanteros para que, a sus expensas, se desarrollase en grado hipertrófico, el territorio del valor, de la acometividad, de la ferocidad.

Y ahora bien, tal degeneración la olvidan con frecuencia los escritores que, como don Alberto Gutiérrez, dicen que "no puede admitir la historia ninguna especie de atenuaciones para la conducta privada y política" de Melgarejo. Pues, justamente, el historiador, para ser realmente equitativo y ecuánime, debe, antes de lanzar condenaciones herméticas sobre un personaje, estudiarlo no sólo en sus hechos, sino también en su temperamento específico, no sólo en lo objetivo sino también en lo subjetivo. Melgarejo era un degenerado, no hay que olvidar esta circunstancia al considerarlo en su vida privada y pública.

Y si, a lo anterior, se añade que un sér antropológicamente hecho de esa guisa, fué cabalmente lanzado en un medio enardecido por las luchas intestinas, en el que la audacia tenía que primar aún sobre la inteligencia, lógicamente se deduce la ascensión casi vertical de Melgarejo, con lo cual tampoco se debe entender, como les pasa a algunos, que sólo por el achatamiento colectivo en ese medio, pudo Melgarejo imponerse. No. Más bien, desde el día siguiente de su encumbramiento, ya tenía el déspota a su frente todo lo más culminante de los pueblos, en lo moral e intelectual: pero, precisamente, eso mismo lo estimulaba, para dar mayor vuelo a esa facultad ya indicada, en la que ciertamente no tenía igual: la audacia. Luego, hay que añadir también que ese medio seguía el pueblo

Digitized by Google

no sería digno también de la admiración y aún del cariño de un hombre como Pacheco?

Mas tampoco, por todo lo dicho, ha de creerse que Pacheco fuese, dentro de la política, partidario de Melgarejo. No. Era más bien, o mejor dicho, a medida que éste incurrió en actos siniestros que mancharon su nombre con una aureola roja, y de sus gestos arbitrarios de mandón engreído que hizo de su país algo así como un mueble para manejarlo a su guisa, Pacheco se

---

inexperto y desorientado, el pueblo niño, que había sido desde su ingreso a la vida republicana, hacía treinta años. Así se explica que entre el grupo que seguía deslumbrado al tirano, se le llamara "el Mesías de la Nación", "el grande hombre".

Así como Melgarejo, que venía a ser también otro niño, un niño terrible, un niño engreído, llamaba asimismo, lleno de candor y simplicidad, a los generales, ejército, ministros de estado, etc., etc., "mis generales, mi ejército, mis ministros".

Puede en verdad decirse, sin forzar mucho la frase, que Bolivia era entonces algo como un gran juguete... Un juguete, muy querido en verdad para el soldado, pero también expuesto con frecuencia a ser desportillado y hasta hecho trizas.

Melgarejo, sin ningún disimulo, enfática y brutalmente, se puso a disponer del país, a obsequiar territorios, a desbaratar los dineros públicos, sin usar de muchos circunloquios y diciendo más de una de estas frases reveladoras de su temperamento despreocupado: —"Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana, y al primero que me la quiera jugar, lo hago patalear en media plaza..." Y era que Melgarejo no sabía ordenar su pensamiento con euforismos más o menos sonantes a los oídos. Y así fué como, según dice el escritor chileno Sotomayor Valdés, "el año 1865, Bolivia más presenta el espectáculo de un duelo a muerte entre un grupo de hombres armados y una nación entera que defiende con las fuerzas de la desesperación sus más santos derechos". Pero también, ¿no se ha hecho lo propio en Bolivia invocando la legalidad, la sanidad de los principios, la grandeza de las ideas? Cuántas veces grupos diminutos de hombres, armados ni siquiera de sables y rifles sino simplemente de engaño, de la simulación, de la hipocresía, de la mentira, se han supeditado sobre toda la inmensa mayoría de la Nación. Melgarejo prefirió ser un gran cínico en este orden.

En suma, para juzgar a Melgarejo no hay que verlo unilateralmente, o apenas por sus aspectos más ostensibles y por los que, al ser los más sangrientos, fueron los que más hirieron el sentimiento y la imaginación.

Hay que estudiarlo en todos sus detalles, aún en aquellos que, para los que sondean en la historia, parecen insignificantes.

Hay que empezar por saber del temperamento anormal de ese hombre, —asunto de orden médico—por demás interesante, pero que aún no se ha hecho.

Hay que fijarse, asimismo, en su instrucción enteramente deficiente, en su educación de cuartel, en sus hábitos adquiridos desde la niñez.

Y, por último, no hay que olvidar el terreno en que le tocó actuar, me-

Digitized by Google

declaró francamente opositor a tal hombre y a su administración.

Pero Pacheco era un opositor leal. No fué apasionano ni intransigente. El hacía los distingos debidos. Y, así como repudiaba con energía los hechos afrentosos a que llegaba con frecuencia Melgarejo, singularmente bajo la influencia del alcohol, asimismo reconocía en él, haciéndole debida justicia, las buenas cualidades que

---

dio también catastrófico, volcánico, combativo, como el mismo grano sembrado en él.

En tal sentido, no cabe comparar a Melgarejo a un Tiberio o un Nerón, y ni siquiera a alguno de esos déspotas sudamericanos como Guzmán, Blanco, Francia o Rozas, a quienes se suele traer a cuento: Melgarejo fué un tirano muy aparte de ellos.

Melgarejo fué un producto especial, exclusivo del suelo altoperuano. En cuanto manifestación degenerativa, fué un ejemplar enteramente propio de esta raza, por relaciones atávicas ignoradas. Pero, tampoco como degenerado fué el "tipo lombrosiano del criminal nato" cual dice el señor Ascarrunz; porque, aun cuando existiese realmente ese tipo en tesis general, no todos los atributos psíquico-criminales y somáticos de Melgarejo corresponden al cuadro pintado por el criminalista italiano. Melgarejo fué un complexus de rasgos buenos o malos, según nuestro criterio moral, pero, de todos modos, sobresalientes o exagerados. Claro que tenía él arranques espantosos de exterminio, eclipses pavorosos de la inteligencia, pero también en los rincones caliginosos de ese cerebro, apuntaban llamaradas de generosidad y de belleza.

Así ya he hablado, a propósito de Pacheco, de aquel sentimiento de gratitud y de simpatía que le profesó Melgarejo, por un servicio recibido en sus tiempos de desgracia, bello sentimiento que supo triunfar en el rudo militar, aún en los días en que, sabiendo que Pacheco no era su adicto en la política, pudo ejercer actos de venganza contra él.

El mismo Sotomayor Valdés, que es uno de los que con más severidad juzga a Melgarejo en su libro "La Legación de Chile en Bolivia", no puede dejar de decir lo siguiente: "A pesar de la reserva y seriedad que la conducta pública y privada del general Melgarejo nos ha impuesto para con él, justo es confesar que le debemos muchas pruebas de deferencia, siendo las más de ellas el resultado de nuestros oficios de *humanidad a favor de ciudadanos de Bolivia perseguidos y aún condenados a muerte por causas políticas*".

Pero, prescindiendo de la faz política que fué seguramente la que más pervirtió y enconó al tremendo Melgarejo ¿cuántos gestos buenos podrían contarse en su vida íntima, en esa vida tan zaherida por muchos? De él, yo sé, por ejemplo que, como el mismo Pacheco, era de aquellos que están listos a arrojarse al agua, para salvar alguna vida próxima a perderse.

Pero lo que sucede, es que muy pocos de los actos de Melgarejo se conocen o, aún siendo conocidos, no se les tiene en cuenta. Lo que más atrae es su personalidad trágica, que floreció sobre todo en su personalidad oficial cuando llegó a ser presidente. Aquí la maledicencia humana halla pasto abundante para ocuparse, llegando en algunos hasta la delectación, para husmear en este terreno oliente a sangre y podredumbre. Ejemplo de

Digitized by Google

le negaban del todo la obcecación y la intransigencia políticas.

*
* *

Y Melgarejo, de su lado, supo también mostrarse ante Pacheco con una deferencia y comedimiento que no se explicarían bien, si se tratase solamente de un temperamento torpe y bestial.

---

ello nos da el famoso Vargas Vila, para quien, a lo que parece, Melgarejo fué sólo una mancha roja en la historia de Bolivia.

Pero, Melgarejo fué algo más que eso. Fué el símbolo de un país, de una época, de una raza. Fué como la encarnación de su mismo medio físico, ese medio achatado por inconmensurables llanos y erizado por picos estupendos como puntas de puñales dirigidas al cielo, pero también ornada a trechos por amenos valles, como el pintoresco Tarata, su pueblo nativo. Cándido y astuto, temerario y sufrido, torpe y suave, colérico y tierno, reconcentrado y decidor, vulgar y raro, mezquino y pródigo, chabacano y lírico, soñador y hasta poeta, este hombre paradógico salió al tinglado político con gestos de paladín, de clown, de tenorio y de verdugo; dió a la vez miedo y risa; se hundió en charcos de lágrimas, de sangre y de alcohol; se codeó con los diplomáticos; hizo de estadista; habló de "líneas matemáticas" en las fronteras de Bolivia y de la "comunidad de ciudadanía en América"; tuvo por asesor a un abogado sin crédito durante los seis años de su presidencia (admirable felicidad); se acompañó de curas en los negocios del Estado; improvisó generales; se enamoró perdidamente de una damisela y la llevó del palacio al convento, del convento al palacio; y, en fin, fué a morir trágicamente como había vivido, en un país extraño, pero cerca de la amada de su bravo corazón.

¡Calavera descomunal! ¡Fenomenal aborto de un tiempo de terribles convulsiones; y hombre resumen de uno de los momentos más trágicos de la historia de Bolivia!

Bolivia, hasta entonces, había ya dado otros productos singulares, pero ninguno tan antitético y tan monstruoso como Melgarejo.

Allí estaba, por ejemplo, Santa Cruz, el indio magnífico que llegó a plasmar, siquiera por pocos años, en un solo bloque, el Bajo y el Alto Perú, formando tres estados, cada uno con su presidente y él, por encima de todos ellos, con el nombre pomposo de protector, con lo cual puso en alarma a todo Sud América, conquistándose la hostilidad de Chile y la Argentina y venciéndolos en los primeros hechos de armas (Paucarpata, Iruya, Humahuaca) para después caer estrepitosamente, más que por la acción de los enemigos de fuera, por los de adentro, por sus mismos coterráneos altoperuanos, que veían en la fusión de Bolivia al Perú la extinción de su soberanía nacional.

Y allí está Ballivián, el héroe del puente de Uchumayo, que ostentó allí "el lujo de un valor extraordinario", según confesión del propio adversario, el peruano Salaverri, y que, años más tarde, vencía también, en Ingavi, al otro peruano Gamarra, el tradicional enemigo de la nacionalidad Boliviana, consolidando así, definitivamente, esa nacionalidad; y hollaba

Digitized by Google

El no podía olvidar—y esto es otra muestra de los buenos rasgos de Melgarejo—un hondo sentimiento de gratitud, (y la gratitud ¿no es un sentimiento de almas elevadas?) por cierto favor que, hacía muchos años, había recibido de Pacheco.

Una vez (en 1854), al pasar por Tupiza, desterrado a los desiertos orientales por el presidente Belzu y hallándose en pésima situación por falta de recursos, habíase dirigido a Pacheco, sabiendo de su espíritu filan-

---

después el suelo del Perú, para acabar por hacer cándidamente, con la nación vencida, aquel tratado en que renunciaba Bolivia a los derechos de la victoria, perdonaba la indemnización de los gastos de guerra y perdía la ocasión de adquirir para este país, aquel puerto de Arica tan codiciado entonces como ahora mismo. ¡Singular generosidad rayana en barbarie!

Y allí está Linares, el severo dictador, enemigo rotundo de los congresos, que había encabezado más de treinta revoluciones contra sus adversarios Belzu y Córdova, y que, una vez hecho presidente, y sin embargo de decir que era un "funesto error o un absurdo el querer constituir un pueblo antes de tiempo", creyóse, él solo, con más fuerzas e inteligencia que cualquiera de los parlamentos de su patria, para realizar tal desiderátum y, en consecuencia, se puso a forjar, sobre los despojos que sus antecesores habían dejado en Bolivia, un nuevo país según su métodos—insigne iluso, cándido también como los otros—sin mirar que ese país no era una blanda masa y ni siquiera el duro mármol en que puede tallar imágenes hermosas la mano de un artista, sino un pueblo esencialmente indisciplinado, refractario a cualesquiera férulas, belicoso por constitución.

He ahí tres ejemplos representativos de la raza en los cuales siempre resulta dominante en una u otra forma, en el orden especulativo o en el de la acción, sola o aparejada a otras manifestaciones dinámicas de la vida, esa cualidad varias veces señalada: la audacia.

Y en el caso de Melgarejo, la Naturaleza no hizo sino llevar al punto máximo al *climax*, esa misma cualidad: empero, realizando para ello mismo un proceso biológico anormal que dió por resultado una personalidad explosiva que, sobrepasando toda valla y medida, llegó unas veces a actos simplemente heroicos, y otras se desparramó en vorágine incurable hasta llegar al crimen.

Sotomayor Valdés dice en su indicado libro, que Melgarejo "aparece colosal sólo en el escenario en que se le contempla"; esto es, entre el grueso de sus corifeos y, sin embargo, la verdad es que este caudillo llegó a ser una figura destacada aún fuera de las fronteras de Bolivia, no sólo como un Pancho Villa, sino aún mereciendo inciensos y distinciones en otros países, sobre todo en la misma patria del citado escritor. Allí fué hecho General chileno. Se constituyó ante él una embajada extraordinaria. Se le glorificó. Y asimismo en el Brasil, se ofrendó al déspota con llamativos títulos y condecoraciones. Y en el Perú, en poco tiempo más, habría sido también hecho General Peruano.

Y, ¿se dirá que todo eso fué una simulación? ¿Se dirá que Chile y Brasil únicamente por hacer los recortes que hicieron del territorio bo-

Digitized by Google

trópico, en demanda de una pequeña suma y éste le facilitó, de inmediato, otra mucho mayor, que sacó de grandes apuros al proscrito.

Y Melgarejo, desde entonces, guardó siempre el recuerdo de este servicio que le hiciera Pacheco y cuando, doce años después, llegaron los días de su encumbramiento, en que pudo disponer en Bolivia de vidas y de haciendas, supo ser, respecto de Pacheco, contenido y prudente, por más que notase muy bien que éste era un opositor a su gobierno. Y aun cuando llegó alguna vez el caso de ejercitar actos de violencia, no lo hizo. Tuvo más bien tolerancias, no propias de un alma burda; y tuvo arranques como el que quiero anotar en seguida, tanto por que viene a propósito de lo que voy diciendo, como por su significación en otros respectos.

Un día, Melgarejo, apenas llegado a Sucre y cuando hacía poco tiempo que se había hecho presidente, invitó a una reunión en el palacio de Gobierno a varios de los personajes tenidos como los más respetables e influyentes en la ciudad, a fin de cambiar ideas con ellos sobre la política y la administración tanto en ge-

---

liviano, halagaron al tirano con títulos y medallas, ni más ni menos como se hace con los niños?

Semejante conclusión, tratándose de países serios y altivos, no es muy honrosa que digamos. Pero, aunque hubiese algo de verdad en eso, hay que aceptar también como hecho indudable, que la figura de Melgarejo supo imponerse en esos países con los caracteres del valor y de la pujanza que todavía son de aquellos que cautivan a los hombres y a los pueblos. Bastaba aquel hecho inaudito de la muerte de Belzu, cuando Melgarejo, después de estar completamente derrotado, sabe no obstante transformarse en vencedor y, risueño, sudoroso, colérico y centelleante, se presenta en un balcón del palacio presidencial, ante la muchedumbre estupefacta que había estado vitoreando a Belzu, y le grita:—"Belzu ha muerto... ¿Quién vive ahora...?"—para darle un relieve singular.

Y si todo esto es así, si hasta en lejanas latitudes mereció Melgarejo ser mirado con simpatía y admiración, ¿qué de extraño entonces que, dentro de Bolivia, aún hombres de la complexión moral de Pacheco le mirasen lo mismo?

Digitized by Google

neral en el país, como en particular en la localidad. Entre dichos personajes estaban don Daniel Calvo, don Pedro Zilveti y don Gregorio Pacheco. La reunión debía efectuarse a las ocho de la noche en el palacio presidencial. Pero, antes de todo, los caballeros invitados comunicáronse mutuamente sus pareceres y acordaron reunirse primeramente en la casa de Pacheco, para de allí pasar juntos al palacio. Y llegó la hora; Pacheco esperaba. Y no aparecía ninguno de los que habían tomado aquel acuerdo; hasta que, al fin, en vez de ellos, ya pasadas las ocho de la noche, fueron llegando tarjetas y mensajes de los invitados excusándose el asistir a la reunión. Pacheco, entonces, no poco mortificado, marchóse solo al palacio. Eran ya las nueve de la noche. Y cuando entró a la casa, hallóse con que el presidente estaba furioso. Bajo la mala impresión que le causara la falta de sus invitados, Melgarejo se había puesto a beber y se encontraba ya medio embriagado. Al aparecer Pacheco, miróle casi despectivamente de pies a cabeza y como si estuviese a punto de reventar en uno de aquellos accesos de enagenación iracunda en que era capaz de ordenar las mayores atrocidades; Pacheco sentíase inquieto ante aquellos primeros gestos del déspota.

Pero, en esto, y como cediendo a un antiguo sentimiento que flotaba en su alma, el presidente acabó por incorporarse de su asiento con paso tambaleante y, yendo al encuentro de Pacheco, abrazólo y, luego, prorrumpió en estas palabras:

—«Pacheco, después de todo, yo no puedo dejar de quererlo. Aunque tarde, usted es el único que ha concurrido a mi invitación. Los otros no... Me desprecian... Bueno... Que después no se quejen... Que

Digitized by Google

después no digan que desoí la razón... Yo he propuesto, por mi parte, lo que debía. Yo, desde mi llegada aquí, he querido rodearme de los que creía los mejores en la ciudad... Mentecatos... c... (y aquí pronunció el soldado la palabra asquerosa que tan frecuente era en sus labios) y luego tornó a decir:—«Bueno... que después no se quejen. Y cuando después vengan las malas consecuencias, que no se haga caer toda la responsabilidad sobre mí».

Este episodio referente a Melgarejo lo recordaba con frecuencia Pacheco, haciendo notar, al relatarlo, que aquel hombre tan maldecido no era siempre tal cual lo pintaban sus enemigos y que, más de una vez, buscó la mejor manera de guiarse en su administración por las opiniones de gentes de valimiento.

Y más aún: para confirmar todo lo anteriormente dicho, cabe citar el siguiente párrafo de una carta escrita por Pacheco al General Nicolás Rojas, ministro entonces del departamento de guerra, a raíz de las elecciones presidenciales de 1869, las que habían dado lugar a temer a muchos que votaron en contra de la candidatura de Melgarejo, que éste, una vez triunfante, ejerciese terribles venganzas.

Decía así ese párrafo:

«¿Qué mal puede castigar el General Melgarejo a ciudadanos que han hecho uso de la libertad que él mismo les ha concedido en la liza electoral, reconociendo que es el más precioso derecho del republicanismo? Por el contrario, debe serle muy satisfactorio el uso que se ha hecho de esta libertad en su administración, creyendo con fe en su palabra oficial. El triunfo de la candidatura del General Melgarejo en la República es indudable; le será honroso haberlo obtenido en lucha abier-

Digitized by Google

Nucchu.—Una huerta.

Digitized by Google

Digitized by Google

ta y franca con todos los partidos. Cómo ha de perseguir, pues, a los que así ha vencido, cuando no persigue a los que vence en los campos de batalla y perdona a sus enemigos tomados con las armas en la mano?»

«No obstante, pudieran ser tales los términos en que le escriban, que por el momento lo exalten. Procure usted, pues, hacer valer sus influencias para calmarlo. Una vez que esté en calma ya no hay temor, porque, en su estado natural, es incapaz de hacer mal a nadie, porque la prudencia y la generosidad lo caracterizan».

Creo que no se puede decir más para expresar una opinión sobre un hombre tan odiado como Melgarejo.

Bien es verdad que, sabiendo leer, detrás de las frases copiadas, se advierte que Pacheco incurría en exageración, ya de buena fe, o ya porque esperase que el General Rojas, que era próximo pariente de Melgarejo y persona de grande influencia en él, podría, en efecto, hacer algo en favor de todos aquellos de sus adversarios políticos que le hubiesen combatido en la lucha electoral.

La escritora Matto de Turner, a propósito de Melgarejo y Pacheco, dice en su libro tantas veces citado:

«Las reiteradas tentativas del país, para sacudirse de la pesada dominación de Melgarejo, tuvieron en el señor Pacheco su colaborador más constante. Melgarejo lo sabía, pero, en la imposibilidad absoluta de atraerse este carácter independiente, enemigo tenaz de la opresión, prefirió vigilarlo sin poner nunca la mano sobre él, por más ocasiones que se le presentaron para ello».

Lo cual, si de un lado corrobora lo que llevo dicho, de que Melgarejo mostró siempre por Pacheco una especial deferencia, por otro lado, respecto de éste, encie-

Digitized by Google

rra un concepto que yo no he podido verificar con los datos recogidos en este asunto.

Si, pues, Pacheco fué efectivamente un conspirador contra Melgarejo, debió haber usado de tales recursos y de tales tácticas, que no dejaron huella demostrativa alguna de su acción en tal sentido.

Lo que es por mí, inclínome a creer que Pacheco, como conspirador contra el gobierno del sexenio, no pasó de un terreno meramente especulativo, manifestando con sus palabras, alguna vez a sus amigos, sus ideas contrarias a las imposiciones brutales del tirano, o acaso ayudando con su peculio a aquellos a quienes los contrastes políticos sumían en la miseria, todo lo cual era ya suficiente para que espíritus recelosos considerasen como verdadera conspiración.

Y, por lo demás, es de simple inducción lógica pensar que, siendo como era Pacheco, un hombre refractario a la política casera, y habiendo llegado a la situación social y económica en que se hallaba, y teniendo, en fin, las ideas que tenía respecto del porvenir de sus hijos, no estuviese dispuesto a sacrificar esa situación y ese porvenir, jugando el riesgoso papel de conspirador contra un hombre como Melgarejo.

VII

Lo cierto es, pues, que Pacheco se mantenía en aquellos tiempos a cierta distancia de la política activa, y prefería consagrar sus energías a esos otros campos de actividad que ya hemos indicado: las minas, la agricultura y, en general, la industria; y, sobre todo, prefería con razón a las violentas y malsanas emociones causa-

Digitized by Google

das por las luchas intestinas del país, la vida tranquila y dichosa del hogar.

¡El hogar!... He aquí lo primordial, lo más importante para él.

Ya sabemos por lo que antes se dijo, sus ideas a este respecto. Sabemos que si sufrió y se afanó tanto por adquirir la fortuna que al cabo llegó a poseer, fué más que por él mismo, por sus hijos. Sabemos que, habiendo él visto por propia experiencia los tristes inconvenientes que acarrea la pobreza, no quería ahora que sus hijos pasasen por ellos y que, más bien, merced a las facilidades que les daba su buena situación económica, pudieran entrar al campo de la vida debidamente educados y preparados.

Y, en consecuencia de todo esto, Pacheco dedicaba gran parte de su tiempo a la atención de su hogar, sin delegar simplemente en terceras personas, maestros por ejemplo, cual lo hacen otras gentes ricas, todo aquello que bien sabía él no podía hacerlo sino él mismo.

Y bien que él, para ejercer ese rol educativo, no había tenido en su niñez ni juventud la ventaja de acopiar ninguno de aquellos recursos pedagógicos que se encuentran en los establecimientos de enseñanza; con todo, merced a las prácticas que la misma pobreza le había legado con mano ruda, sabía también él ser, a su manera, un maestro para sus hijos, un maestro que, aunque fuese exagerado en ciertas cosas, llegaba, sin embargo, en otras, a obtener resultados más prácticos y provechosos que los propios especializados en el magisterio.

En Sucre, respecto a su familia, observaba un régimen ejemplar. Era hasta severo. No obstante lo profundamente afectivo que era con sus hijos, sometíalos

Digitized by Google

a una disciplina que él consideraba la más apropiada para conducirlos, con lo cual quizá llegaba, a veces, a la exageración; pero, era difícil que, dado sus principios y su educación, se le hubiese podido inducir a obrar en otra forma.

Su hijo don Gregorio dice a este propósito:

«Convencido, como estaba, de que la pobreza es la mejor escuela, porque obliga al esfuerzo propio, procuró en nosotros que, desde niños, nos acostumbrásemos a bastarnos a nosotros mismos; no teníamos derecho a dar una orden a un criado sino en aquello que era superior a nuestras fuerzas; en los viajes, se nos entregaba el caballo enfrenado y éramos nosotros que debíamos ensillarlo; por otra parte, no se nos permitían golosinas y los dulces estaban proscritos de la casa; tampoco se nos permitía tener dinero. Teníamos profesores aún en el campo y nuestro tiempo estaba distribuído por horas de estudio y de juego, el que siempre debía ser de ejercicios físicos, pues también teníamos profesores de esgrima y de gimnasia, siendo mi padre quien, personalmente, nos ejercitaba en el manejo de las armas de fuego, en la equitación y en la natación, teniendo sumo cuidado en darnos una educación viril.

«En mis hermanas, no toleraba el lujo en su primera juventud; entre los talonarios de cheques, existe uno que dice: «A mi hija Clementina, para sus pobres, Bs. 500, en lugar de un vestido de seda que quería comprar».

Y todavía, como otra muestra muy reveladora de la manera de ser de Pacheco en el hogar, quiero copiar algunos párrafos de una carta escrita en 1870 a un pariente suyo, cuyo hijo estaba alojado en casa de don Gregorio y bajo su cuidado. Dicho joven, por inquieto

Digitized by Google

y voluntarioso, dió ocasión a su protector a decir lo siguiente:

«En toda familia bien constituída, bien organizada, hay una cabeza, un jefe que rige los destinos de esa pequeña república y que vela incesantemente por el progreso material y moral de ella; en la mía soy yo ese jefe y, como tal, soy legislador, soy dictador, soy rey y emperador, que impongo la ley a todo el que vive en mi dominio; esta ley sólo consiste en el cumplimiento del deber de cada uno, en el orden, en la obediencia y en la moral interior y exterior; los que no convienen con esos preceptos, se van con la música a otra parte; si tengo o no razón, a nadie le importa; mi derecho es perfecto ante Dios y los hombres, y mal puedo consentir que ningún intruso pretenda variar mis costumbres y mi sistema de vida, que sólo tiende a la moral e instrucción de mis hijos y de mi familia.

«Educado en la escuela de la desgracia, al extremo de ver en mi infancia, a riesgo de perecer de hambre a mi honrado padre y recordando que en aquel tiempo estaba cubierto de harapos y mis pies desnudos, no puedo soportar que mis hijos, hoy en la abundancia, sean presumidos, necios y casquivanos, fundados en la fortuna que los halaga.

«Aprendí a trabajar antes que a gastar; aprendí a refrenar mis pasiones de joven; pasé por toda clase de privaciones y sacrificios, y ello me valió mi nombre en la sociedad; este nombre significaba un buen crédito, y este crédito ha sido mi capital. Mi fortuna material muchas veces ha vacilado; he caído y me he levantado con ella, pero mi buen crédito ha estado siempre firme; ha sido la columna de que me he asido para levantarme».

Digitized by Google

VIII

Las líneas transcritas son suficientes par mostrar la personalidad de Pacheco en el hogar; y no hay necesidad de traer nuevas consideraciones sobre esto.

Y así como en el hogar, Pacheco procuraba que marchasen también sus demás asuntos en las varias esferas de actividad en que se desenvolvía.

Así, en sus numerosas propiedades agrícolas adquiridas cerca de Sucre, imponía un régimen al que debían sugetarse sin observación todos los arrendatarios. Cuando compraba un fundo, uno de sus primeros actos era tomar nota de todos los inquilinos deudores, y, de un solo gesto, se les perdonaba en masa, cualquiera que fuese el monto de sus deudas. Y, de este modo, cortaba, desde el comienzo, lo que sabía muy bien que podría ser después obstáculo o confusión; además que, con eso mismo, atraía a los trabajadores y llenaba una buena acción. Luego establecía una escuela en cada finca; aligeraba a los colonos de la obligación de abonar derechos de entierros y matrimonios a los curas (cosa que tanto incomoda a los labriegos) pagando él en lugar de aquéllos. Estimulaba a los que eran aptos y emprendedores, ya dándoles tierras o ya los recursos para cultivarlas. En suma, era un patrón altruista. Pero, eso sí, tratándose del trabajo, era inexorable. No permitía holgazanes en sus fincas.

Y en cuanto a las minas, claro era que también habría querido proceder de un modo análogo, pero aquí el asunto se hacía mucho más difícil.

Ya sabemos que no era Pacheco el único dueño en la gran empresa minera de Guadalupe.

Digitized by Google

Allí estaba también su amigo don Manuel Inocente Ramírez, y hay que decir, que los dos socios no siempre convenían en un solo plan respecto del régimen interno de las minas.

Y de aquí que hasta surgieron a veces inconvenientes entre los dos compañeros de tantos años, inconvenientes que amenazaron en más de una ocasión tomar proporciones graves.

Pacheco y Ramírez habíanse distribuído los establecimientos de beneficio, quedando Ramírez con el de Atocha, y Pacheco con el de Guadalupe, establecimientos en que podían uno y otro implantar el trabajo a su manera. Y, por cierto, esta distribución les dió ocasión de comprobar prácticamente las ventajas que resultaban de trabajar cada uno conforme a sus ideas y a sus métodos, obteniendo, en consecuencia, mayores ventajas de las que sacaban cuando trabajaban juntos.

En vista de lo cual, Pacheco comprendió la necesidad de que él y Ramírez se independizacen, y así se lo propuso a su socio. Este convino en tal combinación.

El partido propuesto por Pacheco fué el siguiente: sortearse la propiedad de Guadalupe, pagando el socio que se quedase con ella una indemnización proporcional al otro.

Ramírez aceptó también esa fórmula: realizóse el sorteo y le tocó a Pacheco quedar como dueño exclusivo, lo que necesariamente trájole las ventajas que eran de esperarse, dado que, desde entonces, se pudo dar a los trabajos un vivo impulso y subordinarlos a un solo plan.

Digitized by Google

IX

Lo dicho pasaba en 1872.

Para entonces la situación política del país había experimentado cambios bruscos y sensacionales con la entrada en escena de nuevos personajes y la desaparición de otros.

El General Melgarejo, que dominara la república por seis años, imponiéndose a sangre y fuego, haciéndose llamar, "el benemérito en grado heroico", "el capitán del siglo", mereciendo brillantes condecoraciones de los países vecinos: hecho en Chile *General Chileno*, y faltando poco para ser también en el Perú *General Peruano;* el déspota estrafalario, de frente hundida, de luenga barba, de apostura imponente, que había sido partidario del americanismo, enamorado perdido de doña Juana Sánchez y un borracho descomunal, había sido, por fin, derribado del sillón presidencial de Bolivia.

Y el que ahora entraba a reemplazarlo era otro déspota: el General Agustín Morales.

Pacheco había sido amigo de Morales en otros tiempos, en aquellos en que éste se mostraba como partidario de Linares, pero en los momentos en que llego ahora en mi relato (1872) lo miraba con harta repugnancia, y ciertamente no le agradaba la exaltación a la presidencia de tal personaje. Sus cartas de ese tiempo así lo demuestran. Y hasta se le hacía el inventor de un apodo que se le dió a Morales por entonces: "Mata muertos". (1)

(1) Sabido es en Bolivia que en el año 1850, un día en que el presidente Belzu se hallaba de paseo en el Prado de Sucre, fué agredido por tres individuos montados a caballo. Uno de ellos—Sotomayor—asestóle un balazo con el que el presidente quedó tendido en tierra, como si estu-

Digitized by Google

Y el presidente Morales, por su parte, miraba asimismo con gran ojeriza a Pacheco. Decíase que más de una vez había declarado que lo haría azotar; viaraza que, por lo demás, solía emplear Morales igualmente con referencia a otros personajes ilustres de ese tiempo, como don Mariano Baptista y don Daniel Calvo.

Y aquí cabe anotar que doña Clorinda Matto de Turner también afirmó que Pacheco fué conspirador contra el presidente Morales, y aún dice que, en el indicado año de 1872, realizó con don Aniceto Arce un viaje a Chile cuyo objeto era adquirir un lote de armamento con el cual ambos industriales debían provocar un levantamiento en el Sud del país contra Morales.

Efectivamente, en dicho año viajó Pacheco con Arce a Chile; y es también evidente que en ese viaje se adquirió cierta cantidad de armamento que se hizo pasar a las minas de Huanchaca y Guadalupe, de las que Arce y Pacheco eran principales accionistas. Hay que recordar con este motivo que, hacía poco, en la famosa mina de Colquechaca, el industrial Arteche, había sido víctima de exacciones irritantes de parte del gobierno de Morales, y eso ocasionó grandes recelos en otros industriales y aún les indujo a asumir actitudes armadas como un movimiento de legítima defensa. En consecuencia, es dable deducir que el indicado armamento, aunque no fuese precisamente destinado para provocar una revuelta en el país, debía servir, por lo menos, para resguardar los grandes intereses mineros de Pacheco y Arce.

Por lo demás, hay que añadir que el indicado viaje,

---

viese muerto; no obstante lo cual, Morales, que era otro de los atacantes, descargó todavía sobre el caído su pistola. Después de todo, fué lo curioso que ni así murió Belzu aquella vez, y más bien vivió quince años más, para sucumbir recién en 1865, a manos de Melgarejo.

Digitized by Google

mucho más que la compra de armamento, tuvo por objeto principal, para Pacheco, el de realizar diferentes negocios de carácter industrial y comercial.

Una prueba patente de esto, nos la dán los siguientes párrafos de una carta escrita por Pacheco, de Valparaíso, a sus empleados de Guadalupe.

«Nunca pude haberme imaginado que emplearía tan bien mi tiempo en Chile, ni con más provecho. Principiando por el restablecimiento de mi quebrantada salud; he obtenido muchos conocimientos y tengo grandes negocios iniciados y en expectativa. Eso sí, he trabajado mucho: ha habido ocasión en que, en el estadío de 17 días, he hecho siete viajes a Santiago por la combinación de ciertos negocios entre la Capital y este puerto. Si quisiera informar a ustedes de cuánto he hecho, tendría necesidad de escribir un folleto, lo que no me es posible, a que se agrega que hay algo de reservado.

«En compendio, les hablaré solamente de dos negocios,—el ferrocarril aéreo y el de Aguas de Caracoles. —Del primero, nos hemos apoderado con Dorado Hermanos para todo Bolivia, asociados por el inventor, señor Wilson Bunstar, que ha obtenido la exclusiva en Chile. Soy yo que exclusivamente hice el negocio con el inventor y después dí participación a los Dorado. Ayer se exhibió una prueba en el mar para el muelle colgante, con buen éxito, con lo que recién han podido comprender aquí mismo la inmensa importancia de este invento.

«Tengo también la satisfacción de ser el promotor de la empresa de Aguas de Caracoles, pidiendo la exclusiva al Gobierno de Bolivia, que antes la había negado. Consiste esta empresa en llevar agua a Caraco-

Digitized by Google

les por medio de una cañería de hierro en un trayecto de 22 leguas. El costo de la obra se calcula en ochocientos mil pesos, máximum en un millón; pero una vez llevada a cabo, produciría el mínimum de cien mil pesos anualmente. Para esto, tenemos que promover una sociedad anónima, para lo que estoy seguro sobrarían accionistas.

«Otro de los negocios que llevó Jano fué presentarse en licitación sobre las estacas-minas de Caracoles, llevando una propuesta hecha por los Dorado, por mí y por un accionista chileno que, según se nos asegura, ha sido la mejor de todas».

Como se ve por esta carta, Pacheco en esos tiempos, estaba atiborrado de negocios, y varios de ellos de gran cuantía y en la tramitación de los cuales debía dirigirse al mismo Gobierno contra el cual estaba conspirando, según su biografista, doña Clorinda Matto de Turner.

Pero, como en la misma carta se lee esta frase: "a que se agrega algo de reservado", cabría tal vez deducir por ella algo que diese razón a la ilustre escritora, mucho más, si se tiene en cuenta que, al contrario de lo que le pasaba con Melgarejo, Pacheco tenía, como se ha dicho, una antipatía marcada por Morales.

X

Y ya que hablo de este viaje a Chile, efectuado por Pacheco entre los años de 1872 y 1873, debo también recordar que, en esta misma ocasión, realizó aquella hazaña de salvar, en la bahía de Valparaíso, a un niño que se iba ahogando arrastrado por el mar; hazaña que

Digitized by Google

ví relatada en un buen párrafo de la obra biográfica sobre Pacheco por la ilustre escritora Clorinda Matto de Turner y que ha sido para mí el punto inicial para escribir el presente libro.

Desgraciadamente, entre los escritos de Pacheco, yo no he hallado ninguna referencia hecha por él mismo a este episodio de su vida. Pero Pacheco era así: hombre enteramente parco para hablar de sus actos de esta clase. El se contentaba con ejecutarlos, dejando el comentario a los demás o sin dejarlo a nadie. Tal se nota también respecto de aquellos otros hermosos episodios del río Cachimayo y del lago Titicaca; y lo propio pasa tocante a otros rasgos de bravura que apenas si se conservan por la tradición o que ya han sido olvidados.

Pero, en fin, a falta de referencias hechas por el mismo Pacheco, existen felizmente documentos de diversa índole que acreditan varios de sus bellos hechos, tales como las atestaciones de los mismos que fueron testigos o beneficiados en aquéllos.

Así, en lo referente al salvamento del niño, de que vengo hablando, se conserva por la familia Pacheco el diploma y la medalla de los "Salvadores de los Alpes Marítimos" que recibió en esos tiempos. (1)

Ahora bien, antes de dejar este punto, quiero aún remarcar la siguiente consideración.

Nótese que, en aquel año de 1873, cuando Pacheco en Valparaíso se lanzó al mar, exponiendo su vida por salvar la de otro, tenía ya 50 años, edad en que el hombre se ha hecho más prudente en sus impulsos naturales, más calculador y está también más aferrado a la

(1) La sociedad extranjera "los Salvadores de los Alpes Marítimos" hizo a Pacheco su socio, y le envió un diploma y una medalla que "sólo se autoriza en dos casos: por filantropía notoria y por arrojo en salvamentos de vidas, sea en naufragios o incendios".

Digitized by Google

Nucchu.—Patio de los molinos.

Digitized by Google

Digitized by Google

vida. Y nótese también que, por entonces, Pacheco era un hombre sumamente rico, un industrial de primera talla, padre de numerosa familia y un ciudadano de transcendental figuración en su país.

En consecuencia, el acto que consumó, resultaba, pues, mucho más significativo y resaltante.

No lo habría sido tanto muchos años atrás, cuando, siendo un muchacho casi insignificante, estaba, también como en viejo, siempre listo a acometer hazañas análogas.

Entonces, el "pobre diablo", apenas si aventuraba en la partida su pellejo, para usar de una frase vulgar. En cambio, ahora, el hombre maduro, el padre, el acaudalado, no sólo exponía su propia vida y su personal destino, sino también los destinos de muchos otros seres que le estaban ligados.

Pero Pacheco, en aquellos momentos, no tuvo en cuenta nada de esto.

¡Bueno estaba él para entregarse, en esos momentos, a cálculos de esta o de otra clase y a tales o cuáles filosofías!

El, sólo vió un sér que estaba próximo a morir y a quién podía acaso salvar.

Y, entonces, el impulso fué instantáneo.

Lanzóse al mar; hizo prodigios; luchó como sabía, ante la expectación de las gentes que lo miraban desde la orilla, hasta que al fin, después de aquellos momentos que parecían siglos de angustiosa espera, triunfaron su valor y su resistencia, y pudo salir del agua llevando consigo al niño semi ahogado, en medio de los circunstantes que le hicieron una prolongada ovación.

Digitized by Google

XI

Durante su ausencia en Chile, fué elegido Pacheco diputado a la Legislatura de 1873 por la Provincia de Chichas; y durante la misma, produjéronse en Bolivia sucesos sensacionales, entre ellos la muerte trágica del presidente Morales.

Morales, el célebre simulador, que durante un buen lapso de tiempo había logrado engañar al país fingiendo un liberalismo alucinante, una abnegación patriótica admirable y un desprendimiento sin igual; que había renunciado a la presidencia en forma extentórea y teatral y que, apenas notó que le iban a aceptar en las Cámaras esa renuncia, entró en cólera torpe y acabó por retirarla; que llamó a elecciones presidenciales figurando él mismo en ellas y que, al notar que entre los candidatos había uno—don Adolfo Ballivián—que podía arrebatarle el triunfo, no paró hasta no desterrarlo a Europa con el pretexto de un cargo diplomático; que se hacía el hombre más decidido por el proletariado y que, en cambio, dió en mirar con soberano desprecio a los diputados, a quienes llamaba en plena Cámara "partija de traidores, de vendidos, de infames, de desnudos", etc., etc.; que tenía por divisa esta frase hecha: "más libertad y menos gobierno" y que, sin embargo, se hizo dictador; en fin, Morales, una de las muestras más notables en Bolivia del presidente inconsecuente y neurótico, había una noche de Noviembre, en su palacio, emprendido a bofetadas con sus edecanes y de resultas de esto fué muerto por su propio sobrino, Fede-

Digitized by Google

rico Lafaye, quien descargó sobre su terrible tío los siete tiros de su revólver. (1)

Y, muerto Morales, había sido proclamado presidente de la República, por la Asamblea Legislativa, don Tomás Frías, que entonces tenía el carácter de presidente del Consejo de Estado.

Pero, Frías, no creyó del caso concluir como presidente el período constitucional para el que Morales fué electo, y que debía llenarse recién en dos años más, y convocó a elecciones presidenciales.

Para las que presentáronse tres candidatos: el General Quintín Quevedo, el doctor Casimiro Corral y el Coronel Adolfo Ballivián, ausente entonces en Europa.

Este último obtuvo la mayoría de sufragios, mas no la necesaria para la proclamación según la ley, por cuya razón se debía proceder, según disposición de la ley misma, al nombramiento de presidente por la Asamblea Legislativa que se convocó extraordinariamente para el 23 de Abril de 1873.

Todo esto lo supo Pacheco en Chile y, amigo decidido como era y también partidario político de Ballivián, resolvió apresurar su regreso a Bolivia por la vía del Perú a fin de encontrarse con el ilustre candidato que, en esos mismos días, regresaba también de Europa y debía pasar por Lima.

Hacía algún tiempo que en Chile estaba Pacheco acompañado por su hijo primogénito, Manuel, un joven de bellas cualidades y que apenas contaba veintiún años; y fué con él que, un buen día, tomó en Valparaíso un vapor al Callao, pasando luego a Lima donde, en

(1) Desde entonces en Bolivia a las pistolas de esa clase se les llamaba *"Mata Morales"*.

Digitized by Google

efecto, se encontró con don Adolfo Ballivián y, ya juntos, emprendieron el camino de Bolivia por la vía del Tacora.

Pacheco, como se puede suponer, hallábase lleno de los mayores entusiasmos. Había realizado en Chile magníficas combinaciones en materia de negocios, había conseguido para sus trabajos mineros maquinarias de último sistema, y había reunido un caudal de experiencia y conocimientos que le serían de gran utilidad. Luego hallábase junto con aquel hijo amado, él, que tan afectuoso era con los suyos. Y, en fin, habíase también reunido "al candidato de sus afecciones", a Ballivián, con quien, desde hacía luengos años, cultivaba una cordial amistad. Todo, pues, hacía que Pacheco realizase aquel viaje en las mejores disposiciones de espíritu. Pero, he aquí, cómo la suerte le hirió cruelmente.

De Arica, los viajeros se dirigieron a Tacna, y de acá a La Paz por la vía del Tacora.

Era una numerosa comitiva de más de cuarenta personas.

Habían ya ascendido las desoladas alturas de la cordillera y allí los más de ellos, cual suele pasar con frecuencia, empezaron a sentir los efectos de la puna (mal de las alturas), siendo de los más afectados el joven Manuel, hijo de don Gregorio, en vista de lo cual éste resolvió retroceder en dirección a Tacna a fin de evitar la nefasta influencia de la altitud, y, en consecuencia, acompañado sólo de un mozo, y conduciendo ambos al enfermo, emprendieron rápidamente el descenso.

Pero, todo fué inútil.

Apenas habían corrido un pequeño espacio, el joven sentíase peor y hubo que detenerse. ¿Qué hacer? En

Digitized by Google

aquellos desiertos sitios no había recurso alguno, no había siquiera un rancho para llegarse a él. Todos los lugares habitados quedaban a una gran distancia. Y una soledad severa, un desierto total rodeaba a los caminantes.

Y en esta situación, Pacheco, loco de dolor e impotente, vió agonizar rápidamente a su hijo y morir en sus brazos.

¡Suerte cruel! Y la tragedia se produjo tan súbita y fulminante que Pacheco aún no podía creer en ella.

Y he aquí de qué manera la suerte hería en pleno corazón a aquel hombre que, apenas momentos antes, se estuviera entregando a las más risueñas ideas.

Pero, no había remedio.

Pacheco, en aquellos desolados páramos, sin más compañía que la del hombre que le acompañaba, tuvo él mismo que cavar la fosa para sepultar en ella los restos del amado hijo.

Y lo sepultó con sus propias manos, y siguió después su camino.

XII

Días después, llegaba el desgraciado padre a La Paz, y, no obstante el angustioso estado de ánimo en que se hallaba, debió asistir como diputado a la Asamblea Nacional que proclamó a don Adolfo Ballivián Presidente de la República.

Luego apresuró su regreso a Sucre, a devorar, junto a los suyos, el atroz dolor que le había dejado la tragedia ocurrida con su hijo Manuel en el Tacora.

Como se ve, parecía que un sino misterioso perseguía a Pacheco precisamente en aquello que le era lo

Digitized by Google

más dulce y lo más caro. De once hijos tenidos en su matrimonio, había perdido siete; y de entre ellos, el último cuando era ya joven y cuando se presentaba en el mundo adornado de las cualidades morales más deseables para entrar en la lucha por la vida.

Esta terrible desgracia ejerció un influjo funesto en su naturaleza. Enfermo material y moralmente, estuvo por bastante tiempo sin poder atender ni aún sus intereses con la diligencia que le era peculiar. Tal lo dicen sus cartas de ese tiempo, llenas de una melancolía profunda que desgarra el corazón.

XIII

Y como una ironía del destino que parecía complacerse en amargar a Pacheco, precisamente en lo mismo que tenía estrecha relación con la muerte de su hijo, a los pocos meses de ella, se produjo también la muerte del Presidente Ballivián.

De Ballivián, el amigo a quien amaba Pacheco con decisión casi religiosa, del hombre a cuyo encuentro había ido al Perú, donde pasó la fatal desgracia con su hijo y, en fin, del mismo que, para Pacheco, en cuanto político, era el hombre que estaba destinado a salvar al país de la calamitosa situación en que se hallaba.

Ni un año alcanzó Ballivián a ser Presidente. Había regresado de Europa minado por incurable enfermedad. Y por mucho que él, con la energía moral que tanto le singularizaba, tratase de sobreponerse a su decadencia física, ésta continuó fatalmente y más bien se agravó con la tarea pesada y complicada que debió cumplir el enfermo mandatario. En realidad, puede de-

Digitized by Google

cirse que su vida, desde que ocupó el solio presidencial, no fué sino una prolongada agonía. Un día, él mismo lo había dicho a un amigo suyo: «Llevo en mí el germen de la muerte; acompañaré a ustedes un año, y aún es mucho. Les he dicho que abreviarían mis días con este llamamiento, y no me han creído. Entre tanto, mucho me angustia pensar que mi sacrificio será estéril. Mucho hemos luchado y sufrido por sustituir la ley a la violencia, el régimen de las instituciones a los golpes de aventura. Pero nuestra victoria se parece a una transición. ¿Cómo evitaremos que a mi muerte los violentos recobren su predominio?»

El noble enfermo, como se ve, tenía la seguridad de morir pronto y que, luego de su muerte, volvería sobre el país el dominio de los violentos.

Y así fué, puesto que ni el venerable Frías, que le sucedió, pudo evitar ese predominio.

De La Paz, había pasado Ballivián a Sucre, donde se convocó una Asamblea extraordinaria que debió ocuparse de la cuestión financiera, que tanto preocupaba al Presidente y sobre la cual, ya en la anterior legislatura, había propuesto una combinación que no fué aceptada.

Y, en Sucre, no hizo sino continuar languideciendo en el estado de su salud. Allí uno de sus mejores amigos era Pacheco, quién, después de algún tiempo, logró llevar al enfermo a su finca de Nucchu, en la que había construído un nuevo caserío que estrenó Ballivián.

Y en Nucchu permaneció Ballivián más de treinta días.

Días muy tristes en los que, como el condenado que ve muy bien acercarse su fin, veíalos pasar unos tras

Digitized by Google

otros sin poder infiltrar de nuevo en sus venas esa vida que se le escapaba.

Rehízose, en verdad, temporalmente, durante aquellos días de campo, pero eso no era sino las últimas llamaradas de una lámpara que se extingue.

Allá, sentado en el corredor de Nucchu, todas las tardes, después que habían cesado los afanes de la administración, que aún en Nucchu le preocupaban durante el día, el Presidente de alma melancólica, de alma de artista, contemplaba con beatitud el paisaje campestre que se desplegaba a su redor. Por un lado el Cachimayo yendo a estrellarse en los días de grandes avenidas contra el cerro del frente a la casa de Nucchu, cerro que se iba derrumbando, año tras año, socavado por las aguas; por el otro lado, el exiguo Quirpinchaca corriendo a unirse con el Cachimayo, entre las huertas de Nucchu hechas por Pacheco y las vegas de la otra margen donde aún existe un muro de cal y canto hecho por don Ignacio Prudencio. Luego las serranías del lado occidental salpicadas de árboles y arbustos, vestidos en aquella época del verde primaveral. Y, más cerca, las risueñas huertas del contorno de entre las que surgía el blanco de las casas de campo.

Un día, hallándose el Presidente en aquel hermoso corredor de Nucchu, rodeado de otras personas, habíase posado en la banda del frente, sobre el calicanto, a unos cuatrocientos metros de distancia, un magestuoso cóndor. Ballivián era un eximio tirador con armas de fuego, pero hacía tiempo que, a consecuencia de su enfermedad, no cultivaba este deporte; no obstante lo cual, los circunstantes, al ver al cóndor que con el ala medio desplegada se erguía a lo lejos, insinuaron al en-

(1) Fotografías F. A. G.

Digitized by Google

fermo hiciese la prueba de tirar sobre él. Ballivián, sonriente y con las manos temblorosas por su enfermedad, tomó el rifle que le presentaban, apuntó rápidamente sobre el cóndor e hizo fuego. El ave, herida mortalmente en el corazón, cayó aleteando. Poco tiempo después el matador de ella caía a su vez en el sepulcro.

Ballivián, en efecto, que en aquellos buenos días de Nucchu y con los cuidados afectuosos de la familia Pacheco, había llegado a recobrarse un poco en su salud, una vez vuelto a Sucre, empeoró nuevamente y murió.

Murió sin haber cumplido ni un año de su presidencia, y dejando en el corazón de sus amigos, entre los que Pacheco era de los más decididos, un vacío que nada pudo colmar.

XIV

Y añádase a estos contrastes dolorosos que Pacheco experimentaba en la esfera afectiva, las continuas preocupaciones que le ocasionaba el giro que iban tomando sus intereses mineros.

Por mucho que esos intereses continuasen dando gruesos rendimientos, la verdad es que Pacheco no estaba satisfecho. El, que era tan amigo del orden, veía que allí ese orden estaba muy lejos de existir y temía con fundamento una catástrofe. Su convicción era que en materia de trabajos mineros y en todo otro debía primar, ante todo, un plan metódico, un sistema claro y ordenado, una contabilidad rigurosa, de tal suerte que en cualquier momento se conociese lo que se hacía, los recursos con que se contaba, lo que se perdía o ganaba y sobre este conocimiento se llegase a hacer todas las deducciones consiguientes. Pero, era precisamente lo

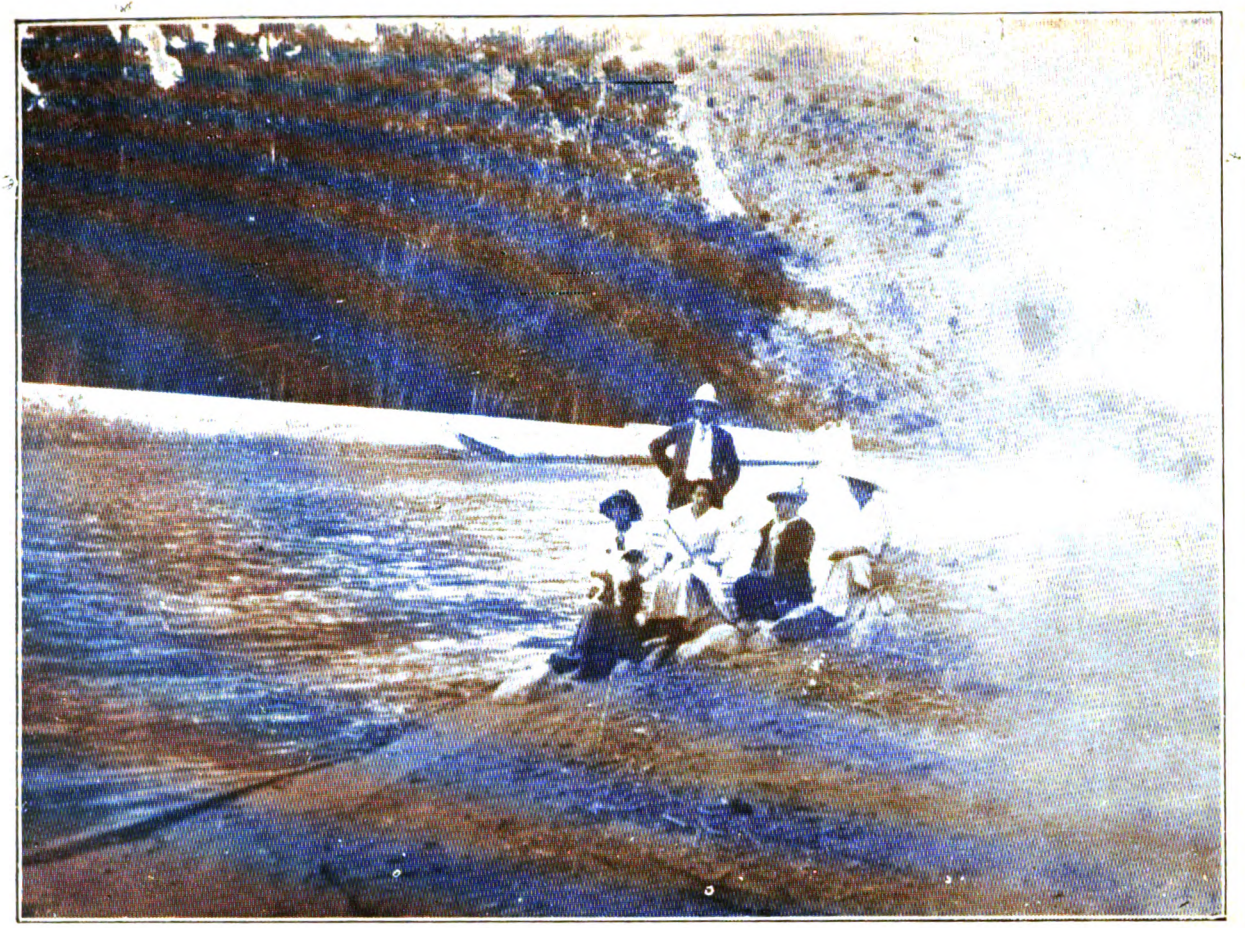
Digitized by Google

que echaba de menos en el desenvolvimiento de los trabajos que, por entonces, se realizaban en las minas. El, desgraciadamente, no podía velar como quería para hallar tal resultado y solamente iba de cuando en cuando a Guadalupe y Portugalete. Su socio Ramírez tampoco estaba ya allí. Desde el año 1870 se había establecido en Sucre. Por otra parte, tampoco los dos socios convenían siempre en la forma con que se debían llevar los trabajos. Ramírez no hacía gran caso de las ideas de orden de Pacheco. Era seguramente más despreocupado que él en este punto de vista, y tanto que alguna vez había llegado a decir a su socio que no siempre el llevar bien los libros de negocios da buenos resultados, y que, por ejemplo, don Avelino Aramayo que los hubo llevado con toda escrupulosidad, no por ello se libró de que le fuese mal en los trabajos mineros en que por entonces se ocupaba ese notable industrial. Pacheco, de su lado, criticaba acerbamente a su compañero por estas ideas y con frecuencia estaba pronunciando la palabra "caos", con referencia a la marcha de sus comunes intereses. Y más de una vez también, Pacheco llegó a decir que únicamente el exceso de producción de las minas, es decir, la buena suerte, que no la regularidad y buena organización en los trabajos, los había salvado de un seguro fracaso.

Y si los dos socios se hallaban en tales condiciones, es lógico pensar que, por eso mismo, debían venir, como obligada secuela, transtornos en el rumbo de los trabajos, produciéndose diferencias y contradicciones también en toda la escala de empleados subalternos.

Así llegaron las cosas al año 1874 en que Pacheco quiso solucionar aquella situación equívoca y peligrosa con un gesto rápido y resuelto.

Digitized by Google



Nucchu.—Río Cachimayo.

Digitized by Google

Digitized by Google

Propuso a Ramírez quedar uno solo de ambos como dueño de toda la gran empresa minera de Guadalupe, (ya no sólo del establecimiento de beneficios, o ingenio, que ya sabemos se había sorteado) pagando al otro socio una suma convencional. Ramírez aceptó el pensamiento, pero las dificultades se presentaron en cuanto a la manera de llevarlo a cabo. Pacheco proponía la licitación que Ramírez no aceptaba; y entre cartas y conferencias se ocuparon durante varios meses, hasta que al cabo Pacheco convino en la fórmula que acabó por indicar Ramírez, en el sentido de que cada uno de los socios presentaría una proposición escrita indicando el precio y la forma de pago de su parte respectiva, debiendo acogerse a un sorteo para ver cuál de esas proposiciones debía regir, ya fuese para ser aceptada por el favorecido por la suerte o, en su defecto, para que el proponente se obligase a tomar para sí la indicada acción.

Realizóse esta operación a principios de 1875, y tocóle a Pacheco por la suerte pronunciarse acerca de las condiciones impuestas por Ramírez. Pacheco las aceptó desde luego, obligándose al pago de Bs. 500,000 como precio de la acción de aquél en la sociedad.

De esta manera, en aquel año de 1875, Pacheco quedó como dueño exclusivo de la empresa minera de Guadalupe, bien es verdad que con fuertes obligaciones por razón de esa operación, puesto que para pagar la primera armada tuvo que acudir al crédito; y las siguientes debía hacerlas alrededor de dos años, siendo una de las formas de tal pago la de destinar el 50 por ciento de los productos en bruto de las minas, obligación ésta que tenía ciertos graves inconvenientes.

Sin embargo, Pacheco no había vacilado un punto

Digitized by Google

en aceptar la fórmula de su socio, y definir así una situación que, según lo he dicho, había llegado a hacerse ya insostenible.

Ahora, Pacheco podía dar el rumbo que mejor le pareciere al desenvolvimiento de los trabajos. Y, en efecto, así lo hizo.

Desde los primeros momentos se estableció un sistema riguroso de orden y disciplina; pero, no obstante, él impuso terminantemente a los administradores que no se ejecutase ningún acto de hostilidad contra los antiguos dependientes o adictos a Ramírez. Condonáronse las deudas de todos los empleados y trabajadores que las tenían pendientes a la sociedad. Se dobló con el cincuenta por ciento las pensiones para inválidos, las familias huérfanas de padres muertos en servicio de la casa, en general de las gentes pobres. En fin, se hizo lo que no podía menos de hacerse tratándose de un espíritu recto, como era el de Pacheco.

Pero, la verdad es que, a pesar de todo esto, su situación en aquellos tiempos en que quedó como solo dueño de las minas de la antigua sociedad Pacheco-Ramírez, corrió no pocas contingencias. Como si el destino quisiese aún probar su paciencia, sobrevinieron diferentes contratiempos, entre ellos la baja de la ley en los metales que se explotaban, la escasez de brazos y los perjuicios consiguientes a los transtornos políticos tan frecuentes por entonces.

Frías, el sucesor de aquel simpático Ballivián, que pasó por el cielo de la patria como un meteoro, continuaba rigiendo el país, y debería continuar hasta la extinción del período constitucional que debía ser en Agosto de 1876. Y el ilustre presidente Frías, no obstante su espíritu conciliador y sus dotes eminentes de

Digitized by Google

estadista, se hallaba sufriendo el embate de movimientos revolucionarios que se producían en una y otra parte de la República.

Pacheco, por aquellos tiempos, era munícipe y, como tal y sobre todo como ciudadano particular, continuaba siempre empeñoso y activo, trabajando en pro de todo lo que fuere adelanto para el país.

En la política, conforme a sus principios y temperamento, seguía siempre sin tomar más parte que aquella que él consideraba conforme con tales principios. Se le había propuesto hacerlo diputado por Sucre, y él había declinado esta proposición. Tampoco había querido ser Prefecto del Departamento, y son dignas de mención, a este propósito, las siguientes palabras de una carta confidencial dirigida a don Mariano Baptista.

«Siento infinito—le dice—no poder aceptar la prefectura de la Capital con que quiere honrarme el Gobierno, porque en las actuales circunstancias no me pertenezco ya; tenga usted en cuenta que estoy obligado a consagrar el tiempo necesario de mi vida al pago de *medio millón de pesos* y esta consideración basta para que usted me excuse.

«A no ser tan justa consideración, me habría apresurado a aceptar la honra que se me dispensa y lo habría hecho renunciando previamente al sueldo, gastando sin reparo de mi peculio para la conservación del orden y con la esperanza de poder conciliar la excitación de los ánimos en la crisis que atravesamos o, en caso contrario, arrostrando con energía la situación», etc.

Y, en efecto, el pago de ese medio millón de pesos era lo que ahora preocupaba a Pacheco.

Esclavo de su palabra como era, y teniendo en cuenta que cifraba en su crédito lo mayor y mejor de su ca-

Digitized by Google

pital, es lógico deducir que tratase de llenar cumplidamente las obligaciones que le había acarreado la compra de la empresa de Guadalupe.

Y como viera que esas minas requerían una acción seguida y prolija de su parte, naturalmente prefería obrar en ese sentido que no distraer su atención en el desempeño de cargos públicos.

XV

En 1876 se produjo un nuevo transtorno político de gran transcendencia en el país.

El Presidente Frías, de acuerdo con la Constitución, había convocado a elecciones presidenciales, y se presentaron en la lucha eleccionaria como candidatos a la primera magistratura de la República el doctor José María Santiváñez y el General Hilarión Daza.

Pacheco, naturalmente, era partidario de Santiváñez, quien representaba la tradición de los Linares, Ballivián, Frías.

Las elecciones debían tener lugar el 7 de Mayo (1876); mas, antes de que éstas llegasen a su término natural, Daza, que era Ministro de la Guerra, se alzó en armas contra el gobierno de Frías y lo derrocó proclamándose Presidente.

Es decir, Daza, o bien creyó que no iba a triunfar en las elecciones por falta de adeptos, o que, acaso Frías, a quien llamaba "su padre", favorecía al otro candidato; o bien, sencillamente no tuvo paciencia de esperar el resultado electoral, y se lanzó al procedimiento tan en uso entonces en Bolivia, de los pronunciamientos de cuartel.

Digitized by Google

Aquel día, Pacheco se hallaba en Sucre como miembro de la mesa receptora que funcionaba en las puertas del Palacio Legislativo, ocupado en esa tarea, y cuando se produjo el movimiento revolucionario a favor de Daza, fué el último en abandonar su puesto, y pudo ver con tristeza esta nueva bofetada dada a la Constitución por un salteador del sillón presidencial.

Luego, el "niño terrible" como llamaba Frías a Daza, fué el sustituto de "su padre" en ese sillón. De su padre, a quien hizo aprisionar y desterrar, a pesar de que, hasta entonces, con ser un "niño terrible", había sido el mimado del ilustre anciano, quien, más que nunca, debió comprender cómo suelen ser de pésimas consecuencias las debilidades de los padres excesivamente bondadosos con los "niños terribles".

Y una vez en el poder Daza, Pacheco, en consecuencia de su actuación en favor de Santiváñez, debió esperar que cayeran sobre él las persecuciones, tal como les pasó a otros partidarios de Frías y Santiváñez.

Pero no fué así.

Daza supo tratarlo con un miramiento extraordinario, tal como otrora lo hiciera Melgarejo.

No parecía sino que el nuevo déspota, al igual del anterior, se hubiera dejado imponer por la fama buena de Pacheco, hasta el punto de olvidar o, más propiamente, disimular el encono que le tenía porque no había sido su prosélito.

Y Pacheco supo aprovechar esta curiosa disposición de Daza para fines loables. Llegó a comunicarse con él, y consiguió, mediante sus buenos oficios, que ordenase la libertad de muchas personas respetables que purgaban en las cárceles sus ideas políticas.

Seguramente, Daza trataba de atraerse a Pacheco.

Digitized by Google

He visto, entre la correspondencia de éste, cartas llenas de frases zalameras escritas por el nuevo presidente a Pacheco.

Y como antes Melgarejo había querido hacer a Pacheco Prefecto de Chuquisaca, y lo habían querido también Ballivián y Frías, asimismo Daza se empeñó en el propio sentido. Pero, Pacheco no aceptó tal cosa, y prefirió siempre estar a respetuosa distancia de Daza y entregado por entero a sus negocios.

XVI

Y en verdad que los tales negocios necesitaban su más decidida dedicación.

Desde el año anterior (1875), en que realizara la combinación con su ex-socio Ramírez sobre la Compañía Guadalupe y quedó dueño exclusivo de ella, Pacheco aún no había podido obtener las utilidades que se prometiera. La suerte, como tantas otras veces, parecía volver a poner a prueba su paciencia. Las minas no se presentaban con la prodigalidad que antes. Y a pesar de que Pacheco, al quedar solo en Guadalupe, había implantado un sistema de trabajos conforme a sus métodos, confiado en que así se acrecentaría su industria, veía con desazón que iba pasando lo contrario, cual si un mal sino quisiera burlarse de él y castigar la valentía y confianza con que había realizado la indicada combinación con Ramírez. Luego, para empeorar su situación, una crisis monetaria intensa se produjo en el país en esos tiempos; Pacheco tenía, pues, que redoblar su actividad para poder llenar sus obligaciones.

Y como, según he dicho, una de esas obligaciones

Digitized by Google

consistía en que Pacheco debía pagar a Ramírez, el medio millón de pesos que había importado su acción de Guadalupe, con el cincuenta por ciento de los productos brutos de las minas, resultó que no le venía a quedar sino el otro cincuenta por ciento, con el que no siempre se podían sostener debidamente los trabajos.

Y, entre tanto, los plazos se cumplían, había que pagar las armadas, y Ramírez no esperaba, teniendo entonces Pacheco que pasar por graves apuros a fin de ser estrictamete puntual con su ex-socio. En sus cartas de esos tiempos, escritas al Administrador de Guadalupe, clamando por el mejoramiento de los trabajos, Pacheco llamaba a Ramírez "mi sombra fatídica".

XVII

En esas circunstancias llegó el año 1877.

Ya alimentando en veces grandes esperanzas, ya soportando decepciones; abrumado por compromisos de toda cuenta y sin descuidar, ni aún en medio de los apremios de su situación el realizar actos de filantropía continuos, Pacheco supo siempre mostrarse el hombre tesonero y enérgico de todos los tiempos.

Tenía entonces 54 años, es decir, ya había llegado al punto en que se empieza el descenso de la cuesta de la vida, cosa que, naturalmente, es en otros mucho antes, pero que en éste se hacía más despacio por las condiciones excepcionales de su educación unida a su fuerte naturaleza.

Siempre en movimiento, pasando del clima suave de Sucre o de Nucchu al inclemente de las regiones mineras, y soportando en éstas, las rudezas del tiempo, so-

Digitized by Google

bre todo en el invierno, Pacheco estaba no obstante sano de cuerpo y de alma.

Y era entonces que, repetidamente, daba gracias el haber "nacido un pobre diablo", vale decir haber nacido en la miseria y educádose en ella, con lo cual, según hemos visto, había llegado a tener esa resistencia física y moral que lo acompañó hasta los años de su madurez.

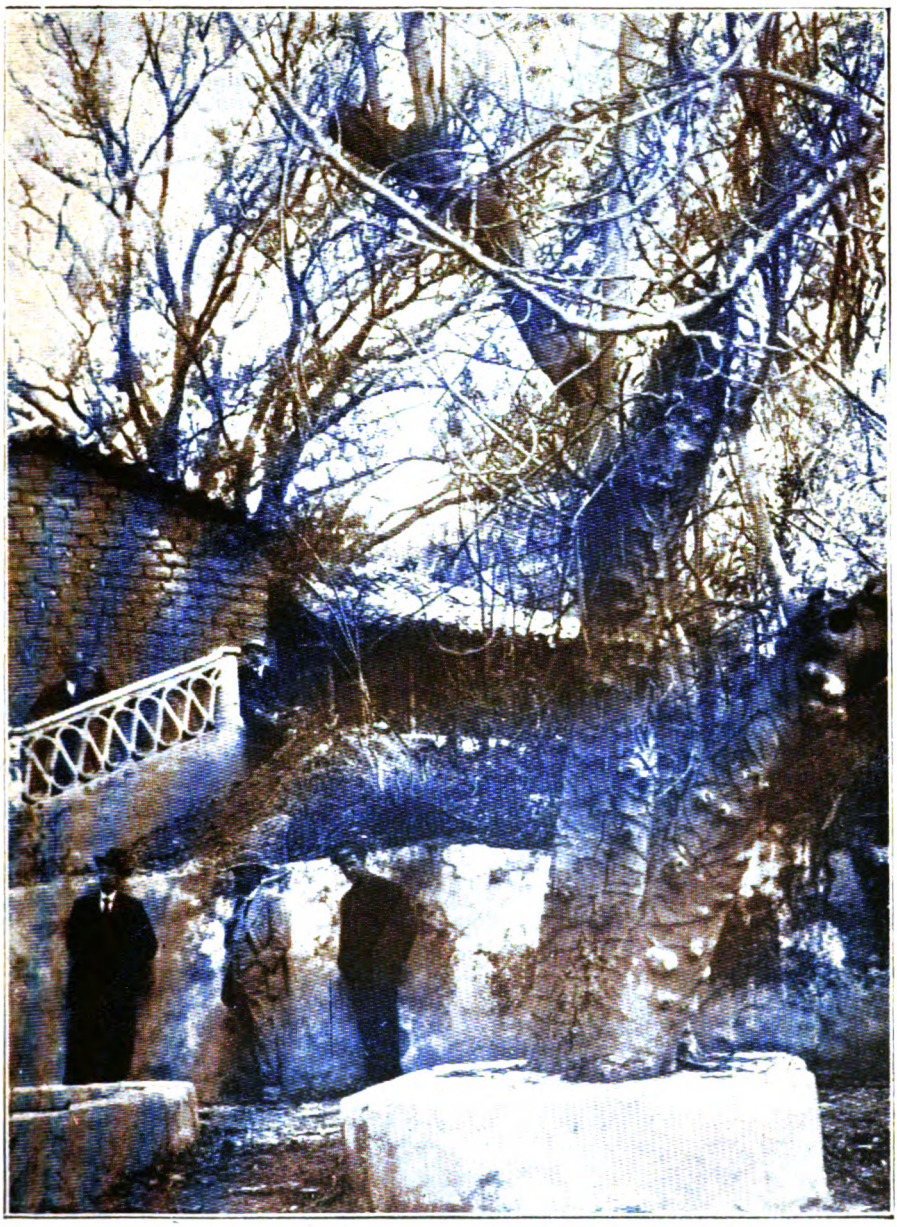
En una carta escrita en esos tiempos a don Carlos Walker Martínez, a Santiago decíale, entre cosas, las siguientes que copio porque, además de revelar cierta gracia muy peculiar de Pacheco, demuestra claramente el género de vida lleno de actividad que hacía en las minas. He aquí esos párrafos:

«Sucre, 9 de Febrero de 1877.

«Sus cartas las recibí en el Sud de la República, en circunstancias diversas y bien notables: la del 2 de Octubre (natalicio de Corina) me fué entregada, entre otras, en el fondo de mi mina de Angeles, en Portugalete, a trescientos metros verticales de profundidad, en una temperatura igual a la que pasó usted en Tucumán, esto es, a 45 grados de calor, y sudando a mares; la leí con muchísimo gusto, a la luz de las lámparas de mis mineros. La del 19, la recibí con mi correspondencia de correo en la región de las nubes, de los hielos, en la cima de uno de los ramales de la Cordillera de los Andes, en mi tránsito de Sorocaya a Santa Fe, a 17,000 y tantos pies sobre el nivel del mar, con una nevada que era un encanto, y con un frío de no sé cuántos miles de grados bajo cero: ¡qué contrastes!

«Desde Octubre hasta Enero, mi vida ha sido de constante campaña, visitando mis establecimientos de

Digitized by Google



Nucchu.—Sitio de las higueras.

Digitized by Google

Digitized by Google

minas y algunas de mis propiedades rurales; he ahí la causa de mi silencio con usted, bien a pesar mío».

Pacheco había conseguido un crédito de doscientos mil Bolivianos en el Banco Nacional y, con esos recursos, pudo hacer frente con más facilidad a sus múltiples obligaciones, tanto para impulsar los trabajos de las minas como para atender sus deudas.

Pero eso mismo no era bastante.

Lo que seguramente necesitaba era un capital mucho mayor, a fin de llevar de una vez a cabo los grandes trabajos que requerían las minas para llegar a dar una producción también grande, tan grande como era seguro que pudiese darla toda vez que, aún prescindiendo de nuevos hallazgos que se pudieran hacer en las entrañas terrestres, lo que estaba a la vista era suficiente para producir algunos millones de pesos, siempre que, a la vez, se pudiese hacer los necesarios desembolsos para la explotación.

Pero, ¿quién iba a entender tal cosa?

Se necesitaban espíritus valientes y emprendedores, para acometer fríamente una obra que, claro está, tenía graves dificultades, pero que, vencidas ellas, era de resultados seguros.

Y esos espíritus no los había en el país o, por lo menos, Pacheco no los tenía a su alcance.

El sabía muy bien que lo único que alucina a los capitalistas bolivianos (y en esos tiempos debía ser eso más de lo que es ahora) es la ganancia inmediata, aunque sea pequeña, aquello que se tiene a la vista y que, para cogerlo, no se necesita sino un esfuerzo relativamente pequeño.

Por tanto, Pacheco sentíase solo, por más que, dado

Digitized by Google

su comprobado espíritu de asociación, buscase maneras de salir avante, uniéndose a otros en sus proyectos.

El había hecho la combinación con su ex-socio Ramírez para quedar como dueño exclusivo de la empresa Guadalupe, mostrando con esto una valentía verdaderamente excepcional. Y ahora, a pesar de sus esfuerzos, se hallaba en la situación del hombre expuesto a un fracaso, no por su ligereza, sino por la apatía y aún el miedo de los elementos humanos ante los que tenía que actuar.

En otras partes, Pacheco, era seguro que habría llegado a una situación cien veces mejor de la que llegó a tener después.—hablo de él como de industrial—en Bolivia. Tenía justamente las condiciones que hacen triunfar con seguridad a los hombres de negocios.

XVIII

En tal situación, al mediar el año de 1877, ocurrió para Pacheco un suceso que le llenó de alegría y que le sirvió de nuevo estímulo para continuar en sus trabajos.

Y fué, por rara coincidencia que, justamente la noche del día en que cumplía los 55 años (era el 4 de Julio de ese año) los mineros de Tatasi dieron con un riquísimo filón en la famosa mina de Angeles.

Pacheco se hallaba a la sazón allí mismo, y bien puede calcularse su contento.

O, mejor dicho, no es fácil calcularlo.

Preciso es ser minero o tener algo de tal para eso.

No es el gozo de quien se encuentra sin pensarlo con un premio gordo de lotería, o, en fin, de cualquiera que.

Digitized by Google

de súbito y cuando menos lo esperaba, se halla con una riqueza que le deja aturdido y deslumbrado.

Es el placer intenso de encontrar al fin lo que se había buscado en largos años de un trabajo cruel, de una lucha heroica contra toda clase de obstáculos y peligros. Es el placer que debió sentir Amudsen al encontrar el Polo Sud, para cuyo descubrimiento se había preparado tanto y había sufrido tormentos indecibles. Y si tenemos en cuenta la manera de ser moral de mi héroe, es el placer exquisito, y como si dijéramos transcendente, del que sabe que la riqueza que le va a llegar a manos llenas no será únicamente para cumplir sus personales satisfacciones, sino para llevar también la alegría y el bienestar a muchos otros seres.

En tales casos, puede decirse que uno siente en sí el gozo de muchos. Es el gozo del altruista y del hombre de alto discernimiento, que sabe muy bien que su bienestar personal refluirá hasta en el de sus enemigos, puesto que tales son las leyes económicas; y el hombre rico y filántropo puede hacer el bien no solamente a los que se lo agradecen, sino también a los mismos que lo envidian y aún tratan de perjudicarlo, perjudicándose —¡ciegos!—a sí mismos.

Y por cierto que el hallazgo de los mineros de Angeles no era únicamente uno de esos "alcances" más o menos alucinantes pero efímeros que suelen producirse en las entrañas de la tierra.

A medida de pasar los días desde aquella noche a que me he referido, se vió que se había dado realmente en una zona llena de clavos de plata.

Era uno de esos encuentros que significan para el porvenir una explotación colosal durante largo tiempo.

Pero, veamos lo que decía el mismo Pacheco hablan-

Digitized by Google

do en esos tiempos a su sobrino, don Telmo Ichazo, sobre este feliz encuentro.

«Bendito sea Dios, que tanto me ha favorecido! Es un portento, amigo mío, el estado de Angeles, no por la fajita de rosicler que en varios puntos se encuentra, sino por la abundancia de buenos metales en la extensión de 72 varas de puro metal!... Lo general es desde media vara hasta dos varas de ancho, metal macizo. Si estuviera bien preparado el laboreo interior, tendría una explotación de metales para todos los establecimientos de Chichas. Se ha descubierto un nido muy curioso: es una inmensa langra en depósito de metales a granel, de 4 varas de ancho por sobre igual largo más o menos, tan suelto todo que se ha producido una verdadera *aisa* de puro metal, que casi mata a algunos trabajadores, y esto había sucedido sin más que el estremecimiento producido por los tiros que se daban en las inmediaciones, y es de este modo que se ha hecho el descubrimiento del nido».

XIX

Pero, también debe tenerse en cuenta que el encuentro feliz del filón de Angeles no resolvía de hecho la situación complicada en que se hallaba Pacheco respecto de sus negocios.

Más bien, ese mismo hallazgo significaba la iniciación de nuevos y costosos trabajos a fin de hacer efectivos los beneficios que pudiera dar la bonanza de las minas.

Había que sacar ese metal descubierto del interior de las minas a fuerza de grandes obras de laboreo; había que trasladarlo al establecimiento de beneficios,

Digitized by Google

esto es, a Guadalupe, distante cincuenta kilómetros de Portugalete; había, en fin, que hacer funcionar nuevas maquinarias que alcanzacen a realizar ese beneficio en un tiempo más limitado que el que podían realizar los procedimientos primitivos usados hasta entonces.

A todo eso se lanzó Pacheco con ardimiento.

Se abrió un camino carretero entre la mina y los ingenios y por primera vez se vió en esos retirados lugares traficar las bulliciosas carretas pletóricas de minerales brutos, en competencia con los borricos y las llamas, únicos vehículos que hasta entonces habían transportado en sus lomos y por caminos inverosímiles los cargamentos del rico metal.

Y por primera vez, también, se vió allí subir al cielo los penachos de vapor saliendo de las máquinas jadeantes que beneficiaban ese mismo metal.

Todo esto, podía ahora parecer sobrado vulgar a muchos, pero hay que tener en cuenta la época y el medio en que se realizaba; y hay que reconocer con esto el mérito de un industrial que, venciendo dificultades de todo género, entre ellas las económicas que son tan graves, y hasta las preocupaciones del misoneismo, quizás mayor entonces que hoy, supo llevar a término sus propósitos.

XX

Y entremos ahora al año 1878.

Este año es de grandes combinaciones para el ya notable industrial y hombre de negocios como había llegado a ser Pacheco.

En Abril de ese año se organizó la sociedad llamada Compañía Minera Guadalupe de Bolivia, que se unió

Digitized by Google

a la famosa Compañía de Huanchaca, con un valor, por parte de la primera, de dos millones de pesos distribuídos en dos mil acciones, de las que mil quedaron como propiedad exclusiva de Pacheco.

Esta feliz combinación permitió a Pacheco pagar rápidamente la deuda de Bs. 200,000 al Banco Nacional, y aligerarse asimismo de sus últimas obligaciones con Ramírez.

En Septiembre de ese mismo año organizó con don Aniceto Arce, don Manuel Argandoña, don Belisario Peró y otros distinguidos industriales la Compañía de Colquechaca, respecto de la cual decía estas palabras: "Con unidad de pensamiento y unidad de acción, me prometo que la Compañía en uno o dos años será un coloso en la industria minera".

Ya sabemos cómo el tiempo se encargó de demostrar la exactitud de estas palabras proféticas.

En fin, Pacheco había entrado en un camino ancho y lleno de grandes expectativas. El porvenir se le diseñaba lleno de halagadoras promesas, y como él hasta entonces había temido siempre que, una vez muerto, no habría quien lo sustituyese debidamente en la dirección de sus intereses, y por tanto, viniese la desorganización en ellos y en perjuicio de sus hijos, ahora que con la combinación hecha con Huanchaca, veía de ese lado un recurso seguro, sentíase más tranquilo.

XXI

Pero, en esto, cuando se hallaba Pacheco en tan buen camino, sobrevinieron en el país nuevos sucesos desgraciados que entrabaron su acción.

Digitized by Google

Para Bolivia aquel año 1878 había empezado bajo tristes auspicios y terminado peor aún.

Habían faltado las lluvias en la mayor parte del país y esto ocasionó la pérdida de las cosechas.

Y tras la pérdida de las cosechas vino el hambre; y tras el hambre vinieron las enfermedades.

El país presentaba un espectáculo lamentable. Los precios de los artículos de principal consumo llegaron a extremos que estaban muy por encima del proletariado. Las pobres gentes de los campos no tenían sencillamente qué comer. Por todas partes se veía tropas de gentes famélicas, hombres fuertes reducidos a figuras esqueléticas, niños desmirriados, madres que no tenían ni un poco de leche en los pechos misérrimos para darla a sus criaturas que morían en una proporción atroz; ancianos impotentes que, sin poder transladarse a otras partes, perecían también de consunción ya en sus mismos rincones, ya en los caminos, ya en las afueras de los pueblos.

Y lo peor era que las autoridades se sentían impotentes para conjurar el mal.

En Sucre se organizó una sociedad de beneficencia compuesta de las más distinguidas personalidades, para prestar alivio a los hambrientos y enfermos, pero, aunque hacía mucho, no alcanzaba su acción sino a una parte reducida de la comarca. Se pidió afuera algunos artículos de consumo, sobre todo harinas, pero se las pidió sin fijarse al propio tiempo en los demás detalles, tales como el envío de arrias para la traslación desde Chile a Bolivia de ese artículo, de suerte que los tenedores de él en el país, sin temor a la competencia (1)

(1) Pacheco había indicado oportunamente la conveniencia de apurar la competencia, para que rebajasen los precios.

Digitized by Google

hicieron subir sus precios exageradamente, y esto dió lugar a peores resultados. En Sucre, las panaderías y casas de muchos ricos fueron entregadas al saco.

En semejante situación Pacheco fué, como no podía menos, uno de los ciudadanos prestigiosos que más hicieron en favor de la población urbana y rural. El contribuyó cual nadie a la organización y sostenimiento de la *olla del pobre* en Sucre, en Yotala y, sobre todo, en su hacienda de Nucchu donde, por esto mismo, tuvo ocasión de ver cuadros desgarradores de los hambrientos que, por la voracidad con que devoraban sus raciones morían por la misma acción de los alimentos tomados con exceso en sus estómagos vacíos o porque, impulsados por la necesidad, se habían tragado alimentos crudos. Pacheco tenía que mantener constantemente en Nucchu un médico que estuviera siempre listo a asistir a esas pobres gentes.

Tiene interés a este propósito la siguiente carta dirigida entonces por Pacheco a don Aniceto Arce:

«Estoy luchando aquí con el hambre de mis pobres gentes y de cuantos vienen a precaverse de tan grave mal. A los hombres de trabajo he podido proporcionarles maíz, papas, arroz y carne, la mayor parte de estos artículos por poco más de la mitad de su valor en Sucre, pasándoles además cinco reales de jornal. Para los pobres mendigos y vergonzantes, he establecido aquí la "olla del pobre". Pero se me agotan ya los recursos, y es tal el latrocinio que no se puede evitar, con la circunstancia de que lo que roban lo devoran crudo, choclos, duraznos y uvas verdes, repollos y cuanto tenemos de hortaliza. Lo peor de todo son las consecuencias para ellos mismos, porque han principiado a enfermarse gravemente, con hinchazón, cólicos a cada

Digitized by Google

instante, diarreas y disenterías al extremo de que es muy poca la gente que tengo sana, no obstante de que el doctor Pórcel está de residencia aquí y cura asiduamente a los enfermos, contando con un bien provisto botiquín.

«¿Qué haremos, pues, compadre, para soportar siquiera tan graves males ya que no podemos remediarlos en su totalidad? Le confieso a usted que hay momentos en que me domina el más profundo abatimiento, rindiéndose mi fuerza de voluntad en vista de mi impotencia, especialmente para el porvenir, porque si ahora medianamente me basto, más tarde, y al paso que vamos, me será físicamente imposible; preveo que llegará un momento en que la importancia del dinero sea tan negativa como tenerlo en el desierto».

En Sucre, se suscribió con una cuota mensual aparte de su donativo de diez mil Bolivianos que dió desde los primeros momentos al Concejo Municipal para estos fines de beneficencia y de otras sumas entregadas en distintas formas. Pero todo esto era seguramente lo menos que hacía comparado con sus actos de caridad callados, aquellos que tenía que realizar a cada instante ya que, considerado por los más como un millonario—que en verdad no lo era aún—y conocido también como un hombre decididamente generoso, se convirtió en el refugio de una multitud de miembros de esas clases de la sociedad que, sin ser el proletario o los campesinos sufrían, sin embargo, tanto como ellos del hambre y de la enfermedad, o sufrían de un modo peor, porque no podían pedir en la forma ostensible de los otros.

En fin, Pacheco supo realizar en aquella lastimosa crisis un verdadero apostolado, y puesto que él mismo no se alcanzaba a bastar para todos, supo sufrir lo in-

Digitized by Google

decible, como él mismo decía, al ver en muchas ocasiones su impotencia para hacer más.

Después de todo, esta ocasión consolidó por siempre su popularidad. Un hecho muy significativo da fe de ello.

He dicho que en Sucre el pueblo, en medio del frenesí del hambre y por la rabia que le produjo el alza de los artículos de consumo, se entregó al latrocinio y a la violencia. Muchas casas conceptuadas ricas fueron asaltadas y entre ellas la de don Manuel I. Ramírez, que era contigua a la de Pacheco. Pues bien, ni aún en medio del tumulto y la ofuscación con que las masas cometían sus desmanes, se oyó una sola voz que propusiese saquear también la casa del rico Pacheco como se estaba haciendo con la del rico Ramírez.

XXII

Y lógicamente este estado de cosas en que el hambre y la peste azotaron al país desde fines de 1878 hasta el año siguiente, tuvieron fuerte repercusión en las zonas mineras ocasionando diversas perturbaciones en la marcha normal de los trabajos.

En tal sentido sufrió, pues, también Pacheco esas consecuencias, y esto, para el hombre de negocios significaba también una nueva contribución, y con sumas gruesas, en la pésima situación general.

Bien es verdad que en las propiedades mineras de Pacheco se había hecho acopio de recursos,—pues él, mucho antes de producirse la carestía, habíala previsto y tomado las debidas precauciones—pero así y todo no era posible evitar la acción directa o indirecta de los

Digitized by Google

demás factores que por el engranaje natural de las cosas tenían que obrar en esos lugares.

En suma, ya tratándose de la minería, ya tratándose de la agricultura, (pues en las más de las propiedades rústicas no hubo cosechas, o si las hubo fueron escasísimas y algunas de esas propiedades debieron más bien ocasionar copiosos desembolsos) Pacheco sufrió una verdadera detención en sus negocios y aún estuvo expuesto a desastre si tal estado de cosas se hubiese prolongado en el país.

XXIII

Pero la plaga mayor que vino a agregarse al flagelo del hambre y de la peste, como si éstos no fuesen suficientes para hundir al país en la ruina y la consternación, fué la guerra.

Y no una de esas guerras intestinas que tanto habían desangrado a Bolivia.

Ahora se trataba de una guerra internacional.

Era la guerra del Pacífico, la guerra que Chile declaraba a Bolivia, a un país que no podía estar en peores condiciones de miseria en sus arcas, de miseria en la sangre de sus hijos y hasta de miseria moral provocada por todo el cúmulo de males que habían llovido sobre sus desoladas poblaciones.

Bolivia, en realidad, dadas las condiciones en que se hallaba, no podía ser un luchador sino una víctima.

Propiamente, no podía llamarse guerra aquel estado a que le arrastraba Chile.

Aquello tenía que ser una inmolación.

Y, sin embargo, Bolivia hizo por alzarse.

Un impulso extraño, una de esas fuerzas que aún

Digitized by Google

en los organismos moribundos saben sacudirlos con el contacto de corrientes galvánicas, le hizo moverse en un gesto aunque impotente, heroico.

Era en verdad un cuadro doloroso.

Un pueblo enfermo, exangüe, sin milicias, sin armas; teniendo que improvisarlo todo para aprestarse a la lucha; reuniendo desde los más lejanos puntos de su vasto territorio a aquellos de sus hijos que podían defenderla y mandándolos hacia otros puntos aún más lejanos para encontrar al enemigo; enviándolos semi desnudos, sujetos a ración de hambre, teniendo que soportar antes que las balas del enemigo la hostilidad implacable de un clima inclemente, de un desierto amenazador, de la fuerza de todos los elementos ciegos de la Naturaleza que debían oponerse a su paso; he ahí lo que tuvo que hacer este pueblo.

Y, en cambio, al frente, en la brumosa lejanía, un pueblo sano, robusto, engreído, lleno de recursos, armado hasta los dientes, preparado desde hacía mucho tiempo a ejecutar sus propósitos; he ahí Chile.

Repitámoslo: no podía haber guerra en semejantes condiciones.

Aquello era solamente una inmolación, y aún podía decirse: un asesinato.

Pero, vuelvo a Pacheco.

XXIV

La guerra internacional a que he hecho referencia, no podía menos de ser, como lo fué en efecto, un nuevo golpe—y golpe rudo—asestado sobre el magnífico sesgo que habían tomado sus intereses.

Interrumpiéronse las relaciones con el país que era

Digitized by Google

el mismo del que se traían anteriormente muchos de los elementos de trabajo para las minas. Paralización comercial y en muchos respectos industrial. Empréstitos. Leva. Es decir, contribución de dinero y de sangre. Las minas, claro que no fueron exceptuadas de esta última, a pesar de que las consecuencias debían ser nefastas, toda vez que disminuídos los brazos productores en aquéllas, disminuían en proporción las entradas, y con ellas disminuían también las contribuciones en dinero para el sostenimiento de la guerra, por parte de los industriales mineros.

En suma, la fatalidad parecía aún oponerse a Pacheco en los mismos momentos en que llegaba al vértice de sus aspiraciones en el terreno de los trabajos mineros.

Pero, ¿y qué?

El aceptó tranquilamente la situación. Luego, antes que hombre de negocios, era un ciudadano, un hijo de Bolivia. La patria ahora ante todo. Desde los primeros momentos Pacheco dispúsose a ceder la mitad de su fortuna en aras de su patriotismo. Ya antes la compañía minera Guadalupe había votado los fondos (cincuenta y dos mil Bolivianos) para la adquisición de un buen lote de armamento en el extranjero. "Accionista en la compañía minera de Huanchaca, impulsó en este carácter el auxilio en numerario, material y personal que esa compañía prestó incansablemente a la Quinta División comandada por el General Campero, la cual, destinada en los consejos de la defensa al rol importante de amenazar la ocupación del Litoral y servir en su caso de oportuno refuerzo al ejército de la Alianza que operaba en Iquique y Tarapacá para oponerse al desembarque de los chilenos, vagaba en los desiertos de Li-

Digitized by Google

pez sin horizonte para sus aspiraciones de combate, sin rumbo para sus marchas forzadas y agotando, en su lucha con el desierto, la fuerza viril de los denodados hijos de Potosí, Tarija y Chichas".

Pacheco, es claro que, no obstante su edad, podía ofrecer su contribución de sangre para la defensa nacional; pero tal cosa no habría tenido ciertamente la importancia práctica que tenía su contribución en las demás esferas que he indicado; ya que su espíritu organizador, su gran influencia social y su misma situación económica le señalaban el verdadero rol cívico que debiera ejercitar con los otros patricios que en los centros del país se preocupaban de allegar todos los recursos precisos para el sostenimiento de la campaña.

XXV

No entra en mi plan discurrir con mayor o menor extensión sobre la guerra del Pacífico, la que, por lo demás, está prolijamente tratada en las obras que sobre ella se han escrito. Hago la biografía de don Gregorio Pacheco y, por lo mismo, en obsequio a la brevedad, he de limitarme a indicar la actuación de este ciudadano en aquella emergencia luctuosa a que fué arrastrada Bolivia.

El General Daza, Presidente de la República, habíase puesto a la cabeza de su reducido ejército y marchado al lejano teatro de la guerra, dejando la administración del país a cargo del Consejo de Ministros.

Pero la actuación de Daza no fué sino una serie de desastres que remataron con la retirada de Camarones, lo que suscitó en muchos espíritus la sospecha de que tratase de entrar en arreglos con Chile, alejándose de

Digitized by Google

la alianza con el Perú. Y tal cosa fué calificada de "traición a la patria". Produjose en el país un movimiento de indignación contra el Presidente ausente. En La Paz, sobre todo, se reunió el 28 de Diciembre (1879) un comicio que desconoció la autoridad de Daza y constituyó su Junta de Gobierno.

Casi simultáneamente con este suceso, el 27 de Diciembre, en pleno teatro de la guerra, Daza fué también depuesto de su alto rango de Comandante General del Ejército Boliviano por un Consejo de Jefes presidido por el General Eliodoro Camacho.

Los demás pueblos alzáronse también contra Daza, mas sin aceptar a la Junta de Gobierno constituída en La Paz, nombraron como Presidente Provisorio al General Narciso Campero que, como hemos visto, se hallaba en el Sud con la Quinta División, disposición a que se adhirió posteriormente el mismo pueblo de La Paz.

En Sucre, se realizó un gran comicio que derrocó las autoridades dejadas por Daza y nombró a don Aniceto Arce de Prefecto y a don Gregorio Pacheco de Comandante General.

Y aquí hay que decir que Pacheco entraba por primera vez al ejercicio de un cargo, tanto más difícil cuanto que se le había conferido en un período de convulsiones y de crisis tremendas.

Y sin embargo, desde los primeros momentos supo mostrar una gran sagacidad y un espíritu organizador tal como se los necesitaba en esos días en que era preciso levantar el nivel moral de los elementos populares deprimidos por los fracasos de la guerra y allegar en la capital de la República todos aquellos recursos bélicos que se requerían para el sostenimiento de aquélla.

Digitized by Google

Todo lo puso a contribución: su entusiasmo, su buena voluntad, su dinero.

Rápidamente organizó un cuerpo, para enviarlo al teatro de la guerra, venciendo en este empeño obstáculos de toda suerte, pues que hasta en esos momentos de peligro nacional, no faltaban espíritus mezquinos que procuraban infiltrar en las masas el desaliento y el terror.

Entre tanto, el General Campero, nombrado Presidente Provisorio en lugar del General Daza que se expatrió a Europa, había convocado a una Convención Nacional.

El país se levantó como pocas veces, en un impulso de propia conservación para elegir los mejores elementos que le representasen en esa convención, llamada a tener una transcendencia enorme en los momentos críticos por los que se pasaba.

Pacheco fué electo convencional por dos Provincias, la de Nor Chichas en el Departamento de Potosí, y la de San Lorenzo, en el de Tarija. El prefirió ser representante de este último distrito en razón de que, hallándose los grupos políticos allí muy exaltados y divididos, su nombre había sido indicado como un medio de conciliación.

Pero, antes de que llegase el momento de que se reuniese la Convención Nacional, a la que debía asistir Pacheco, produjose un nuevo incidente en Sucre, que hizo aún más complicado su rol. Don Aniceto Arce, que había manifestado paladinamente sus ideas contrarias a la guerra con Chile y la conveniencia de que Bolivia buscase solamente la mejor solución para sus intereses, aunque fuera en detrimento de la alianza con el Perú, había sido calificado de "traidor" por el pueblo y go-

Digitized by Google

bierno y, en consecuencia, expatriado del país, dejando así violentamente la Prefectura de Chuquisaca y ella recayó también sobre Pacheco, quién, por imposición del vecindario, tuvo que ejercer tan delicado cargo.

Y fué en esta oportunidad que Pacheco mereció la siguiente manifestación que, por su gran significado, la copio íntegra:

«VOTO DE CONFIANZA del pueblo de Sucre al señor Gregorio Pacheco.

«Sin otro interés que la justicia y la conservación del orden público, seguro medio de salvar la honra nacional, ofrecemos al señor Pacheco este voto de confianza.

«En momentos difíciles y premiosos, lo nombró el pueblo Comandante General de este Departamento, y el señor Pacheco, con noble e hidalga lealtad, aceptó nuestra confianza, sacrificando su tranquilidad e intereses privados.

«Hoy, que por justos temores, que plegue a Dios no se realicen, ha dejado el señor Arce la Prefectura que ese mismo pueblo le encargara, habiendo recaído con este motivo ambas autoridades en el señor Pacheco, ratificamos la confianza que este señor nos inspira; y le pedimos lleve su abnegado patriotismo al extremo de encargarse de esa doble tarea, en previsión de los conflictos que acaso de otro modo pudieran pesar sobre el país, pues que, por sus no desmentidos actos, merece las simpatías de todas las clases, está encarnado por decirlo así, en el corazón del vecindario de Sucre, y es por ello, el hombre de la conciliación y de la paz entre los círculos políticos, sin que pudiera calificarse comprometido en ninguno de ellos.

«En las Repúblicas el voto del pueblo es la fuente legítima de la autoridad; de él emanó la Comandancia

Digitized by Google

General del señor Pacheco, reconocida y autorizada después por el Jefe Supremo del Estado, y le pedimos y esperamos que, obedeciendo al pueblo, se sirva conservarse a la cabeza del Departamento hasta que su alto deber de Representante lo llame a la Convención Nacional, en cuyo concepto supone el mismo Gobierno el caso de subrogarlo. Por nuestra parte concurriremos con entera decisión a sostener el orden establecido y el imperio de la ley. Sucre, a 29 de Abril de 1880.—*Basilio de Cuéllar.—Pantaleón Dalence.—José Manuel del Carpio.—Mariano Ramallo.—Saturnino Sanginés.—Manuel Ignacio Salvatierra.—Juan Fernández de Córdova.—Manuel Primo Oroza.—Jorge Delgadillo.—José María Calvo.—Daniel Calvo.—Manuel E. Reyes.—Mariano Navarro.—Tomás Villegas.—Luis Pablo Rosquellas.—Belisario Bocto.—Benjamín Fernández.—Pedro José Zilveti.*—Siguen más de quinientas firmas».

Para merecer esta clase de manifestaciones espontáneas dentro de una sociedad compuesta de elementos heterogéneos y aún contradictorios, necesitábase ciertamente haberse impuesto en ella por cualidades de buen gobierno, en verdad poco comunes.

De aquí a la Presidencia de la República me parece que no había sino muy pocos pasos.

Y, en efecto, creo yo que aquel período de la comandancia general de Pacheco en Chuquisaca, por mucho que fué demasiado breve, vino a ser el primer peldaño que pisaba para seguir después rectamente hasta la altura presidencial.

Cierto era que, ya antes de esto, habían sonado alguna vez voces tendenciosas a sus oídos acerca de este asunto, pero según colijo por los documentos en que he

Digitized by Google

tratado de rastrear la gestación del pensamiento de llegar a la presidencia en Pacheco, me figuro que tal pensamiento no tenía aún asidero en su cabeza.

En cambio, con la comandancia general debió ser otra cosa. Ese puesto reveló a Pacheco, sin lugar a duda, su enorme popularidad. Popularidad no sólo en las masas del pueblo sino en lo más encumbrado y representativo de la sociedad. Luego, eso mismo puso a Pacheco en roce directo con un medio enardecido tanto por los sucesos internacionales, como por la política casera, y le dió ocasión de empezar a familiarizarse con ese medio, de pulsar opiniones contradictorias y de columbrar los rumbos futuros que debía seguir el país.

Y, por otra parte, como supo tener suficiente tino y sagacidad para hacer de los más encontrados elementos del ambiente social un solo bloque patriótico, es natural deducir que en varios de esos elementos surgió neta y plástica la idea de que, puesto que Pacheco, además de ser un gran industrial y un filántropo a carta cabal, mostraba también en el puesto a que le había llevado espontáneamente la voluntad del pueblo, cualidades de gobernante emprendedor y diestro de una fracción del país, como Chuquisaca, bien podía serlo del resto de la República.

XXVI

Poco tiempo después (25 de Mayo de 1880), se reunía en La Paz la Convención Nacional convocada por el General Campero, notable Asamblea en la que figuraban los elementos más conspicuos del país que debían tratar sobre los graves asuntos relacionados con la situación internacional e interna.

Digitized by Google

Y en el seno de esa Asamblea, a los pocos días de su instalación (30 de Mayo) se recibió la noticia del desastre de la Alianza en el que había sido derrotado el General Campero, no obstante lo cual, la alta corporación consideró de justicia elegirlo Presidente Constitucional de la República y envió con tal motivo una comisión de su seno para ir al encuentro del ilustre vencido a comunicarle esta resolución en que le decía, entre otras cosas: «En cuanto a la persona de usted, la elección de Presidente de la República que ha recaído en ella después de conocido el desastre y el voto de confianza que acaba de reiterarle la Convención Nacional, son los testimonios más solemnes de que Bolivia reconoce que ha cumplido usted con su deber».

Pacheco asistió con el carácter de diputado por San Lorenzo a la Convención Nacional, y figuró en ella como Presidente de la Comisión de Hacienda, y en el largo período que duraron las sesiones de esa corporación debió ya empezar a pulsar las opiniones en la política interna y a familiarizarse con un terreno que hasta entonces únicamente lo había pisado de tránsito y aún con repugnancia, pero que ahora empezaba a arrastrarlo de una manera irresistible.

XXVII

A su vuelta de la Convención Nacional (fines de 1880), Pacheco se consagró de nuevo a sus intereses agrícolas y sobre todo mineros que, durante los últimos tiempos, no habían podido recibir su directo impulso. Arrastrado, en efecto, a otros órdenes de actividad, su atención habíase dispersado en múltiples sentidos, muy singularmente en el de la política interna,

Digitized by Google

Nucchu.—Capilla.

Digitized by Google

Digitized by Google

materia a la cual, si antes fuera refractario según he dicho, ahora se iba dejando llevar con más fuerza cada día.

Después de todo, la suerte le sonreía en uno y otro sentido, especialmente en las minas. Estas, después de los primeros tropiezos ocasionados por la guerra, habían entrado en un período floreciente. La Compañía de Huanchaca, en la que Pacheco tenía una gruesa parte, iba dando enormes rendimientos. La Compañía de Guadalupe se engrandecía. Adquirióse la hacienda de Salo y se trataba también de aquirir la no menos importante propiedad agrícola de Oploca. Todo lo cual representaba un desembolso de algunos cientos de miles de pesos. Es decir, ya desde entonces, (1881) surgió en la mente de Pacheco la genial idea de constituir una vasta empresa industrial que, a la vez de explotar las minas de esa región, también aprovechase para las minas los beneficios de la agricultura, brazos, combustible, etc., etc., y de la que, como dice el muy distinguido ingeniero don Augusto Marión, «el señor Pacheco puede ser considerado como fundador, como creador póstumo de la floreciente empresa llamada hoy Compañía Minera y Agrícola Oploca de Bolivia, que no es más que la continuación de la que fué Compañía Guadalupe fundada por él y que le pertenecía en su casi totalidad».

De manera, pues, que Pacheco, con los intereses de Guadalupe en que tenía la mayor parte y los de Huanchaca de que era uno de los principales accionistas, agregándose a esto las entradas de las muchas fincas de que era poseedor, llegó a ser por aquellos tiempos si no el hombre más rico en Bolivia, por lo menos uno de sus más poderosos capitalistas.

Digitized by Google

Y era, por otra parte, lo mejor, que con las ventajas que le daba esa fortuna, Pacheco iba comenzando rápidamente a explotar nuevas fuentes de riqueza, a ensanchar la esfera de sus negocios y a ser económicamente uno de los agentes de propulsión más fecundos para el engrandecimiento de su país.

Ya se sabe que Pacheco no era de esos ricachones que se guardan el dinero y se contentan con percibir las ganancias que da un capital depositado en los bancos, en concepto de intereses. No. Pacheco era de esos hombres emprendedores y resueltos que saben hacer mover el dinero para que produzca más dinero y que profesan la sabia máxima de un Ruskin, para quien la economía propiamente dicha no consiste precisamente en guardar bajo siete llaves tal o cual suma, sino más bien en gastarla... Pero en gastarla bien, con provecho, con inteligencia.

XXVIII

Y, por otra parte, tratándose de empleo de dinero, fácil es colegir, dado el temperamento de Pacheco, cómo debía usar también de una parte de su fortuna en servicio de otros fines nobilísimos como los del altruísmo, de la ayuda a los demás, empezando por el Estado y acabando en el último ciudadano.

Innumerables resultan, en efecto, sus actos de largueza en las más variadas esferas: ya fundando o colaborando activamente a establecimientos de beneficencia o individuos particulares; estimulando sociedades de propaganda intelectual; promoviendo la instrucción y educación popular en los más apartados rincones del país; contribuyendo o haciendo él solo copiosos desem-

Digitized by Google

bolsos en la construcción o reconstrucción de edificios públicos de utilidad u ornato: templos, colegios, mercados, pilas, puentes, caminos, etc., etc.; subviniendo a la publicación de buenos libros, folletos, revistas, diarios, etc., etc.

Pero, naturalmente, era en el terreno de la caridad donde, sobre todo, debía desarrollarse su acción dentro y fuera de Bolivia.

Y por cierto, que el mismo estado en que se hallaba entonces el país necesitaba cual nunca esa noble colaboración.

Ya he dicho cuál fué la actitud de Pacheco con motivo de los estragos que hicieron el hambre y la peste en aquellos años. Ahora, la guerra que se añadió a esos flagelos, dióle también ocasión de llenar los más bellos actos de patriotismo y caridad con tantísimos seres que, por motivo de ella, habían quedado en lamentables condiciones. Las pobres familias del proletariado que se veían en la orfandad con la desaparición de padres, esposos, hermanos, merecíanle los más oportunos socorros. Y luego, cuando después de la heroica y desastrosa campaña en las costas del Pacífico, volvieron al país los restos del ejército boliviano, y entre ellos un gran número de militares y soldados que se hallaban inválidos, enfermos, semi desnudos, tuvieron en Pacheco el más decidido y oportuno protector.

Por aquel mismo tiempo (1881), ocurrió en Sucre el motín del batallón *Colorados*, aquel famoso cuerpo que se hizo célebre desde Melgarejo y llegó a ser todo el sostén de Daza y el terror del enemigo en la guerra del Pacífico. Atrasados en el pago de sus salarios y engreídos al propio tiempo con sus prestigios, muchos de los veteranos de ese cuerpo alzáronse la noche del 26

Digitized by Google

de Mayo, aniversario de igual fecha en que tan brillante comportamiento tuvieron en la batalla del Campo de la Alianza, y trataron de tomar el parque encabezados por un viejo corneta que tocaba ataque. Afortunadamente, se pudo contenerlos por otra fuerza leal al Gobierno. En los primeros momentos fué muerto el corneta, y como los soldados no disponían de municiones, fueron dominados; y tiempo después, los promotores de esta sublevación eran fusilados, castigo verdaderamente lamentable, ya que se trataba de soldados semi bárbaros que, en la defensa de la patria, habían sabido darle renombre de valiente.

Pacheco fué también en esta ocasión pródigo para premiar liberalmente a los defensores del orden y aún a los mismos soldados del batallón sublevado que no habían querido tomar parte en la revuelta.

Pero, ¿a qué seguir haciendo el catálogo de las liberalidades de Pacheco en la esfera a que me refiero y en tantísimas otras?

Son tan numerosos sus actos en este orden que escapan ciertamente a una apreciación justa. Es decir, no sólo sus actos conocidos por el público y no sólo los que realizó en el país, sino también fuera de él, como aquellos que se refieren a la época de la misma guerra del Pacífico en el Perú (1); y asimismo aquellos otros lle-

(1) La pluma peruana de la señora Matto de Turner dice a este respecto lo siguiente:

"La deplorable situación en que quedaron en el Perú las familias, especialmente en Lima, durante los días de la ocupación y en general por consecuencia de la guerra asoladora, conmovió profundamente el alma de don Gregorio Pacheco, y contristó su magnánimo corazón el relato de tanto infortunio, que, antes que nadie, envió fondos para socorrerlas en lo posible, por conducto del Ministro argentino aquí residente; y mientras los ricos del Perú huían al extranjero con sus caudales, dejando su patria desolada y sus hermanos envueltos en la miseria, un respetable prelado distribuía, por ausencia del Ministro argentino, ingentes socorros que, en nombre de don Gregorio Pacheco, llevaron pan, salud y vida al seno del dolor".

Digitized by Google

vados a cabo en la Argentina con motivo del hambre que hizo estragos en los pueblos de Catamarca y la Rioja, en 1883.

No es, por cierto, mi ánimo, detenerme en este punto. Que a tratar de especificar detalladamente los actos de generosidad en forma de dádivas hechas por mi héroe, sería cosa de hacer cuadros copiosos que, después de todo, resultarían cansados.

Con todo, por tratarse de episodios ignorados, quiero citar siquiera uno, como una simple muestra, entre muchísimos otros, de la manera de ser de Pacheco, aprovechando de la coyuntura que me brinda una de las personas que de más cerca lo conocieron—el señor Poliandro Moscoso Rodas—distinguido escritor que ha tenido la gentileza de enviar desde Buenos Aires dos relatos anecdóticos para insertarlos en esta biografía:

UNA PAGINA PARA LA BIOGRAFIA
DEL SEÑOR GREGORIO PACHECO

«No conozco el origen ni la época de que databa la amistad que ligaba al señor Gregorio Pacheco con don Diego Felipe de Lira: sólo sé el afecto y deferencia con que el primero distinguía al segundo, cuyo recuerdo, por el encadenamiento de los sucesos, viene a mezclarse al que yo mantengo de aquel a cuya biografía va destinada esta página anecdótica, en la que juega un rol de preferencia.

.. ..

«Unos pocos años más, y el señor Diego Felipe de Lira habría celebrado sus "Bodas de oro" con el profesorado, ya que toda su juventud y parte de sus postreros años vió transcurrir dentro de los altos muros y bajo los amplios y largos corredores de aquel histórico colegio de Junín, consagrado con pasión, a la árida enseñanza de las matemáticas.

«Hacía, en efecto, 43 años que este modesto y benemérito ciudadano se hallaba dedicado a tan ingrata y ardua tarea, en la que, ajeno a toda ambición, esperaba continuar largo tiempo más, confiado en que la justicia y ecuanimidad de los hombres respetaría sus derechos tan honradamente adquiridos.

«Pero, las pasiones políticas que pasan por encima de toda consideración, arrollando prerrogativas y legitimidades; la emulación que no se

Digitized by Google

aduerme jamás; la maledicencia que no enmudece nunca, hicieron presa en el austero y venerable maestro; y un día, llenos los ojos de lágrimas mal comprimidas, y la frente tristemente inclinada, se le vió abandonar, sin protesta y sin humillación, aquel colegio de donde tan desapiadadamente lo arrojaban los mismos que, a la sazón, enseñoreados en el poder, habían escuchado en otro tiempo su palabra y sus consejos.

«Enfermo, decepcionado, doblegado por los años y la miseria, se vió obligado a dejar la capital para ir a soterrarse en una pequeña y pobre aldea de la frontera donde, a cambio de una exigua retribución, enseñaba a leer a los niños de la localidad. Al menos allí encontró lo que tan bárbaramente le arrebataron: un techo carcomido y un pedazo de pan.

«Una mañana, después de años que no lo veía, lo encontré en la botica del señor Wesley Beach. Fué en esa ocasión que, por su pobrísima indumentaria, comprendí lo angustioso de su situación, respecto a la que, en la conversación que sostuvimos, guardara él la más digna y discreta reserva.

«Aquella entrevista me produjo una sensación penosa; pues, habiendo sido discípulo suyo, mantenía por aquel hombre leal y honrado ese cariño que, nacido en la niñez, no alcanzan a extinguirlo la ausencia ni los años. La noche del mismo día, estando sentado a la mesa del que en esa época era Presidente de la República, el señor Pacheco, referí la escena ocurrida en la mañana con el señor Lira, las tristes condiciones a que se veía reducido, y las causas que la originaron. El señor Pacheco, intensamente impresionado con la relación, recordó con amargura que el señor Jaime Zamorano, otro de los apóstoles del profesorado, había sido igualmente separado de su cátedra de Derecho, también después de más de cuarenta años de labor y sacrificio.

«El señor Mariano Donato Muñoz, que ocupaba un asiento al lado del señor Pacheco, añadió entonces: "Yo había profesado siempre un verdadero culto por esas dos reliquias del magisterio, y comprendiendo que estaban bien donde estaban, respeté lo que consideré que era suyo".

«En efecto, durante los años que el señor Muñoz mantuvo el poder, jamás fueron inquietados ninguno de ellos, no obstante que, acaso, no hubieran coincidido en opiniones políticas. No siguieron su ejemplo, nó, los que sucedieron en el poder al cumplido caballero y gran estadista boliviano.

«Terminada la conversación de sobremesa, el señor Pacheco me dijo: "Ven a mi dormitorio". Una vez allí, tomando una libreta de cheques, y estampando su firma al pie de uno de ellos, sin consignar cifra alguna, como acostumbraba hacerlo siempre que regalaba dinero, para que el interesado lo llenara con la cantidad que quisiera, entregándomelo me dijo: Llévale esto a don Felipe. Pero ahora—le observé—le va a pasar lo contrario que en muchas otras ocasiones; que el señor Lira, pundonoroso y delicado como es, va a llenar el cheque con veinticinco pesos, cuando el ánimo de usted es protegerle con mucho más.

«Esa es una gran verdad me replicó, y llenándolo con la cantidad de

Digitized by Google

mil Bolivianos,—cóbralos tú,—añadió—y llevátelos en billetes, sin decirle quien se los manda: tú te arreglarás de manera que ignore la procedencia del regalo.

«Larga y laboriosa fué la tarea que realicé para dar con el domicilio de don Felipe. Por fin dí con él: habitaba éste en una casa de la calle "Tres Molles". Cuando penetré en su pequeña y desmantelada piecita, estaba sentado sobre su cama: tenía la cara oculta entre las manos, y se hallaba profundamente abstraído... ¡Quién sabe qué género de pensamientos bullían en esa mente debilitada y próxima al extravío!...

—«¡Tú aquí!—me dijo asombrado.

—«Sí, señor, vengo a visitarlo y a traerle esta encomienda que me han dado para usted.

—«¡Encomienda para mí!... es extraño—dijo rompiendo la cubierta que contenía el dinero.—Debes estar equivocado; no es para mí, y vas a llevártela.

—«Sí, señor, es para usted y ha de quedarse con ella.

—«Pero yo no puedo aceptarla sin saber de dónde procede, y menos en tal cantidad que jamás he visto en mi vida.

—«Perdone usted, pero ni me la llevo, ni le digo el nombre de quien se la manda. Adiós!—Y me dispuse a salir.

«El señor Lira me detuvo; se puso a dar unos pasos precipitados por la habitación, y como súbitamente asaltado por una idea, exclamó:

—«¡Ya sé de dónde viene esto!... No puede ser sino de... Ah! Don Goyo!... Don Goyo!...—y estalló en incontenibles sollozos.

«Cuando dí cuenta de mi cometido al señor Pacheco, y le describí la escena pasada en el pequeño cuartito de la calle de "Tres Molles", le añadí:—Dicen que el señor Lira está algo transtornado, y yo creo que, efectivamente, lo está, y mucho.

—«¡Pobre don Felipe! Razón de más para interesarse por él, ya que tanta simpatía y piedad me inspiran estos infelices.

«Efectivamente, era notoria la compasiva predilección que el señor Pacheco demostró siempre por esos desgraciados, particularmente por aquellos melancólicos e inofensivos, que apenas si alguna vez interrumpen con una sonrisa dolorosa su eterno mutismo y su tristeza.

«Así lo testimonia ese soberbio y magnífico edificio que se ostenta en la Plaza de San Juan de Dios, llamado "Manicomio Pacheco", destinado a albergar a esos hijos del infortunio, levantado por la mano bienhechora del filántropo cuyo nombre lleva.

«El que transite por allí y se detenga a contemplar aquella casa hospitalaria, y sepa que allí se cobija lo que la humana familia tiene de más compasible, no podrá menos, si tiene corazón, que consagrar un pensamiento cariñoso a la memoria del que lo fundó.

(Firmado).—*P. Moscoso Rodas*».

Digitized by Google

XXIX

En aquel mismo año de 1881 emprendió Pacheco la obra del Manicomio que lleva su nombre.

Recuérdese que ya antes, hacía unos veinte años, cuando acababa de transladarse de Tupiza a Sucre, había iniciado en el Hospital Santa Bárbara la instalación de una casa para alienados; mas, como eso resultara después insuficiente y como se hallaba él mejor de fortuna, propúsose realizar una obra de más aliento y de carácter definitivo.

Para esto, adquirió de la Municipalidad, junto al mismo Hospital, el terreno que se requería, e imponiendo la condición de que se le dejara obrar a él solo, según sus métodos, sin que aquélla pudiera inmiscuirse, ya que ello habría podido acarrear diversas contingencias, púsose inmediatamente en obra, llamando un buen arquitecto y proveyendo él a todo, no sólo con sus dineros, sino también con su asiduo trabajo personal.

Y así Pacheco supo cumplir debidamente uno de sus más caros y antiguos propósitos, y ofrecer un digno homenaje a la memoria de aquella desgraciada mujer loca, su abuela, doña Juana Madariaga, de quien hablé al comienzo de este libro.

El recuerdo de ella había sido para Pacheco una obsesión. Tal lo dicen estas palabras pronunciadas años después, cuando entregaba la obra del Manicomio concluída: «Desde mi niñez, por tristes recuerdos de familia, llamó mi atención la suerte desgraciada de los seres condenados al funesto accidente de la enagenación mental, y desde entonces, hice el firme propósito de con-

Digitized by Google

tribuir en cuanto estuviese de mi parte al alivio de esa clase infeliz y compasible».

Y ahora podía, pues, el filántropo, sentirse satisfecho. Pacheco hombre, Pacheco viejo, coronaba, digámoslo, el propósito bello de Pacheco niño.

Pero dejo este asunto de orden filantrópico para volver a la carrera industrial de mi biografiado.

XXX

Aquellos dos años (1881 y 1882) fueron para Pacheco siempre de gran labor e iniciativas en este orden.

Organizáronse grandes empresas mineras bajo su acción, como las de los Lipez, Gallofa, Esmoraca, etc.

Pacheco, en aquellos tiempos, sostenía correspondencia seguida con el General Eliodoro Camacho, y es de ver en sus cartas el entusiasmo con que le hablaba de todas estas combinaciones mineras, procurando que el famoso militar figurase también en ellas.

En 1882, regresó don Aniceto Arce de Europa, y siendo como era, de igual modo que Pacheco, un industrial de primera talla que hizo tantísimo en esta materia de trabajos mineros, aunáronse ambos junto con otros hombres emprendedores, para dar todo impulso a esos trabajos.

En ese año Arce y Pacheco realizaron una jira notable por el país. Notable en el punto de vista a que me refiero. Una jira industrial.

Con la idea de ver por sus propios ojos todos los múltiples intereses esparcidos en una zona enorme de territorio nacional y de promover la organización de otras nuevas, fueron de empresa en empresa, y aún de mina

Digitized by Google

en mina, viajando en poco tiempo cerca de quinientas leguas; es decir, fueron por Colquechaca, Sevaruyo, Carhuaicollo, Lipez, Portugalete, Guadalupe, etc., etc.

Pacheco, en ese tiempo, hablaba de la organización de una empresa minera que sería "la primera de Sud América", refiriéndose a la de Lipez. Acaso se exageraba, alucinado por las condiciones de esas minas. Pero la verdad es que, si él y Arce se hubieran propuesto, habrían podido realizar muy bien una obra gigantezca en el terreno industrial. Justamente en ese entonces se hallaban ambos en abonadas condiciones para eso. Ambos eran hombres enérgicos, valientes y experimentados durante un larguísimo período de tiempo (más de un cuarto de siglo) en tales cosas. Luego, tenían la base necesaria para hacerlo: el dinero; y, además del dinero, el crédito. Y, por último, hallábanse en "el momento psicológico" más apropiado respecto del medio ambiente social para tal propósito: en esos días la fiebre minera embargaba los ánimos. Todos en el país querían dedicarse a las minas, desde el capitalista, que no escatimaría sus tesoros, hasta el menestral que brindaba su trabajo. Podían, pues, Arce y Pacheco, organizar no sólo en Lipez sino en toda la inmensa área en que tenían esparcidos sus trabajos mineros y agrícolas, una gran Compañía que se habría alzado no sólo en Sud América, sino en todo el mundo, ya que siendo el país en general un país esencialmente mineralizado, se prestaba a maravilla para eso. Hoy mismo, basta dar una ojeada al mapa y ver la distribución de las compañías que fueron organizadas bajo el influjo de esos industriales, a saber: la Compañía Colquechaca, la Gallofa, la Huanchaca, la de Esmoraca, las de los Lipez, y, en fin la de Guadalupe, sin contar con un número enorme

Digitized by Google

Un sitio de Nucchu.

Digitized by Google

Digitized by Google

de trabajos parciales, para persuadirse que, aún territorialmente, estaban en camino de abarcar un gran bloque, el mayor, seguramente, del suelo boliviano, en materia de minas, y asimismo, con seguridad el más rico y espléndido en plata de cuantos tiene el país, aún incluyendo el histórico Potosí.

Mas, para oponerse a tal desiderátum, surgió una nueva entidad capaz de domar el empeño férreo de esos industriales corajudos, y de tragarse los capitales más ingentes: la política.

XXXI

Corría el año 1883. La elección presidencial se aproximaba y con tal motivo empezaban a agitarse los partidos políticos. Desde hacía varios años, habíanse señalado como figuras presidenciales a diversos personajes como don Jorge Oblitas, don Casimiro Corral, don Mariano Baptista y el General don Eliodoro Camacho, siendo estos dos últimos los que contaban con mayores simpatías. Pero, en el indicado año de 1883, las opiniones acabaron por precisarse, dando lugar al delineamiento claro de dos grupos antagónicos: el primero, que se llamó constitucional o conservador, encabezado por don Aniceto Arce, y el otro, llamado liberal, cuyo jefe fué el General Camacho. Las otras figuras, por lo tanto, en cuanto figuras presidenciales, se esfumaron en la liza electoral. Baptista quedó comprendido dentro del partido conservador, bien que un tiempo se había creído en su unión con el grupo liberal. Y, en cambio, entre estos dos grupos, constitucional y liberal, surgió un tercero con el nombre de partido de-

Digitized by Google

mócrata, que presentó como candidato a la presidencia a don Gregorio Pacheco.

Y hélo de esta suerte a Pacheco ascendiendo al puesto culminante de su carrera.

¿Culminante?

Claro que para el común de las gentes, llegar a ser Presidente es tocar el vértice de una carrera, llegar al supremo objetivo de todas las aspiraciones. Pero, por mí, debo declarar que no pienso de esa manera. El ser presidente, a mi juicio, es apenas un accidente que, si bien es verdaderamente honroso y culminante en la carrera de ciertos hombres, en otros es una desgracia y hasta una degradación. Hay ascensos que son más bien caídas. Se sube aparentemente en el concepto de la frivolidad y de la vanagloria, pero, en el fondo, en la verdad, se ha descendido. La verdadera culminación, antes que en llegar a ocupar los más *altos* puestos en la administración de un país, como por ejemplo en ocupar el solio presidencial, está en haber llegado por el camino de los buenos sentimientos y el proceso luminoso de las ideas, a un punto tal de serenidad y de armonía relativas que, aún ocupando un pobre rancho, se sienta uno satisfecho por esas ideas y sentimientos.

Y tratándose de Pacheco, creo yo que él ya había llegado a ese punto sin necesidad de ser presidente; y que más bien el hecho de serlo, le desvió de su verdadero camino y fué en él una real claudicación.

Por eso, entre las diversas etapas de la vida de mi biografiado, la que menos me gusta es ésta, que la llamo la etapa presidencial.

Y, a veces, hasta me disgusta del todo.

Yo creo que los prosélitos políticos de mi héroe, al

Digitized by Google

arrastralo al terreno candente en que hoy lo considero, le hicieron dar un paso en falso.

No era ese su medio. Su medio natural, su medio propio era más alto, más sereno, más honroso. He dicho ya que Pacheco había sido en general refractario a la política. Es decir, a la política tan en uso de esos y estos tiempos; una política ciega, llena de intransigencias, de ignorancias y de mezquindades; una política para holgazanes o ambiciosos vulgares; una política de intrigas, de convencionalismos, de simulaciones y de cobardías.

Pues, ahora, Pacheco, entró de repente a ese terreno.

Pero, advierto que adelanto consideraciones que serán de otro lugar, y vuelvo al punto en que dejé a mi héroe, o sea, al momento en que fué nombrado candidato a la presidencia de Bolivia por el partido demócrata.

XXXII

¿Y qué era el partido demócrata?

Desde luego, tratándose de los partidos liberal y conservador, ya se puede colegir por esos nombres cuales eran sus tendencias y principios, bien que esas tendencias y principios estuvieron a ratos en una abigarrada confusión que los hacía aún presentarse como grupos borrosos, sin orientaciones claras y contando entre sus huestes personalidades que tan pronto podían ser del uno como del otro de tales grupos.

Pues bien, el partido demócrata fué un grupo aún más borroso e indefinido que los otros: fué—tal lo creo yo, al menos—simplemente un grupo de ocasión. Un grupo efímero que se formó en torno de Pacheco para

Digitized by Google

hacerlo su candidato y que murió tan pronto como dejó su jefe de serlo.

Ese partido llamóse demócrata — nombre que parece extraño dentro de una nación democrática como Bolivia,—porque, decían sus corifeos y lo decía el mismo Pacheco, quería combatir contra las tendencias aristocráticas de muchos de los elementos que comulgaban en el partido conservador o constitucional. Decíase, asimismo, que informaba a ese partido el propósito de que entrase a la arena política la influencia industrial. Hasta entonces sólo habían dispuesto de los destinos de la nación militares y doctores. Ahora, había que poner al país bajo el mando de uno de los más notables representantes de la industria que, entonces como ahora, era la más importante en Bolivia: la industria minera.

Alucinante era este último argumento; pero, hay que preguntar: ¿era verdadero?

Por lo que a mí toca, creo que no era sino uno de tantos medios de propaganda más o menos falso, como lo son, en su mayor parte, los que se invocan en tales casos. Por lo menos, los hechos ulteriores no comprobaron su exactitud.

En fin, sea lo que fuere, el hecho es que Pacheco era el jefe de ese partido y su candidato para la presidencia. En vano se había resistido, según aparece de su correspondencia, a aceptar ese rol. Las insinuaciones que se le hicieron para reducirlo fueron tales y tantas que, por fin, Pacheco acabó por ceder. El oponía como argumentos su insuficiencia, su falta de hábito, y el mismo hecho de hallarse, como se hallaba, consagrado al manejo de sus intereses que le demandaban todo su tiempo y actividad. En una carta dirigida a don Maria-

Digitized by Google

no Donato Muñoz, (el famoso secretario general de Melgarejo), en aquel año de 1883 decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«No me había ocurrido jamás la idea de aspirar a la primera magistratura de nuestro país, pero sí a la gloria de ser uno de los principales promotores de su progreso, colocado como me encuentro, entre otros, en primera línea, a la cabeza de todas las grandes empresas mineras cuyos brillantes resultados pertenecen ya al dominio público. A esta labor he consagrado mi vida toda, con el más arduo, penoso y perseverante trabajo; los resultados han correspondido a mis esperanzas, y, francamente, satisfecha aún mi vanidad en este orden, creía descansar tranquilo con los laureles que me imaginé haber adquirido».

Pero no pudo descansar tranquilo en esa forma.

O, mejor dicho, no quiso.

Porque si él lo hubiese querido, claro es que no se hubiera dejado persuadir por los politiqueros que lo lanzaban a la lucha.

La verdad es que, en estas cosas, no deja de influir la ambición de los honores, la vanidad; y no hay por qué creer que en Pacheco hubiesen dejado de obrar estos impulsos tan naturales en la condición humana. Ser Presidente de Bolivia era, indudablemente, algo muy tentador; y aunque Pacheco tuviese ya sus sesenta años, edad de la serenidad y aún de la indiferencia para tales honores, al fin y al cabo, era un hombre de ningún modo insensible a ellos. Luego era también seguro que influyó en él para prestarse a ser candidato, la consideración de que al hacerlo, llenaba una bella misión cívica.

Formar de una fracción del pueblo boliviano un po-

Digitized by Google

deroso bloque de voluntad y pensamientos para llevar la República por una vía de paz y de orden, debió ser para él un propósito grandioso. Claro que las dificultades no se le ocultaban, pero él ya había mostrado en otros campos cómo era su contextura de luchador. No le arredraba, pues, "el sacrificio". Y subrayo esta palabra *"sacrificio"* porque ella está reiteradamente consignada en sus escritos de ese tiempo.

XXXIII

Bien, pues: la lucha eleccionaria fué vehemente y enconada.

Pacheco vióse al frente, como adversario político, de sus dos grandes amigos don Aniceto Arce y don Eliodoro Camacho.

Con Arce, sobre todo, la lid partidista llegó hasta extremos odiosos. Los corifeos de uno y otro bando no se pararon ni ante el insulto. Se oyó en las calles y se leyó diariamente en la prensa esa jerga grosera tejida por la perversión moral, la burla malévola, la calumnia infame que siempre salen a mostrarse en estos casos.

Y el mismo Pacheco, ¡cuántas veces se dejó arrastrar en este agetreo impropio! ¡Triste flaqueza que nos hace ver cómo era inconveniente para él, el haber entrado en este campo! Pacheco era ahora enemigo de los *rojos*. Y, sin embargo, desde aquella vez que él mismo tomó parte en política contra Belzu (1855) y a favor de Linares, había estado inscrito en ese grupo.

En cambio, con el grupo liberal no llegaron a tanto las pasiones políticas. Pacheco continuó sosteniendo con el General Camacho su antigua y amigable corres-

Digitized by Google

pondencia, y aún uno y otro procuraban, de común acuerdo, atemperar el lenguaje de los órganos periodísticos liberales y demócratas respecto de sus personas. En 1880, Pacheco, en una carta dirigida a don Francisco Arraya había dicho esto: «El candidato más prestigioso para Presidente es nuestro amigo Eliodoro Camacho, y nadie puede contar con mayores prestigios y recursos», etc. Y, sin embargo, él mismo, Pacheco, hacía frente al benemérito General.

Pero, repito, los dos candidatos, durante la lucha electoral continuaron entendiéndose muy cordialmente y, a seguir con atención los documentos de ese tiempo, uno cree que, tratándose de transacciones políticas, la que debería venir no sólo por aproximación de ideales sino hasta por simpatías personales, era la unión de Camacho y Pacheco; vale decir de los partidos liberal y demócrata.

Por lo demás, la popularidad de Pacheco era seguramente mayor que la de sus contrincantes.

¡La popularidad!... Fijémonos bien en esta palabra. Pacheco era el ídolo de las muchedumbres. Su carácter jovial, no sólo en esta ocasión de su candidatura, sino siempre, según lo hemos visto antes; sus incontables actos de filantropía, también realizados desde mucho antes que pensara figurar en estos tragines políticos y, en fin, su largueza mayor desde que se hizo capitalista, habíanle conquistado la adhesión del pueblo en una forma tal que el mismo General Camacho, con todo de estar circundado de la aureola del heroísmo que había llevado su nombre a todos los rincones del país, quedaba relegado a segundo término.

¿Y cómo aminorar tal popularidad?

Tratándose de dinero, claro es que Arce, tan grande

Digitized by Google

capitalista o mayor aún que Pacheco, podía luchar con él sin miedo. Y así fué. El dinero corrió abundantemente. Arce había dicho: "hay que oponer el cheque al cheque", lo que significaba que sería tan pródigo como su rival en regalar a las multitudes con ese artículo que es el supremo motor de ellas en todo el mundo. Pero eso no bastaba. Arce era un temperamento frío y aún duro ante esas multitudes. No tenía las condiciones de caudillo que las tenía Pacheco en altísimo grado; y, por consiguiente, quedó también, como popularidad, relegado a segundo término.

Y de esta manera, el antiguo vagabundo, el "pobre diablo", como se decía él mismo, que un tiempo no tenía qué comer ni con qué vestirse; que no conoció las aulas siquiera en su niñez y su juventud, y que era enteramente nuevo en materias de administración, hoy, sin embargo, supo tener en jaque, y con ventaja, a un notable General que había ilustrado su nombre en guerras y puestos públicos, y a un doctor insigne y gran industrial, que desde antaño había figurado en la política y la administración y había sido Ministro de Estado y Diplomático y Rector de Universidades y que, a la sazón, era también Vice-presidente de la República.

Y ni siquiera cabe aquí la consideración de que Pacheco, por ser Presidente de la Nación el General Campero, su primo hermano, contase con el favor oficial, ese favor que tanto en Bolivia como en otros países suele fabricar Presidentes. Nó. La austeridad del viejo mandatario jamás se habría prestado a tal cosa. Y más bien, Pacheco en este respecto venía a estar en situación desfavorable. Hacía mucho tiempo que él y Campero estaban distanciados por motivos de intereses, y más aún, Campero tenía simpatías por la candidatu-

Digitized by Google

ra de Camacho, y bien que se guardase mucho de incurrir en acto alguno personal en favor de éste, su Ministro de Gobierno don Antonio Quijarro no tenía iguales miramientos. Tal lo manifestaba el mismo Pacheco cuando decía en uno de los documentos que consulto: «El General Campero se coloca en la altura que le corresponde guardando perfecta neutralidad; pero no así su Ministro Quijarro, que da órdenes y recomendaciones a todos los empleados civiles y militares de su círculo, para que hagan oposición a mi candidatura».

En una Palabra, Pacheco estaba abandonado a su propio esfuerzo, y, en este sentido, hay que reconocer que hizo mucha gracia al afrontarse con éxito a sus dos antagonistas, veteranos ambos en las luchas políticas.

Y no se haga gran retintín sobre aquello de la corrupción de las conciencias por el dinero, que tanto se ha censurado a Pacheco.

¿Es que el cohecho nunca existió antes de él en Bolivia? ¿Y es que el cohecho sólo consistió en atraerse votos pagando algunos pesos por ellos? ¿No es también cohecho ganarse a las multitudes, haciendo uso, v. g., del azote o del sable para atraerlos a tal o cuál causa?

Quizá el diccionario no lo dice así; pero lo dice la política.

Además que, en las luchas electorales, no hay siempre que contar con eso que se llama "la conciencia" en las muchedumbres. Ellas, en general, son inconscientes y querer hacerlas comprender la bondad de tal o cuál doctrina, de éste o aquél ideal, es trabajo inútil. Por eso, los procedimientos más prácticos para operar con éxito en ellas son el látigo y el dinero.

Claro es que, si pudiera elevarse el nivel cultural de

Digitized by Google

las multitudes, sería otra cosa. Pero, convengamos que en Bolivia, y aún en otros países más adelantados, eso es todavía una ilusión.

XXXIV

«Patria libre y feliz para todos, fusión de los partidos para que concurran a continuar la guerra en caso preciso, o a firmar una paz honrosa; trabajo, orden, moralidad para buscar el progreso por todos los rumbos posibles; instrucción y educación para el pueblo, cuya suerte debía ser el constante objetivo de los esfuerzos de un sistema esencialmente democrático»; tal era, en lo esencial, el programa político de Pacheco.

En aquel año de 1883 trasladóse él de Sucre a La Paz. Con él fué también su familia, la cual debía continuar viaje a Europa. Pacheco había considerado necesario ese viaje, tanto para completar la educación de sus hijos, como por el mismo propósito de alejar a su familia de aquel ambiente nuevo de agitación y emociones en que se había colocado con su candidatura. Su esposa, mujer de costumbres sencillas y austeras y enteramente consagrada al hogar, no estaba, ciertamente, satisfecha con el campo equívoco de la política, en que, tan a su sabor suelen estar otras señoras. Y, por lo demás, díceseme que don Gregorio, al enviar a sus hijos a Europa, quería también que, para le caso de que llegase él a ser Presidente, estuvieran ellos libres de los halagos palaciegos y del ambiente de adulación que, en casos de esta clase, llegan a ejercer perniciosa influencia en los niños, desarrollando en ellos el orgullo y la vanidad.

Y fué con motivo de este viaje de su familia a Euro-

Digitized by Google

pa, que Pacheco, a tiempo de despedirse de ella en el lago Titicaca, tuvo, por curiosa coincidencia, una nueva ocasión de realizar uno de aquellos actos de bravura que, según ya lo he dicho varias veces, son los que, a mi juicio, hacen más digna y elevada su figura.

Fué éste el salvamento que efectuó Pacheco de dos de sus compañeros de viaje que, por la temeridad de haberse embarcado en un bote para pasear en el lago y tomar el vapor, se desviaron por contrarias rachas de viento y fueron sorprendidos por una noche borrascosa, hallándose pronto en situación de morir de un modo desastroso.

Y aquí dejo hablar otra vez al señor Poliandro Moscoso Rodas, que fué uno de los actores de este incidente:

* * *

«Página de una biografía:

«Todavía mantengo fresco y latente el recuerdo de un episodio que tuvo lugar hace muchos años, en el que fué protagonista un hombre que, por sus virtudes jamás discutidas, entre las que, la generosidad y el desprendimiento, rayana en prodigalidad, era acaso la predominante, alcanzó el mayor nivel de la popularidad y del absoluto dominio de las voluntades.

«Era este el señor Gregorio Pacheco.

«En las elecciones presidenciales de 1884, figuraba este eminente ciudadano como candidato a la primera magistratura, sostenido por el poderoso partido "Demócrata"; y con el propósito de sustraer a su familia de

Digitized by Google

las contingencias de la política y de las violentas emociones que emergen de ella, decidió enviarla a Europa.

«Llegada la fecha de la partida, la primera etapa del viaje fué Chililaya, hasta donde fueron a despedirlos numerosos amigos de La Paz. Allí debíamos embarcarnos en el vapor *Yavari,* que nos conduciría hasta Copacabana donde el señor Pacheco, creyente fervoroso, quería despedirse de su familia, bajo las bóvedas de aquel venerando santuario.

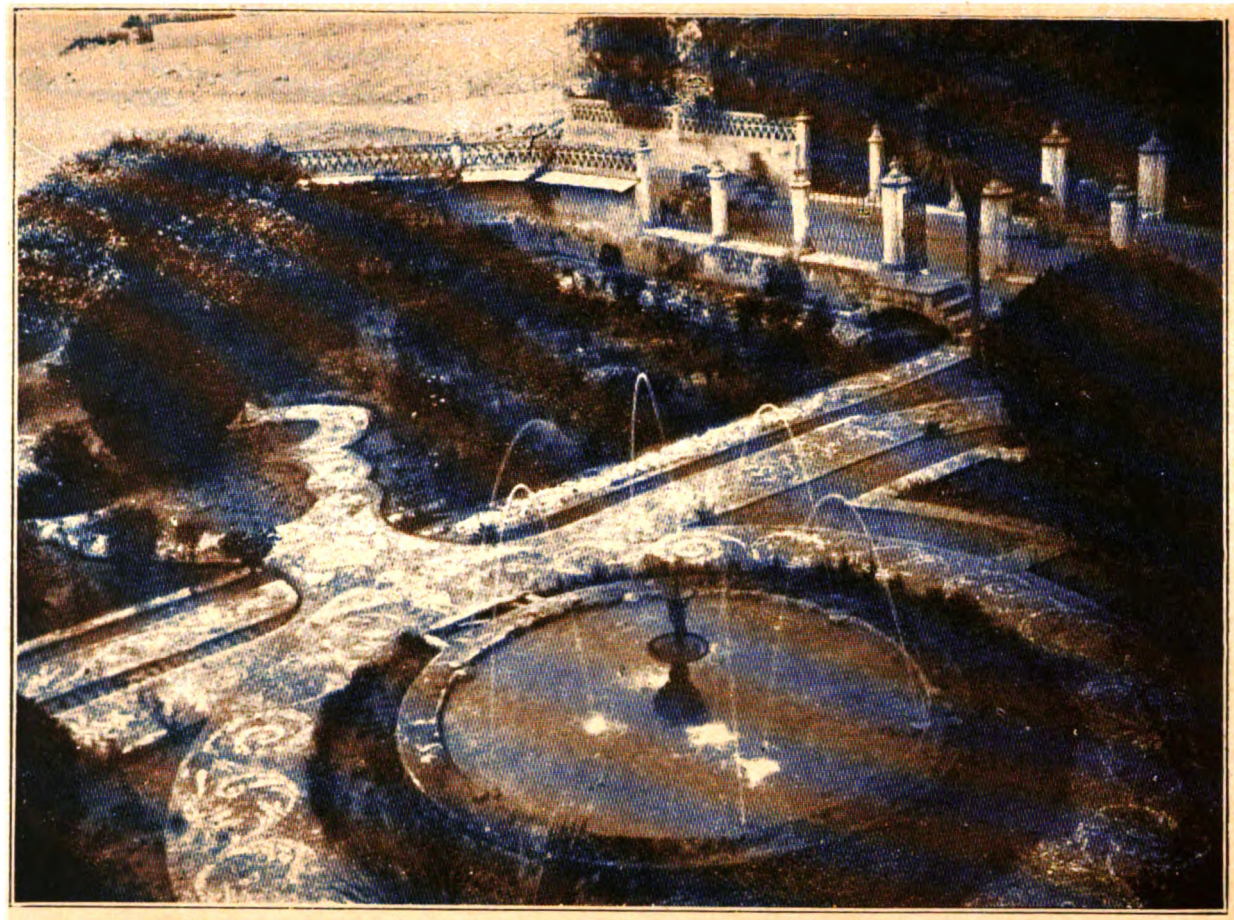
«Figurábamos entre los viajeros, el señor Benavides, adjunto a la Legación del Perú, que iba a Lima, y yo, a quien el señor Pacheco tuvo la deferencia de elegirme entre mis demás colegas de oficina, para acompañarlo en su gira.

«Seducidos por la aparente tranquilidad de la tarde y de las aguas y, más que todo, por la novedad de realizar una excursión por el lago, el señor Benavides y yo nos embarcamos en un pequeño bote que encontramos varado en la playa, y confiando imprudentemente en nuestras fuerzas, nos alejábamos de la orilla, con el propósito de adelantarnos en llegar al vapor antes que los demás pasajeros, pero después de dar un largo paseo.

«Apenas habíamos avanzado algunas cuadras al impulso de los remos, cuando súbitamente una violenta ráfaga de viento empezó a agitar a las aguas, levantando gruesas oleadas que nos impelían en dirección opuesta del *Yavari.*

«La noche, entre tanto, había cerrado ya, y la borrasca que por momentos arreciaba en intensidad, hacía inútiles nuestros esfuerzos, ya no para dirigir nuestra embarcación, sino para mantenerla a flote. Aunque extenuados por la fatiga y dominados por la impresión moral, continuábamos remando con la desesperación de

Digitized by Google



Nucchu.—Jardin.

Digitized by Google

Digitized by Google

verdaderos náufragos, hasta que una ola, más impetuosa todavía, nos arrebató los remos, condenándonos a la más absoluta impotencia.

«Fué entonces que, viéndonos sin defensa alguna para luchar contra las corrientes, emprendimos la tarea de achicar con nuestros sombreros, el agua que inundaba nuestra pequeña embarcación, disparando al mismo tiempo nuestros revólveres, y lanzando gritos en demanda de socorro, que a la verdad no lo esperábamos, pues ya no alcanzábamos a divisar la costa, ni la negra mole del vapor.

«Nuestra situación era verdaderamente angustiosa; y cuando ya empezábamos a renunciar a toda esperanza, oimos confusamente a la distancia un estampido de arma de fuego, después otro y otro; más, luego alcanzamos a divisar entre la densa bruma del lago, el débil reverbero de una luz, que por momentos desaparecía detrás de las olas.

«Nuestra ansiedad era indescriptible.

«A poco vimos destacarse en la obscuridad de la noche, un bulto informe, algo como una embarcación que se dirigía hacia nosotros. En efecto: era un bote del *Yavari* tripulado por cuatro intrépidos y vigorosos remeros indios, entre los que, a la luz de los relámpagos, pudimos distinguir la silueta de un hombre de elevada estatura, que, de pie en la popa, sostenía en la mano una linterna. Era éste el señor Gregorio Pacheco, que en un noble impulso de abnegación, no vaciló en lanzarse, sin preocuparse de los peligros que afrontaba.

«Atracada su embarcación a la nuestra, ya próxima a zozobrar, sus primeras palabras fueron:

—«¿Están ahí los dos?

—«Sí, señor—contestamos.

Digitized by Google

—«¡Bendito sea Dios!.. exclamó añadiendo en seguida.—Muchachos imprudentes, ¿qué han hecho ustedes?..

«Inmediatamente nos transbordamos a la lancha salvadora, y al cabo de una hora, llegábamos al vapor, donde la familia del señor Pacheco era presa de la ansiedad consiguiente.

«¿Qué había pasado allí?.. Que el señor Pacheco, notando nuestra ausencia y alarmado por nuestra tardanza en llegar a bordo, pidió al capitán un bote con cuatro esforzados remeros, con los que se embarcó; y sin más rumbo que la corriente, se precipitó en busca nuestra.

«Esta acción sola y aislada, bastaría para mostrar la nobleza de sentimientos que se albergaban en aquel corazón que no sabía más que amar, ni tenía más preocupación que hacer el bien.

«Entrego enternecido, la relación de este episodio, como un homenaje de gratitud a la venerada memoria de aquel hombre que me colmó de honores, beneficios y afectos, y de quien, en el seno de la intimidad, merecí que me llamara "hijo".

Poliandro Moscoso».

Buenos Aires, 20 Febrero 1918.

* * *

Pero, volvamos a la cuestión política, a la cuestión electoral.

He dicho ya, a qué grado había llegado la popularidad de mi héroe; y claro es que aún las mismas proezas que realizaba en el orden puramente filantrópico como la relatada anteriormente, no podían sino aumentarla.

Digitized by Google

En verdad no sólo con el dinero, sino con esa misma aureola de abnegado y valiente que tanto impresiona a las masas, como a los más altos corazones, él iba derechamente al triunfo.

Pero, en esto, el asunto internacional tomó un sesgo que interrumpió momentáneamente los ardores de la lucha eleccionaria.

El Perú acababa de ser aplastado por el ejército chileno, y después de la caída de Arequipa, se creyó en Bolivia inminente el paso de aquél a la frontera por el lado del Desaguadero. La Paz, en consecuencia, era la primera ciudad amenazada.

Con tal motivo produjose en esta población un movimiento intenso de defensa.

Ya sabemos que Pecheco estaba allí ocupado en sus asuntos electorales y estaban también los demás candidatos. Funcionaba igualmente allí mismo el Congreso Nacional.

Ahora bien, ante el temor de que el enemigo extranjero tocase a las puertas del país, Pacheco fué de los primeros en ofrecer su contingente personal y su fortuna en defensa de Bolivia; y lo hizo en tal forma que esa también vino a construir otra plataforma para acrecentar su popularidad.

He aquí lo que dice a este propósito una de sus biografías:

«El señor don Gregorio Pacheco, a quien rodeaban numerosos clubs electorales, los convirtió en otros tantos centros de defensa. Una noche memorable del mes de Octubre del año 83 recorrió personalmente más de sesenta de esos Clubs, comunicando a sus concurrentes el ardoroso entusiasmo de que se hallaba poseído para repeler la invasión, si ella osaba profanar el suelo sa-

Digitized by Google

grado de la patria. Faltaban recursos pecuniarios para sostener y aumentar el ejército, armar la guardia nacional y poner cualquier instrumento de defensa en manos de los ancianos, las mujeres y los niños. Pacheco puso a disposición de la autoridad toda su fortuna, entregando desde luego la suma de cincuenta mil bolivianos para los gastos más urgentes de la guerra. Prometió además equipar y sostener una división de dos mil hombres, viéndose rodeado en un momento de más de novecientos voluntarios listos para formar esta falanje.

«Tan remarcable conducta mereció la resolución de 30 de Octubre de aquel año, que dice así:

«El Senado Nacional, declara: El filántropo y eminente patriota Gregorio Pacheco, merece bien de la patria. Se le acuerda un voto de honor y gratitud, por su valioso donativo y abnegada actitud para la defensa nacional. Una comisión del Senado pondrá en sus manos esta resolución. Sala de sesiones del Senado Nacional.—La Paz, Octubre 27 de 1883.—*Aniceto Arce. Juan Francisco Velarde,* Secretario.—Casa de Gobierno, La Paz a 30 de Octubre de 1883. Cúmplase con arreglo a la Constitución.—*Narciso Campero, A. Quijarro.*»

La Cámara de Diputados por su parte, le dirigió también el oficio siguiente:

«Secretaría de la Cámara de Diputados, La Paz, a 27 de Octubre de 1883.—Al señor Gregorio Pacheco. —Señor: Nos es grato poner en conocimiento de Ud., que la Honorable Cámara de Diputados, en su sesión del día de hoy, ha aprobado la moción siguiente: "La Cámara de Diputados, aplaudiendo el generoso ofrecimiento verificado por el ciudadano Gregorio Pacheco, que consta del impreso titulado "Al Gobierno y a mis

Digitized by Google

conciudadanos", declara que aquél merece bien de la patria, y pasa a la orden del día". Aprovechamos de esta ocasión para ofrecer a Ud. el homenaje de nuestra particular deferencia. De Ud. atentos servidores.—*Dámaso Sánchez, Manuel Aguirre.*

XXXV

Empero, después de la entrega de su primera cuota para los gastos de guerra, ya no hubo lugar de que Pacheco diese el medio millón de pesos que había ofrecido y aún toda su fortuna, puesto que el partido guerrero de Bolivia había quedado vencido en sus tendencias, y después del famoso discurso de don Mariano Baptista en favor de la paz, en el Congreso de 1883 (10 de Octubre), se abrieron negociaciones con Chile, que debían rematar en el pacto de tregua del año siguiente (5 de Abril de 1884).

Siguió pues, la lucha electoral entre los partidos liberal, constitucional y demócrata, y en Mayo de 1884 se abrieron los comicios y el resultado del sufragio fué éste:

Pacheco.	11,760	votos
Arce	10,268	"
Camacho.	8,202	"

Como se ve, Pacheco había obtenido la mayoría al frente de sus antagonistas, pero no la suficiente para ser proclamado Presidente de la República. Y en tal situación, por disposición de la Constitución Política del país, debía dejarse al Congreso Nacional la elección de presidente.

Digitized by Google

Y en el Congreso, Pacheco tenía la minoría. Allí pasaba el caso curioso de que era el partido liberal quien tenía el mayor número de partidarios, estando el constitucional en segundo término, y el demócrata en último.

Todo lo cual constituía un gran inconveniente en la política casera y dió motivo para que se suscitasen luchas apasionadas en el parlamento, singularmente al tratarse de la calificación de poderes. Era aquello un verdadero conflicto. ¿Qué sucedería, si, por ejemplo, Camacho que había sido derrotado en las urnas electorales, fuese, no obstante, electo Presidente de la Nación por las Cámaras?

Pero bien, en tal situación, uno de los candidatos tuvo un gesto inesperado que solucionó la crisis.

«Cuando nadie podía preveer las consecuencias de aquella lucha, dice don Luis Paz en su obra, *El Gran Tribuno,* Arce renuncia su candidatura; la retira de la candente fragua e insinúa a sus adherentes la conveniencia de apoyar a Pacheco.

«Se llenaron de asombro los intransigentes partidos, quedaron salvadas las instituciones de un seguro naufragio, y se elevó la figura de Arce a una altura inmensa.

«Toda aspiración subversiva quedó totalmente cortada ante la patriótica actitud de Arce y el Congreso proclamó Presidente a don Gregorio Pacheco, primer Vice-Presidente a don Mariano Baptista y segundo a don Jorge Oblitas.»

Hay que advertir que en la candidatura del partido constitucional también había figurado para la primera Vice-Presidencia don Mariano Baptista.

Fué pues, un convenio, una transacción propuesta por Arce a Pacheco para que, una vez que aquél re-

Digitized by Google

nunciaba a su candidatura, figurase por lo menos, en el futuro Gobierno como Vice-presidente el indicado personaje, miembro del partido Constitucional.

Y Pacheco aceptó ese acomodo.

Y de esta manera quedaron unidos los dos partidos, Demócrata y Constitucional, cuando poco antes todo hacía creer, en que más bien, se podían ligar liberales y demócratas, según lo he manifestado anteriormente. —¡Cosas de la política!—Pacheco decía a Camacho en una carta escrita en esos días:

«Nuestros amigos senadores y diputados y sus gerentes no han podido entenderse. Las desconfianzas y quejas de uno y otro partido respectivamente no han podido dar lugar a un avenimiento, que a Ud. personalmente le hubiera sido muy fácil hacerlo.

«Intertanto, tenían los constitucionales formuladas proposiciones de transacción con los demócratas, que en los últimos momentos acabaron por basarse en la renuncia de la candidatura presidencial del señor Arce, primera Vice-presidencia señor Baptista y segunda señor Oblitas, que han sido plenamente aceptadas por ambos partidos.

«Resulta pues en limpio, que aunque por distintos caminos, hemos llegado al fin que nos proponíamos, salvando la situación, y con ella, la patria. En la actualidad nos encontramos frente a frente con Ud. sin temor a riesgo alguno; ambos respetuosos a la ley y empeñados en afianzar nuestras instituciones patrias. Si fuera Ud. el proclamado por el Congreso para regir los destinos de la República me tendría Ud. de su lado, y si soy yo, a Ud. le consta que siempre he contado con Ud.

«Por Dios, amigo mío: hagamos de una vez patria,

Digitized by Google

borrando para siempre, si es posible, los odiosos colores políticos de partidarismo, de bastardas aspiraciones, que han sido la ruina de la República en más de medio siglo de su existencia.»

¿Qué diría Camacho ante esta carta que dentro de una forma amable encierra una profunda ironía?

Y de esta suerte Pacheco fué proclamado Presidente de Bolivia por 47 votos contra 29 que fueron por Camacho.

Esto pasaba el 1° de Septiembre (1884), y el 3 del mismo mes, Pacheco tomaba posesión del alto cargo para el que lo nombrara la Representación Nacional.

Aquel día, momentos antes de la investidura de Pacheco, el Presidente cesante, General Campero, había depositado las insignias del poder en manos del Presidente del Congreso.

Y he aquí, como, por una extraordinaria coincidencia, se sucedían en el sillón presidencial dos personajes a quienes hemos visto juntos desde los primeros episodios narrados en este libro.

¡Campero y Pacheco!

Henos, después de luengos años, volviendo a encontrar con estos dos seres que tanto se amaron, que hicieron un tiempo, comunidad de intereses y afectos, que viajaron unidos a Europa, que habían jurado no separarse jamás.

Lo que es yo, al llegar a este punto de mi libro, tengo fijo en mi memoria aquel cuadro sencillo del pueblo de Suipacha de que hablé en los primeros capítulos. Allí veo un chicuelo, de unos once años, rubio, de ojos azules, vestido miserablemente, pero de cara alegre, colgado al brazo de un mocetón moreno, de ojos negros, que le habla con gran entusiasmo. Son dos hermanos. Son

Digitized by Google

dos seres que se quieren entrañablemente pero que no viven juntos y ahora se han encontrado por pocas horas y aprovechando de ellas se entregan a pláticas afectuosas e interminables. Son Campero y Pacheco.

¿Y ahora?

Han pasado cincuenta años.

Campero pasa de los setenta y Pacheco es sexagenario.

Son ya viejos.

Y aquél acaba de ser Presidente de su país, y el otro va a serlo.

Los dos han llegado por muy distintos caminos a ese puesto tan ambicionado por los más de los hombres, a ese puesto que ocuparon Bolívar y Sucre.

Campero, el hermano mayor, ascendió allí el primero, y le sigue Pacheco, el hermano menor.

Dijérase que aquél deja su puesto cariñosamente a éste.

Los dos se han encontrado en el vértice del poder.

Y al verlos así, se creería que, así como hace medio siglo paseaban del brazo en el pueblecito de Suipacha, hoy también han de ir del brazo por las calles de Sucre.

Pero ¡ah!...

Tal cosa hermosa no podía ser.

Un abismo de enconos y de animosidades separaba ahora a estos dos hombres que llevaban en sus arterias la misma sangre.

Los que en su niñez y en su adolescencia se amaron con toda la pureza e intensidad de dos corazones nobles y buenos, hoy, en la ancianidad, cuando las pasiones se aquietan, estaban no obstante, separados por ruines intereses, por motivos más o menos miserables.

Lastimoso contraste, fenómeno inexplicable, mácula

Digitized by Google

que resulta tanto más resaltante, cuanto que ha surgido sobre dos cabezas canas y en la albura de dos corazones grandes.

Pero, no quiero detenerme en este punto. No es mi propósito husmear en las pasiones mezquinas, en las claudicaciones lamentables. Paso. (1)

XXXVI

Y ahora bien, una vez Pacheco hecho presidente de la nación, ¿será mi propósito ocuparme minuciosamente de sus actos públicos durante los cuatro años de su administración?

Nó.

Ya he dicho que, (esto como juicio personal), la menos interesante en toda la carrera de mi biografiado es esta etapa de su presidencia.

Por mí, francamente, habría preferido que Pacheco nunca fuese presidente.

Y esto no porque yo crea que Pacheco haya sido un mal presidente.

Al contrario: pienso que en varios respectos ha sido uno de los mejores presidentes que ha tenido Bolivia.

(1) Campero, durante la administración presidencial de Pacheco, entabló contra él una demanda ante los tribunales de justicia exigiéndole la mitad de la propiedad y frutos de la Compañía Guadalupe por razón de que el año 1858, según dije en otra parte de este libro, contribuyó con Bs. 4,000 en la Sociedad organizada por Pacheco y Ramírez, primero tomando en arrendamiento los intereses indicados de Guadalupe, y después comprándolos a Reza. Pacheco negó ese derecho a Campero y adujo que esos Bs. 4,000 habían sido superabundamente reembolsados por éste en diversas formas. El pleito, dados los personajes y la cuantía de los intereses demandados, tuvo gran resonancia y dió lugar a que, aún fuera de los tribunales de justicia, se le tratase por el gran público en formas no siempre comedidas para los contendientes, sobre todo para Campero. Y lo peor fué que el mismo Pacheco y Campero se dejaron arrastrar por el encono recíproco que nació de esta cuestión para decirse ya directamente o por medio de sus abogados o prosélitos, cosas injuriosas y ciertamente impropias de la nobleza comprobada de cada uno. Los primeros fallos de los tribunales en esta cuestión fueron favorables a Pacheco.

Digitized by Google

Nucchu.—Parte del parque.

Digitized by Google

Digitized by Google

—¿De los mejores?—me dirán sonriendo socarronamente muchos de los que se figuran que porque nunca fué un "estadista" ni tuvo una larga carrera en los puestos públicos, ni estaba, en fin, "preparado" para gobernar el país, fué un simple figurón que sólo hizo un gobierno "anodino", "estacionario", "estéril".

Sí, de los mejores, he de responderles yo, de los mejores.. ¿Cuántos estadistas y sabios y hombres expertos en los negocios públicos una vez llegados a la presidencia no hicieron sino sumir al país en el desorden, en la confusión y en las luchas intestinas?

En cambio, este mismo minero que no había sabido más que administrar sus minas, que de niño ni joven pisó aula alguna, que no tenía sino la instrucción que el mismo supo darse entre gentes campesinas, y que, en suma, era realmente un hombre improvisado en la política, supo siquiera realizar eso que, para otros sapientísimos mandatarios, fué un problema irresoluble: hacer la paz dentro de la casa; una casa siempre revuelta hasta entonces.

Pero, después de todo, hagamos por lo menos un breve esbozo del período presidencial de Pecheco, procurando siempre fijarnos en su acción personal.

* * *

Pacheco desde los primeros momentos de su administración trató de hacer una política de fusión, de tolerancia, de llamamiento a todos los buenos elementos del país para su participación en la reconstrucción nacional, después del estado desastroso en que le habían dejado las luchas intestinas y la guerra internacional.

Digitized by Google

En la repartición de empleos públicos no incurrió en preferencias odiosas, o por lo menos, fué esto una excepción en él.

Su mayor anhelo era fijarse más que en la filiación política, en la competencia y en la moralidad de las personas para las funciones públicas.

Bien es verdad que ni aún así podía dar gusto a todo el mundo, y debió recibir recriminaciones de algunos, singularmente de los del partido liberal, pero la verdad es también que tuvo suficiente tacto para evitar los desbordes de los pocos descontentos, y en total de cuentas, llegó al resultado sorprendente—único en los fastos de las administraciones presidenciales de Bolivia—de que, durante los cuatro años de la suya no se hubiese producido ni una revolución, ni un pronunciamiento de cuartel, ningún derramamiento de sangre, ni siquiera algún destierro..

Y digo que este resultado se debió ante todo al tacto de Pecheco, y corroboro este aserto, señalando el hecho significativo de que, apenas él dejó la presidencia, en 1888, se produjo la revuelta sangrienta del 8 de Septiembre de ese año contra su sucesor don Aniceto Arce, y durante la presidencia del mismo continuaron los motines en una y otra dirección, hasta en el lejano Santa Cruz.

Respecto a las finanzas del país, quiero copiar lo siguiente que creo ajustado a la verdad.

«En Hacienda, el nuevo Gobierno tenía la perspectiva de la bancarrota, corolario obligado de la situación bélica de que el país salía con el pacto de tregua con Chile, aprobado por el Congreso. No obstante, su primera medida fué suspender el descuento de guerra que gravitaba sobre el sueldo de los empleados, procurando

Digitized by Google

ahorros con la disolución de algunos cuerpos del ejército y disminución de gastos en el material de guerra. La tarea en este importante ramo, debía ser de reorganización, y a ella se entregó decididamente, tratando de que la ley del presupuesto fuese clara, precisa y practicable. Pacheco se sujetó estricta y religiosamente a esa ley, que es la clave del movimiento administrativo; y sino consiguió nivelar los gastos con los ingresos, por el quebranto de algunos ramos de entrada, ha logrado al menos, que los servicios públicos sean cubiertos con toda regularidad; ha obtenido más; y es haber satisfecho, mediante transacciones equitativas, algunas de las onerosas deudas exteriores, que de tiempo atrás venían gravando la situación rentística del país, con la desconfianza de pago por parte de los acreedores y el aumento progresivo de crecidos intereses. *Una nación sin crédito es un cuerpo muerto,* ha dicho un pensador contemporáneo. Entregada a sus exiguos recursos tiene que llevar una vida mezquina, puramente vegetativa, sin poder dilatar su esfera de acción, sin medios, ni aliento para explotar sus gérmenes de riqueza, sin la seguridad del orden de mañana que puede ser perturbado por el tesón con que se buscan puestos oficiales, para tomarlos por asalto, a falta de otras ocupaciones hijas del trabajo independiente. El crédito, fruto de la confianza que inspira la honradez, fué uno de los más grandes objetivos de Pacheco en el poder, y él, puede decirse, que puso sus bases esforzándose en pagar aquellas deudas, aún a riesgo de desequilibrar la balanza financial del país. Sin embargo, y a pesar de la autorización que recibió del Congreso para negociar un empréstito extranjero, trepidó en usar de ella, ya porque consideró talvez que el crédito nacional no se ha-

Digitized by Google

llaba todavía suficientemente asegurado en el interior, ya porque, en el estado de las rentas ordinarias del Tesoro, el servicio estricto y legal del empréstito, había de agravar de pronto la no muy desahogada situación rentística. Indudablemente a estas consideraciones se debe el que, al bajar del poder, Pacheco, no haya ligado su nombre a esa larga nomenclatura azarosa de gobiernos deudores que registran los mercados monetarios de la América latina.»

Como se puede ver, de lo anteriormente transcrito, lo que más preocupó a Pacheco en la cuestión financiera nacional, fué la mejor manera de asentar y aún de crear el crédito del país.

Con lo cual no hacía sino proceder en conformidad con sus principios tocante a sus asuntos económicos personales. Ya sabemos que Pacheco repetía con frecuencia esta fórmula: "el crédito es el capital que no se pierde jamás".

Y claro que, al ser presidente, su mayor preocupación como tal debía ser sacar a la nación del estado desastroso en que se hallaba en este orden ante los demás países.

Lástima, sin embargo, que su acción no fuese más allá de ciertas medidas más o menos tímidas. Por los mismos párrafos transcritos se ve que ni aún "quiso usar de la autorización" que recibió del Congreso para negociar un empréstito extranjero, con el cual, seguramente habría podido realizar grandes obras. Pero, la valentía del hombre en sus negocios individuales, cedió su lugar, una vez hecho primer mandatario de la república, a una prudencia excesiva y aún al temor que lleva muchas veces a la esterilidad. Cuán lejos estaba

Digitized by Google

entonces Pecheco de aquella su divisa: "el todo por el todo".

Y era que, en él influía, seguramente, la consideración de no dar lugar a los demás que dijesen que había dilapidado, o siquiera exajerádose algo en el manejo de los fondos nacionales. Ese temor parecía ser en él una verdadera obsesión. Tal se desprende de sus propias palabras cuando decía a los representantes nacionales: "no hallaréis un solo caso de peculado o de dilapidación de los dineros del Fisco, cuyo manejo, durante el cuatrenio, ha corrido aún a cargo de mis adversarios políticos, como una garantía de mi fiel administración de la hacienda nacional".

Bellas palabras, pero que al mismo tiempo acusan un exagerado escrúpulo en un hombre que era la misma honradez y que, por lo mismo, bien podía proceder con más valentía. Pacheco, acaso no advertía que por el prurito de ser él, personalmente, un inmaculado, podía dejar a otros, como sus adversarios políticos, un campo fácil para obrar en una forma muy distinta de la que a él le caracterizaba.

Y sin embargo, a Pacheco no le faltaban ideas oportunas, ideas propias en este o aquél punto del ramo de la hacienda pública. He aquí una muestra, que escojo entre otras, por la que se puede ver que Pacheco tenía arranques de verdadero estadista. Hablando en uno de sus mensajes de las maneras de aumentar los ingresos fiscales decía:

«Uno de los medios de aumentar los ingresos aduaneros, debe ser el recargo de derechos a toda mercadería importada a Bolivia, principalmente sobre objetos de lujo y licores, como sucede en los demás países; ya

Digitized by Google

como una fuente de recursos efectivos, ya también como un correctivo de sus perniciosas influencias sociales.

«Abrigo tal convicción en este punto, que juzgo sería bastante ese recargo para la nivelación del Presupuesto Nacional, que debe procurarse con decidido empeño. Ninguna nación en el mundo está menos gravada que Bolivia, y es por ello que sus recursos son tan exiguos y por lo mismo insuficientes aún para llenar sus necesidades más premiosas, no sólo en materia de servicios, sino también en lo tocante a sus obras de evidente necesidad y utilidad.

«Por otra parte, desde que el recargo del impuesto habrá de pesar principalmente sobre el lujo, que sólo gasta la clase acomodada, sobre un vicio que se propaga rápidamente entre las diversas condiciones sociales, con caracteres alarmantes para la moralidad pública, espero que las Cámaras tomarán en seria consideración este asunto.»

Y digo que esta iniciativa me parece de verdadero estadista, porque, en efecto, revela cuán acertadamente se había fijado el presidente que, entre las plagas sociales que devoraban al país, ocupaba un lugar preponderante esta del lujo y del alcoholismo y que, puesto que no era posible arrancarlas de cuajo de nuestras costumbres, por lo menos debían implantarse las medidas restrictivas que él indicaba, las que tendían a combatir indirectamente al mal, al propio tiempo que arrancaban del mismo, ganancias materiales en beneficio de las arcas nacionales.

Digitized by Google

Para concluir esta parte referente al ramo de hacienda en la administración Pacheco, copio a la letra lo que él mismo decía en su último mensaje a la representación nacional:

«Al contraerme al ramo de Hacienda, debo llamar vuestra atención hacia el estado de las rentas y de las obligaciones que pesaban sobre el Erario Nacional, al hacerme cargo de la Presidencia de la República.

«Autorizada la Administración anterior por el artículo 4º de los transitorios de la Constitución Política, ha contado con todos los ingresos fiscales, municipales y de Instrucción Pública, fuera de encontrarse igualmente autorizada para contraer empréstitos, nacionales o extranjeros, así como para hipotecar o vender los bienes nacionales.

«Ha contado además con un fuerte ingreso, proveniente del secuestro bélico, de los descuentos de guerra sobre los sueldos de los empleados de las tres listas, y con los ingresos íntegros de las Aduanas de la República, sin otra disminución que la rebaja concedida a la importación de mercaderías de la República Argentina, por Tupiza. Deben agregarse también los Bs. 50,000 que en 5 de Noviembre de 1883, entregué al Tesoro Nacional, como donativo bélico, bajo la expresa condición de destinarse "para gastos de guerra, extraordinarios", y que distrayéndolos de tan sagrado objeto, se invirtieron Bs. 43,000 en el numeroso personal de la Legación de paz enviada a Chile, a cargo de los señores Belisario Salinas y Belisario Boeto, cuya misión se limitó a negociar el Pacto de Tregua vigente; habiéndose distribuído el resto de Bs. 7,000, en pagos de diverso género pero ninguno en su verdadero objeto. De manera que tuvo a su disposición todos los ingresos

Digitized by Google

ordinarios de la República y los extraordinarios que he mencionado.

«Y sin embargo, a mi exaltación al Poder Supremo, encontré un fuerte Pasivo, que se resume en las partidas siguientes.

«Sobre el crédito de Bs. 400,000 en cuenta corriente con el Banco Nacional de Bolivia, se le adeudaba aún por la Administración anterior, la suma de 98,929.19 Bolivianos.

«Al mismo, en un vale firmado a su favor en 28 de Agosto de 1884, Bs. 30,000.

«Las rentas hasta el 31 de Diciembre de dicho año, estaban poco menos que consumidas.

«Los servicios se hallaban devengados desde meses anteriores; y para cubrirlos, hubo que recurrirse al Banco Nacional de Bolivia, elevando su crédito de Bs. 98,929.19 al 31 de Diciembre del 84, a la suma de Bs. 307,382.15.

«Con el mismo fin, se tomaron de las rentas del ejercicio de 1885. Bs. 220,673.61.

«Pasivo que alcanzaba a Bs. 558,055.76 en 31 de Diciembre del 84.

«En la actualidad se adeuda al Banco Nacional de Bolivia, en cuenta corriente, Bs. 200,000. En vales al mismo Banco, Bs. 226,000. En servicios no cubiertos, Bs. 400,000 que hacen un total de Bs. 826,000, dando este Pasivo una diferencia respecto al del 84, de la suma de Bs. 267,944.24 de excedente.

«Pero la diferencia anterior desaparece, si se tiene en cuenta:

«1º Que en la anterior Administración, las rentas Aduaneras se percibían íntegras, mientras que hoy, con el 40% de las entradas de la Aduana común de Arica, se

Digitized by Google

cubre la deuda externa, procedente del secuestro bélico, conforme al Pacto de Tregua.

«Las sumas provenientes de dicho 40% que ha percibido el Gobierno de Chile, desde el 1º de Enero de 1885 hasta el 30 de Junio último, alcanzan sin clasificación de moneda a $ 1.848,211.13.

«2º Se ha satisfecho al representante de la "Negociación Guano de Mejillones", a cuenta de su crédito reconocido, la cantidad de Bs. 150,000 y se va reteniendo igual suma en la Agencia financiera de Bolivia en Arica, para atenderse a la segunda entrega que vence en Enero próximo; por manera que, el pago de los Bs. 300,000 es imputable a la presente gestión.

«3º Las entradas por el derecho sobre pastas y metales de plata de la Compañía Colquechaca, están especialmente destinadas, desde el mes de Junio de 1887, a cubrir el crédito de la Casa Blondel y Cía. de Oruro, proveniente de la habilitación a los interees de la Compañía Minera de Oruro, por resultado del mismo secuestro bélico, que alcanzan, según la transacción acordada, a Bs. 275,000, cuyo servicio debe hacerse con Bs. 10,000 mensuales de dichas entradas, razón por la que deja de percibirlas, por ahora, el Tesoro Nacional: no se determina su monto, por hallarse ilíquido este pago gradual.

«4º Se ha remitido a nuestra Legación en Buenos Aires, para cubrir los créditos contraídos por la anterior Administración, en la compra de armamentos, papel sellado y timbres de transacciones, contratados en Estados Unidos de Norte América, la suma de Bs. 219,416.10.

«5º Se le ha remesado igualmente a cuenta del cérdito de $ 60,000, moneda nacional, contraído para atender

Digitized by Google

al servicio de la Empresa Nacional de Bolivia, la suma de Bs. 60,000.

«Todo lo cual hace en junto, Bs. 2.277,627.23, que han dejado de ingresar al Tesoro Nacional durante mi Administración. Rebatiendo de ésta, la diferencia anterior de Bs. 267,944.24 de excedente, resulta como diferencia a favor del Tesoro Nacional, al final de mi Administración, la suma de Bs. 2.009,682.99.

«De manera que, si durante mi Gobierno, hubiese percibido el Tesoro Nacional dicha suma de Bs. 2 millones 277,627.23, lejos de existir ahora un Pasivo de Bs. 826,000, habría hoy en arcas un sobrante de Bs. 1.451,627.23, como se halla demostrado con más pormenores, en las respectivas Memorias de Hacienda.

«Es por primera vez que, en mi época, se ha formado la Cuenta General de Ingresos e Inversión de las Rentas, durante las gestiones de 1884 a 1887 con todos los detalles que manifiestan su fiel administración en conformidad a la ley del Presupuesto Nacional, produciendo la luz en medio del caos; a diferencia de las que en tiempos pasados se presentaban, alguna vez, en grandes capítulos y sin especificación alguna».

En la instrucción, y como acción personal, empezó Pacheco, con un hermoso gesto: cedió íntegramente sus haberes de Presidente de la República, que en los cuatro años de su administración representa una gruesa suma, (cerca de Bs. 80,000), en favor de los establecimientos de enseñanza. Yo no sé de ningún otro mandatario que hubiese hecho lo propio.

Y tal manera de proceder no era sino la continuación de lo que Pacheco había ya realizado, hacía mucho tiempo en su calidad de simple ciudadano difundiendo

Digitized by Google

la instrucción, fundando escuelas hasta en los más apartados villorrios, desde su pueblo nativo de Livilivi.

Pero, lo sensible es que además de proceder en esta forma, incrementando con el elemento dinero la difusión de la instrucción en el país, no promoviese también con mayor entusiasmo del que supo mostrar en esta materia la implantación de nuevos métodos pedagógicos, la creación de planteles adaptados a las condiciones de la República, y en fin, la remoción de rancias fórmulas en que hasta entonces estaba cristalizada la enseñanza. No le faltaban para eso ideas propias. Aunque no se hubiese educado en ningún colegio, sabía sin embargo, mejor que muchos que así lo hicieron, cuales deben ser los factores fundamentales en esta cuestión. Así tratándose de sus propios hijos profesaba ideas netas y categóricas sobre puntos de vista educativos, tanto en el orden intelectual como en el físico, que bien pudo generalizarlas al país del que era el Jefe Supremo (1).

(1) Cabe citar a este propósito los siguientes párrafos de una carta escrita por Pacheco a su esposa, a París, ya en vísperas de ser Presidente:

.....

«...No obstante, debo también yo desde aquí dar mi opinión, para que la estimen Uds. en lo que se merezca, respecto al orden de preferencia de estudios; paso, pues, a hacerlo como sigue:

«1.—Excusado debiera ser manifestar que el estudio de idiomas es el más importante y necesario, indispensable, para los jóvenes; especialmente el francés y el inglés.

«2.—Que se contraigan a la contabilidad, a la teneduría de libros con preferencia, lo que es muy fácil y *necesario,* pues por lo menos les servirá para ordenar y manejar con tino sus propios intereses; de lo contrario, nunca sabrían lo que tienen entre manos, y en el momento menos pensado se encontrarían arruinados y expuestos a la miseria, por no haber sabido calcular sus intereses, con pleno conocimiento diario del estado de sus finanzas, para saber lo que deben o no hacer, lo que deben o no gastar y, en fin, para la dirección general de sus negocios, para sus tratos y contratos con todo el mundo.

«3.—Los estudios intelectuales, deben alternarse con los ejercicios físicos que son parte integrante de toda buena educación bien entendida: es menester tener presente que, sin sér físico, es negativo el sér intelectual; procúrese a toda costa robustecer el sér físico, porque el hombre raquítico y débil es una calamidad en la vida, hasta para su propia familia, para su descendencia toda: es naturalmente tímido, apocado, cobarde.

«Una de las causas por que nos han vencido los chilenos es porque son

Digitized by Google

¿Cómo entonces desde que llegó a serlo, no procuró iniciar valerosamente la transformación social del país por una verdadera revolución en la instrucción?

* * *

He aquí todo lo que sobre el ramo de Instrucción registra el mensaje que comento:

«Los Cancelariatos han recibido el material científico comprado en Europa, para su distribución en los colegios oficiales.

«La descentralización de los fondos de Instrucción

---

más viriles que nosotros y, como tales, más audaces, más valientes. Nunca se puede deplorar bastante la educación afeminada que se da en Bolivia a la clase elevada de su sociedad. La parte del pueblo, las masas de los grandes centros de población, participan también de esa afeminación. Excepciones honrosas las encuentro en Cochabamba, Chichas y Tarija, y muy poca cosa en los demás departamentos.

«Continuando con mi propósito: quiero, pues, que mis hijos alternen sus estudios intelectuales con ejercicios físicos y gimnásticos, no para ser acróbatas, sino en la parte necesaria para el desarrollo de su musculatura. En Europa se cuenta con admirables profesores que dirigen gradualmente estos ejercicios y de la manera más conveniente a la naturaleza de cada uno.

«4.—Entre los ejercicios físicos, *doy un lugar muy preferente* al estudio de la esgrima del florete, de sable, espada y bastón; en estos dos últimos estaban muy adelantados los chicos en Sucre, pero no conocían el primero, que es *el más necesario para casos de honor.*

«Ya que tratamos de cuestiones de honor, ordeno también que se ejerciten *mucho, mucho,* en el tiro de la pistola, y aún en el de rifle, tomando para todo lo más esencial en este orden los más afamados profesores que se encuentren en Europa.

«Las ventajas que se reportan con estos estudios, son muy notorias: la esgrima se reputa como una parte de la gimnasia, esto como educación física; en cuanto a la parte moral o de seguridad, es el respeto que todo el mundo tiene por un buen espadachín y buen tirador de pistola; está menos expuesto que los demás a sufrir insultos e injurias que tan frecuentemente ocurren en la vida, sin que uno dé el más pequeño motivo para ello. ¿Quién se atrevió jamás a insultar y mucho menos a desafiar a Don Adolfo Ballivián, no obstante lo tempestuoso de su vida en nuestras cuestiones políticas? Un hombre diestro en el manejo de armas confía en sí mismo, es más reposado, más tranquilo, nada teme y nunca es fanfarrón ni perdonavidas.

«5.—Si alguno de nuestros hijos, o todos ellos, quisieran contraerse a estudios serios y tienen aptitudes para ello, cuánta sería mi satisfacción. Entre los estudios serios doy preferencia a la literatura, a la economía

Digitized by Google

Pública, es una necesidad reclamada para el mejor servicio de la enseñanza, así como el restablecimiento de la Superintendencia en el personal de los Cancelarios, como lo manifesté en mi Mensaje del 86. El Ministro del ramo os someterá el respectivo proyecto de ley.

«En protección de la juventud pobre, pero moral e inteligente, se han establecido tres dispensas del pago de derechos de ingreso y egreso de Academias, para obtener el grado de Licenciado en Derecho, mediante el estímulo de pruebas literarias de concurso.

«Para instalar la Escuela de Mineralogía en Potosí, ha sido indispensable la reparación previa del Colegio de Pichincha, a cuyo efecto se ha mandado pagar la suma de Bs. 4,400, en parte de los Bs. 10,000, que señala el Presupuesto Nacional.

«El Colegio de Instrucción secundaria, creado para el Beni, queda establecido en su capital.

«La suma de Bs. 5,000, destinada a la conservación

---

política, que tan necesaria es en los hombres de nuestro país y sobre todo, al estudio para ingeniero de minas y la química, especialmente metalúrgica; estos dos últimos ramos son las dos palancas más poderosas para el rápido progreso de nuestro país, el primero en el mundo en el reino mineral.

«Téngase presente que nuestra fortuna, *en su totalidad*, la debemos a la industria minera, y que hoy mismo, las cuatro quintas partes de ella consiste en acciones de minas; siendo así, es lógico ver que la profesión obligada de mis hijos es la minería, so pena de renunciar a su fortuna y al progreso de su patria.

«Olvidaba uno de los importantes ramos de instrucción para contraerse a la industria minera: es el estudio de la mecánica, si no al grado de llegar a ser ingeniero mecánico, a lo menos adquirir los conocimientos necesarios para saber dirigir y juzgar con discernimiento sobre tan importante ramo. Los garrafales errores que se han cometido en Huanchaca, por carencia de nociones generales en sus conductores de los ramos de que me ocupo, cuestan mucho tiempo y mucha plata a la empresa, y en pequeña escala ha sucedido lo mismo en Guadalupe; sin la bonanza de las minas, ambas empresas se habrían arruinado por los errores que se han cometido en ellas.

«7.—Música. Excusado es entrar a tratar de la utilidad y ventajas de este sublime ramo; consultando mi vehemente deseo, quisiera ver en cada uno de mis hijos un reemplazo de mi Manuel en este orden».

.. ..

Digitized by Google

y reparación de los Colegios Nacionales, debe ser permanente en la ley financial, como indispensable para evitar su deterioro y acaso su destrucción.

«El "Hospicio de San José" de la Paz, que hoy contiene 250 personas, entre huérfanos y demás porción desvalida que se asila en esa casa de caridad, dándose a aquéllos una educación religiosa, moral e industrial, es ya insuficiente para el ingreso de mayor número; por esta razón la Superiora y demás hermanas que dirigen ese Hospicio, han principiado los cimientos de un nuevo departamento, donde podrán albergarse 100 personas más; pero como los limitados recursos con que cuentan, apenas alcanzan para su sostenimiento, imploran vuestro eficaz apoyo, mediante una subvención competente, consignada en el nuevo Presupuesto, que les permita dar término a esa obra de tanta urgencia. Por mi parte, me complazco en apoyar tan justa demanda y confío que los dignos representantes de ese Departamento, cooperarán con decidido interés en este sentido».

* * *

En el ramo militar, Pacheco decía lo siguiente en su mensaje:

«Nuestro Ejército de línea da constantes pruebas de moralidad y disciplina.

«Inspirándose en el sentimiento nacional de amor al orden y de sumisión a la ley, ha conservado la tranquilidad pública con lealtad y patriotismo.

«La acreditada honradez de los Jefes, unida a su competencia; la delicadeza y nobles estímulos de los jóvenes oficiales, que siguen la honrosa carrera de las armas;

Digitized by Google

y la subordinación y sobriedad con que se distinguen los soldados de hoy, dentro y fuera de sus cuarteles, satisfacen por completo las aspiraciones del pueblo y los propósitos del gobierno, que tienen en el Ejército la mejor garantía del sosiego público y del afianzamiento de nuestras Instituciones.

«Aunque nuestro Ejército es reducido, por cuanto sus plazas responden a las cifras del Presupuesto Nacional; no obstante, podemos estar seguros de que su valor comprobado suplirá al número, y su instrucción táctica salvará el régimen constitucional, en cualquier evento de disturbio político.

«Según la estadística militar de los Ejércitos de América, Bolivia aparece con una fuerza de línea inferior a la de otros Estados, que cuentan con menor número de habitantes. Prudente economía que debe continuarse, puesto que la experiencia de un período legal, ha confirmado ser suficiente su número para la conservación del orden público.

«Reconociendo el Gobierno el buen comportamiento del Ejército, le presta las consideraciones a que justamente es acreedor. El pré del soldado se paga religiosamente, lo mismo que las quincenas de jefes y oficiales: la cancelación de sus haberes mensuales, se efectúa con la regularidad que permite la situación del Tesoro Nacional.

«Viendo de cerca la vida frugal que lleva el soldado y examinando por mí mismo las necesidades que le rodean, tanto en servicio de guarnición como en el de campamento, estoy convencido de que su pré actual es exiguo e insuficiente para satisfacerlas.

«Hállase al alcance de todos, el alza gradual de valores que han llegado a tener los artículos de consumo

Digitized by Google

de primera necesidad, lo mismo que los demás que son indispensables para la vida; y aunque al principio de mi administración conseguí se le aumentara su pré en diez centavos, veo con sentimiento que los cincuenta centavos no le alcanzan para su diaria subsistencia, agregándosele esta privación más a otras que soporta el soldado de Bolivia. Es por esta convicción que os pido le aumentéis su pré a ochenta centavos; y no se crea exagerado este aumento, puesto que en el día, es notorio, que aún los niños de diez a doce años, ganan igual jornal en las empresas mineras, y en proporción ascendente los demás operarios, sin las penalidades del soldado, que en todos los momentos del servicio, está expuesto a sacrificar la vida en cumplimiento de su deber.

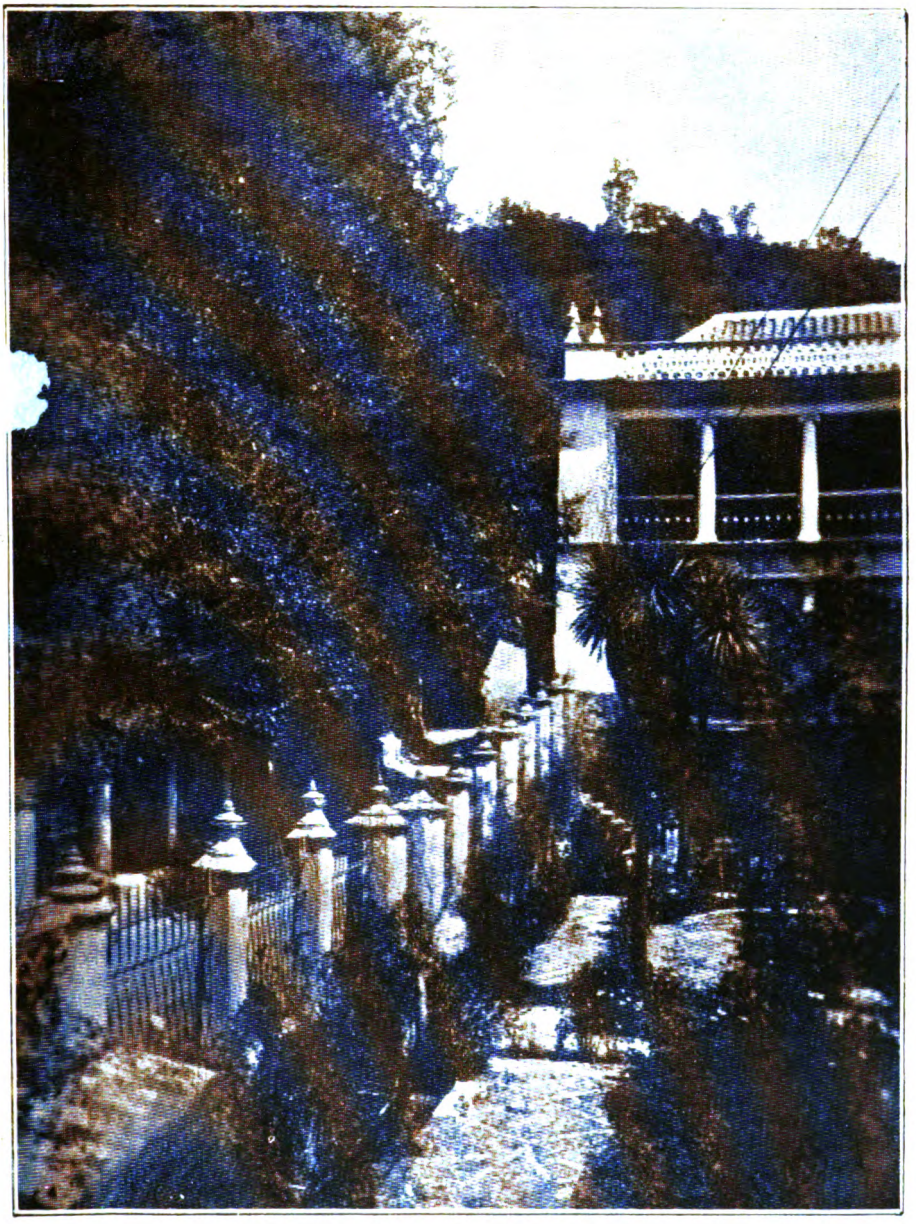
«Un aumento proporcionalmente equitativo os pido, de igual modo, en favor de los jefes y oficiales, cuyos sueldos no guardan relación con la categoría de aquéllos, ni con las necesidades de éstos. Por lo mismo que el Ejército es reducido, con grande economía del Erario, hay razón para que se les acuerde este acto de justicia.

«El armamento y equipo de los cuerpos del Ejército está completo y en perfecto estado de uso.

«Los parques se encuentran convenientemente provistos, como os informaréis por los Estados de la respectiva Memoria.

«Otra necesidad sentida en el Ejército y que reclama vuestra atención, es el restablecimiento del sueldo de los criados para jefes y oficiales, como les concede el Código Militar, y cuya supresión da lugar a que los reemplacen con soldados del mismo cuerpo, en calidad de Ordenanzas; lo cual disminuye naturalmente el número de plazas de las compañías, con perjuicio de su instruc-

Digitized by Google



Nucchu.—Parte de la casa y del jardín.

Digitized by Google

Digitized by Google

ción y disciplina. Es una economía que daña al buen servicio.

«La reorganización del Estado Mayor General y el restablecimiento de la Mesa Topográfica, según los progresos actuales y los importantes fines a que están destinados, es de todo punto indispensable, votando el fondo necesario para su conveniente arreglo.

«La ejecución de la ley de 22 de Noviembre de 1886, se suspendió, en acuerdo de Gabinete de 4 de Enero de este año aplazando su cumplimiento hasta que el Congreso señale los recursos precisos.

«La reforma de la ley de conscripción es también urgente, estableciendo el servicio obligatorio de una manera eficaz; puesto que, durante sus muchos años de vigencia, se ha hecho completamente nugatoria, sin contar el Gobierno, al presente, con ningún sistema de reemplazos para la oportuna renovación del Ejército; puesto que es muy eventual la presentación de altas voluntarias.

«La instrucción elemental y facultativa de la juventud que ha de dedicarse a la carrera militar, demanda la fundación de un Colegio técnico, que prepare su ingreso al Ejército, con los conocimientos especiales de su arma y de los generales de las demás. Sobre este asunto y otros de igual importancia, el Ministro de la Guerra os someterá los respectivos proyectos».

*
* *

Y por lo demás, personalmente, Pacheco llegó a ser el ídolo del ejército. Tal me lo manifiestan tanto los documentos escritos que he consultado como las ates-

Digitized by Google

taciones verbales de las personas serias que siguieron de cerca este punto.

Lo que se explica muy bien que así fuese, dadas las condiciones naturales del Presidente.

Recuérdese lo que dije de las vivas inclinaciones de Pacheco a la carrera militar en su juventud y aún en su infancia.

Ahora, después de medio siglo, ya viejo y hecho presidente de Bolivia, no hacía sino cultivar esa antigua propensión, simpatizando con las clases militares, no sólo como un medio de buscar en ellas un apoyo para la conservación del orden público, sino también obedeciendo a esa propensión. Y aún cuando nunca había llegado a ser militar, complacíase en vestir el uniforme de Capitán General. Gustábale asímismo, en las grandes maniobras del ejército, cargar a la cabeza de los escuadrones, cosa en que, no obstante su edad, lo hacía con harta gallardía. Y eran también, según ya he dicho alguna vez, su encanto los toques marciales de las bandas militares.

De otro lado y siempre en el terreno personal, Pacheco hizo cuanto pudo para mejorar la situación de oficiales y soldados. Así cuando organizó la Compañía Minera Lipez y esperaba profícuos resultados de ella, brindó a los jefes de diversas graduaciones a tomar acciones en esa empresa dando facilidades para el pago de cuotas y garantizándoles contra las contingencias siempre posibles en cuestiones de minas. Y así también, en su gran proyecto de apertura de una vía carretera entre Sucre y el Paraguay con la ayuda del ejército nacional, contemplaba como uno de sus tópicos salientes favorecer al elemento militar por medio de adjudicaciones de tierras.

Digitized by Google

Sabido es también que Pacheco visitaba con harta frecuencia los cuarteles para enterarse del estado en que estaban los soldados, y allí, hasta las vivanderas (que las había en ese tiempo) merecíanle obsequios copiosos de ropa y otros menesteres.

En su administración, o por lo menos, bajo su conocimiento, jamás se azotó a ningún soldado, siendo así que entonces existía la pena bárbara de ese castigo para los desertores. El viejo historiador, General Ramallo, contábame a este propósito que, en cierta ocasión, hallándose en La Paz, el presidente Pacheco, habíase impuesto por el primer jefe de uno de los cuerpos de línea la pena de 500 azotes a un soldado desertor, y con este motivo se presentaron una pobre mujer y una chiquilla hija del soldado, implorando su intervención. Pacheco, al momento prometió que haría alzar al culpable la pena impuesta. Pero, hizo el caso que, a poco de eso y en todo el resto del día, había olvidado su promesa, y únicamente ya entrada la noche se acordó de ella. El soldado debía ser azotado al rayar el alba. Era aquella una noche de Carnaval, y una noche en la que reinaba un furioso temporal en la ciudad; y era lo peor que cuando se acordó el presidente de su promesa no había en su casa, ningún edecán o persona de su guardia que llevase al cuartel la contra orden ofrecida. Pues, entonces, el presidente en persona salió de su palacio, acompañado por Ramallo que entonces era Teniente Coronel, y en medio de una tempestad deshecha y ya en altas horas de la noche, fuése al cuartel en que estaba el condenado y lo salvó de un castigo atroz.

Con tales actos, no era, pues, raro que Pacheco llegase a ser el ídolo del ejército como he dicho.

Digitized by Google

* * *

En materia de religión y culto, siendo Pacheco, según ya sabemos, un espíritu creyente y dado profundamente a las prácticas heredadas de sus antecesores, era natural que, personalmente, llevase su influjo para que su gobierno dirigiera al país por el camino que consideraba el mejor respeto de tal cosa.

Es por esto que en su presidencia daba mucha importancia a las relaciones de Bolivia con la Santa Sede; y fué para él una gran satisfacción figurar en el jubileo del Papa León XIII, no sólo con sus ofrendas personales, sino también "realizando un acto político", al enviar al Vaticano, un estandarte bordado por distinguidas damas de Sucre y a nombre del ejército boliviano.

Dice a este propósito el eminente escritor Eusebio Blasco:

«Hubiérale bastado al señor Pacheco, como a tantos soberanos y presidentes, enviar su recuerdo en su nombre y no más, a la manera de la Reina Regente de España que, con tacto exquisito y a pesar de ser la Magestad Católica por excelencia, envió como embajador especial suyo a Roma al marqués de la Vega de Armijo a parte de toda manifestación nacional. Pero el hombre de estado boliviano quizo realizar un acto político que no quedará olvidado en su gloriosa biografía, y unió a su nombre el del ejército de su país, probando que allá en aquel pueblo de la independencia queda aún, algo a manera de aire de familia y de sentido moral hereditario; un fondo de creencia y de fé, necesario, imprescindible a todos los ejércitos por cima de cuantas refor-

Digitized by Google

mas sociales intenten y realicen los hombres. Allí donde no hay fé, no hay ideales, y donde no hay ideal, no hay valor personal en el combate, ni ambición de gloria, ni estímulo, ni amor propio conducentes a la victoria. Todos los pueblos donde la fé religiosa se conserva, tienen ejércitos en los que el valor puede más que todos los armamentos e invenciones de muerte. Arabes y turcos, alemanes y rusos, españoles y americanos del sud, serán siempre soldados en quienes se puede confiar; y no se busque otra causa a las derrotas de ayer y a los miedos de hoy en los ejércitos de pueblos que van al frente de la civilización, que el estado moral de sus soldados, individuos al fin, de una raza sin creencias, egoísta y viciosa».

* * *

Pero, si Pacheco era así, profundamente religioso, como presidente, cual siempre lo había sido como particular, hasta dar la importancia que daba a cosas como la que acabo de indicar, no por eso ha de creerse que fué un gobierno debil que se sometiese ciegamente a los prejuicios y exageraciones a que suele conducir a veces el fanatismo religioso. Al contrario, sabía proceder con entereza y ecuanimidad. Dan fe de ello, los siguientes párrafos que quiero copiar del libro biográfico de doña Clorinda Matto de Turner, porque, esta vez, me parece que la distinguida escritora da en lo justo:

«Me refiero a las preeminencias del culto para la religión del Estado, y al celo con que cuidó del Patronato Nacional cuidando que los ministros del altar respeta-

Digitized by Google

sen éste, como él mismo respetaba el sincero ejercicio de la religión jurada. Como comprobante de lo que llevo dicho, haremos memoria del incidente que hubo con el obispo de La Paz, a quién suspendió las temporalidades por desacato a la ley, acto de rectitud aprobado y sancionado por la Asamblea Nacional, después de severas interpelaciones. Y vaya en paralelo este procedimiento con la orden general que, a insinuación del señor Baptista, expidió el gobierno en Septiembre de 1885, relativa a las sociedades secretas, mandando borrar del *Escalafón* a los militares inscritos en las Logias Masónicas. Esto para el historiador, para el que diseña un carácter, pone de manifiesto el culto que don Gregorio Pacheco profesa a la libertad. Yo pienso que el hombre debe *ser suyo propio;* y practicar el bien por sí, sin dependencias ridículas que sugetaron la caridad a la forma en épocas en que el misterio tenía sus razones de ser y que, al presente, las conceptúo inútiles, así como se hace una exigencia el que la masonería borre de sus ritos lo ridículo y secreto.

El proceder levantado, valiente y rodeado de independencia, del señor Pacheco, no podía menos que promover acaloramiento en una sociedad donde todavía imperan los dos fanatismos, el de la Religión y el de la Masonería, cuyas Logias se desmoronaban, no por la aludida orden sino por haberse maleado sus sanas prescripciones con mal personal.

La generalidad de católicos ardientes que las ve con ojeriza, organizó una solemne manifestación popular al Jefe del Estado, cual suele hacerlo esa opulenta ciudad en los momentos álgidos de su entusiasmo.

A los discursos que se le digieron contestó con una alocución, obra exclusiva de sus sentimientos en mate-

Digitized by Google

ria de conciencia religiosa, con la que quedó tranquilo el celo fanatizado de las multitudes y restituída la calma próxima a turbarse, a impulsos de ese elemento de combustión que enciende la peor de las guerras, la de las creencias religiosas. Como la prensa recogió las palabras del Presidente Pacheco, vamos a reproducir esa alocución, la que, con los antecedentes que la motivaron, entusiasmó el celo católico aún de las naciones vecinas, habiendo las matronas de Santiago de Chile dirigídole una expresiva felicitación, subscrita por más de trescientas firmas de lo más notable de esa capital. La alocución dice así:

«Conciudadanos: He escuchado con detenida atención las benévolas expresiones con que acabáis de honrarme, a nombre y en representación de todas las clases sociales del pueblo de La Paz, que, en sorprendente número, veo reunido. Acepto con profunda gratitud esta elocuente manifestación popular, sin mérito de mi parte, por sólo haber cumplido mi deber de precautelar el orden público como Jefe de la Nación, procurando la moralidad y disciplina de nuestro ejército, como que es fiel guardián de nuestras instituciones. Hasta aquí, nada nos deja que desear por su patriótico y honorable comportamiento. No desconozco que la confianza con que me honráis la debo más bien a los nobles y generosos sentimientos de este heroico pueblo, tan celoso siempre por su libertad, como por sus creencias religiosas. Católico como vosotros, aspiro con vosotros a vivir y morir en la religión de nuestros padres. ¿Qué poder humano puede oponerse a ello?

«No obstante, señores, os recomiendo que la conservéis pura, tal como salió del Hombre-Dios, del Redentor del Mundo. Tened bien presente, que muchas veces

Digitized by Google

el exceso de celo suele conducir al fanatismo; y el fanatismo es extraño a la religión católica, es tan funesto como el ateismo; porque el uno y el otro desbordan las pasiones humanas, levantan cadalzos... La Religión Católica es pura caridad, mansedumbre y humildad: sostiene, empero, grandes combates; sus armas son la persuación y el corazón su conquista, y en la lucha posee la virtud de volver bien por mal. A ello ha contribuído poderosamente la tolerancia, tanto de opiniones políticas como religiosas, la tolerancia que es la virtud social más grande, que es el medio más eficaz para el conocimiento de la verdad, a cuya sombra se desarrolla la prosperidad de los pueblos. Combatid las ideas erróneas, en religión y en política; pero respetad a los hombres; porque son hermanos nuestros. El sentimiento de benevolencia y caridad no debe faltar jamás en la conciencia leal y honrada de los católicos. Por su parte, cuenta el Gobierno con este elemento poderoso para hacer efectivas las garantías individuales, ofreciendo al mismo tiempo toda la autoridad de que dispone para reprimir cuanto tienda a alterar el orden público.

«Retiraos, compatriotas, tranquilamente a vuestros hogares, llevando la palabra de paz a vuestros familias y la confianza de que el Gobierno sabrá sostener las legítimas aspiraciones del pueblo. Os saludo con gratitud, dignos hijos del Illimani».

He ahí una manera realmente admirable y que, en mi concepto, coloca a Pacheco entre los más sabios mandatarios de Bolivia y entre los verdaderos intérpretes de la religión cristiana tan manoseada y aún calumniada por muchos de sus mismos prosélitos. Cuando Pacheco dice a las muchedumbres exaltadas e ignaras que ve desbordarse al impulso de un fanatismo estúpido estas

Digitized by Google

palabras: "La Religión Católica es pura caridad, mansedumbre y humildad, sostiene en cambio grandes combates y sus armas son la persuación y el corazón su conquista y, en la lucha, posee la virtud de volver bien por mal..." "El sentimiento de benevolencia y caridad no debe faltar jamás en la conciencia leal y honrada de los católicos... Retiraos compatriotas, tranquilamente a vuestros hogares llevando la palabra de paz a vuestras familias...", cuando dice eso, Pacheco, es el verdadero apóstol, el personero sin sotanas, pero sí con el alma realmente contaminada del fuego dulce y fecundo de una sublime religión.

* * *

En las relaciones exteriores, fuera de diversos tratados con Chile (1), Brasil, la Argentina y el Paraguay, lo más remarcable que se hizo en la administración de Pacheco estuvo por el lado del Perú.

Fué durante su administración, que se estipuló entre Bolivia y el Perú el tratado de límites de Abril de 1886, tratado por demás inconveniente para los intereses bolivianos.

Pero, hay que decir a este respecto, que no era precisamente sobre Pacheco que caía la responsabilidad de tal pacto.

Ella, en realidad, venía a recaer sobre su ministro don Crisóstomo Carrillo.

En cambio, como acción exclusivamente personal de Pacheco, hay aquí un hecho que bien vale la pena de anotarlo.

(1) Se ratificó el Pacto de Tregua.

Digitized by Google

Sabido es que el Perú hacía pesar sobre Bolivia una deuda por gastos de la guerra del Pacífico, que ascendía a más de un millón de pesos. Y tal cosa era sostenida sobre todo por uno de los grupos políticos de ese país, el del General Iglesias, a quien los chilenos habían impuesto como presidente del Perú, después de apresar al mandatario legítimo, García Calderón. Y sabido es también, que el que derrocó al General Iglesias en el Perú fué el General Avelino Cáceres, quien fué proclamado presidente de ese país en 1886.

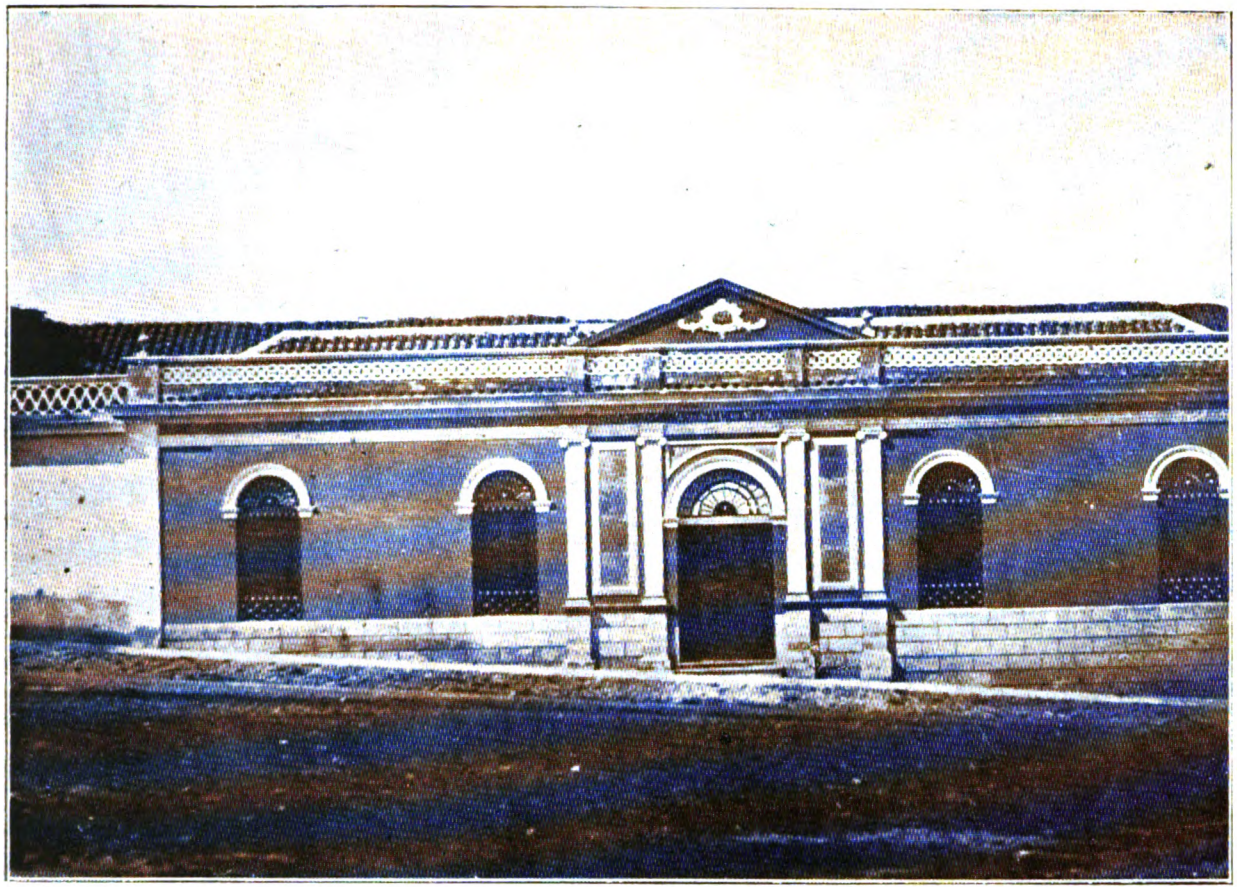
Pero, lo que no es sabido es que uno de los personajes que contribuyó de un modo eficaz para el triunfo de Cáceres sobre Iglesias y su elevación a la presidencia del Perú fué don Gregorio Pacheco.

Pacheco, en efecto, ayudó a Cáceres en un doble carácter: con armas y con dinero. Con lo primero, haciendo que el General peruano pudiese disponer cuando más necesitaba de un buen lote de armas y municiones pertenecientes al Perú que se hallaban en Bolivia.

Era un lote que por acuerdo verbal del presidente antecesor de Pacheco, don Narciso Campero, con el ministro en Buenos Aires, don Santiago Vaca Guzmán, había sido entregado a éste en dicha ciudad, y posteriormente enviado por él mismo a Bolivia.

Y en cuanto a dinero, Pacheco, ayudó también decididamente a Cáceres y esta vez con su peculio exclusivamente particular. Y bien que entonces (1885), Pacheco se hallaba ya muy mal de fortuna, supo ser gentil con el General Cáceres, respondiendo oportunamente a sus reiteradas insinuaciones de préstamo de dinero para llevar adelante la revolución que debía conducirle a la presidencia del Perú. Fué así como en una de esas ocasiones, a falta de dinero, dió Pacheco, a los agentes de

Digitized by Google



Portada del Manicomio Pacheco.

Digitized by Google

Digitized by Google

Cáceres varias acciones de la Compañía de Huanchaca que representaban Bs. 24,000; y en otra vez Bs. 6,000. (No he podido constatar testimonios de otras partidas). Pero, solamente las sumas anotadas fueron ya una ayuda inapreciable para el General revolucionario.

Ahora bien: una vez hecho presidente de la República del Perú el General Cáceres, supo ser consecuente y agradecido con Pacheco, y en su persona para el pueblo boliviano, haciendo que "la deuda derivada por gastos de la guerra" que se hacía pesar sobre Bolivia y que era de más de un millón de pesos, fuese reducida a cero.

Esta operación se realizó hallándose de ministro en el Perú en representación de Bolivia, el general Eliodoro Camacho (1887) y la prensa liberal de ese tiempo la consideró exclusivamente como un triunfo diplomático del ilustre general. Y era que no se sabía entonces, como hasta ahora, los detalles que acabo de apuntar, detalles corroborados por diversos documentos que tengo a la vista, tales como las cartas del General Cáceres a Pacheco, del plenipotenciario peruano don Manuel María del Valle y otros.

* * *

En la beneficencia pública, Pacheco, supo ser consecuente con sus principios.

Así, en los comienzos de su presidencia entregó el Manicomio Nacional que lleva su nombre, y que fué construído exclusivamente a su costa. (Fué de más de 120,000 Bs.).

Y, en escala menor, realizó muchas otras obras benéficas cuya catalogación sería larga.

Digitized by Google

Pero, como mandatario de la nación, paréceme que, en asuntos de beneficencia, su rol estuvo muy por debajo del que había sabido desplegar como simple ciudadano. Su influjo para mejorar la pésima situación de las clases proletarias, especialmente de las masas obreras cuyas condiciones de miserias y desamparo por parte de los poderes públicos conocía él perfectamente, pudo ser mucho más eficaz y efectivo; pero, por una extraña paradoja no pasó de tal cual medida efímera y deficiente.

Por aquellos tiempos, se creyó inminente la aparición del cólera en Bolivia por haberse presentado en la Argentina y Chile. Este asunto preocupó mucho a Pacheco, según se ve por su correspondencia oficial y particular, y tomó todas las medidas posibles para evitar la invasión del flajelo. El ejército mismo fué empleado en gran escala, para formar cordones sanitarios, lo que ocasionó grandes gastos al erario nacional, pero se pudo conseguir que el cólera no pasase la frontera boliviana.

Todo eso, como medidas simplemente ocasionales, del momento, mientras durase el peligro. Que por lo demás, tratándose de abordar el problema de la sanidad nacional con algo fundamental y definitivo, Pacheco no hizo sino mantenerse dentro de las rutinas y pasividad de sus antecesores en la presidencia, para quienes la cuestión sanitaria era punto poco menos que baladí. Bien es verdad que a Pacheco—y esto le excusa hasta cierto punto—le faltaba no sólo la preparación personal en tales materias, sino también el consejo prudente y sabio de ciudadanos de buena voluntad y competencia científica.

Digitized by Google

"MANICOMIO PACHECO", de la Capital Sucre.

Soberano señor:

Con los documentos que acompaña, pide la declaración que expresa en la manera que indica.

Gregorio Pacheco, ante la H. Cámara de Diputados de la Nación, con el mayor respeto expongo: que desde mi niñez, por tristes recuerdos de familia, llamó marcadamente mi atención la suerte desgraciada de los seres condenados al funesto accidente de la enagenación mental; y desde entonces hice el firme propósito de contribuir en cuanto estuviese de mi parte al alivio y mejora de condición de esta clase infeliz y compasible.

No habiendo bastado a mis aspiraciones el pequeño edificio que en 1864 se trabajó a mis expensas en el Hospital de Santa Bárbara de esta Capital, hace tres años que concebí el proyecto de construir en uno de los solares del mismo Hospital, un verdadero asilo de enagenados, que tuviese la capacidad y comodidad suficientes, y sirviese a la vez de lugar y de escuela de curación de dolencia tan funesta. Con licencia y autorización del Concejo Municipal y de la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul, encargada de la administración del Hospital, puse la primera piedra el 2 de Agosto de 1881, y el 2 de Octubre del presente año he tenido el inefable placer de verlo terminado y listo a llenar el objeto de su construcción.

El Manicomio, obra tan útil y beneficiosa bajo su faz moral, a la vez que de ornato para la Capital Sucre, no puede tener otro sostén que el del Estado, puesto que está llamado a albergar no sólo a los enfermos de la localidad, sino a los de los demás departamentos, pudiendo constituirse en un establecimiento central y único, atentas sus ventajosas condiciones materiales.

Me presento, pues, ante la Representación Nacional poniendo bajo su amparo y protección la obra conclusa de mi anhelo. Suplico a la H. Cámara de Diputados se digne tomar en consideración la necesidad de iniciar una ley que asigne fondos para la subsistencia del Manicomio y proveer a su administración y al desarrollo de los fines de su instituto. Ruégole, en fin, se declare expresamente que este edificio, construído para asilo y curación de la humanidad que sufre bajo una de las más aterrantes formas de la miseria humana,—la locura,—no pueda jamás destinarse, ni temporalmente, a otro objeto que el de su instituto; y que si alguna vez se pensase en variar su destino, se abone *previamente* a mi familia o a sus descendientes el precio de su costo, que para sólo este fin, me permito hacer constar, en la prolija cuenta que acompaño, ascendiendo ella a (Bs. 121.780.15) CIENTO VEINTIUN MIL SETECIENTOS OCHENTA BOLIVIANOS QUINCE CENTAVOS.

Digitized by Google

Al terminar esta breve exposición, siento llena mi alma de la gratitud más profunda al Dios de la caridad, que me ha permitido llegar a este día, en que puedo mostrar a mis hermanos todos lo que puede este noble sentimiento cuando se le profesa con desinterés, con abnegación, con el deseo de hacer el bien por el bien mismo. Y es esta sentida satisfacción de mi conciencia, junto con la estimación de mis conciudadanos, la única recompensa a que aspiro.

Por lo expuesto:

a Vuestra Soberanía suplico se digne tener en consideración el presente Memorial, para los efectos en él indicados. Es gracia que solicito, y para ello, etc.—Sucre, Octubre 10 de 1884.—(Fimado).—*Gregorio Pacheco.*

SECRETARIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 11 de Octubre de 1884.

Sucesivamente, y con la preferencia pase a las Comisiones de Hacienda y Peticiones.—P. O. del S. P.—*Dámaso Sánchez* (Diputado Secretario).—*Domingo Paz* (Diputado Secretario).

Honorable Cámara de Diputados:

Vuestra Comisión de Hacienda halla sobradamente justa la anterior reclamación del señor Gregorio Pacheco, referente a la asignación de un fondo para atender al adelanto y administración del Manicomio de Sucre. En su virtud, os propone votar la suma de Bs. 4,000 anuales para los objetos indicados, imputándose a egresos nacionales, como que el establecimiento está destinado al servicio que de él se pudiera demandar en toda o gran parte de la República.

En cuanto a que el local del Manicomio no pueda destinarse a otros usos que a los fines de su instituto, cree la Comisión que el señor Gregorio Pacheco está en su pleno derecho para imponer restricciones o ampliaciones a su plausible filantropía.

Sucre, Octubre 27 de 1884.—*S. Oropeza.—Viscarra.—T. Ichaso.—Iturri.—A. Lea Plaza.—Ricardo Ugarte.*

Digitized by Google

PRESIDENCIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 28 de Octubre de 1884.

Vistos en Cámara: se rinde un voto de aplauso nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, por la filantropía con que ha construído el Manicomio de Sucre, que en lo sucesivo se llamará MANICOMIO PACHECO; y considerando que dicha casa se destina por su fundador para asilo de alienados de toda la República, teniendo en consecuencia el carácter de establecimiento nacional, se asigna para su sostenimiento la subvención de cuatro mil bolivianos por año sobre el Tesoro Nacional. Esta suma se entregará a la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul de la ciudad de Sucre, la que rendirá cuenta de su inversión al Concejo Municipal, juntamente con la de las subvenciones y fondos del Hospital de San Juan de Dios. Regístrese y pase al H. Senado para su revisión.—*Tamayo.*—*Dámaso Sánchez* (Diputado Secretario).—*Domingo Paz* (Diputado Secretario).

PRESIDENCIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 29 de Octubre de 1884

Al señor Presidente del H. Senado Nacional.

Señor:

Tengo el honor de remitir a esa H. Cámara por el digno órgano de Ud., la solicitud del señor Gregorio Pacheco, relativa a que se asigne un fondo para el sostenimiento del Manicomio, con la resolución que le ha cabido, para su consiguiente revisión.

Reiterando al señor Presidente mis consideraciones de respeto, me suscribo su atento y seguro servidor.—*Isaac Tamayo.*

Sucre, Octubre 30 de 1884.

A la Comisión de Hacienda

por P. O. del S. P.

Velarde.

Digitized by Google

HH. Senadores:

La Comisión de Hacienda informa:

El señor Gregorio Pacheco ha construido en esta ciudad un Manicomio con el costo de Bs. 121,780.15, que lo cede a la Nación para el asilo y curación de los alienados de toda la República, bajo la expresa condición de que no pueda jamás destinarse, ni "temporalmente, a otro objeto que el de su instituto; y que si alguna vez se pensase en variar su destino, se abone previamente a su familia o a sus descendientes el precio de su costo". La Cámara de Diputados, aceptando tácitamente este generoso y filantrópico donativo, rinde por él un voto de aplauso nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, da al Establecimiento el título de "Manicomio Pacheco" y vota para su sostén la suma de Bs. 4,000 sobre el Tesoro Nacional, encomendando la administración a la "Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul".

Cree Vuestra Comisión que debéis ratificar el acuerdo de la Cámara de Diputados, con la expresa declaración de que se acepta el donativo en los términos y condiciones impuestas por el donante, a quién, en justo galardón de su filantropía, debéis acordar una medalla de oro que simbolice este acto patriótico, humanitario y generoso, con la siguiente inscripción. En el anverso: "El Senado Nacional al filántropo ciudadano Gregorio Pacheco"; y en el reverso: "Manicomio Pacheco". Sucre, Octubre 2 de 1884".

Sala de la Comisión.—Sucre, 5 de Noviembre de 1884.—*Bernardo Trigo.—Ovidio Suárez.*

SECRETARIA DE LA CAMARA DE SENADORES

La Paz, Septiembre 1º de 1885.

A la Comisión de Hacienda
P. O. del S. P.

Raña (Secretario).

Señor:

La Comisión de Hacienda, impuesta del Memorial del señor Gregorio Pacheco, que "cede gratuitamente al Estado el Manicomio construido en la ciudad de Sucre", cree que debe aceptarse la cesión en los términos y condiciones contenidos en el escrito de fojas 9.

Asimismo, opina porque la suma de cuatro mil Bolivianos anuales que la H. Cámara de Diputados destina para el sostenimiento de dicho Manicomio se aumente a la suma de SEIS MIL BOLIVIANOS ANUALES.

En su consecuencia, os propone la siguiente resolución:

Apruébase el informe de la Comisión de Hacienda de fojas 13, aumen-

Digitized by Google

tándose la subvención anual hasta la cantidad de SEIS MIL BOLIVIANOS; y devuélvase a la H. Cámara de Diputados para que delibere sobre el aumento que se propone.—La Paz, Septiembre 19 de 1885.—*Ladislao Cabrera.*

EL SENADO NACIONAL,

En la sesión de esta fecha, ha resuelto lo siguiente:

Apruébase el informe de la Comisión de Hacienda con la modificación que él contiene; en su mérito, devuélvase a la H. Cámara de Diputados para las efectos de ley.

Sala de sesiones del Senado Nacional.—La Paz, *22* de Septiembre de 1885.—*M. Baptista.—N. Raña* (Secretario).

CAMARA DE DIPUTADOS

La Paz, 10 de Noviembre de 1885.

Vistos en Cámara: apruébase la modificación hecha por el H. Senado en su anterior resolución, consistente en elevar a SEIS MIL LOS CUATRO MIL BOLIVIANOS ANUALES, votados por la Cámara de Diputados, para el sostenimiento del Manicomio en Sucre. Regístrese y expídase la respectiva resolución legislativa.—*Tamayo.—Dámaso Sánchez.*—(Secretario).—*S. Pinilla* (Secretario).

SECRETARIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

La Paz, 24 de Noviembre de 1885.

Al ciudadano Gregorio Pacheco.

Señor:

Tenemos el agrado de incluir a Ud. una copia certificada de la resolución legislativa, que hace referencia al Establecimiento del "Manicomio" en Sucre.

Al mismo tiempo, devolvemos a Ud. el expediente original que ha dado margen a la antedicha resolución.

Saludamos a Ud. muy atentamente y nos suscribimos sus obsecuentes servidores.—*Dámaso Sánchez* (Diputado Secretario).—*Sabino Pinilla* (Diputado Secretario).

Digitized by Google

Visto el Memorial del ciudadano Gregorio Pacheco y los documentos adjuntos:

EL CONGRESO NACIONAL,

Resuelve:

Artículo 1º—Acéptase la donación que el ciudadano Gregorio Pacheco hace a la República, del establecimiento que ha edificado en la capital Sucre para curación y asilo de enagenados.

Art. 2º—Declárase dicho establecimiento de carácter nacional, asignándose sobre el Tesoro de la República, la subvención anual de seis mil bolivianos (Bs. 6,000) para su sostén y mantenimiento.

Art. 3º—El dicho establecimiento se denominará "Manicomio Pacheco" y su administración queda encargada a la "Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul".

Art. 4º—Ríndese un voto de gratitud nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, otorgándosele como manifestación de dicho sentimiento, una medalla de oro con las siguientes leyendas: en el anverso: "El Congreso Nacional al filántropo Gregorio Pacheco"; y en el reverso: "Manicomio Pacheco". Sucre, 2 de Octubre de 1884.

Art. 5º—Este establecimiento no podrá en ningún tiempo, temporal ni perpetuamente, ser destinado a objeto distinto del de su instituto, según voluntad expresa del donante, debiendo en caso contrario, abonarse *previamente* a su familia o sus herederos, el precio de su costo que, según la respectiva cuenta documentada, asciende a la suma de CIENTO VEINTIUN MIL SETECIENTOS OCHENTA BOLIVIANOS QUINCE CENTAVOS (Bs. 121,780.15).

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y fines constitucionales.

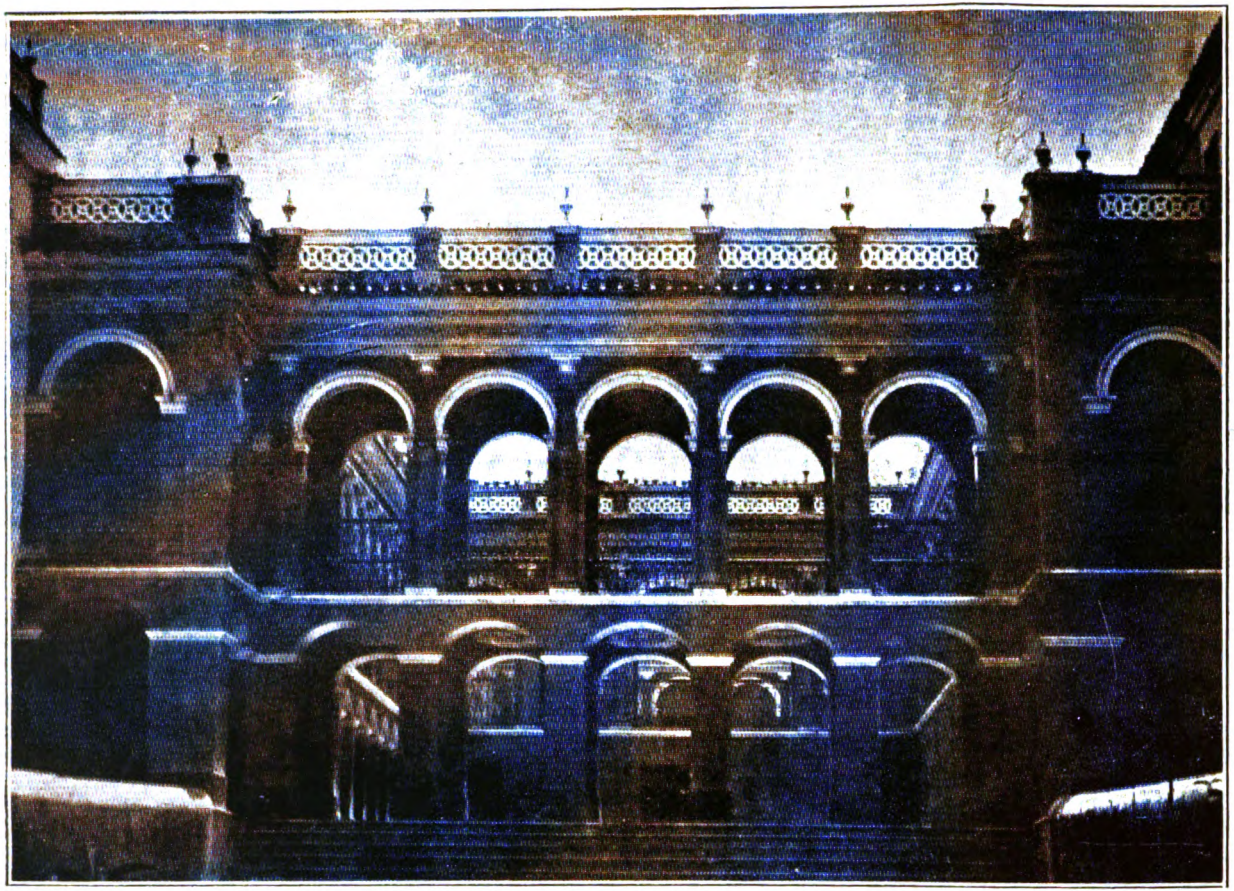
Sala de sesiones del Congreso Nacional.—La Paz, 23 de Noviembre de 1885.—*M. Baptista.—Isaac Tamayo.—T. Valdivieso* (Senador Secretario).—*Dámaso Sánchez* (Diputado Secretario).—*Sabino Pinilla* (Diputado Secretario).

Casa de Gobierno.—La Paz, Noviembre 24 de 1885.—Cúmplase con arreglo a la Constitución.—*G. Pacheco.—M. D. Medina* (Ministro de Gobierno).

* * *

Y por lo que hace a la industria nacional, que era en lo que más debía esperarse de la acción de Pacheco, ya que él era un gran industrial y puesto que al constituir-

Digitized by Google



Interior del Manicomio Pacheco.

Digitized by Google

Digitized by Google

se su partido se había llevado a la arena electoral como propaganda política este punto, tampoco hizo algo que pudiera llamarse una evolución de transcendencia.

Fuera de alguno que otro procedimiento más o menos tímido, no sé de nada que representase un verdadero estímulo para la marcha de las industrias incipientes del país, nada que marcase éra para el porvenir nacional en este orden.

Es así que la agricultura y la minería, por ejemplo, le deben poco o nada a Pacheco como presidente de Bolivia, siendo de notarse que él se había iniciado en la carrera industrial precisamente como agricultor y como minero. ¡Lamentable contradicción!

Y, sin embargo, es en este punto, precisamente, en que sus detractores y sus adversarios políticos, esos que le censuraban hasta por sus aficiones mujeriles y sus ligerezas de hombre de mundo, callan.

Lo que nos prueba la inconsciencia y la inercia también harto censurable en este terreno del medio político en que actuaba Pacheco.

Justamente, si Pacheco, en su período presidencial, merece hasta acres censuras, es en esta materia que se refiere al despertar de nuevas industrias y al vigoroso empuje de las existentes en la Nación, por su falta de estímulo, de acción, de iniciativa.

Pacheco bien pudo hacer como nadie en este orden. No le faltaban como para otros respectos, por ejemplo para la cuestión sanitaria de que hemos hablado, conocimientos especiales, observación, experiencia.

Con que Pacheco hubiese dado a su presidencia un sello aún exclusivamente industrial, ya habría hecho a su país un enorme servicio. Y lo habría hecho aún sin salir del punto de vista únicamente minero, ya que Bo-

Digitized by Google

livia es el país minero por excelencia en la América del Sud.

Cierto que para cultivar esta especialidad como tópico nacional había gruesos inconvenientes; pero cabalmente aquí podía también demostrarse el carácter enérgico y emprendedor de Pacheco.

He aquí todo lo que, con referencia a este asunto, dice en su Mensaje:

«Entre las medidas adoptadas en el ramo de Industria, merecen mención especial las siguientes:

«El Decreto reglamentario de 26 de Marzo último, sobre las obligaciones del servicio personal en la apertura de las vías públicas.

«No habiendo correspondido el anterior Reglamento de 17 de Mayo de 1881, a los fines que se propone la ley de 16 de Octubre del 80, se han establecido en el nuevo, disposiciones de fácil conocimiento y pronta aplicación que, lejos de menoscabar las atribuciones de las Municipalidades, les dan mayor ensanche y eficacia.

«Se ha autorizado la construcción de un camino carretero entre Huanchaca y Ollagüe, y de otro entre Alota y el mineral de Todos Santos, con su respectiva línea telegráfica, en consideración a que, además de fomentarse por este medio el progreso y desarrollo de la industria, los peticionarios no demandan privilegio o asignación alguna que pueda gravar los intereses fiscales. La primera empresa corresponde a la "Compañía Huanchaca de Bolivia" y la segunda a la "Compañía Minera de la provincia de Lipez".

«Los Concejos Municipales de Sucre y Potosí han sido autorizados para contratar el material del puente

Digitized by Google

colgante que se proponen colocar sobre el río Pilcomayo, aplicando a este gasto los fondos provenientes del impuesto de diez centavos, que perciben de cada bulto de mercaderías internadas a dichas ciudades.

«Ha sido aceptada la propuesta de don Luis M. Solá, representante de la "Compañía Huanchaca de Bolivia", para la construcción de un ferrocarril y telégrafo de la frontera boliviana a la ciudad de Oruro, a mérito de la convocatoria decretada por el Congreso en 15 de Noviembre último.

«Dicha Compañía se obliga a la construcción del ferrocarril y telégrafos mencionados, por cuenta propia y a sus expensas, sin garantía ni privilegio fiscal; la línea pasará por el establecimiento mineralógico de Huanchaca, pudiendo extender ramales a cualesquiera centros de población de la República, con su respectivo telégrafo especial.

«La propuesta de don Manuel Murillo Dorado, para el establecimiento de tranvías en la ciudad de La Paz, ha sido reservada en el Ministerio, para someterla a vuestra consideración, por cuanto fija como base, el privilegio de 40 años, que el Ejecutivo no está autorizado para acordarlos.

«A fin de facilitar la cómoda y rápida comunicación entre Cochabamba y Oruro, se ha concedido, con carácter provisional y cargo de cuenta, una subvención mensual de Bs. 400 a los señores Unzueta y Compañía, empresarios de diligencias entre ambas ciudades.

«Al señor Juan W. Firth, se la ha acordado una prórroga del término para la conclusión de la línea telegráfica de Arica a La Paz y Oruro, por cuanto el Gobierno ha encontrado atendibles sus razones.

«La "Agencia Havas" ha presentado su propuesta

Digitized by Google

para establecer una oficina telegráfica internacional. Ha sido aplazado su despacho, por ser de vuestra competencia el tomarla en consideración.

«Encuéntrase en tramitación la propuesta de los señores Mourlon y Compañía, de Bruselas, para establecer el cambio simultáneo de comunicaciones telegráficas y telefónicas, sirviéndose de los mismos hilos.

«A don León Velasco se le han acordado Bs. 400, con imputación al capítulo de gastos extraordinarios, para transladar su empresa de apicultura de Cochabamba a Santa Cruz, a fin de fomentar en este país tan útil industria.

«El Congreso Nacional declaró improcedente el veto que, con fecha 20 de Noviembre de 1886, opuso el Ejecutivo a la ley sancionada por la anterior Legislatura, sobre la tarifa que grava la exportación de los minerales argentíferos; pero la experiencia diaria y las vicisitudes por las que pasa el ramo de la minería, que es la primera y más valiosa industria de Bolivia, por los fuertes rendimientos que produce al Erario Nacional, comprueban la justicia con que se opuso el veto y hacen indispensable la modificación de la ley sancionada en 8 de Noviembre último, en conformidad al Proyecto que le es relativo y cuya consideración os recomiendo, en nombre de la industria más penosa y menos favorecida por la ley.

«El impuesto adicional de 30 centavos, que sobre el primitivo de 50, se votó, como un recurso extraordinario durante el estado bélico del país, continúa gravando las pastas de plata, con grave detrimento de la industria minera, no obstante haber cesado, cuanto há, la causa única que lo motivó.

«Según la ley de 16 de Octubre de 1880, desde el 1º

Digitized by Google

de Enero del 82, el impuesto quedaba reducido a 50 centavos por marco; pero, como leyes posteriores lo han declarado subsistente, de gestión en gestión, hasta hoy, sin tener en cuenta el malestar de la mayor parte de las empresas mineras, es llegado el caso de que esta Legislatura decrete la supresión del referido impuesto adicional, como una indeclinable necesidad de protección y fomento en favor de la minería, que, de otra suerte, llegará al último grado de su decadencia y ruina, quedando cegada esta fuente fecunda de riqueza y crédito del país».

* * *

En el ramo de Colonización, Pacheco decía lo siguiente, en su indicado Mensaje:

«Para colonizar nuestro extenso territorio oriental, necesitamos, ante todo, establecer vías de comunicación con el interior, mensurar y dividir las tierras colonizables.

«La "Expedición Thouar", que se organizó sin economizar gasto ni sacrificio para buscar una salida al río Paraguay, no llenó su objeto, por no haber perseverado en su plan primitivo. El resultado fué una dolorosa decepción.

«Más afortunado fué el joven don Cristián Suárez Arana que, partiendo de las Salinas, logró empalmar la antigua senda "Rojas" con la del Izozo, estableciendo así la apetecida comunicación entre las provincias de Cordillera y Chiquitos.

«Posteriormente se ha realizado un hecho de más

Digitized by Google

alta significación. El 12 de Mayo último se verificó el empalme de la senda de "Puerto Pacheco" al interior, con la de las Salinas de Chiquitos a ese puerto, quedando así resuelto el problema de la perforación del Chaco y establecida nuestra franca comunicación con las márgenes del río Paraguay.

«Tan feliz acontecimiento se debe, por una parte, al perseverante esfuerzo del Administrador Intendente de Puerto Pacheco, don Zenón Calvimontes, en prolongar la senda del empresario don Miguel Suárez Arana y, por otra, a la recorrida que hicieron en busca de esta senda, el joven Suárez Arana y el mismo Calvimontes, partiendo del pueblo de San José de Chiquitos.

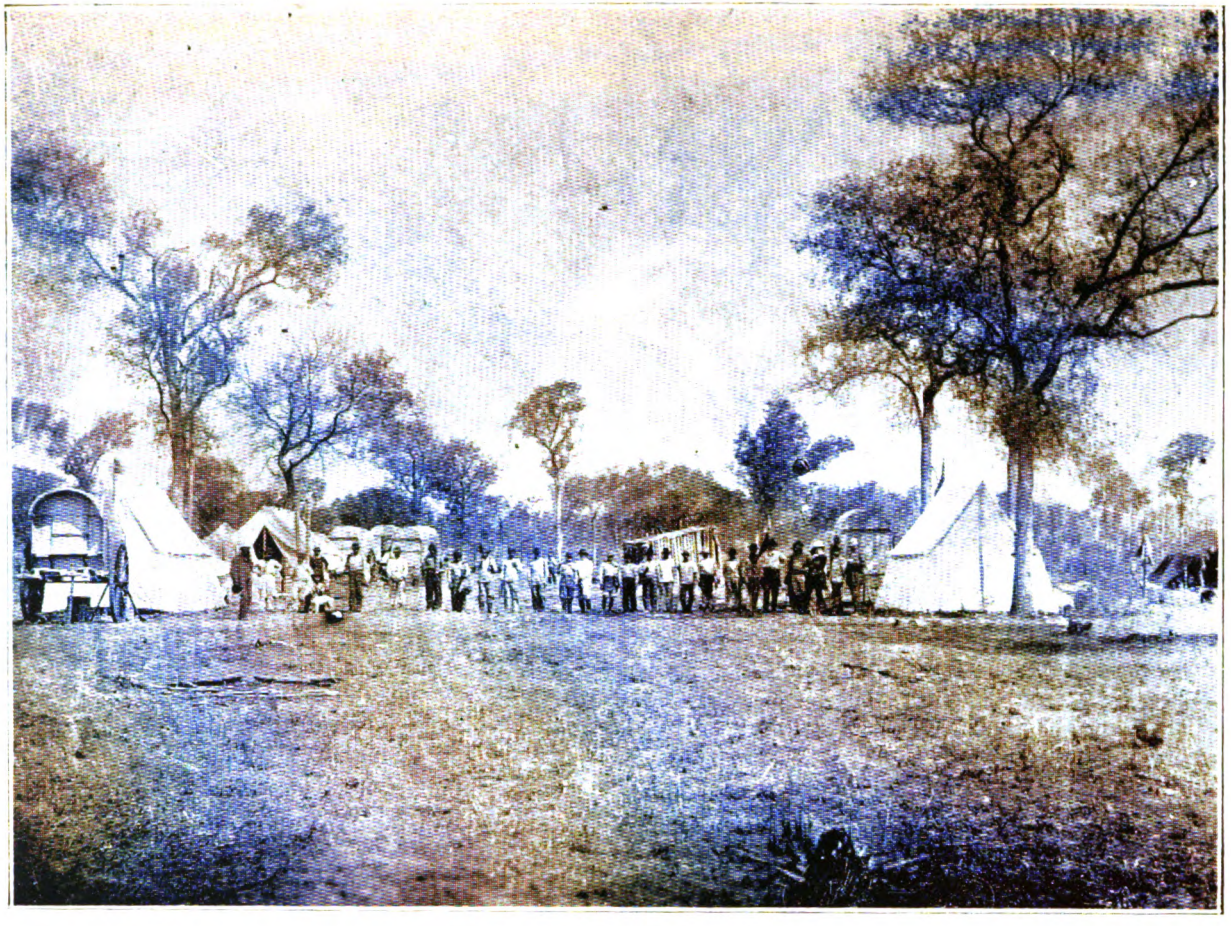
«Ambos expedicionarios y sus auxiliares, así como los empleados de Puerto Pacheco y el Encargado de Negocios en el Paraguay, doctor Claudio Pinilla, por la diligencia y empeño que puso en la organización de estos trabajos, merecen bien de la Patria y una justa recompensa a sus sacrificios, como se hizo con los expedicionarios de Tarija al mismo río Paraguay, en 1883, acordándoseles tierras y distintivos honoríficos».

Pero, a lo transcrito anteriormente, debo aún añadir algo referente a este capítulo de colonización y vialidad que me parece de alto relieve en el período presidencial de que me ocupo, y que, como iniciativa y acción personal, le coloca junto a los estadistas de amplia mirada y le hace digno de sus mejores tiempos.

Pacheco se dió perfecta cuenta de la enorme transcendencia que tiene para el país la comunicación de la capital boliviana con las fronteras del oriente.

Y por eso, desde los comienzos de su administración, alentó en cuanto pudo a la Empresa Nacional del Orien-

Digitized by Google



Puerto Pacheco, en el Río Paraguay.

Digitized by Google

Digitized by Google

te, cuyo jefe, aquel singular don Miguel Suárez Arana, hombre audaz con algo de vidente y de taumaturgo, de genial y de loco, había pretendido desde el año 1875 perforar por distintos puntos el Chaco para llevar el aliento nacional a esas salvajes regiones, al igual de otros esforzados hombres que se propusieron lo mismo.

Y en la época de Pacheco, Suárez Arana quiso plantear en las márgenes del Alto Paraguay un núcleo de colonización, para lo que pidió la ayuda del Gobierno. Y el Gobierno se la dió con entusiasmo y buena voluntad. Suárez Arana, situado en Buenos Aires, y luego en Asunción, la capital paraguaya, adquirió mediante la colaboración eficaz del Gobierno boliviano, y muy singularmente del ministro don Santiago Vaca Guzmán, el vapor *Bolivia* y algunos otros barcos, para organizar un tráfico regular entre los puertos bolivianos de la margen occidental del Paraguay y las naciones limítrofes. Tiempo después, el 13 de Julio, se fundaba Puerto Pacheco, en el Alto Paraguay, hacia el paralelo 20 y minutos Sud, y de allí, el empresario emprendió la apertura de una vía carretera que penetrase en los senos vírgenes del Chaco para ir a empalmar con la ruta que del otro lado (Lagunillas) se había ya abierto. Según lo cual, Puerto Pacheco estaba llamado a representar un papel considerable en el porvenir. Pero, desgraciadamente, las cosas quedaron en este estado. El empresario Suárez Arana, arrastrado por un espíritu aventurero y fogoso, sobrepasó los límites de la prudencia, y llegó a incurrir en ligereza y aún derroche de dinero que, dado el espíritu tan escrupuloso de Pacheco, dieron lugar a que éste acabara por hacer que el Gobierno retirara su confianza a Suárez Arana, y a proponer a las Cámaras que se declarase de carácter na-

Digitized by Google

cional la empresa que encabezaba aquél. Todo lo cual debía ocasionar después un pleito y rudas interpelaciones que el mismo Suárez Arana, nombrado senador por Santa Cruz, promovió en 1887. Y así quedó muerto en su comienzo el primer ensayo de marina mercante boliviana que se viera en las aguas del Plata y del Paraguay para extenderlo más tarde hacia el Atlántico. Pero lo que sobre todo da relieve a Pacheco en este asunto, es su original proyecto de abrir él mismo, poniéndose a la cabeza del ejército, la vía entre Sucre y el Paraguay, para lo cual presentó a la Cámara de Senadores un mensaje proponiéndole que le autorizara a dejar temporalmente la primera magistratura al primer Vice-presidente, cosa que el Senado jamás pudo resolver, no obstante la insistencia de Pacheco en las legislaturas de 1885 y 1886.

Pero, de este punto, por demás interesante, nos ocuparemos más detalladamente en otro lugar.

XXXVII

He ahí hecho un breve boceto de la acción de Pacheco en la presidencia de la República.

Como se ve, mal o bien, todas las reparticiones del Estado merecieron su consideración: las finanzas, la guerra, la administración de justicia, el culto, las relaciones exteriores, la colonización, la vialidad, la instrucción (y no he querido extenderme mayormente en especificar todo lo referente a reformas de la constitución política, la conscripción militar, la unión postal, leyes y reglamentos electorales, obras públicas, correos y telégrafos, etc., etc.)

Digitized by Google

Ahí están para acreditralo, sus mensajes, y ahí están las memorias ministeriales y la prensa de ese tiempo.

Lo que nos demuestra que Pacheco no fué, cual dicen sus detractores, el mandatario estéril o el vanidoso vulgar, para el cual lo más importante en su administración era montar en su caballo blanco, vestido de Capitán General, y pasar, deslumbrándolas, delante de sus tropas alineadas. (1)

Que Pacheco tuviese sus achaques frívolos, impropios de su carácter y de su edad, lo acepto; pero, ¿prueba eso que, una vez en el terreno de la austeridad y del deber no fuese un hombre correcto, ni que, como presidente, no se interesase en la marcha del país dentro del orden y la legalidad?

No. Pacheco no fué ciertamente un gran presidente, pero tampoco fué un mero figurín de opereta.

Quizás, en cierto sentido, fué más bien uno de los mejores presidentes de Bolivia, con ser un presidente mediocre y todo.

Bastaba, para eso, que hiciese lo que hizo: un gobier-

(1) Alcides Arguedas en su libro "Pueblo Enfermo", dice lo siguiente, con referencia a Pacheco:

«Después vino Pacheco (1884), el cual no hizo sino pronunciar una frase que resume toda la loca aspiración de la generalidad de los gobernantes. La cito recogiéndola de labios de uno de nuestros cancilleres.

«Cuando don Gregorio Pacheco, hombre acaudalado y de gran significación social, preparaba su candidatura a la presidencia de la República, un íntimo amigo suyo, viendo sus febriles afanes, sus luchas e inquietudes, le dijo:

—«Pero, ¿a qué tantos afanes, don Gregorio, cuando usted, sin necesidad de llegar a la presidencia, será siempre considerado y respetado, y ocupará usted en todo tiempo y en cualquier parte brillante situación?

«A lo que repuso Pacheco, en tono contundente:

—«Verdad, es amigo, todo lo que usted dice; pero cuando monto en mi caballo blanco y desfilo delante de mis tropas alineadas, deslumbrándolas, le aseguro que siento una fruición tan grande, tan dulce, que todas mis fatigas se ven compensadas en aquel instante».

Para notar lo falso y aún absurdo de esto que decía ese canciller a Arguedas, basta fijarse en que al propio tiempo que presenta a Pacheco como simple candidato (dice: "preparaba su candidatura") le hace, sin embargo, ya hablar como presidente ("desfilo delante mis tropas alineadas, deslumbrándolas, etc., etc.)

Digitized by Google

no de paz, un gobierno patriarcal, un gobierno bueno, hasta demasiado bueno...

Pero, lo que sobre todo da relieve notable a su figura como presidente, fué el hecho de bajar del poder con las manos enteramente limpias, no sólo de sangre humana sino hasta del más ligero tizne de algún peculado.

El fué de la lista diminuta de los inmaculados en la larga serie de mandatarios del país que, si no fueron ellos mismos estafadores de los dineros públicos, permitieron serlo a otros.

Ya hemos visto sus escrúpulos rayanos en la exageración en el manejo de los caudales del Fisco.

Y lo mismo fué en todo lo demás que se refiere a cuestiones de intereses o negocios en que podía realizar cosas de provecho propio, aún sin salir ni un punto de la legalidad.

Fué correcto a carta cabal. Tuvo pudores que las gentes despreocupadas debían tachar como tonterías. Prefirió perjudicarse en sus negocios particulares, antes que acrecentarlos a mérito de las ventajas que le daba la presidencia. Y hay que advertir que Pacheco, para llegar a esa presidencia, había quebrantado una gran parte de su fortuna, y, a ser más despreocupado, bien podía aprovecharse de esa misma presidencia para rehacerse siquiera en algo. Un hombre insigne de negocios como era, ¿cuánto no pudo sacar de las facilidades que le daba tal situación para realizar tal o cuál combinación financiera, abrir paso a ésta o aquélla empresa que le daría pingües rendimientos, buscar la manera de ricibir primas ingentes, etc., etc.? Pero, ¡qué lo iba a hacer! En tales casos era un verdadero don Quijote. Se habría sentido degradado. En cierta ocasión, decía al General Nicanor Flores, en carta que ten-

Digitized by Google

go a la vista: «Me ha sorprendido, querido compadre, la aseveración del amigo que me dice usted le avisa de Buenos Aires que soy propietario de seiscientas leguas de terreno en el Chaco y que me hacían proposiciones de compraventa por ellas. No tengo ni una pulgada. Ni me ha pasado por la imaginación la idea de poseerlas; y *aún cuando pudiera adquirirlas por medios lícitos y legales, no lo haría por la posición en que me encuentro*».

He ahí un escrúpulo que no podrán pasar los políticos de cierto jaez que quisieran hacer del palacio presidencial una oficina de negocios personales; un escrúpulo que ya se sabe tiene su calificativo asqueroso en la jerga de tales políticos. Pero, Pacheco era así. Y en este orden bien se le puede señalar como un ejemplo luminoso para todos los que quieran llegar a ese cargo tan ambicionado de presidente de Bolivia, y aún se le puede poner al lado de esa cumbre inmaculada de honradez y generosidad que se llamó *Sucre*.

XXXVIII

Pero bien, aún aceptando, como acepto, que Pacheco fuese uno de los pocos presidentes buenos que ha tenido Bolivia, el hecho es que, para mí, ya lo he dicho y lo repito, esta etapa de su carrera es una de las que menos me llama la atención.

En Pacheco presidente ya no veo al antiguo luchador, al de los vuelos atrevidos, al de los gestos rápidos, enérgicos, arrolladores.

Pacheco presidente no está a la altura de Pacheco niño y ni siquiera de Pacheco industrial.

Por un fenómeno curioso, este hombre dotado de tan

Digitized by Google

brillantes cualidades que le elevaron desde un nivel social ínfimo al más alto entre sus conciudadanos, este hombre que en sus negocios privados supo desplegar dotes nada comunes de energía, sufrió, una vez llegado a la presidencia, una especie de detención que lo dejó estancado en el desarrollo de esas cualidades.

Diríase que su único ideal fué el mantenimiento de la paz interna en la nación. El profesaba seguramente esta máxima de su amigo Baptista: "La libertad en el orden; en el orden a todo trance". Con la diferencia de que lo que Baptista supo decir, Pacheco supo practicar.

Pero, ¡cuántas veces la paz sostenida en esas condiciones no es suficiente para llevar al país por los mejores derroteros! ¡Cuántas veces un país necesita de terribles latigazos y aún el que se haga correr la sangre de muchos hijos para llegar a la conquista de gloriosos ideales y marchar por la senda del engrandecimiento!

XXXIX

En realidad, pues, lo único que en Pacheco presidente me parece realmente digno de sus antecedentes de hombre emprendedor y bravo es, precisamente, aquello que nunca llegó al terreno práctico: es aquel su proyecto de abrir él, personalmente, con el ejército, una vía de comunicación de Sucre con el río Paraguay al través del Gran Chaco, recorriendo una distancia de cerca de mil kilómetros.

¡Oh!, aquí, sí, me reconcilio con el Presidente. Vuelvo a ver en él al antiguo escolar de Suipacha, vendedor de manuscritos, al mozuelo sin miedo que hacía la ronda de la hacienda de Tojo; al agricultor y negociante en ciernes que se hizo socio de su patrón Anzoátegui, al

Digitized by Google

viajero a Europa "metido en la cocina de un vapor"; al "mercachifle de último orden", que llegó muy pronto a ser "comerciante de primer orden"; al conspirador contra Belzu, que, derrotado en Mojo, se expatrió a la Argentina y se fué de excursionista hasta el Bermejo; al contrabandista, peregrino en las breñas del Sud; al minero de Portugalete que llegó a profesar esta audaz divisa: "el todo por el todo"; al socio de Ramírez, que supo quedarse único dueño de las minas de Guadalupe; al socio de Arce, que soñaba en organizar una compañía que fuese la primera de la América del Sud.

Y, en fin, vuelvo a encontrar al Pacheco de antes, a quien hacía tiempo ya no había visto, y que ahora se me presenta de improviso, como el caminante que, al ir siguiendo gallardamente su senda, se mete en un recodo, errando quien sabe por qué vericuetos, y torna a salir; pero, ¡ay! ya sólo por un momento.

He aquí el Proyecto:

«Presidencia de la República.

La Paz, Octubre 26 de 1885.

Al señor Presidente de la H. Cámara de Senadores.

Señor:

«Consecuente con las patrióticas miras de mi Mensaje especial de 2 del presente, deseo desarrollar una de sus faces de incuestionable importancia, cual es la que se refiere "a la apertura de caminos que liguen nuestras poblaciones interiores con el "Puerto Pacheco", fundado a la margen derecha del río Paraguay.

Digitized by Google

«Esta es una de mis aspiraciones más vehementes y que, hace tiempo, me preocupa con sobrada razón, atenta nuestra situación topográfica.

«Iniciados los trabajos de una vía carretera de aquel puerto con dirección a la Capital de la República y convencido, como estoy, de su practicabilidad, creo llegado el caso de abreviar, en lo posible, su próxima ejecución. Con tal fin me propongo comenzar, desde luego, la carretera de Sucre a su frontera oriental, continuando la exploración y prolongación del camino que ha de conducirnos al encuentro de los expedicionarios de "Puerto Pacheco".

«Para esta empresa de tanta magnitud en sus proficuos y seguros resultados para Bolivia, cuento con el patriotismo de nuestro Ejército y su comprobada resignación para sobrellevar las fatigas del trabajo, como ha sabido soportar las penurias de las campañas militares, ostentando en todo tiempo su acreditada moralidad y severa disciplina, que le honran en alto grado.

«Por lo que respecta a los dignos Jefes y Oficiales de los cuerpos de línea, experimento la mayor satisfacción al asegurar a los HH. Representantes de esta legislatura, que se encuentran animados del más vivo entusiasmo para consagrar su tiempo y sus nobles esfuerzos a la grande obra que me propongo realizar. Ha bastado la simple iniciativa de mi pensamiento, para que todos ellos, con anheloso empeño, traten de secundarlo.

«Bajo tan felices auspicios, fruto inestimable de la sólida tranquilidad que disfrutamos, no falta sino que el Congreso, inspirándose en los verdaderos intereses de Bolivia, preste al Gobierno su eficaz colaboración en el sentido que paso a proponer.

«1º Votando la cantidad suficiente de fondos para

Digitized by Google

su gradual inversión, mediante la más estricta economía, y según prolijos presupuestos que acompaño.

«2º Autorizándome para poder transmitir temporalmente el desempeño de mis funciones oficiales al primer Vice-presidente de la República, en el caso de ponerme a la cabeza del Ejército destinado a la realización de la expresada carretera, como anhelo hacerlo, dictando al efecto una ley de especial permiso, a causa de no hallarse comprendido este caso en ninguno de los previstos por el artículo 77 de la Constitución Política del Estado; o facultándome para encomendar su dirección a personas de reconocida competencia, bajo la inmediata supervigilancia del Gobierno.

«3º Concediendo recompensas a los expedicionarios militares y civiles, en premio de su abnegación y patriotismo, y como estímulo a los demás bolivianos para el porvenir.

«Acompaño para ello un proyecto de ley.

«A la ilustrada penetración de los dignos Representantes del pueblo, no se ocultará la transcendental importancia que encierra mi idea con relación a los departamentos limítrofes al indicado proyecto; puesto que, mediante ramales que deberán desprenderse de la línea principal carretera, de los puntos que se crea conveniente, Cochabamba, Santa Cruz, Tarija y Potosí, se pondrán al alcance de sus inmediatos beneficios; grata expectativa que abrigo entre mis cálculos, al promover esta obra.

«Téngase presente, además, que mi pensamiento no se limita aquí, sino que, en los estudios científicos que han de practicarse, comprende muy especialmente el trazo de ferrocarriles, cuya construcción no se dejará esperar por mucho tiempo, una vez vencidas las difi-

Digitized by Google

cultades del desierto, con el reconocimiento y la colocación de pozos artesianos para extraer agua en los lugares en que no se encuentre.

«A cuán halagüeñas esperanzas se prestan estas consideraciones respecto al porvenir de esos territorios, hoy apartados de los centros de civilización cristiana y cultura social, pero llamados a ser, más tarde, emporios de riqueza agrícola, comercial y fabril, convirtiéndose en pueblos y ciudades, los que en la actualidad son aduares de salvajes o desiertos incultos e improductivos para Bolivia.

«Cifro una de las mayores glorias de mi administración, en poder llevar a feliz término, por mí mismo, obra de tanta influencia en los futuros y prósperos destinos de nuestra Patria, dando a la Capital Sucre y demás pueblos interiores, de que hago mención, una salida propia y directa al Atlántico por el Paraguay y el Plata, que los emancipe, en parte, de la forzada tutela de nuestros vecinos. Quiero dar este ejemplo de cívica abnegación a mis sucesores en el Poder Supremo, como testimonio de gratitud a la confianza de mis compatriotas y como título de legítimo orgullo a mis hijos.

«Confiando que el H. Congreso se servirá despachar este asunto y los que le son relativos, con la preferencia que merecen, tengo el agrado, señor Presidente, de repetirme su atento y seguro servidor. — *Gregorio Pacheco*».

Digitized by Google

EL CONGRESO NACIONAL

Decreta:

Artículo 1º Se vota la suma de Bs. 256,462.12 para el trabajo de una vía carretera de la Capital Sucre a su frontera oriental y para su prolongación hasta "Puerto Pacheco"; suma que será inscrita en el presupuesto nacional para 1886.

Art. 2º Autorízase al Presidente de la República, ciudadano Gregorio Pacheco, para poder transmitir temporalmente el desempeño de sus funciones oficiales al Primer Vice-presidente de la República, en el caso de ponerse a la cabeza del Ejército destinado a la realización de la expresada carretera; o para encomendar su dirección a personas de reconocida competencia, bajo la inmediata supervigilancia del Gobierno.

Art. 3º Los expedicionarios militares y civiles que, partiendo de Sucre a "Puerto Pacheco" y de éste a Sucre, concurrieren a esta campaña industrial, tendrán los premios siguientes:

1º La adjudicación en propiedad de lotes de terrenos del Estado en el indicado trayecto y territorios adyacentes, en esta proporción:

De soldado a sargento, de 25 a 40 hectáreas; de Subteniente a Capitán, de 60 a 100 hectáreas; de Sargento Mayor a Coronel, de 125 a 200 hectáreas; a los Generales que concurrieren se les adjudicará 300 hectáreas.

Los civiles gozarán de igual derecho, según su destino o la clase de servicios que prestaren, a juicio del Gobierno y previa la respectiva calificación.

2º Los militares que, terminada la campaña, pidie-

Digitized by Google

sen su retiro del Ejército con el objeto de dedicarse a la agricultura o ganadería en sus respectivos lotes, serán acreedores al sueldo de un año, como compensativo de sus anteriores servicios y por vía de protección y fomento a sus labores agrícolas, a condición garantida de residir allí por dos años, cuando menos. Los civiles, en igual caso, percibirán el sueldo de seis meses.

3º Se autoriza al Presidente de la República para conceder dos medallas de oro, de primera clase, dos de segunda y dos de tercera, de igual material, a los militares o civiles que más se distinguieren en cualquiera de ambos grupos de la expedición, terminada que fuese ésta con feliz éxito, acordando los emblemas e inscripciones que han de grabarse en ellas. Los demás expedicionarios obtendrán un diploma de honor, que acredite la gratitud nacional por su abnegación y civismo.

4º Los Jefes, Oficiales y tropa de línea en actual servicio, que dejaren de concurrir a esta campaña, por hallarse en comisión militar activa o destinados a la guarnición de las plazas, en el sostén del orden y de la tranquilidad pública, tendrán, por premio, igual derecho que los expedicionarios a la adjudicación de las respectivas hectáreas.

5º Si alguno de los expedicionarios militares o civiles llegare a fallecer durante la campaña o por consecuencia de ella, sus herederos forzosos tendrán derecho al goce de terrenos, que establece el primer inciso del artículo tercero.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su promulgación y cumplimiento.

La Paz, Octubre 26 de 1885.

Digitized by Google

Una huerta de Nucchu.

Digitized by Google

Digitized by Google

*
* *

Pero, este proyecto era demasiado atrevido y grande para que pudiese pasar.

Los padres de la patria debieron mirarse asustados. Unos dirían que la original idea del Presidente era una utopía. Otros invocarían la cuestión política, el orden público, la seguridad que estaba garantida por la presencia del mandatario. Cómo dejarlo irse, a abrir caminos e ir llevándose al ejército? No faltarían quienes pensasen que no se les debía hacer trabajar a los soldados como a los obreros. Acaso también se invocó la pobreza del Erario nacional, siendo así que el Presidente apenas pedía algo más de doscientos mil pesos.

El hecho fué que el proyecto presidencial se quedó aquel año en la Cámara sin que ella se pronunciase sobre él.

Y lo mismo pasó en el año siguiente (1886) a pesar de la insistencia del mandatario.

Tiene gran interés una carta que a este propósito escribía Pacheco a don Aniceto Arce, a Santiago, en dicho año.

Decíale, entre otras cosas:

«Camino al Paraguay.

«Terminaron sus sesiones nuestras famosas Cámaras sin ocuparse de esta importante empresa, sin proporcionar medio alguno ni aún para principiar su ejecución. Veremos si en la próxima Legislatura se reunen hombres que se preocupen del bien del país, de sus bien entendidos intereses, de su porvenir. Intertanto, yo no desistiré de mi empeño, como usted me lo

Digitized by Google

Digitized by Google

*
* *

Pero, este proyecto era demasiado atrevido y grande para que pudiese pasar.

Los padres de la patria debieron mirarse asustados. Unos dirían que la original idea del Presidente era una utopía. Otros invocarían la cuestión política, el orden público, la seguridad que estaba garantida por la presencia del mandatario. Cómo dejarlo irse, a abrir caminos e ir llevándose al ejército? No faltarían quienes pensasen que no se les debía hacer trabajar a los soldados como a los obreros. Acaso también se invocó la pobreza del Erario nacional, siendo así que el Presupuesto apenas pedía algo más de doscientos mil pesos.

El hecho fué que el proyecto presidencial no pasó aquel año en la Cámara sin que ella se pronunciase sobre él.

Y lo mismo pasó en el año siguiente (1886), a pesar de la insistencia del mandatario.

Tiene gran interés una carta que a este respecto escribía Pacheco a don Aniceto Arce, con fecha de dicho año.

Decíale, entre otras cosas:

«Camino al Paraguay.

«Terminaron sus sesiones nuestras Cámaras sin ocuparse de esta importante [illegible] porcionar medio alguno ni aun [illegible] cución. Veremos si en la [illegible] unen hombres que se [illegible] sus bien entendidos in[illegible] to, yo no desistiré d[illegible]

Digitized by Google

aconseja; haré cuánto de mí dependa para llevarla a cabo. Si mis circunstancias fueran otras, acometería la empresa con mis propios recursos, despreciando la miseria de estos menguados, que solo merecen Gobiernos dictatoriales como los de Belzu, Melgarejo y Morales».

* * *

Duras son ciertamente estas palabras de Pacheco respecto de los representantes nacionales; pero, la verdad es que en el Parlamento no hubo una sola voz que se alzase categórica y recta, ya para acoger el proyecto en cuestión si lo encontraba conveniente y realizable, o ya para impugnarlo si se le consideraba un proyecto sobrado inconsulto y aún descabellado.

Cierto es que la opinión pública en general lo recibió con alborozo y que en el ejército, que representaba en el proyecto un rol tan transcendental, hubo gran entusiasmo por cumplir el pensamiento presidencial.

Pero eso no bastaba.

Debían las Cámaras pronunciarse; debía conciliarse ese pensamiento con la constitución política del país que no había previsto un caso de esta cuenta; debían, en fin, por acción solidaria y ajena a cuestiones de política interna, los representantes nacionales secundar un proyecto ligado íntimamente a la vitalidad del país.

Pero no fué así.

El proyecto presentado a la Cámara de Senadores pasó a una comisión; y allí se quedó definitivamente.

Por lo menos yo, después de revisar el libro redactor de la Cámara de Senadores, de 1885, no he hallado nada a este respecto.

Digitized by Google

Y como el mismo Pacheco, después de insistir en el año siguiente (1886) para que la legislatura se ocupase de su iniciativa, ya en la de 1887, no dice nada, colijo que, acaso se dieron pasos extraoficialmente para disuadirlo de ella.

En cambio, en el tercer año de la administración de mi héroe (1887) se organizó la expedición Thouar, la que fué desde Sucre a Lagunillas para pasar de allí a Puerto Pacheco perforando el Gran Chaco. Posible es que esa expedición hubiera sido una prosecución de la idea primitiva de Pacheco.

Y es sabido que esa expedición, no obstante de hallarse encabezada por un hombre de ciencia, fracasó completamente, sin pasar siquiera de las puertas del Chaco.

Lo que tal vez haría deducir a muchos que Pacheco no hubiese podido llevar su propósito de abrir el camino carretero de Sucre al Paraguay, una vez que la parte desconocida del Chaco parecía inexpugnable. Pero, aquí cabe hacer notar inmediatamente que, apenas unos meses más tarde de la expedición de Thouar, quedó perforado el Gran Chaco de parte a parte, sin necesidad de amplios estudios de ingeniería, y merced únicamente al tesón de dos jóvenes sin pretensiones: Cristián Suárez Arana y Zenón Calvimontes, quienes, siguiendo la ruta que antes trazara la Empresa Nacional del Oriente organizada por el bravo Miguel Suárez Arana, consiguieron empalmar sus diversas secciones desde Puerto Pacheco, el cerro San Miguel y el Izozo, sin más que un puñado de valientes peones y sin gastar ni la sexta parte de lo que había gastado la expedición fracasada de Thouar, (esa expedición costó sesenta mil bolivianos).

Digitized by Google

Más aún: Zenón Calvimontes, después de llegar a Sucre desde Puerto Pacheco, atravesando el Gran Chaco por el camino abierto por él mismo y sus abnegados compañeros, decía esto:

«Con muy poco esfuerzo se puede habilitar ese camino para carretas hasta Lagunillas (desde Puerto Pacheco). Calculo que costará de 50 a 60 mil bolivianos, en tres meses de trabajo, poniendo 300 hombres».

Podemos imaginar lo que pudo hacer Pacheco, si se hubiese acogido su original y grandioso proyecto.

En su carta a don Aniceto Arce que he citado (carta de 1886) dice también lo siguiente:

«Son exactas las observaciones que se sirve usted hacerme respecto de la deficiencia de mi presupuesto para toda la obra del camino carretero; pero es porque no lo he informado a usted de mi plan de trabajo, como lo hago ahora en pocas palabras. Yo no me he preocupado absolutamente de la parte del proyecto desde Sucre a su frontera conocida y medio poblada; mi plan ha sido lanzarme a descubrir la incógnita, esto es, la parte desconocida del desierto, desde la frontera de Sucre hasta el río Paraguay, y ha sido por sólo este proyecto el presupuesto que usted conoce, razón por la que no ha encontrado usted en él materiales para puentes, ni partida de estudios de ingenieros. He creído y creo, que una vez salvada la parte desconocida, ese abismo de temores, de dudas e incertidumbres, lo que estaba seguro de hacerlo en seis meses de trabajo constante, el camino carretero era un hecho, trayendo del Oriente con más facilidad y economía en carros, todo lo necesario para complementar la obra en la parte montañosa de nuestra frontera hasta Sucre que, a mi juicio, es la más difícil. Obrando así, a ciencia cierta, venía a imponerse

Digitized by Google

la ejecución de la obra, por la presión que ejercería el pueblo en masa sobre el cuerpo legislativo y Gobierno; tales son mis convicciones».

Dejo al lector sereno y concienzudo hacer las consideraciones que fluyen de la lectura de esta carta. Por ellas se ve la valentía y clarividencia de mi héroe. Para él en sólo seis meses se habría despejado la incógnita del Chaco; y así habría sido, sin lugar a dudas, tratándose de un hombre perseverante y activo como lo era Pacheco. Y en cuanto a la idea de abrir primero la vía carretera del Paraguay a la frontera de Sucre, para seguir recién después de aquélla a ésta, sería hasta insulso negar su oportunidad y conveniencia en esos tiempos.

XL

Ya sé que parecerá extraña a muchos la insistencia con que me detengo en este proyecto de Pacheco, y precisamente un proyecto que no llegó al terreno práctico, cuando apenas he enseñado someramente otros tópicos llevados a la realidad durante su administración presidencial. Pero es que, realmente, según ya lo he dicho, tal proyecto, que se quedó escrito, encerraba, a mi juicio, lo mejor que pudo hacer Pacheco como Presidente de Bolivia; y fué sencillamente lamentable dejarlo sin ejecución.

Y en verdad, con sólo realizar tal desiderátum, Pacheco habría hecho más que cualquiera de los otros gobiernos, aún de los mejores de la República. Y aunque su programa político no hubiese invocado más que este solo tópico, él era suficiente para acreditarlo, y una vez realizado para llenarlo de gloria.

Digitized by Google

Una comunicación de Sucre a Puerto Pacheco, vale decir del corazón y el cerebro de la República hacia su extremo oriental que podía considerarse como su miembro más necesario, como un brazo irreemplazable, significaba una de las evoluciones más transcendentales en la historia de Bolivia.

Evolución en lo interno y externo; en la vida íntima del país y en su vida de relación; en la industria y el comercio; en la hechura, en fin, de la verdadera nación.

Cerrado para Bolivia el Pacífico, se abría una puerta al Atlántico. Bolivia se aproximaba a Europa. Se integraba el país con uno de sus miembros más distantes. Se llevaba el aliento nacional a la selva desierta y enigmática que ahora mismo no sirve al Estado para nada. Se comenzaba la explotación colosal de una mina que vale por el gran Potosí y todas las demás de Bolivia. Se unía la estepa helada y yerma con la llanura pletórica de vegetación y de vida. Se atraía al inmigrante. Se ponía de una vez para siempre en Puerto Pacheco la bandera nacional que no podrían arriarla los filibusteros que en los lugares semi desiertos o abandonados suelen poner fácilmente su planta insolente y audaz. Y, se abriría, en fin, una era de progreso industrial y comercial, de ponderación de las fuerzas dispersas del país, de riqueza, de consolidación nacional, cual nunca se habría visto en su seno.

Esto y mucho más significaba el proyecto de Pacheco.

Hoy, a la distancia de treinta años se puede apreciar su magnitud, y uno se queda acongojado y lleno de admiración de que no se le hubiese llevado a la realidad a cualquier costo.

Y entre tanto, ¿qué ha pasado en esos treinta años?

Digitized by Google

Triste es decirlo.

Ha pasado que las cosas están como estaban entonces...

Pero, ¿qué digo? Están peor.

Puerto Pacheco se ha perdido. El Chaco, que ya fué perforado, ha vuelto a cerrarse. Las riquezas vírgenes de esas regiones continúan vírgenes...

Y nosotros, indiferentes a esto, paseamos con los ojos por otras partes, o permanecemos con los brazos cruzados ante un asunto que, si fuésemos más avisados y previsores, debiera constituir nuestra más grave preocupación.

En verdad, esto parece increíble y, sin embargo, es así.

Pero, volviendo al proyecto de mi personaje, ¿quién se ha ocupado de juzgarlo, de criticar sus partes vulnerables o enaltecer las dignas de encomio? ¿Quién?

En la actualidad, ese proyecto ni siquiera es conocido. El no está ni siquiera inscrito en la historia. El se quedó como cualquier papelucho más o menos insignificante, y apenas el interés de algún bibliófilo o de un mero curioso, como el que escribe estas líneas, puede ir a encontrarlos entre el fárrago de documentos olvidados o por olvidarse.

XLI

Debo terminar esta parte de mi libro referente al período presidencial de Pacheco.

En Agosto de 1888, entregaba las insignias de Presidente de la República; y al concluir su Mensaje al Congreso, decía estas palabras, que bien vale la pena de transcribirlas en este libro.

Digitized by Google

«Honorables Senadores y Diputados:

«Está terminada mi honrosa tarea de daros cuenta de mis actos.

«Residenciad mi conducta política y administrativa, mediante la acción del Ministerio Público, que establece el artículo 121 de la ley fundamental del Estado.

«Hallaréis errores u omisiones involuntarias en la gestión de los negocios e intereses públicos, como tributo común a la insuficiencia humana; pero no encontraréis un sólo caso de peculado o de dilapidación de los dineros del Fisco, cuyo manejo durante el cuatrienio ha corrido aún a cargo de mis adversarios políticos, como una garantía de mi fiel administración de la hacienda nacional.

«Pronunciad vuestro solemne VEREDICTO con espíritu imparcial, pero enérgico, cual cumple a la majestad de la Representación Nacional; y estad seguros de que, descendiendo de la altura del Poder Supremo, ocuparé el banco del acusado, con la tranquilidad que inspira la conciencia del hombre honrado: título a que jamás he podido renunciar.

«Durante mi Mandato, las Cámaras me dieron público testimonio de alta confianza, dejando idemne mi persona, al acordar censura a incidentes de mera política del Ejecutivo, conforme a nuestra Carta: justo homenaje al primer Magistrado de la República; pero el escenario ha cambiado; porque las Cámaras de hoy, tienen derecho, a la vez que el deber, de examinar los actos de mi administración en los respectivos ramos de los Ministros de Estado, con quienes el Presidente de la República es conjuntamente responsable, para dar fiel aplicación a los artículos 60 y 64 de la Constitución, a fin de fundar, de una manera práctica, la responsabi-

Digitized by Google

lidad legal del Mandatario Supremo y de los Ministros de Estado. Es por tan poderosos motivos que yo os pido, Honorables Senadores y Diputados, que seáis inexorables en el uso de ese derecho e inflexibles en el cumplimiento de este deber, dando estricto lleno a las prescripciones constitucionales.

«Para desprenderme de las insignias del Poder Supremo que invisto, espero solamente que proclaméis a mi sucesor y señaléis el día en que ha de realizarse la augusta ceremonia de la transmisión legal de éllas.

«Al cambiar esas insignias por los instrumentos de la industria, volveré tranquilo a mi hogar y a las faenas ordinarias del trabajo, a que estoy acostumbrado, y que por rudas que sean, ofrecen menos inquietud y sinsabores que la vida pública; volveré sin ningún remordimiento que acibare mis días y sin que ningún espectro levantado de patíbulo político turbe mi sueño.

«Os devolveré, gustoso, estas insignias sagradas que, para gloria de Bolivia y honra de mis hijos, no están salpicadas de sangre hermana, ni bañadas con lágrimas de viudas y huérfanos, durante mi administración constitucional»

* * *

Como se ve, Pacheco, al dejar el solio presidencial, sentíase muy satisfecho y podía decir a sus conciudadanos que no había cometido ningún peculado, que no había levantado ningún patíbulo y que no había hecho llorar a huérfanos y viudas.

Esas pocas palabras le pintan de cuerpo entero y, en el fondo, resumen todo su programa político. Ellas se

Digitized by Google

condensan en esta simple fórmula: honradez y bondad.

He ahí lo que caracterizó su administración.

Lástima, sin embargo, que no se hubiese añadido a esa fórmula esta otra cualidad que tanto distinguió a Pacheco en sus asuntos privados: la energía.

XLII

Al dejar la presidencia, en 1888, tenía Pacheco sesenta y cinco años.

Y por su suerte, aún se sentía vigoroso y lleno de buena voluntad para continuar con su antigua vida de hombre trabajador y siempre listo para ocuparse de negocios.

Y en verdad que bien necesitaba proceder así.

Económicamente, la presidencia había sido para él un desastre.

Cuando subía al poder, su fortuna se avaluaba en cinco millones de bolivianos; cuando descendía de él no tenía ni uno.

Todas sus propiedades agrícolas y mineras habían venido a menos. Las famosas minas de Lípez, en que cifrara tantas esperanzas, habían fracasado. Guadalupe reconocía una fuerte deuda. En Huanchaca ya no tenía sino pocas acciones. Ninguna, pues, de esas minas le daba dividendos. Añádase a esto la quiebra de la casa Artola Hermanos, en París, en que Pacheco perdió cerca de 400,000 francos. Y, en fin, su cuenta particular en el Banco Nacional estaba al *Debe* en la suma de doscientos cincuenta mil bolivianos.

Necesitaba, pues, Pacheco, no obstante su edad, trabajar arduamente para rehacer siquiera en parte su for-

Digitized by Google

tuna, ya que durante su presidencia había descuidado casi por completo la dirección de sus negocios.

Y a ello se consagró decididamente.

La presidencia, con todos sus inciensos y sus halagos y sus pompas, no le había enervado.

Al contrario, una vez fuera de ella, empezó para él la actividad al aire libre, fuera de las paredes del palacio en que se ahogaba.

Desde luego visitó sus fincas. Después fué a las minas de Colquechaca y en seguida a Guadalupe.

Y en Guadalupe permaneció varios meses ocupado en los trabajos mineros y en medio de la modesta sociedad de sus obreros, él, que acababa de ser jefe de una nación.

A fines de 1890, pasó de Guadalupe a Antofagasta en alcance de su familia que regresaba de Europa. Ya sabemos que ella había ido allí poco tiempo antes de que Pacheco escalase al sillón presidencial (1883). De modo que, ahora, don Gregorio llegaba a ver a su esposa y a sus hijos después de luengos años de separación. ¡Cuánta dicha para él y cuánta compensación después de las agitaciones de su vida de presidente, todo absorto en la política y los negocios de Estado!

De Antofogasta, ya reunido con su familia, se fué a Guadalupe, no sin haber quedado por algún tiempo en el mineral de Huanchaca, donde su esposa estuvo gravemente enferma.

Y en las minas de Guadalupe estuvo acompañado de los suyos por un año, dedicado enteramente al trabajo, hasta que se restituyó con ellos a Sucre, a fines de 1891.

Digitized by Google

XLIII

Pero hay que decir aquí que, por mucho que Pacheco hubiese regresado a su antiguo centro, esto es, a las minas, a lo que le daba ganancias económicas efectivas y a lo que era el punto de convergencia de sus naturales inclinaciones y simpatías, ya no pudo ser indiferente a la política. Esta se le había entrado al alma, con tanta mayor fuerza cuanto más desdeñada fuera en pasados tiempos. ¡Curioso fenómeno! Y, bajo tal influencia, Pacheco ya no pudo menos de prestar atención a las sugestiones que, desde poco tiempo después de dejar la presidencia, empezaron a llover sobre él de parte de muchos, en el sentido de que volviese a figurar como candidato para el período presidencial siguiente al de don Aniceto Arce.

El país soportaba muy mal la administración de éste. Haciendo vivo contraste con la de Pacheco durante la cual, según ya he dicho, no se había producido ninguna lucha intestina, ningún derramamiento de sangre, apenas ocupó Arce la primera magistratura, ocurrieron los movimientos subversivos, empezando con la sangrienta revuelta del 8 de Septiembre, en Sucre, a los pocos días de haberse posesionado Arce de su alto cargo y en la misma población que era la sede de su poderío y de su prestigio. Y después de este motín vinieron otros, y el país se tornó en el antiguo foco de conspiraciones que le caracterizaron durante toda su vida republicana, con sólo la pausa de los cuatro años de la administración Pacheco. La presidencia se volvió un tormento para don Aniceto Arce. Perdió su tranquilidad. Se había hecho odioso para una gran fracción del

Digitized by Google

pueblo boliviano. Se le calificaba de perverso, de vengativo, de déspota (1). Se le acusaba de traidor a su patria por su actitud en la guerra del Pacífico. Se le pintaba, en fin, como a un verdugo.

Y el caso es que Arce no era comprendido.

Como muchos otros hombres superiores que se adelantaron a su medio y a su época, Arce tuvo que luchar a brazo partido contra la hostilidad y la inconsecuencia de los mismos a quienes quería hacer el bien, y durante toda su administración, según la expresión de uno de sus biógrafos se vió obligado a tener una de sus manos ocupada con el arma para defenderse, mientras con la otra manejaba los instrumentos de trabajo en provecho de su país.

Como Pacheco, Arce, antes de alcanzar a la presidencia, había llegado a ser, merced a sus dotes personales, el primer industrial de su patria. Y aún en su misma niñez, había mostrado aquella brava abnegación que hemos visto en Pacheco. Había pasado por grandes dificultades, pero a diferencia del otro había podido ser llevado a los colegios de las ciudades donde pudo seguir una carrera. Luego, desde muy temprano, empezó a figurar en la vida pública y se mezcló en los asuntos políticos de su tierra, lo que le ocasionó terribles aventuras. Desterrado en una de esas ocasiones y siendo aún muy joven, había hecho una travesía asombrosa, desde las fronteras orientales del país hacia el Perú, y de aquí a Chile, a la provincia de Coquimbo donde se dedicó a las minas, trabajando en sus comienzos en calidad de peón.

(1) Don Alberto Gutiérrez, en un libro "Hombres y cosas de ayer" ha consagrado a don Aniceto Arce un interesantísimo trabajo bajo el título de "El tirano de la Florida" que fué uno de los sobrenombres dado en su tiempo a este personaje.

Digitized by Google

Y de peón, andando el tiempo, llegó a ser el famoso industrial que fué, y el Presidente de la República.

Y, como Presidente de la República, fué de los mejores, y con seguridad, inmensamente superior a los más prestigiosos caudillos que han ocupado tal cargo; pero también es la verdad que estuvo por muy debajo de ellos respecto del aprecio de sus conciudadanos. Comparado por ejemplo con uno de sus contemporáneos, con mi biografiado, don Gregorio Pacheco, resultaba don Aniceto Arce, en escalón muy inferior respecto de popularidad. Pacheco era un ídolo de las multitudes; Arce no. Y era que desde los rasgos físicos de ambos personajes, hasta su trato personal, ya que Arce tenía una figura nada arrogante (1), y además sufría de accesos nerviosos tremendos que lo hacían irascible y desigual de humor, mientras que Pacheco era de esbelto y simpático continente y de modales suaves e insinuantes, había gran distancia entre uno y otro tocante a condiciones individuales para atraerse la popularidad.

Resultado: que mientras para Pacheco fué la presidencia, algo así como un paseo triunfal, por una vía ancha y fácil, donde se le veía como a un hombre paternal, para Arce fué una vereda penosa, erizada de obstáculos, en la que corrió abundante la sangre humana y hubieron destierros, y el mandatario, no obstante su buena índole natural, debió recurrir a medios de represión que le apenaban y hasta llegó a ser la víctima de los intrigantes políticos que lo hicieron suspicaz, caviloso y cruel.

En estas condiciones, llegó en Bolivia la época de las elecciones presidenciales.

---

(1) Uno de los apodos más socorridos de Arce en el pueblo era el de "Monolito".

Digitized by Google

El partido liberal, vencido en las dos elecciones anteriores, cuando la de Pacheco y la de Arce, tornó a proclamar por tercera vez, a su jefe el General Eliodoro Camacho, como candidato. El partido constitucional lanzó a la arena el nombre del insigne orador, don Mariano Baptista, cuya candidatura fué auspiciada por el presidente Arce. Y el partido demócrata que, en las dos últimas elecciones, había estado unido al constitucional para dar el triunfo a Pacheco y Arce, proclamó por una gran mayoría de sus adeptos, nuevamente, a aquél como su candidato.

Y hélo, así, a Pacheco, embarcado por segunda vez, en lo que llamaremos su segunda aventura política.

Tengo a la vista una carta que me parece muy reveladora del modo de pensar de mi héroe en aquellas circunstancias, por lo que copio de ella los párrafos siguientes:

«Mis aspiraciones—decía Pacheco—son ahora por que el partido demócrata que me elevó a la Presidencia se reorganice como fuerza social, como elemento necesario a la conservación de la paz pública, como guardián de las instituciones y como regulador del juego de los otros partidos».

XLIV

En aquellos días escribía Pacheco a Camacho entre otras cosas:

«Los resultados favorables de la cuestión electoral, creo yo que dependen en gran parte del patriotismo y desinterés de los bolivianos que deben subordinar sus apreciaciones de carácter personal y apasionado a los grandes intereses de la patria.

Digitized by Google

«Por mi parte, me encuentro en disposición de ceder el campo electoral en que se empeñan mis amigos, como lo tengo manifestado en más de una ocasión, a las conveniencias del interés público, alineándome en las filas de la oposición y poniendo al servicio de ésta toda la influencia de que puedo disponer; así como me honro en creer que Ud. hará lo mismo en homenaje de ese mismo interés público.

«Al opinar en este sentido tengo en mira la necesidad de conservar el orden público hasta el último extremo, en previsión de los desastres que nos reserva la guerra civil que necesariamente ha de producirse como consecuencia ineludible del triunfo de la candidatura oficial, y de emergencias internacionales que pueden alcanzar hasta al despedazamiento del territorio de la patria y la pérdida de la nacionalidad boliviana, aparte de la funesta reacción con que la intervención oficial amenaza al país».

Y en otra carta dirigida poco después al General José Manuel Pando, decía:

«Quedo sumamente reconocido a Ud. por el honroso juicio que me expresa de mi conducta con motivo de las gestiones para la realización de la unión de los dos partidos, a mi vez he tenido ocasión, con tal motivo, de apreciar su distinguido patriotismo, nobleza de sentimientos y elevación de ideas. Hemos trabajado sobre un propósito muy levantado, con convicción de encaminar el país, con él, a su más seguro, a su positivo bien; más, por desgracia sus últimas previsiones, expresadas en su estimable que contesto, se han realizado, en los términos de la carta que recibí del General, que ya conocerá Ud.; pero que se la remito consignada con mi contestación, en la prueba de galera que le adjunto, a fin

Digitized by Google

de que se digne Ud. apreciar nuestros sentimientos y la conducta que hemos observado en un asunto digno de mejor éxito. Es consoladora sin embargo la expectativa de que, como lo expresa Ud., la unión de los buenos bolivianos, de los ciudadanos desapasionados, no sólo de los partidos Liberal y Democrático en su mayoría, sino de todo lo que no es retrógado en el otro, existe para oponerse a la imposición oficial e implantación de un sistema de vergonzoso atraso, el Conservador; mas, desgraciadamente, esa unión que sólo es en principio, será de resultados negativos, porque la fuerza de los unionistas marcha al combate dividida en dos grandes grupos, e infaliblemente tiene que ser batida en detal por la del Gobierno, que es compacta y tiene unidad de acción».

Y en efecto, sucedió tal como lo aseguraba Pacheco, que, como veterano que había llegado por fin a ser en asuntos políticos, había visto muy bien el resultado que tendría aquella coalición, hasta cierto punto forzada, de los dos partidos, liberal y democrático.

Produjéronse las elecciones en Mayo de 1892 y los unionistas fueron batidos en detal por el partido conservador que había ido a la lucha eleccionaria fuerte y compacto.

Pacheco, personalmente, tuvo apenas 4.000 votos.

Bien es verdad que el partido unido contaba con la mayoría de Diputados en las Cámaras, pero para deshacer esa mayoría vino lo que se ha llamado el "golpe de Estado del 5 de Agosto", mediante el cual quedaron eliminados, en masa, 21 de esos diputados, proclamándose por los conservadores aquélla fórmula que ha llegado a hacerse célebre en el país: "el sitio no cobija inmunidades".

Digitized by Google

Y lo que es Pacheco, con esta lección más, recibida cuando ya bordeaba en los setenta años, debió quedar escarmentado de intervenir nunca más en la zarabanda electoral.

Y en cuanto al partido democrático, claro es que se extinguió con el retiro de su jefe del tinglado político.

Pero el papel regulador entre los otros partidos que Pacheco quería hacer jugar al suyo, no pudo mantenerse mucho tiempo.

Pronto vino una curiosa evolución—¡Oh, evolución de la política!—Los partidos liberal y demócrata marcharon a la unión para combatir al partido conservador.

Y de esta suerte, Pacheco, jefe del partido demócrata que había subido al poder mediante una transacción con Arce, jefe del partido constitucional, ahora aparecía ligándose a Camacho, jefe del partido liberal.

El célebre publicista conservador, don Luis Paz, dice a este propósito refiriéndose a Pacheco:

«Fué un mandatario legal y honorable, de genial simpático que se dejó seducir con los halagos de su popularidad y cometió el error de aceptar una coalición imposible con el partido que le combatió en su administración».

¿Pero, cuántas evoluciones aún más "imposibles" que ésta se suelen producir dentro de la política?

Así, ¿nó hemos visto, hace poco en Bolivia, la coalición de una gran fracción del partido liberal, con el partido conservador, (bajo el nombre de partido republicano, para combatir al llamado liberal doctrinario), coalición que ha dado lugar a una revolución y ha llevado a la Presidencia a una de sus jefes, escindiéndose en seguida en nuevos grupos borrosos que hoy se com-

Digitized by Google

Vista general de Tatasi.

Digitized by Google

Digitized by Google

baten entre sí mismos en una forma nada edificante para la Nación?

¡Oh evoluciones de la política!

XLV

Afortunadamente para el insigne industrial, y como una compensación de sus contrastes desgraciados en la política, las minas de Tatasi y Portugalete, después de largo tiempo de malestar, entraron nuevamente en bonanza en aquel año de 1892 y supieron aliviar en mucho con sus fuertes productos la situación apurada de Pacheco, quien pudo merced a esto, pagar la deuda de Guadalupe y recibir gruesos dividendos.

En el año siguiente, se trasladó nuevamente Pacheco, de Sucre a las minas, con parte de su familia.

Y allí permaneció por largo tiempo dirigiendo personalmente los trabajos.

Allá en las minas, en medio de sus obreros que le llamaban su padre, y que en torno de él constituían su pequeña república, debía el buen anciano sentirse ciertamente mucho mejor que en medio de aquella otra república grande donde había ensayado un gobierno paternal, para que después no faltase quienes lo calificasen de "gobierno inútil".

Un distinguido personaje que lo conoció íntimamente y que vivió junto a él en los tiempos a que me refiero, dice lo siguiente, que creo, está extrictamente ajustado a la verdad:

«Ejercía una autoridad paternal y caritativa; no podía ver desgracias entre los que llamaba sus hijos que siempre encontraban en él, un apoyo eficaz en sus penas. He aquí como se explica que tantos trabajadores

Digitized by Google

y empleados consagraran su existencia entera a la Compañía, y que muchos tuvieran 20 a 25 años de servicio en ella. Todos hubieran dado gustosos, su vida por él. Era el socialismo llevado al terreno práctico. Participaban de esta decisión hacia el señor Pacheco, se puede decir, todos los pobladores de esta provincia, ricos y pobres; con un cariño respetuoso, lo llamaban Don Goyo, expresión familiar muy significativa. Con razón decía él, como se lo he oído repetidas veces, que en ninguna otra parte podría morir con más tranquilidad y consuelo que en estos lugares, en medio de gente tan leal y tan decidida por él.

«Si algunos de sus favorecidos le fueron ingratos, cuando ya no le sonreía la fortuna, constituyen raras excepciones. No me refiero a sus protegidos en política.

«La Compañía sostuvo, aún en sus épocas difíciles, buenas escuelas en todas sus secciones de trabajos, tanto en las agrícolas como en las mineras, de donde resulta que, en la actualidad, son muy raros los analfabetos entre los numerosos colonos de las fincas. El servicio médico no era menos bien establecido, atendido por profesionales competentes, con boticas debidamente provistas (1).

«El carácter bondadoso del señor Pacheco y sus sentimientos generosos, no eran incompatibles con la energía necesaria para mantener la disciplina indispensable en esta clase de faenas, a cuya dirección prestaba una atención inmediata. Hacía frecuentes visitas a las minas y, con sus cualidades naturales de industrial y sus completos conocimientos de ellas, resultaban siempre acertadas las indicaciones que hacía para el plan de traba-

(1) En la Compañía Guadalupe había tres médicos: uno en Guadalupe, otro en Tatasi y otro en Oploca.

Digitized by Google

jos que debía seguirse. De ahí que, en los momentos difíciles, se esperara sus visitas con tanto interés.

«Jamás demostraba desaliento; cuanto mayores las dificultades, mayor era su empeño, tratando siempre de levantar el ánimo del personal dirigente.

«Sólo los que como yo, lo han conocido de cerca y en la intimidad, han podido apreciar debidamente sus cualidades como hombre y como industrial. Como hombre, siempre de sentimientos elevados, leal y sincero en sus amistades, defensor acérrimo del obrero y del indio; caritativo hasta la exageración, aún después de que lo abandonó la fortuna; dispuesto siempre al perdón de una falta. Como industrial, basta ver sus obras y sus resultados, que subsisten y susbsistirán aún mucho tiempo, para juzgar su valor».

XLVI

Pero la bonanza de las minas a que me he referido anteriormente no duró mucho tiempo. Después de un buen plazo de una explotación alucinante, las vetas empezaron a desmejorar a medida de avanzar en profundidad, y, en consecuencia, el costo de los trabajos se fué haciendo mayor. Y añádase a esto una fuerte baja que se produjo en el valor de la plata en los mercados extranjeros. Todo lo cual reunido, acabó por quitar a Pacheco las utilidades que estuviera percibiendo y le obligó al fin a reducir en mucho los trabajos, mientras volviese a subir el precio del indicado metal.

Fué una situación aflictiva, una de tantas por las que había pasado Pacheco, pero que, en el tiempo a que me refiero resultaba más triste puesto que le hería en su vejez, cuando ya no podía desenvolver la misma fuer-

Digitized by Google

za y diligencia que en los tiempos de su juventud y su madurez.

Y sin embargo, ¡cómo supo afrontar Pacheco esa situación y cómo supo mostrarse siempre inquebrantable en el trabajo!

Tenía más de setenta años y aún mostraba la energía de veinte. No desmayaba. Un tesón increíble, algo que ya tocaba los lindes de la manía, le arrastraba a seguir escarbando las entrañas de aquellas tierras de Portugalete que ahora se le mostraban mezquinas. Quizás si aún soñaba con que de repente ellas volverían a reventar en un derroche del blanco metal. El alma del minero siempre resurgía en él. ¿No había hecho en cuarenta años de trabajo allí, tantos hallazgos prodigiosos?

Pero, infelizmente, eso ya no se realizó durante los pocos años más que vivió Pacheco, de manera que esos años fueron de lenta, paciente y vana expectativa.

XLVII

Y escrito estaba que además de los golpes materiales con referencia a las minas, caerían sobre mi héroe otros mucho mayores en el orden afectivo.

En 1896, hallándose en Guadalupe, recibió la noticia de una grave enfermedad de su hijo mayor, Fernando, que estaba con el resto de la familia en Sucre.

Y aquello hizo una impresión atroz en Pacheco. Recordemos que hasta entonces había perdido siete de sus hijos en diferentes circunstancias, algunas de ellas verdaderamente lamentables, y esto había dejado en su temperamento una huella profunda de temor y sobresalto respecto de los cuatro que le quedaban.

Ahora bien, al saber la terrible noticia referente a

Digitized by Google

Fernando, quizás un negro presentimiento mordió el corazón del buen padre, e inmediatamente se puso en marcha a Sucre.

Tenía entonces 73 años y se dió a correr como un muchacho. En solo tres días, por caminos temibles, en pleno invierno, sufriendo mil penalidades, hizo a lomo de caballo los trescientos sesenta kilómetros que hay de Sucre a Guadalupe. Admirable demostración de resistencia que nos demuestra como era, material y moralmente, aquel hombre.

Pero, todo fué en vano.

Pacheco llegó a Sucre, y sólo halló en su desolado hogar los restos inertes del amado pedazo de su corazón.

Fernando había muerto.

Y había muerto no siquiera en sus brazos; no como aquellos otros a quienes él mismo ayudó a franquear el paso terrible de la vida a la muerte; no como aquel chicuelo Domingo que se extinguió acariciando a su padre, ni como aquel pobre joven Manuel que en la soledad tétrica del Tacora se extinguió tambien bajo la mirada azul y llorosa del anciano.

Este episodio de la muerte de Fernando y de la venida de su padre a Sucre a encontrar ya sólo su cadáver, paréceme hondamente patético.

Veo al pobre viejo galopando como un robusto mancebo por las glaciales llanuras, las altas y abruptas cordilleras, las profundas quebradas, las laderas bordadas de espantosos precipicios, creyendo que acaso iba con su aliento a volver la vida a su hijo.

Véolo con el alma angustiada, volviendo sus ojos al cielo, orando fervorosamente, pidiendo al Dios de la infinita misericordia que no descargase otro golpe más sobre su atribulado aunque fuerte corazón.

Digitized by Google

Lo veo, sí, pasar como una exalación, como una sombra, como un loco ...

Y, después, lo veo ante un cadaver... el cadaver de su hijo.

Y se aumenta aún más lo patético del caso para mi imaginación, recordando algo que quiero anotar en este lugar:

Hacía veinte años, en 1877, que Pacheco hallándose también en Guadalupe había escrito a Fernando, que era entonces, niño de 13 años, la siguiente carta:

Guadalupe, 30 Mayo 1877.

Señor D. Manuel Fernando Pacheco.

Sucre.

Salud, amigo mío, en este día, año XIII de tu natalicio. Te consagro en él todo mi pensamiento, dando gracias al Señor por el bien que me ha concedido de conservarte para mi compañero y mi consuelo, haciéndome fundar en tí la esperanza de la familia.

En razón de que eres el mayor de entre mis hijos varones, dotado de una inteligencia clara y de buenos sentimientos, eres tú, naturalmente, el llamado a representarme en nuestro hogar, no solamente en mis ausencias temporales, sino con mucha más razón, en mi ausencia eterna, cuando haya terminado la jornada de mi peregrinación en la transitoria vida que atravesamos.

Predestinado como estás a sucederme, ¿cuál debe ser tu conducta, desde ahora, niño, para cuando seas hombre?

1º Amar, respetar y obedecer a tu madre, reconociendo que es para tí, una segunda Providencia en la tierra, porque a nadie debes más que a ella.

Digitized by Google

2º Desde ahora, niño, acostúmbrate a no ser el émulo, el rival de tus hermanitos: por el contrario, trátalos con benignidad, tolerando sus pequeños defectos de niños y corrigiéndolos con benevolencia; y a tus hermanitas, conságrales cariñosa ternura.

3º Cultiva con esmero la inteligencia clara con que Dios te ha dotado, y ejercita tus buenos sentimientos, basándolos siempre en la sublime religión que te están legando tus padres.

4º Ama desde ahora la virtud del trabajo lícito, por que es la cuna de todo lo bueno, porque dignifica al hombre, le hace independiente y le proporciona la inmensa satisfacción, la mayor en la vida, de ser útil y hacer bien a sus semejantes.

Si cumples estos pocos preceptos, que por ahora y sólo con relación a tu edad te impone tu padre, sabes ya el premio que Dios tiene ofrecido a los buenos hijos, y en segundo lugar, habrás colmado todas mis esperanzas siendo el protector de la familia cuando llegues a ser hombre; poniéndote a la cabeza de los negocios de la casa; y por fin, constituyéndote en amparo de todos los desvalidos que padecen, que gimen y lloran en la tierra, porque también son nuestros hermanos. ¡Cuán fácil es hacerse acreedor a merecer las bendiciones del Cielo, la estimación de los hombres de bien y la gratitud de los desgraciados! No son precisamente los bienes de la fugaz fortuna con los que se puede ejercer el bien; son, en verdad, un medio; pero hay acciones filantrópicas de almas generosas que no tienen precio material por la inmensidad de su valor moral...

Conserva, hijito, esta carta, por que llegará día en que le des más importancia de la que ahora te permita darle tu poca edad.

Digitized by Google

En mi impotencia para procurarte tanto bien como el que te deseo, apelo a la potestad de padre, que Dios me ha dado sobre tí, y en su nombre te bendigo.

A Dios, hijito; tu amante viejo papá.

G. Pacheco.

Esta carta íntima revela las grandes esperanzas que cifraba Pacheco en su hijo Fernando, aún desde los primeros tiempos de éste.

«Eres tú, le dice, el llamado para representarme en nuestro hogar no solamente en mis ausencias temporales, sinó con mucha más razón, en mi ausencia eterna».

Y ahora era ese hijo el que se adelantaba en esa ausencia... ¡Terrible disposición del destino!

Este golpe cruel dejó tan lacerada el alma del padre, que muy difícilmente pudo recobrarse. Habíale tocado la amarga misión, de ser el enterrador de ocho de sus hijos; pero siquiera en los primeros se trataba de niños de corta edad y él se hallaba en la fuerza de la juventud o de la virilidad. Después, la tragedia del Tacora, había sido para él una prueba cuya impresión acibaró atrozmente su naturaleza; pero entonces siquiera tenía veintitrés años menos. Ahora, en cambio, la cobardía del destino se ensañaba sobre una cabeza blanca y sobre un corazón ya próximo a romperse.

XLVIII

Por aquel mismo tiempo, y a poco de la muerte de su hijo Fernando, le tocó a Pacheco llenar también una muy triste pero noble misión.

El viejo General Campero, con quien según ya he

Digitized by Google

dicho hacía mucho tiempo que se hallaba distanciado por una desgraciada cuestión de intereses, había caído mal enfermo. Súpolo Pacheco, y haciendo a un lado sus hondos resentimientos, fué a ver a su primo y lo halló, en efecto, ya próximo a despedirse del mundo, pero aún en el ejercicio de sus facultades. Los médicos lo habían desahuciado. Campero pasaba ya de los 83 años.

Y entonces, sonó otra vez entre los dos patricios después de muchísimos años aquella noble palabra que en su niñez y juventud se dijeran siempre, cuando, según había dicho Campero, debían ser "uña y carne" el uno para el otro; pero que, por la interposición de mezquinos intereses, de rencillas transitorias, no la habían vuelto a pronunciar, por más que ella aún flotara en lo profundo de sus almas y contra los prejuicios de ellos mismos.

—"Hermano"—dijo Pacheco en aquellos solemnes momentos, con el corazón profundamente emocionado.

Y, "hermano" — contestó Campero desde su lecho de muerte.

Y un largo y patético abrazo de ambos hermanos selló su hermosa y noble reconciliación.

XLIX

Y en fin, éstas ya eran las últimas cuentas que estaba arreglando Pacheco en el libro largo y complicado de su vida.

Eran las últimas cifras, que debía marcar su mano ya trémula, esa mano que en otros tiempos supiera gravar en ese mismo libro, páginas de vida y de vigor.

Y una aún le faltaba, una de las más dolorosas.

Su esposa, la buena compañera de su existencia, con

Digitized by Google

quien hizo vida común durante cerca de medio siglo, también partió.

En Octubre del año 1898 la vió morir Pacheco en sus brazos.

Pero, ¿a qué detenerse más en este catálogo trágico?

¡Ay! y todavía me queda a mí, la triste tarea, de inscribir en él la postrera página; aún me queda el hablar de la muerte del héroe mismo de esta ya larga historia.

L

Pocos meses después de la muerte de su esposa, Pacheco resolvió viajar a las minas a seguir trabajando. Su familia se opuso a este viaje, porque notaba al anciano muy decaído, física y moralmente, con las últimas desgracias. Pero él estuvo firme en su empeño.

«Nos reunió,—dice en breves frases su hijo don Gregorio, mi distinguido amigo, que me da estos datos—nos reunió a sus hijos, distribuyó entre nosotros las pocas joyas de mi madre, nos recomendó la unión, y después de darnos su bendición, partió».

Y partió para siempre.

LI

Tatasi es un antiquísimo establecimiento minero en Portugalete, donde hoy mismo aún existe la casa solariega que había construído Pacheco para que sirviera de centro principal en la explotación de las minas que poseía en equella región.

Encajonado entre gigantescos bloques de pórfido de aspecto agrio, aquel sitio no atrae al viajero, y al con-

Digitized by Google

Socavón de Tatasi.

Digitized by Google

Digitized by Google

trario, su aire tétrico y desolado causa una impresión de frío, de soledad y aún de repulsión.

Y sin embargo, otrora este lugar, era un gran foco de movimiento y de trabajo que atraía una gran concurrencia de gente de las más lejanas latitudes.

Y para Pacheco, había llegado a ser una de sus residencias predilectas.

Allí había comenzado sus primeros trabajos mineros en la famosa mina de Angeles. Allá vivió por largas temporadas ya solo o ya acompañado de los suyos. Y de allí mismo había iniciado el gran socavón que perforando el cerro va a salir a Portugalete, obra que, para el tiempo en que se hizo (de 1865 a 1870), representa una suma de energía verdaderamente enorme.

Pues bien, en aquel año de 1899, después de la muerte de su esposa, don Gregorio habíase ido nuevamente a Tatasi a seguir trabajando en las minas. Y allí también vivían a su lado su hija doña María y el esposo de ésta, don Augusto Marión.

Aunque ya muy maltratado el anciano por las desgracias últimas que sobre él cayeron, no obstante, mostrábase aún con un brío admirable para el trabajo. No había día que dejase de entrar a los largos y lóbregos vericuetos de las minas a vigilar personalmente las labores. Mañaneaba como nadie; y en suma continuaba llevando la vida de actividad y diligencia de sus mejores tiempos.

Pero, he aquí que una mañana apareció en su lecho, mal enfermo, paralizado de un lado del cuerpo y sin habla.

¿Qué había pasado?

Recogiendo datos sobre su muerte he oído diversas referencias y hasta alguna versión por demás peregrina.

Digitized by Google

No tengo para que anotarla.

Me atengo en este punto extrictamente, y por considerarla la más seria y verídica, a la relación que me ha hecho de este asunto el padre franciscano Manuel Amenábar, persona anciana y respetable, que asistió a Pacheco en sus últimos días.

Decíame este buen padre que, una mañana, mientras decía la misa, había sido llamado urgentemente para ver a Pacheco de quien le avisaron que se estaba muriendo.

Tan luego de acabar la misa, corrió el padre y encontró a don Gregorio, acostado en su lecho, ya sin palabra, pero no privado del conocimiento. A las preguntas que le hizo no pudo contestar nada y únicamente cuando el padre adoptando solemne actitud le preguntó si se arrepentía de todas sus culpas, el moribundo, como haciendo un esfuerzo supremo, pronunció distintamente la palabra: "sí".

Y esa palabra fué la única y la última.

Don Gregorio estaba paralizado de la mitad derecha del cuerpo. En cambio manejaba la mano izquierda y en la manera como estrechaba con ella la del padre, éste comprendía que el enfermo se daba muy bien cuenta de su estado y de que aún quería decir algo.

Y así estuvo por más de 48 horas, llenando de angustia a sus hijos que, impotentes, no podían salvarlo. Nada consiguió la asistencia médica.

Conforme con esta relación está también la de don Augusto Marión que, junto con su esposa doña María, asistió al enfermo hasta su muerte. Dice el señor Marión, entre otras cosas, hablando de Pacheco:

«Si bien perdió el uso de la palabra, conservó el conocimiento hasta el último momento. Por las señas que

Digitized by Google

hacía con lo mano que le quedaba hábil, parecía indicar que todo era inútil y que lo dejaran morir en paz, evitándole los sufrimientos que le causaban los vegigatorios que le aplicaban los médicos en el nacimiento de la nuca.

«A nosotros, sus hijos, nos seguía con la vista, y nuestra pena era inmensa al ver nuestra impotencia de salvarlo, de consolarlo siquiera y de no poder conocer sus últimos deseos, ni oir sus últimos consejos. Procurando adivinar sus pensamientos, le hacíamos muchas promesas de ser buenos, de honrar su nombre, etc. Nos oía y nos agradecía con la mirada; pero sin embargo, parecía que hubiese deseado decirnos algo y es lo que más nos angustiaba. Le pedimos su bendición y nos la dió.

«Recibió los últimos auxilios de la religión y entregó su alma a Dios».

Por todo lo dicho anteriormente, se colige que Pacheco murió por accidente cerebral; probablemente por una hemorragia. Uno de los médicos que lo asistió en el trance supremo, había declarado que adolecía de *arterio esclerosis,* y siendo eso así, era muy explicable que cualquier motivo ocasional, por ejemplo una emoción violenta hubiera provocado tal accidente. Por mi parte, mi sabio maestro el doctor Nicolás Ortiz, que por ser yerno de Pacheco tuvo la facilidad de observarlo de cerca en sus últimos tiempos, declara también que don Gregorio ya denunciaba, unos dos o tres meses antes de su muerte, síntomas de reblandecimiento cerebral.

Tal fué el fin de don Gregorio Pacheco.

Hoy mismo aún existe en Tatasi la casa en que se extinguió su vida; casa modesta, con sus ventanas hacia el oriente, por donde se mira el bravío paisaje de aquel lugar minero al que había consagrado todas sus acti-

Digitized by Google

vidades desde su juventud hasta los últimos días de su ancianidad; o lo que es lo mismo, por más de 40 años.

Es decir, Pacheco supo morir como buen minero. Murió en el mismo centro de los trabajos de las minas, junto a los socavones que él mismo había abierto, al lado de los severos peñascos de pórfido que allí se yerguen como formidables centinelas, y arrullado por el viento glacial de esas latitudes, ese viento tétrico que al pasar por las junturas de las puertas de aquella casa en que se iba extinguiendo lentamente el hombre fuerte y bueno, debió modular plañideras sinfonías llenas de melancolía y solemnidad.

Y Pacheco se murió junto a sus amados obreros, aquellos hombres de faz renegrida y de bravo corazón a quienes había tendido siempre su mano paternal de un blanco y magnífico patriarca. Cuánto sollozarían junto a las rocas duras, a la vera de los arroyos rojizos o dentro de las profundidades terrestres aquellos hombres duros, al saber que nunca más ya verían a "su padre".

Pasemos.

Muerto Don Gregorio, sus restos fueron transladados de las minas al establecimiento de Guadalupe, distante uno cincuenta kilómetros.

Era ese un deseo que Pacheco había manifestado muchas veces en vida y llegaba el caso de cumplirlo.

Los mineros de Tatasi y Portugalete no permitieron que esos restos fueran conducidos en un carruaje, cual quería la familia de don Gregorio. Quisieron ellos llevárselos en hombros. Era esa la última ofrenda que esos hombres curtidos, quisieron ofrecer al hombre bueno, al que tantísimas veces habían dado el nombre de padre.

Y así se hizo.

Cuéntaseme que se reunió en aquellos lugares un

Digitized by Google

enorme concurso de gentes que anhelaban asistir al entierro. Un concurso, mayor aún que el que hacía algunos años se había congregado en aquellos mismos sitios con motivo de la muerte de otro viejo querido industrial: el conde don Calixto de Yáñez, enterrado en Portugalete.

—¡Cuán imponente debió ser aquel cuadro!

Allá creo yo verlo, allá...

Mi imaginación evoca el viejo camino por donde debió pasar el fúnebre cortejo, y por donde hace poco tiempo también anduve yo pensando en mi héroe.

Es el camino que había hecho don Gregorio para llevar, por él, los metales explotados en Tatasi a los ingenios de Guadalupe.

Allá veo una ceja abrupta por donde ese camino se dobla por un lado para bajar violentamente a la quebrada de Tatasi, y por el otro lado se dirije a Guadalupe atravesando serranías y planicies de aspecto tétrico.

De allí se ve el Chorolque, el gran cerro de imponente pinacho, que Pacheco en sus continuas andanzas por aquellos lugares debía ver con profundo afecto, como a un viejo vigía titánico que estuviese atalayando aquellos agrios paisajes del sud de Bolivia.

* * *

Es una mañana de invierno. El sol apunta en el Oriente. El cielo está limpio. Un viento glacial sopla a momentos, y bajo sus rachas parecen encogerse ateridas las piedras y los matorrales que se ven desde el camino. Y que el mismo camino por donde hace poco pasaban chirriando las hileras de carros cargados de metales y

Digitized by Google

las tropas de llamas y de burros y mulas arreados por las voces de sus conductores, hoy se muestra silencioso y desierto. Una profunda soledad reina a todos lados.

Pero, he aquí la fúnebre visión.

Por la abrupta ceja que conduce a Tatasi desemboca la caravana sudorosa y polvorienta.

Es una multitud abigarrada de gentes de las más varias cataduras: cabalgatas de hombres vestidos de luto; grupos de mineros de faz terrosa y raídos trajes; mujeres con las cabezas cubiertas de negros mantones; niños mirando con curiosidad el paisaje.

Por delante se destaca un bulto largo y negro que se disputan por llevar en sus hombros los mineros.

Es el féretro en que yace el que fué don Gregorio Pacheco.

. . . . . .

Un momento se ha detenido el cortejo para descansar. Pónese el féretro a la vera del camino. Los conductores se enjugan el sudor que corre por sus frentes. Otros vienen a reemplazarlos. Unos mascan coca, otros beben un trago de licor para darse fuerza. El sol naciente cae con vigor sobre la negra caja y sobre los rostros macilentos de los mineros y sobre la aridez del paisaje. Y el viento sopla lentamente, como cansado; y entre sus soplos se oyen sonidos humanos, tristes y largos alaridos de mujeres, palabras entrecortadas, ruegos, protestas, imprecaciones que arrancaban lágrimas silenciosas aún de los hombres más rudos y encallecidos.

Y allá, a lo lejos, con sus aristas formidables y sus franjas de nieve blanqueando entre ellas, se destaca por encima de las demás montañas, el grandioso Chorolque, cual si también él se empinase sobre sus bases colosales para mirar el cuadro.

Digitized by Google

Oh, montaña sublime, cuántas veces el hombre bravo y fuerte, al pasar por aquellos caminos que le eran tan caros, debía mandarte sus saludos llenos de unción y de cariño. Tú eres también su amigo. Tú debías despertar en su alma de minero vagas evocaciones. Tú eras, de seguro, para él un símbolo soberano; algo como un gran sentimiento petrificado, como una gigantesca pasión hecha montaña.

Oh, ya no lo verás más.

Hoy, el infatigable viajero hace su último viaje.

Hoy, él que era todo vigor y actividad, que pasaba como una exhalación por este camino, ya es sólo un cuerpo inerte al que lleva a su postrer morada la caravana sudorosa y polvorienta.

LII

Un día, a fines del otoño, hallábame en Guadalupe. Había ido allí rastreando las huellas de mi héroe. Era una tarde apacible y tibia, una tarde encantadora, y yo, sugestionado por el encanto de la puesta del sol, habíame subido a una altura del cerro a cuyas faldas está el caserío, para ver desde allí el panorama.

Y he aquí, a este propósito, algo que entresaco de mi cartera de notas:

Paisaje desolado, pero atrayente.

Al frente, una serranía salpicada de matas de *ttola,* alumbrada en sus alturas por la luz amarillenta de oro viejo de un sol ya caído. Al pie, una playa blanquecina. Y, en la playa, un riachuelo clarísimo, que está susurrando lentamente entre las guijas. Más acá, en esta banda, sobre una larga vega una escena muda y, sin

Digitized by Google

embargo, llena de no sé qué pretéritas voces; casas medio derruídas, los restos de un antiguo *ingenio* hecho un esqueleto tétrico; una ancha y desierta avenida; más allá las casas de los trabajadores en su mayor parte reducidas a escombros; inmensos corrales con sus arcos que aún sostienen macizos pilares parados melancólicamente como soportando a su pesar su vetusto techo; entre ellas pone su bella nota verde un canchón lleno de cebada crecida y profusa; y pone también a otro lado la nota roja de sus tejados flamantes una capilla con su torrecilla aguda de piedra labrada; y, en fin, en el centro de todo, la casa de la administración, me muestra a la distancia sólo un pedazo de su amplio patio, y veo sobresalir de uno de sus costados las ramas secas de un molle pequeño. Y a todos lados el silencio, la soledad, el abandono.

El sol ya se ha puesto del todo, y está más triste el paisaje.

Un airecillo leve empieza a soplar, y vienen hasta mí con sus rachas, los suaves ruidos del riachuelo, que a cada momento se hacen más melancólicos.

Parece que hablaran de cosas idas, de cosas muertas.

Luego, regreso de mi paseo y entro a mi alojamiento que me dicen fué el departamento de don Gregorio cuando residía en Guadalupe. Hoy está todo desmantelado y mustio. Abro la puerta del pequeño jardín, y me siento sobre un poyo de ladrillos y veo unos cuantos rosales sin rosas, unas matas de alelí morado cuyo olor me embriaga; unos tres o cuatro arbustos secos y entre ellos el molle, que divisaba hace rato desde lo alto del cerro.

Un picaflor revolotea entre las ramas y alelíes y llega casi a tocarme, como si no me temiese.

Digitized by Google

¡Cuánta soledad!

Y, en fin, dejo el jardín y me dirijo a la capilla.

Entro. La sombra ya domina en ella. La sombra y el recogimiento, y el silencio y la tristeza.

En la obscuridad se distinguen borrosamente algunas imágenes y ramos de flores. No me interesan. Lo que busco es otra cosa. Hela allí. A mi derecha, encuentro junto al muro un objeto negro, algo como una lápida forrada con un lienzo obscuro en el cual hay una inscripción con letras doradas. Dice:

«Gregorio Pacheco. Republicano, filántropo, industrial.

«Tatasi, Agosto 30 de 1899.

«Gratitud de sus empleados».

De manera que este es el sitio en que reposan los restos de mi héroe.

Y en verdad, no parece sino que hasta el hecho de estar Pacheco enterrado en Guadalupe fuese una singular coincidencia. Guadalupe es también una población muerta. La gran animación que hubo aquí en los tiempos de Pacheco, hoy no existe más. Los ingenios son escombros. Las casas son solares. Ni se oye más el estruendo chirriante de las carretas, de los molinos, de las maquinarias. Todo está mudo.

Todo, menos el río que, suave y quejumbroso, parece hablar en secreto de historias antiquísimas, de leyendas lejanas.

¡Qué cuadro!

Y, sin embargo, lo encuentro encantador.

Yo he oído decir a más de uno, que los restos de Pa-

Digitized by Google

checo ya no debieran continuar en este lugar abandonado.

Por mí, creo que están mejor que en ninguna otra parte.

LIII

Hora es ya de concluir estas páginas.

Año tras año, y aún a veces paso a paso he seguido a mi héroe en su larga peregrinación por la tierra.

Una circunstancia casual hízome conocer uno de sus actos buenos, y ello fué el motivo para que se despertara mi curiosidad y me interesase en conocer otros pormenores de su vida.

Y así ha sido.

Afortunadamente, he tenido suficientes documentos para reconstituir su personalidad.

Hasta qué punto lo he conseguido, no me incumbe a mí decirlo.

Lo que puedo, sí, afirmar, es que no estoy descontento de mi obra.

He hallado en la vida de mi héroe grandes enseñanzas. He visto que no era un sér vulgar; que, a serlo, yo no me habría ocupado de él.

He hallado verdaderos tesoros de belleza, y, por lo mismo, me ha tentado más y más su carrera.

Verdad es que también, en medio de mi entusiasmo, he hallado alguna vez hondas decepciones... Pero, ¿qué importa? No todo había de ser bueno en su vida. Era, al fin, un hombre de carne y hueso; y, francamente, a encontrarlo sin defectos, me habría parecido hasta menos interesante.

El mal es inherente a la naturaleza humana, y que-

Digitized by Google

rer hallar hombres inmaculados y hablar de algunos como tales, acusa sencillamente o un infantil candor, o falta de sinceridad.

Bien, pues, con sus defectos y todo, Pacheco me parece una figura digna de pasar a la posteridad.

Fué, sin saberlo él mismo, un maestro de energía. Y con ese solo título ya tenía lo suficiente para servir de ejemplo a millares de otros seres y a que, por lo mismo, se le mostrase a los demás.

Luego, había también otra razón para desentrañar los principales rasgos de su vida.

Según he podido notar, para la gran mayoría de las gentes que le trataron, aún de las que le trataron de cerca, Pacheco era una figura mal conocida, esto es, superficialmente juzgada por unos, o maliciosamente calumniada por otros. Así, hay quienes no saben de él sino lo que toca a su carrera presidencial, y de ahí deducen lo que debía ser Pacheco. Y yo creo haber demostrado que, precisamente, ese período de su vida sería el menos apropiado para definir su contextura intrínseca, para comprender su verdadera personalidad. A ser juzgado Pacheco solamente por su presidencia, no pasaría de ser una mediocridad.

Y si nos fijamos en otros detalles, hasta detalles accesorios, ¡cuántos errores se han bordado alrededor de Pacheco! Ya dije, por ejemplo, cómo ciertas gentes afirman que Pacheco no sabía escribir una carta, o que las escribía muy mal. Y Pacheco era, no obstante, un admirable escritor de cartas.

Y como éste, hay muchos otros detalles que sería ocioso señalar; de lo que resulta que Pacheco era apreciado en una forma errónea por muchos de quienes lo

Digitized by Google

trataron, siendo lógico que lo fuere aún más por quienes no tuvieron esa suerte.

Yo mismo, según lo dije, me he hallado en ese caso. Yo no conocílo personalmente, pero, ateniéndome a los datos que oí de diversas fuentes, había llegado a la conclusión de que Pacheco era cualquier persona vulgar, hasta que, con motivo del incidente del libro de doña Clorinda Matto de Turner, que he relatado, me propuse saber algo más de su persona, y he debido corregir mis prejuicios, y tanto ha sido esto, que he escrito esta biografía.

Era, pues, también, deber de justificación alzar las falsedades que la maledicencia, o acaso la simple necedad han amontonado sobre la cabeza de don Gregorio Pacheco.

Ojalá lo haya yo conseguido con este libro.

Para completar la biografía de Pacheco no estará demás apuntar algunos rasgos de su personalidad física y moral, tal como se la puede reconstruir por los datos que tengo a la mano.

Pacheco era de regular estatura, un poco más alto que bajo, delgado de cuerpo, con el tórax algo combado hacia adelante, las manos huesudas y fuertes con las venas muy marcadas. En su rostro resaltaban los ojos azules, claros, de un aire escrutador. Su nariz era de corte correcto, pero tenía las mejillas algo caídas y un tanto deprimida la mandíbula inferior. Coronaba este conjunto una amplia frente, frente de cerebral; y su cráneo de líneas muy regulares estaba cubierto de un cabello rubio y finísimo. Seguía al rostro un cuello alto, en que la laringe protuberante hacía un gran relieve. Su ancho pecho era de tipo respiratorio. Tenía el vientre metido, los brazos largos y delgados y las piernas musculosas y ágiles.

La piel de su rostro fuertemente tostada por las intemperies hacía contraste con el blanco del resto de su cuerpo. No tuvo nada de calvicie aún en su vejez, pero lo amplio de su frente le daba el aspecto de calvo. Un bigote espeso y rubicundo cubría su labio superior. Tenía gran cuidado de no dejarse crecer la barba, que se la afeitaba él mismo cada día.

Su apostura era naturalmente erguida. Su andar breve y airoso. Llevaba la cabeza algo echada atrás, aún en los años postreros de su ancianidad.

Digitized by Google

Pacheco era muy partidario de los ejercicios físicos, y ya he dicho que entre ellos llegó a distinguirse de un modo notable en la equitación y la natación. En su propio país,—Chichas—donde hasta las mujeres y niños son gentes de a caballo, mi héroe no tuvo igual en los deportes hípicos. Y en cuanto a la natación, dicho se está que fué también un campeón de primera talla.

Tocante a los hábitos del estómago, sé que fué hombre de mucha templanza. Prefería siempre los alimentos sencillos. En su mesa no faltaban el *mote* y la *lagua*. Entre los vinos solía usar el Burdeos y en sus viajes el cognac. Tomaba muy poco el café o el té y, en cambio, su bebida favorita era el guaraná. Era propagandista contra el alcoholismo, y en muchas de sus cartas he visto referencias muy chistosas y dichos inmisericordes contra los borrachos.

Pacheco era muy cuidadoso en el vestir. No le gustaba llevar anillos ni prendedores.

Era apasionado por la música, pero no tocaba ningún instrumento, salvo la guitarra, en que revelaba no poca aptitud. En las diversiones era hombre de incontenible buen humor, llegando a hacer hasta locuras.

Su trato era afable, atrayente. Y era en veces incisivo, oportuno, mordaz. En una conversación familiar se expresaba con entera soltura, pero no así cuando se hallaba emocionado; pues entonces llegaba a tartamudear. Tal defecto, decía él que le vino por un susto que le dieron en niño, siendo entonces muy ostensible, (tartamudeo emotivo) pero habiéndose atenuado con la edad.

He aquí, por lo demás, otras peculiaridades de la manera de ser de mi héroe, que me las ha suministrado su caballeroso hijo don Gregorio, y que las transcribo copiadas a la letra:

«Mi padre,—dice don Gregorio—era gran madrugador; al amanecer, en cama aún, tomaba un gran vaso de guaraná, trago a trago, saboreándolo; en pie ya, su primera acción era rezar un momento; contraíase después a sus tareas de escritorio hasta la hora en que tomaba un baño frío de cuerpo entero, aún en sus viajes por las regiones de climas más crudos y en todas las estaciones del año. A las diez de la mañana tomaba su almuerzo abundante pero sencillo, en que no faltaba el maíz. Después de un corto ejercicio, contraíase nuevamente a sus tareas de escritorio hasta las cuatro de la tarde, en que tomaba su comida, muy frugal, y dedicábase nuevamente a hacer ejercicio, dirigiendo sus paseos de preferencia fuera de la ciudad, prolongándolos generalmente hasta entrada la noche.

«Cuando mi padre llevaba vida activa era cuando gozaba de mejor salud; la vida de escritorio le era nociva, y la vida de ciudad le disgustaba. No conocía otro juego que el ajedrez, que lo jugaba rara vez. En los viajes estaba a caballo muy temprano y procuraba llegar siempre con sol a la jornada, donde empleaba en recorrer los alrededores el tiempo que

Digitized by Google

le quedaba de luz. Viajaba siempre a caballo:—"Que me encajonen en muerto, pero no en vivo". "Más seguro me encuentro manejando mi caballo que entregándome a un cochero"—solía decir».

Antes de concluir estas anotaciones sobre las peculiaridades de mi héroe, réstame señalar todavía una de ellas: Pacheco era muy inclinado al amor; le gustaban mucho las mujeres.

Y bien que esto yo no lo haya comprobado por documentos escritos, me atengo para afirmarlo a los datos verbales que he recogido. Y aunque también es cierto que entre esos datos los hay contradictorios, con todo, refiriéndome a la mayoría y haciendo el debido control de ellos, he llegado a la conclusión que apunto.

Lo cual, por otra parte, no vendría a ser sino la confirmación de lo que dije en otra parte de este libro al hablar de la entrada de Pacheco a la juventud. Recuerdo que entonces, al referirme a su complexión sexual y a sus tendencisa místicas, llegué a llamar a mi héroe un místico-sexual.

Mas, así y todo, no veo que Pacheco hubiese hecho nada que pudiese calificarse como depravación. Jamás dió mal ejemplo en su hogar, ni sé que nunca hubiese hecho algo de lo que cuenta el historiador Pruvonema del Libertador D. Simón Bolívar, quién, por lo visto, no se paraba en cometer gruesos desaguisados en esta materia. (1)

(1) Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú, por P. Pruvonema, Cap. XII. Relajación de costumbres de Bolivar.

Digitized by Google

NOTA

Cartas publicadas en "La Industria" de Sucre, de 30 de Octubre del año 1924

Digitized by Google

Digitized by Google

Sucre, Octubre 20 de 1924.

Señor don J. Gregorio Pacheco.

Presente.

Distinguido señor:

Me he impuesto con interés del nuevo folleto *Centenario del Presidente Pacheco,* y me permito dirigirme a Ud., como a hijo del recordado Presidente, comunicándole mis impresiones.

Yo participaba de la creencia general acentuada en el Oriente Boliviano, de que el primero y más directamente responsable de la pérdida de Puerto Pacheco, en el río Paraguay, era el Presidente don Gregorio Pacheco, en concepto de haberse quedado embelesado con que aquél llevara su nombre, sin preocuparse de preveer su defensa, su conservación y menos su recuperación después del aleve asalto por el gobierno de la República Paraguaya.

Mas, con la información documentada que se publica en dicho folleto, en el párrafo *Ruta al Oriente,* página 48 y siguientes, se lleva el convencimiento pleno, de que el Presidente don Gregorio Pacheco con una alta previsión de hombre de Estado, que le honra, había propuesto en Mensaje bien motivado, dirigido al Con-

Digitized by Google

greso Nacional de 1885 y 1886, la inmediata apertura de un camino carretero que partiendo de la capital de la República, rematara en aquel Puerto recientemente fundado por el intrépido explorador y empresario, don Miguel Suárez Arana, como único y esencial medio natural y práctico, no sólo de atender a su inmediata defensa en caso de agresión extranjera, sinó, muy especialmente, con el de abrir para toda la República, una nueva y conveniente ruta comercial con el Océano Atlántico, por medio de la red fluvial del río u hoya del Plata, que habría resarcido en gran parte la reciente pérdida de nuestro Litoral sobre el Océano Pacífico.

Con las revelaciones de ese documento y la carta explicatoria dirigida a don Aniceto Arce, no trepido en asegurar de mi parte, que si semejante proyecto se hubiera llevado a cabo, contemplando su influencia vivificadora, no nos hubiéramos visto quizá, en el caso de entregar a Chile nuestro Litoral marítimo (Tratado de 1904) y la cuestión con el Paraguay, si no estuviera ya definida, se encontraría en un admirable pie de bonanza, y hasta me atrevería a decir que la Ciudad de los Cuatro Nombres, no hubiera perdido de hecho su alto y tradicional rango político.

Un Presidente y Capitán General de Bolivia, que pide y ruega encarecidamente al Senado de su Patria, en dos años consecutivos, que se le autorice a asumir personalmente la dirección de los trabajos del mencionado camino, empleando los fuertes brazos y la abnegación del soldado boliviano, y la miseria de 200,000 pesos, ofreciendo delegar temporalmente el mando directo, en el primer Vice-Presidente de la República, y un Senado Nacional que con su inexplicable mutismo haga fracasar tan magna y trascendente idea, enaltece

Digitized by Google

y glorifica, sin duda, aquél espíritu democrático de corte romano, así como deja en situación bien difícil al Senado de la República de esa época, que por cierto muy lejos estaba de equipararse al Senado de la antigua Roma.

Lo cierto es que hoy, a la vuelta de 39 años, la figura de don Gregorio Pacheco, se destaca en el horizonte de la Patria, como la de un hombre superior, muy superior al medio ambiente intelectual boliviano de aquellos tiempos.

Con dichos documentos y los juicios que me permito adelantar, he de rectificar los nada favorables al señor Pacheco que estaba emitiendo en un folleto en preparación, en lo relativo a la lamentable pérdida del Puerto único utilizable para Bolivia sobre el río Paraguay, y es seguro que los historiadores nacionales modificarán también análogos preconceptos.

Yo anhelo que los hijos de esta ilustre Capital de la República, anatematizando el error y ofuscamiento de sus abuelos, que perdura en el presente, vuelvan los ojos ávidos de grandeza y progreso, hacia las ubérrimas regiones del Gran Chaco y del Oriente Boliviano, ya que su patrimonio territorial se extiende hasta el río Paraguay, río de conjunción con las repúblicas del Plata y del Océano Atlántico, que son las que han de manejar la balanza en Sud-América.

Esos 500 *llokallas* que se educan en las escuelas franciscanas de la Recoleta, en lugar de lanzarlos a las minas de Potosí y a vagar por las calles de Sucre, debe hacérseles hombres más útiles a la sociedad y a la Patria, haciéndolos propietarios en la fecunda tierra de la provincia del Azero. Es inútil buscar mejor elemento colonizador fuera de Bolivia.

Digitized by Google

La agricultura actual y la ganadería del departamento de Chuquisaca, son tan escasas que no alcanzan para alimentar a sus propios habitantes. En este orden, no sé si Ud., conforme a la orientación comercial e industrial que quiso dar su señor padre, llegaría a convenir con el suscrito, de que por muy valiosas y bonitas que sean las fincas y propiedades que se extienden a lo largo de los ríos Cachimayo, Chico y Grande, son tan minúsculas que no responden ya a las aspiraciones, a las necesidades y exigencias de la vida moderna, y que es necesario pensar en poblar e industrializar la provincia del Azero. Salir, en suma, del *período minero* e ingresar *al agropecuario.*

Felicitando a Ud. por la publicación del libro de referencia que ha hecho resurgir la simpática y límpida figura de su señor padre, me suscribo muy atento servidor.

(Firmado).—A. SANDOVAL.

Sucre, Octubre 21 de 1924.

Señor Angel Sandoval.

Presente.

Distinguido señor:

Gratamente sorprendido he sido por su muy importante carta de fecha de ayer, en que me transmite Ud. sus impresiones de la lectura del folleto *Centenario del Presidente Pacheco* que tuve el agrado de rotularle.

Me felicito de que esas páginas hayan llegado oportunamente a sus manos para modificar el juicio erróneo, que hidalgamente dice Ud. tenía, de la actuación

Digitized by Google

de mi señor padre en lo referente a Puerto Pacheco sobre el río Paraguay, al grado de creerlo el responsable de su pérdida. Y, el folleto que prepara Ud., en que rectificará esa creencia general en el Oriente, será de la mayor utilidad para restablecer la verdad histórica sobre punto de tan grande trascendencia.

No es menos satisfactorio para mí, ver que aprecia Ud. en todo su valor y amplitud, el proyecto de apertura de un camino carretero entre esta Capital y Puerto Pacheco, señalando la influencia que él habría tenido sobre los destinos de Bolivia en general y los de Sucre en particular, y compenetrándose del pensamiento de mi señor padre, nos recuerda a los hijos del 25 de Mayo, que esa es la ruta que debe conducirnos al progreso.

Próximamente tendré el agrado de enseñarle cartas de familia en que campea la sencillez y la franqueza, y en que podrá Ud. ver con nitidez los anhelos de mi señor padre en ese orden, aunque, parece Ud. haberlos visto ya, a juzgar por los conceptos que emite en su citada, sobre el proyecto y sobre el hombre.

Su carta, señor Sandoval, es la expresión del más sano patriotismo. Templada su alma en el sagrado ejercicio del juzgador público, alejado del terreno candente de la política, en un ambiente de paz y de tranquilidad, sin afección personal alguna, y sólo teniendo en vista la Patria y los fueros de la verdad y de la justicia, su palabra austera será de inapreciable valor para la historia.

Con sentimientos de mi más distinguida consideración, soy de Ud. atento seguro servidor.

J. G. Pacheco.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

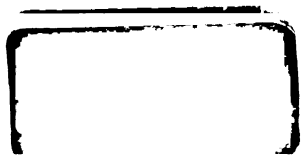
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3017883218
0 5917 3017883218

Digitized by Google